

**Roger Martin du Gard**

# Los Thibault, 8 Epílogo



Lectulandia

*Los Thibault* es un monumental retrato del mundo antes del estallido de la primera guerra mundial. Su trazado laberíntico relata la historia de Jacques Thibault, el rebelde hijo de una familia de clase media-alta, con el trasfondo de los destinos más serios de sus parientes. La obra da cuenta detallada de la desesperación del héroe cuando estallan la guerra y el fracaso de su loco intento por detenerla.

**Lectulandia**

Roger Martin du Gard

# **Epílogo**

**Los Thibault - 8**

ePub r1.0

Titivillus 31.03.16

Título original: *Les Thibault: Thibault, l'Épilogue*

Roger Martin du Gard, 1940

Traducción: Félix Caballero Robredo

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## I

—¡PIERRET! ¿No oyes el teléfono?

El que estaba de guardia, aprovechando la hora matinal en que médicos y enfermos, ocupados por los tratamientos, dejaban libre la planta baja, aspiraba el aroma de los jazmines, inclinado sobre la barandilla de la veranda. Tiró apresuradamente su cigarrillo y corrió a descolgar el aparato.

—¡Diga!

—¡Oiga! Aquí, la oficina de Grasse. Un telegrama para la clínica de Mousquier.

—Un momento... —dijo el vigilante, atrayendo hacia sí el block y el lápiz—. Escucho.

El oficinista había empezado ya a dictar.

—«París. Tres mayo mil novecientos dieciocho. Siete horas quince. Doctor Thibault. Clínica de gaseados. Le Mousquier, junto a Grasse. Alpes Marítimos...» ¿Me sigue?

—«Ma-rí-ti-mos» —repitió el vigilante.

—Continúo: «Tía Waize... W de Wladimir, a, i, z, e... Tía Waize, fallecida. Entierro en el Asilo de la Edad Madura domingo, a las diez. Abrazos. Firmado: Gise.» Eso es todo. Repito...

El vigilante salió del vestíbulo y se dirigió hacia la escalera. En aquel momento, un enfermero anciano, con bata blanca y llevando en la mano una bandeja, apareció en la puerta.

—¿Vas arriba, Ludovic? Entonces, hazme el favor de subir este telegrama al cincuenta y tres.

El 53 estaba vacío, la cama hecha y la habitación arreglada. Ludovic se acercó a la ventana abierta e inspeccionó el jardín: el doctor Thibault no se encontraba en él. Algunos enfermos válidos, en pijama azul y alpargatas, con un gorro cuartelero de soldado o de oficial en la cabeza, paseaban por el sol, charlando: otros, puestos en fila junto a los cipreses, leían los periódicos, tumbados a la sombra en sillas de lona.

El enfermero volvió a coger su bandeja, en la que se enfriaba una tisana, y entró en el 57. Desde hacía quince días, «el 57» ya no se levantaba. Recostado sobre los almohadones, con el rostro sudoroso, las facciones afiladas, sin afeitarse, respiraba trabajosamente y su ronco jadeo se oía desde el pasillo. Ludovic puso dos cucharadas de poción en la taza, sostuvo la cabeza del enfermo para ayudarlo a beber y vació la escupidera en el lavabo; luego, después de algunas palabras alentadoras, fue en busca del doctor Thibault. Para tranquilidad de su conciencia, antes de salir del piso, entreabrió la puerta del 49. El coronel, recostado en una tumbona de mimbre, con su escupidera al alcance de la mano, jugaba al *bridge* con tres oficiales. El doctor no estaba entre ellos.

—Estará en la inhalación —sugirió el doctor Bardot, con el que Ludovic se cruzó

en la escalera—. Démelo; yo voy allí.

Algunas enfermos, con la cabeza envuelta en toallas, permanecían sentados, inclinados sobre los inhaladores. Un vapor que olía a mentol y eucalipto llenaba la salita calurosa y silenciosa, en la que apenas si se veía.

—Thibault, un telegrama.

Antoine sacó de debajo de los lienzos su cara congestionada, chorreando de sudor. Se secó los ojos, cogió con extrañeza el telegrama de manos de Bardot y lo miró por encima.

—¿Grave? —preguntó el doctor Bardot.

Antoine movió la cabeza negativamente. Con voz cavernosa y ahogada, sin timbre, articuló:

—Una vieja paciente... que acaba de morir.

Y deslizando el papel en el bolsillo del pijama desapareció de nuevo bajo las toallas.

Bardot le tocó en el hombro.

—Ya tengo el resultado de tu análisis. Ven a verme cuando termines.

El doctor Bardot era de la misma promoción de Antoine. Se habían conocido años antes en París, cuando ambos empezaban la carrera de Medicina. Luego Bardot había tenido que interrumpir sus estudios para ir a cuidarse en la montaña durante dos años. Completamente curado, pero obligado a guardar ciertas precauciones, y temiendo los inviernos de París, había obtenido el título en la Facultad de Montpellier, especializándose en las afecciones pulmonares. La declaración de guerra le cogió estando de director de un sanatorio en las Landas. En 1916, el profesor Sègre, de quien había sido discípulo en Montpellier, le había pedido su colaboración para el hospital de gaseados que le habían encargado organizar en el Mediodía, y juntos habían fundado esta clínica de Mousquier, cerca de Grasse, en la que más de sesenta soldados y una quincena de oficiales estaban actualmente en tratamiento.

Aquí era donde Antoine, iperitado a últimos de noviembre del 17 en el transcurso de una inspección en el frente de Champagne, había venido a parar al principio del invierno, después de haber sido tratado sin éxito en diversos lugares de la retaguardia.

En Mousquier, en el pabellón reservado a los oficiales, resultó que Antoine era el único médico afectado por el gas. Sus comunes recuerdos de adolescencia contribuyeron, naturalmente, a acercar a los dos médicos, aunque fuesen bastante diferentes de temperamento: Bardot era más bien meditativo, de inteligencia ordenada, poco emprendedor y de voluntad débil; pero, al igual que Antoine, sentía verdadera pasión por la Medicina y tenía una conciencia profesional muy exigente. Muy pronto se dieron cuenta de que hablaban el mismo lenguaje; se establecieron entre ellos vínculos de amistad. Bardot, a quien el profesor Sègre dejaba toda la tarea, no simpatizaba sino a medias con su ayudante, el doctor Mazet, un antiguo médico del ejército colonial, destinado a la clínica de Mousquier después de haber sufrido

graves heridas. Por esta razón le fue tanto más agradable poder confiar a Antoine sus ideas y sus dudas; poder consultarle y tenerlo al corriente de sus investigaciones en esta terapéutica recién nacida, en la que quedaban tantos puntos oscuros. Claro es que no había lugar para que Antoine secundara a Bardot en su labor; estaba demasiado afectado, demasiado preocupado por sí mismo, obstaculizado con demasiada frecuencia por las recaídas, demasiado acaparado por los cuidados meticulosos que exigía su estado; pero este estado no le impedía poner un interés constante en los casos de los otros enfermos, y cuando una mejoría le daba fuerzas, un poco de ánimo y un poco de tiempo libre, acudía a la consulta de Bardot; tomaba parte en sus experimentos e incluso asistía algunas veces a las conferencias que todas las tardes reunían en el gabinete del profesor Sègre a Bardot y Mazet. Gracias a lo cual este ambiente de hospital, en el que no hacía exclusivamente vida de enfermo, sino también en algunos momentos la de médico, se le había hecho menos penoso: no se encontraba por completo separado de aquello que durante quince años, tanto en tiempo de paz como de guerra, había sido su única y verdadera razón de vivir.

Tan pronto como hubo terminado con sus inhalaciones, Antoine se anudó el pañuelo al cuello para prevenir un cambio de temperatura demasiado brusco y marchó en busca del doctor, que todas las mañanas pasaba media hora en el anexo, vigilando personalmente los ejercicios de gimnasia respiratoria que prescribía a algunos gaseados.

Bardot, de pie en medio de sus enfermos, presidía esta cacofonía jadeante y ronca, con atención sonriente. Llevaba más de media cabeza a los más altos. Una calvicie precoz le despejaba la frente y contribuía a hacérsela todavía mayor. El volumen del cuerpo era desproporcionado a la estatura: este antiguo tuberculoso era un hércules. El torso, visto de espaldas, presentaba desde los hombros a la cintura, bajo la tela estirada de la bata, una superficie casi cuadrada, de dimensiones imponentes.

—Estoy contento —dijo, llevando inmediatamente a Antoine al cuarto que servía de vestuario y en el que estaban solos—. Temía que... Pero no; la reacción albuminonegativa es buena señal.

Había sacado un papel de la vuelta de la manga. Antoine lo cogió y le echó una ojeada.

—Te lo devolveré esta tarde, cuando lo haya copiado. —(Desde el principio de su intoxicación llevaba, en un dietario especial, un historial clínico muy completo de su caso.)

—Estás mucho tiempo en la inhalación —rezongó Bardot—; ¿no te cansa?

—Nada de eso —contestó Antoine—; me agradan mucho esas inhalaciones. —Su voz era débil y jadeante, pero clara—. Al despertarme, las secreciones que recubren la glotis son tan espesas que la afonía es completa. Ya lo ves: se atenúa notablemente una vez que la laringe está bien recubierta de vapor.

Bardot no renunciaba a su criterio.

—Créeme: no abusos de ellas. La afonía, por muy molesta que resulte, no es sino un mal menor. Las inhalaciones demasiado prolongadas tienen el peligro de que pueden detener la tos con demasiada brusquedad. —Su pronunciación ceceante traicionaba su origen borgoñés y acentuaba aún más la expresión de dulzura y de seriedad que emanaba de su mirada.

Se había sentado y hecho sentarse a Antoine. Ponía empeño en dar a los enfermos la impresión de que no tenía prisa, de que disponía de todo su tiempo para escucharlos y que nada le interesaba tanto como sus dolencias.

—Te aconsejo que vuelvas a tomar durante unos días algunas de tus pociones expectorantes —dijo, después de haber preguntado a Antoine cómo había pasado el día anterior y la noche— Terpina o drosera, lo que prefieras. Y en una infusión de borraja... Sí, sí; remedio de vieja... Un sudor abundante antes de dormirse, con la condición de no coger frío, y no hay nada mejor. —La forma en que acentuaba algunas vocales, los diptongos y en que prolongaba la penúltima sílaba («pociones expectooraantes..., borraaja..., suodor abuundaante...»<sup>[1]</sup>) recordaba el roce del arco sobre las cuerdas bajas del violoncelo.

Se complacía en multiplicar las recomendaciones: creía religiosamente en la eficacia de sus tratamientos y no se dejaba desanimar por ningún fracaso. Nada le gustaba tanto como convencer a los demás y especialmente a Antoine, cuya superioridad admitía, sin envidias mezquinas.

—Y además —prosiguió, sin dejar de mirar a su paciente—, si quieres moderar las secreciones nocturnas, ¿por qué no, durante algunos días, una cura sulfoarsenical? ... ¿Verdad? —añadió, dirigiéndose al doctor Mazet, que acababa de entrar.

Mazet no contestó. Había abierto un armario, al fondo del guardarropa, y cambiaba por una bata blanca su guerrera caqui, desflecada y descolorida por los lavados, pero rutilante de condecoraciones. Un olor a sudor flotó en la habitación.

—En caso de que aumentara la afonía, siempre estamos a tiempo de recurrir otra vez a la estricnina —continuó Bardot—; este invierno me ha dado bastante buen resultado con Chapuis.

Mazet se volvió, burlón.

—¡Si no tienes mejor ejemplo que citar!...

Tenia la cabeza cuadrada; la frente, estrecha y cruzada por una cicatriz; su pelo, canoso, muy espeso, que le arrancaba muy cerca de las cejas, estaba cortado al rape. El blanco de los ojos se congestionaba con facilidad. El bigote, negro, se recortaba con dureza sobre su tez recocida de antiguo colonial.

Antoine miraba a Bardot con expresión interrogante.

—El caso de Thibault, afortunadamente, no tiene ninguna semejanza con el de Chapuis —lanzó Bardot, precipitadamente. Estaba disgustado y lo disimulaba mal—. Ese pobre Chapuis no va muy bien —explicó, dirigiéndose esta vez a Antoine—. La noche ha sido pésima. Han venido a despertarme tres veces. La intoxicación del



corazón hace rápidos progresos: arritmia extrasistólica total... Espero esta mañana al profesor para llevarlo al cincuenta y siete.

Mazet se había acercado, mientras se abrochaba la bata. Hablaron un momento de los trastornos cardiovasculares de los iperitados. «... Tan diferentes —afirmaba Bardot—, según la edad de los enfermos.» (Chapuis era un coronel de Artillería, en tratamiento desde hacía ocho meses. Ya había rebasado la cincuentena.)

—... Y según sus antecedentes —añadió Antoine—. Chapuis era vecino suyo de piso. Antoine lo había auscultado varias veces y suponía que el coronel, antes de ser atacado por los gases, debía tener una oclusión mitral latente: lo que ni Sègre, ni Bardot, ni Mazet parecían haber sospechado. Estuvo a punto de decirlo. (Ahora, más que nunca, experimentaba una malsana satisfacción de orgullo en coger a otro en falta y hacérselo ver —aunque se tratara de un amigo—; era un pequeño desquite por esta inferioridad a que su enfermedad le condenaba.) Pero hablar le resultaba trabajoso y renunció a ello.

—¿Habéis visto los periódicos? —preguntó Mazet.

Antoine hizo un gesto negativo.

—El ataque de los *boches* en Flandes parece haber sido detenido definitivamente —declaró Bardot.

—Si; eso parece —dijo Mazet—. Ypres ha resistido. Los ingleses anuncian oficialmente que se ha mantenido la línea del Iser.

—Eso ha debido de costar caro —observó Antoine.

Mazet se encogió de hombros con un gesto que podía significar igualmente: «¡Muy caro!» que «¡Qué importa!» Volvió hacia el armario, buscó en los bolsillos de su guerrera y vino hacia Antoine.

—Ahí tenéis: un periódico suizo que me ha dado Goiran... Ya veréis: según los comunicados de los Imperios Centrales, sólo en el mes de abril los ingleses han perdido ¡más de doscientos mil hombres, nada más que en el Iser!

—Si esas cifras fueran conocidas por la opinión pública aliada... —observó Bardot.

Antoine agachó la cabeza y Mazet rió ruidosamente. Estaba cerca de la puerta. Sin volverse, exclamó:

—¡Pero a la opinión pública no le llegan nunca datos exactos! ¡Es la guerra!

Siempre parecía que tomaba a los demás por imbéciles.

—¿Sabes en lo que pensaba yo esta mañana? —prosiguió Bardot, cuando Mazet hubo salido—. En que, hoy en día, ningún gobierno representa ya el sentimiento nacional de su país. Ni de un lado ni de otro hay ya quien sepa lo que verdaderamente piensan las masas: la voz de los dirigentes cubre la de los dirigidos... ¡Fíjate en Francia! ¿Crees que hay un combatiente de cada veinte que le interese tanto Alsacia-Lorena como para consentir en prolongar la guerra ni un mes más, para recuperarlas?

—¡Ni uno de cada cincuenta!

—Eso no quita para que todo el mundo esté convencido de que Clemenceau y

Poincaré son, auténticamente, los portavoces de la opinión general francesa... ¡La guerra ha creado una atmósfera de mentiras oficiales sin precedentes! ¡En todas partes! Me pregunto si los pueblos podrán alguna vez hacer oír de nuevo su verdadera voz y si la prensa europea podrá alguna vez recobrar...

La entrada del profesor le interrumpió.

Sègre contestó militarmente al saludo de los dos médicos. Estrechó la mano de Bardot, pero no la de Antoine. Su barbilla de vieja, su nariz encorvada, sus gafas de oro, su corta estatura coronada por un tupé blanco, le hacían parecerse a las caricaturas de Thiers. Era muy cuidadoso en el vestir e iba siempre esmeradamente afeitado. Hablaba poco; guardaba las distancias, incluso con sus colaboradores. Vivía apartado, en su despacho, en el que hacía que le sirvieran sus comidas. Muy trabajador, se pasaba el día escribiendo artículos para las revistas médicas acerca de la terapéutica de los gaseados, de acuerdo con las observaciones clínicas de Bardot y de Mazet. Sus relaciones con los enfermos eran escasas: a la llegada de ellos y en caso de agravación súbita.

Bardot quiso ponerle al corriente del estado del 57. Pero nada más al empezar a hablar, el profesor le interrumpió en seco, dirigiéndose hacia la puerta.

—Subamos.

Antoine se les quedó mirando mientras salían. «Buen elemento este Bardot — pensó—. Es una suerte tenerlo aquí...»

A esta hora tenía costumbre de volver a su habitación, para acabar en ella su tratamiento diario y descansar hasta mediodía. Con mucha frecuencia estaba tan cansado por los cuidados de la mañana que se adormecía en su sillón, y la campana de la comida le despertaba, sobresaltado.

Siguió a los dos médicos, a alguna distancia.

«Lo que no quita —se dijo de repente— para que si yo tuviese que morir aquí la amistad de un Bardot no me hubiera proporcionado ningún alivio...»

Andaba despacio para no cansarse. La ascensión de los dos pisos, a poco que se descuidara en tomar las precauciones necesarias, le ocasionaba algunas veces un dolor de costado no muy agudo, pero que tardaba algunas horas en desaparecer.

Joseph había olvidado, una vez más, bajar la persiana. Las moscas revoloteaban alrededor de la estantería, en la que se alineaban las medicinas. La palmeta matamoscas colgaba de un clavo, pero Antoine estaba demasiado cansado para dedicarse a cazarlas. Sin dedicar una mirada al admirable panorama que se desplegaba ante su ventana, bajó la persiana, se sentó en su sillón y cerró los ojos un instante. Luego sacó el telegrama del bolsillo y lo releyó maquinalmente.

Ya le había llegado su hora a la pobre vieja... ¿Qué le quedaba sino desaparecer? Sin embargo, no era demasiado vieja... «A los setenta y tantos años, compréndelo, Antoine, no quiero ser una carga para nadie», repetía la vieja, balanceando la cabeza cuando se había empeñado en ir a acabar sus días al Asilo de la Edad Madura. Esto

había sido pocos días después de la muerte del señor Thibault. En diciembre de 1913, tal vez en enero de 1914... Mayo de 1918: ¡más de cuatro años ya! ¿Habría alcanzado siquiera los ochenta antes de morir?... Volvía a ver bajo la lámpara su pequeña frente amarillenta entre los mechones grises, sus manitas de marfil que temblaban sobre el mantel, sus ojillos de lama enfurecido... Todo la asustaba: un ratón en la despensa, el rugido lejano del trueno, o bien un caso de peste descubierto en Marsella o un movimiento sísmico registrado en Sicilia. Un portazo, un campanillazo demasiado brusco la hacían sobresaltarse: «¡Dios mío!», y cruzaba los brazos temerosamente bajo la corta pelerina de seda negra que ella llamaba su «capucha». Y su risa... Porque reía muy a menudo, y siempre por cualquier cosa, con una risa de jovencita, clara y cálida... Había tenido que ser encantadora en su juventud. Se la imaginaba fácilmente jugando a las prendas en el patio de un pensionado, con una cinta de terciopelo negro en el cuello y las trenzas recogidas en una redecilla... ¿Cómo habría sido su juventud? Nunca hablaba de ella. No se le preguntaba. ¿Se sabía siquiera su nombre de pila? Ni siquiera se le llamaba por su apellido. Se le designaba por su función: se decía «Señorita» como se decía «la portera» o como se decía «el ascensor»... Durante veinte años seguidos había vivido con un terror devoto bajo la tiranía del señor Thibault. Durante veinte años seguidos, difuminada, silenciosa e infatigable, había sido el eje de la casa, sin que nadie pensara en agradecerle su puntualidad y sus desvelos. Toda su vida había sido una existencia impersonal de consagración, de abnegación, de entrega de sí misma, de modestia, de ternura comedida y discreta apenas correspondida.

«Gise tiene que haberlo sentido», se dijo Antoine.

No estaba muy seguro, pero deseaba convencerse de ello: necesitaba el dolor de Gise para reparar una larga injusticia.

«Voy a tener que escribirle —pensó, malhumorado. (Desde la movilización había reducido su correspondencia a lo estrictamente indispensable, y, desde que estaba enfermo, había renunciado a escribir casi por completo: de vez en cuando algunas palabras en una tarjeta postal dirigida a Gise, a Philip, a Studler o a Jouselin...)—». Voy a enviarle un largo telegrama de pésame —decidió—. Eso me proporcionará algunos días de margen para la carta... ¿Para qué me dirá la hora del entierro? ¡No se le habrá ocurrido pensar que voy a hacer el viaje!...»

No había vuelto a poner los pies en París desde el principio de la guerra. ¿Qué hubiera hecho allí? Aquéllos a quienes le hubiera gustado volver a ver estaban movilizados como él. Encontrar de nuevo la casa, el piso vacío, el local de los laboratorios abandonado, ¿para qué? Sus períodos de permiso los había cedido siempre a los demás. En el frente, estaba por lo menos obligado a una vida activa y ordenada que le ayudaba a no pensar. Sólo una vez, en Abbeville, antes de la ofensiva del Somme, había aceptado su permiso y había marchado a enterrarse, completamente solo, en Dieppe, a finales del invierno. Pero dos días después de su llegada había vuelto a coger el tren, reincorporándose a su unidad, de tanto como le

pesaba su inacción en esta ciudad que apestaba a pescado, batida noche y día por un viento húmedo e infectada de heridos ingleses... No había vuelto a ver a Gise (ni a Philip, ni a Jenny, ni a nadie), desde la movilización. Ni siquiera había consentido en que Gise viniera a verle a Sant-Dizier, durante su convalecencia, después de su primera herida. Las cartas, cariñosas y lacónicas, que se cambiaban cada dos o tres meses, le bastaban perfectamente para conservar un mínimo de contacto con el mundo de la retaguardia y con el pasado.

Por correspondencia había sabido el embarazo de Jenny y por correspondencia había tenido la confirmación definitiva de la muerte de Jacques. En el transcurso del invierno de 1915, Jenny, con la cual ya había cambiado algunas cartas, y cartas bastante íntimas, le había escrito que deseaba marchar a Ginebra. Daba a este viaje un doble objeto: quería dar a luz allí, sola, lejos de los suyos, y quería aprovechar su estancia en Suiza para hacer algunas investigaciones acerca de la muerte de Jacques, muerte que hasta entonces resultaba bastante misteriosa. En los medios revolucionarios en los cuales Jenny había permanecido en relación había corrido el rumor de que Jacques había desaparecido en los primeros días de agosto, en el curso de una «misión peligrosa». Antoine tuvo entonces la idea de que Jenny fuera a ver a Rumelles. El diplomático estaba movilizado en París, en su puesto del Quai d'Orsay. Sin gran trabajo había procurado a la joven los salvoconductos necesarios. En Ginebra, Jenny había encontrado a Vanheede. El albino la había ayudado en sus investigaciones. La había acompañado a Basilea, presentándola a Plattner. Gracias al librero, la joven había obtenido por fin detalles precisos acerca de los últimos días de Jacques, conociendo la redacción del manifiesto, la cita con el avión de Meynestrel y el despegue hacia el frente de Alsacia en la mañana del 10 de agosto. Plattner no sabía más. Pero Antoine, puesto al corriente por Jenny, lanzó a Rumelles sobre esta pista. Y así fue cómo, después de vanos sondeos entre las listas de prisioneros en los campos alemanes, Rumelles había terminado por descubrir en los archivos del Ministerio de la Guerra, en París, una nota procedente del Cuartel general de una división de infantería y fechada precisamente el 10 de agosto. Esta nota, relativa al repliegue de las tropas en Alsacia, señalaba que un avión en llamas se había abatido sobre las líneas francesas. Los restos humanos, carbonizados, no habían permitido ninguna identificación; pero por la armadura del aparato era posible afirmar que se trataba de un avión no armado, de fabricación suiza, y el informe añadía que entre los fardos de papel calcinado se habían conseguido descifrar los fragmentos de un manifiesto violentamente antimilitarista. No cabía duda: los restos humanos eran los de Jacques y su piloto... ¡Inepto final! Antoine nunca había podido enjuiciar las condiciones absurdas de esta muerte. Incluso hoy, después de cuatro años, le producía más irritación que pena.

Se levantó, descolgó la palmeta, aplastó furiosamente una docena de moscas y trató de ahuyentar a las demás a golpes de toalla; pero un acceso de tos le hizo quedarse quieto, doblado por la cintura y con las manos apoyadas en el respaldo del

sillón. Cuando pudo reincorporarse, empapó de trementina una compresa y se la aplicó algunos instantes sobre el pecho. Luego, aliviado momentáneamente, fue a coger dos almohadas de la cama y con el busto erguido para evitar la hipóstasis, comenzó con precaución sus ejercicios respiratorios, cogiéndose la laringe entre el pulgar y el índice, y esforzándose por emitir sonidos bien claros, en un tono cada vez más sostenido.

—A... E... I... O... U...

Su mirada vagaba de aquí para allá, a través de la habitación. Ésta era pequeña y de una vulgaridad aplastante. Esta mañana la brisa del mar agitaba la persiana y las luces se reflejaban danzarinas sobre las paredes laqueadas, de color ladrillo, desnudas hasta el friso de listones achocolatados, que se ondulaba bajo la cornisa. Encima del espejo del lavabo una hilera de seis *girls* americanas, con cuellos de marinero, recortadas de alguna revista, levantaba seis piernas con los pies estirados: último vestigio de la decoración artística con la que el predecesor de Antoine había adornado el 53 antes de morir; decoración que Antoine había conseguido hacer desaparecer, a excepción de estas seis *girls* frenéticas, colocadas demasiado alto para que pudiera alcanzarlas sin un esfuerzo imprudente. Siempre había tenido la intención de hacer proceder a esta última ejecución por Joseph, el encargado del piso; pero Joseph era de poca estatura, el escabel estaba en la planta baja y Antoine había preferido no pensar más en este asunto. Sobre la estrecha mesa de pino, en la que ocupaba lugar preferente una escupidera de porcelana y en la que entre frascos y botes de medicamentos se amontonaban periódicos atrasados, revistas, mapas del frente y discos, apenas si le quedaba sitio para abrir su agenda todas las noches, para anotar en ella las observaciones clínicas de la jornada. Otros frascos de medicinas atestaban la repisa de cristal del lavabo. Entre la mesa y un armario blanco de madera (que contenía su ropa blanca y sus cosas) estaba puesta de pie una maleta vacía, en la que todavía se leía, aunque algo borrosa, la inscripción reglamentaria: DOCTOR THIBAULT. —MAYOR EN EL 2.º BATALLÓN. La maleta servía de pedestal a un gramófono estropeado.

Pronto haría cinco meses que Antoine, confinado en esta celda rosácea, vigilaba las fluctuaciones de su enfermedad y acechaba en vano algún síntoma definitivo de curación. Casi cinco meses... Aquí había sufrido, contado los minutos, comido, bebido, tosido, empezado lecturas que nunca había terminado, pensado en el pasado, en el porvenir, recibido visitas, bromeado, discutido hasta el agotamiento acerca de la guerra y de la paz... Había tomado rabia a esta cama, a este sillón, a esta escupidera, testigos de sus horas de fiebre, de ahogo, de insomnio. Afortunadamente, su estado le permitía bastante a menudo salir de la habitación y evadirse de su ambiente. Entonces se refugiaba con un libro que no leía, pero que protegía un poco su soledad, en el paseo de cipreses, o bajo los olivos, y algunas veces incluso al final del huerto, donde el murmullo de la noria daba sensación de frescura. O bien, si se sentía capaz de estar algún tiempo de pie, iba a encerrarse con Bardot y Mazet en el laboratorio. Allí se

encontraba a sus anchas inmediatamente. Bardot le prestaba una bata y lo asociaba a sus manipulaciones. Salía de allí cansado, pero ésos eran los días más agradables para él.

¡Si al menos hubiera podido aprovechar para el futuro este descanso obligado, estas semanas, estos meses que estaba perdiendo aquí en espera de su restablecimiento! En distintas ocasiones había tratado de iniciar algún trabajo personal. Pero siempre sobrevénía una recaída que le obligaba a suspender su esfuerzo antes incluso de que hubiera dado algún resultado. Una idea le obsesionaba sobre todas las demás: condensar en un largo estudio las observaciones que había reunido antes de la guerra sobre las irregularidades respiratorias infantiles en relación con el desarrollo intelectual y la facultad de atención de los niños. Estos documentos formaban ya entonces un conjunto lo bastante rico para permitirle sacar de él un librito o, por lo menos, un documentado artículo de revista, y le corría prisa hacerlo, para que apareciera publicado, ya que este tema estaba «en el aire» y Antoine corría el peligro de que se le adelantara algún otro especialista de niños. Pero si su salud le hubiera permitido este trabajo no hubiera podido llevarlo a cabo, no disponiendo de sus fichas y sus *tests*, que estaban todos en París. Y no había medio de que se los enviaran: su secretario, el joven Manuel Roy, había desaparecido con toda su sección, al segundo mes de guerra, en un ataque bajo Arras; Joussein hacía dos años que estaba prisionero en un campo de Silesia, y en cuanto al Califa, herido en Verdún en 1916 y luego restablecido, aunque habiéndose quedado bastante sordo, se había especializado en radiología y acababa de ser agregado al servicio sanitario del Ejército del Este.

El primer toque de gong que anunciaba la proximidad de la comida le hizo levantarse. Encendió el aplique del lavabo para iluminar el fondo de su garganta. Antes de sentarse a la mesa tomaba generalmente la precaución de hacerse algunas instilaciones con objeto de atenuar la dificultad de la deglución; dificultad que algunos días se hacía tan penosa que tenía que recurrir a Bardot y a su galvanocauterio.

En espera de la segunda llamada, arrimó su sillón a la ventana y levantó la persiana. Ante él se extendía una dilatada superficie de cultivos escalonados, anonada por cumbres rocosas; a la derecha, ondulaba la línea familiar de las colinas, que se sucedían, en una polvareda de sol, hasta el horizonte azul oscuro del mar. Debajo de él estaba el jardín, de donde subían el perfume de las flores y ruido de voces. Se asomó para seguir durante un instante el ir y venir habitual de los enfermos por el gran paseo que resguardaba la hilera de cipreses. Conocía a todos: Goiran y su cómplice Voisenet (los dos únicos enfermos cuyas cuerdas vocales estaban intactas y que hablaban de la mañana a la noche); Darros, con su libro bajo el brazo; Echmann, al que llamaban «el Canguro», y el comandante Reymond, que, en el centro de un grupito de oficiales jóvenes, había desplegado un mapa como todas las mañanas y comentaba el parte. Nada más que viéndolos agitarse y gesticular, creía oírlos y

experimentaba casi el mismo cansancio que si hubiera estado entre ellos.

El gong volvió a sonar y todo el jardín se animó como un hormiguero asustado.

Antoine se incorporó, suspirando. «No hay nada menos agradable que este sonido siniestro —pensó—. ¿Por qué no utilizar una campana, como en todas partes?»

No tenía nada de hambre. Se sentía sin ánimos para bajar una vez más los dos pisos, afrontar una vez más el olor de los comistrajos, el servicio ruidoso, la aglomeración de la eterna *popote*<sup>[2]</sup> para escuchar con sonrisa complaciente las palabras cotidianas sobre los proyectos de Alemania, los cálculos sobre la duración de la guerra, la explicación de las vaguedades del parte..., y todo ello sazonado con las bromas rituales, con recuerdos del frente, historias escabrosas y, peor aún, con ingenuas confidencias sobre el aspecto de ciertas mucosidades o la abundancia de las expectoraciones nocturnas...

Cambiando la chaqueta del pijama por una vieja guerrera con tres galones, de tela blanca, sacó del bolsillo el telegrama de Gise y repentinamente se quedó parado.

«¿Y si fuera?»

No pudo contener una sonrisa. Sabía que no haría nada, y esta certeza interior dejaba a su imaginación en entera libertad de vagabundear a su antojo acerca de este proyecto fantástico. En sí, no hubiera tenido nada de irrealizable. Con las debidas precauciones, no interrumpiendo su tratamiento, preocupándose de llevar un inhalador en su arsenal de drogas, Antoine no corría ningún peligro de empeorar. «Entierro, domingo a las diez...» Bastaría tomar al día siguiente, sábado, el rápido de la tarde para estar en París el domingo por la mañana... Sègre no le negaría, indudablemente, el permiso; ¿no se lo había concedido a Dosse, a pesar de su estado? ... La ocasión era tentadora, en cierto modo... Tentadora, incluso, por lo inesperado...

Se vio repentinamente, como en los tiempos de antes de la guerra —en los tiempos de la vida fácil y de la salud—, sentado solo y silencioso en la mesa bien servida de un vagón restaurante ...

En París podría consultar acerca de su estado a su viejo profesor Philip... Sobre todo, recobraría sus fichas, sus *tests*; se traería una maleta llena de notas, de libros; algo con que trabajar, con lo que podría utilizar por fin esta convalecencia interminable...

¡París! ¡Tres o cuatro días de evasión! ¡Tres o cuatro días sin *popote*!

¿Por qué no, después de todo?

## II

EN el silencio resonó un chasquido y se entreabrió el ventanuco de la hermana tornera. Antoine distinguió una manga de tela azul y una mano apergaminada, en la que brillaba una alianza.

—Todo seguido —murmuró una boca invisible—, en el patio, al extremo del corredor.

El vestíbulo se prolongaba por un pasillo enlosado, vacío y espejeante, que se adentraba en las profundidades mudas del asilo. A la izquierda, reunidas como para una comparsa, dos viejas, sentadas en los primeros peldaños de una escalera y con los hombros cubiertos con unas toquillas negras de *crochet*, hablaban en voz baja, inclinadas una hacia otra.

El patio, soleado en sus tres cuartas partes, estaba desierto. Una capilla ocupaba el fondo. Uno de los batientes de la puerta, abierto, formaba en la fachada un rectángulo de sombra, del cual salían los sones de un armonio. El servicio había empezado. Antoine se acercó. Su mirada, escudriñando en las tinieblas de la capilla, advirtió una hilera de pequeñas llamas. El enlosado estaba más bajo que el suelo del patio, había que descender dos escalones. Antoine se deslizó por entre los empleados de la funeraria, que obstruían el paso. La reducida nave estaba atestada. Reinaba en ella una frialdad de cripta. Trabajosamente, apoyando la mano en la pila del agua bendita, Antoine se puso de puntillas. Delante del altar, mal cubierto con un paño negro, descansaba el féretro, entre cuatro cirios. De pie detrás de este humilde catafalco permanecía, con los brazos cruzados, un hombrecillo con gafas y pelo blanco, junto a una enfermera arrodillada, cuyo rostro estaba oculto por el velo azul; la enfermera volvió la cabeza y Antoine reconoció el perfil de Gise.

«Sin parientes, sin amigos... Nadie más que este imbécil de Chasle... —pensó—. He hecho bien en venir... Jenny no está aquí... Ni la señora de Fontanin, ni Daniel... Mejor. Le diré a Gise que no les avise de mi presencia en París: esto me evitará tener que ir a Maisons-Laffitte.» Se cercioró, por última vez, de que no había ninguna cara conocida en las filas de bancos ocupados por ancianas con pañuelos y algunas religiosas con anchas tocas. No podría permanecer de pie hasta el final... Sin contar con que aquí dentro hacía casi frío... Cuando se disponía a salir crujieron los bancos: la concurrencia se levantaba para ponerse de rodillas. El sacerdote que oficiaba se volvió hacia los fieles, con las manos en alto. Antoine reconoció la alta estatura y la frente despejada del abate Vécard.

Subió los escalones, se encontró de nuevo en el patio, vio un banco al sol y fue a sentarse en él. Sentía un dolor agudo entre los omóplatos. Sin embargo, este largo viaje en tren no le había resultado demasiado fatigoso; había podido tumbarse parte de la noche. Pero el trayecto desde la estación de Lyon al Point-du-Jour, en un viejo taxi, sobre el pavimento pedregoso de los muelles, Je había quebrantado.



«Un ataúd de niño —pensó—. ¡Era tan pequeña!» Volvía a verla, correteando por la casa de la calle de la Universidad, o bien en su habitación, sentada a contraluz en el borde de una silla, delante de su escritorio en marquetería, su «mueble de familia», como decía ella; el único recuerdo que trajo cuando vino a instalarse en casa del señor Thibault. En él guardaba el dinero del mes y, en un cajón «secreto», conservaba todas sus reliquias. Allí era donde guardaba su azofaifa y sus facturas; su papel de cartas y su vainilla; las puntas de lapicero desechadas por el señor Thibault; sus prospectos y sus recetas; su hilo, sus agujas, sus botones, su raticida y su tafetán; sus bolsitas de iris y su árnica, todas las llaves viejas de la casa, y sus devocionarios, y fotografías, y la pomada de pepinos con que se suavizaba las manos y cuyo olor penetrante, mezclado con el de la vainilla, con el del iris, llegaba hasta el vestíbulo cuando el escritorio estaba abierto. Durante mucho tiempo, para Antoine y para Jacques, durante su niñez, este escritorio había tenido el prestigio de un tesoro mágico. Más tarde, Jacques y Gise lo habían bautizado «la tienda de pueblo», porque era como esos establecimientos provincianos en que se encuentra de todo...

Un ruido de pasos le hizo levantar la cabeza. Los hombres de negro habían abierto el segundo batiente e iban poniendo las coronas en el suelo del patio. Antoine se levantó. Los oficios terminaban. Dos religiosas, con delantal azul, tirando de un gran cesto con ruedas cargado de verdura, pasaron con los ojos bajos y se apresuraron a desaparecer en uno de los pabellones que rodeaban el patio. En las ventanas del primer piso se habían levantado los visillos, y las viejas imposibilitadas se instalaban, en camisa, detrás de los cristales. Las asiladas que se podían valer empezaban a salir de la capilla y se agrupaban, renqueando, a ambos lados del portal. El armonio había callado. Una cruz de plata y una sobrepelliz emergieron de la sombra. Apareció el ataúd, llevado por dos hombres. Seguían los niños del coro, luego un viejo sacerdote y después el abate Vécard.

Gise subió a su vez los escalones y surgió a la luz. El señor Chasle iba detrás de ella. Los individuos que cargaban el ataúd se habían detenido para dar lugar a los empleados de la funeraria a colocar otra vez las coronas sobre el féretro. Los ojos de Gise estaban llenos de lágrimas y vueltos hacia la caja mortuoria. En su rostro, apenado, Antoine observó una expresión de madurez que le sorprendió: cuando pensaba en ella, era siempre la chiquilla de quince años lo que evocaba. «No me ha visto... Está bien lejos de sospechar que me encuentro aquí», se dijo, un poco molesto de poder examinarla tan a su sabor sin que ella lo sospechara. Había olvidado que Gise tuviera el cutis tan moreno. «Debe de ser esa banda blanca sobre la frente lo que hace parecer la piel más oscura...»

El señor Chasle, con guantes negros, llevaba en la mano un sombrero de forma anticuada; estiraba el cuello y movía de izquierda a derecha su cabecita de pájaro. De repente, distinguió a Antoine y se llevó bruscamente la mano a la boca, como para ahogar un grito. Gise volvió los ojos; su mirada vino a posarse en Antoine. Le observó unos segundos, como si al principio no lo reconociera; luego corrió a él y

rompió en sollozos. Él la abrazaba con torpeza. Vio a los que llevaban el ataúd reanudar la marcha y se separó dulcemente.

—Ven a mi lado —murmuró la joven—. No te separes de mí.

Se dirigió de nuevo a su sitio y Antoine la siguió. El señor Chasle los veía acercarse, con cara de asombro.

—¿Ah, es usted? —murmuró como en sueños, cuando Antoine le tendió la mano.

—¿Está lejos el cementerio? —preguntó Antoine a Gise.

—Nuestra sepultura está en Levallois... Hay coches —contestó ella, en voz baja.

El cortejo atravesó el patio, lentamente.

Un furgón de dos caballos esperaba en la calle. Gentes del barrio y chiquillos formaban grupo en la acera. Una especie de berlina de tres plazas estaba colocada en lo alto del viejo vehículo, como un palanquín sobre un elefante. Se llegaba a ella por medio de diversos estribos. Las tres plazas estaban reservadas para Gise, el señor Chasle y el maestro de ceremonias; pero este último, cediendo su privilegio a Antoine, subió al pescante, junto al cochero de bicornio. El coche inició la marcha y partió al paso, traqueteando sobre el empedrado del arrabal. Seguían los dos sacerdotes en un coche de duelo. Para izarse, Antoine había tenido que hacer una serie de esfuerzos que le habían irritado los bronquios. Apenas sentado, tuvo un golpe de tos y hubo de permanecer durante un buen rato con la cabeza baja y el pañuelo en los labios.

Gise estaba colocada entre los dos hombres. Esperó a que el acceso hubiera pasado y tocó a Antoine en el brazo.

—Te agradezco que hayas venido. ¡Confíaba tan poco en ello...!

—En estos tiempos hay que esperararlo todo —suspiró, sentenciosamente, el señor Chasle. Se había inclinado para ver toser a Antoine y seguía observándole por encima de las gafas. Levantó la cabeza—. Discúlpeme. Hace un momento me ha costado trabajo reconocerlo. Ha cambiado mucho, ¿no es verdad, señorita Gise?

Antoine no pudo evitar un movimiento de desagrado. Sin embargo, puso buena cara.

—Sí, efectivamente...; he adelgazado un poco... ¡La iverita!...

Gise se volvió, asustada repentinamente por esta voz cavernosa. Desde el primer momento, en el patio, se había sentido bastante conmovida por el aspecto general de Antoine, pero no lo había mirado apenas. Por otra parte, no tenía nada de extraño que le hubiera parecido cambiado, después de estos cinco años de ausencia y con este uniforme. La idea de que tal vez estaba menos afectado de lo que ella había creído se le venía ahora a la cabeza. Nunca había tenido conocimiento de los detalles de esta intoxicación. Sabía que estaba en tratamiento en el Mediodía: «En vías de curación», decía en las cartas.

—¿La iverita? —repitió el señor Chasle, con aire satisfecho y enterado—. Perfectamente. El gas de Ypres. Llamado también *mostaza*... Un descubrimiento moderno... —Seguía mirando a Antoine con curiosidad—. Ese gas le ha dejado

completamente en los huesos... Pero también le ha dado la Cruz de Guerra. Y con dos palmas, hasta mayor información... Es glorioso.

Gise fijó los ojos en la guerrera de Antoine. En sus cartas éste nunca había dicho ni palabra de tales condecoraciones.

—¿Y tus médicos? —insinuó la joven—. ¿Qué dicen? ¿Piensan tenerte todavía mucho tiempo en su clínica?

—Los progresos son muy lentos —confesó Antoine. Se esforzó por sonreír. Quiso añadir algo más y respiró profundamente, pero permaneció callado: los caballos se habían puesto al trote y las sacudidas le cortaban la respiración.

—Nosotros vendemos todo lo necesario, así como la máscara, ni qué decir tiene, en nuestra «Tienda de los Inventos» —dijo de un tirón el señor Chasle, con un gesto invitador.

Gise quiso decirle algo agradable.

—¿Va bien su comercio, señor Chasle? ¿Está usted contento?

—Va marchando, sí; va marchando... ¡Como todas las cosas en estos tiempos, señorita Gise! Hay que adaptarse. Nos han movilizado a todos nuestros inventores, hágase cargo, y en el frente, claro está, no hacen ya nada útil... De vez en cuando hay alguno que tiene una idea. Por ejemplo, nuestro «Juego de la Oca de los Aliados», que acaba de salir... Portátil... Viñetas tomadas de las operaciones: el Mame, los Eparges, Douaumont... Muy apreciado en las trincheras... Hay que adaptarse, señorita Gise...

«De cualquier forma, tú no has cambiado», pensó Antoine.

El furgón, para ir desde el Point-du-Jour a Levallois, había tomado los bulevares exteriores. Esta mañana de domingo se anunciaba luminosa y alegre. El sol ya calentaba. Los soldados holgazaneaban en las fortificaciones. En la puerta Dauphine, las parisinas, con vestidos claros, se dirigían al Bosque, con niños y perros, y a lo largo de las aceras se alineaban los carros cargados de flores. Como antaño.

—¿De qué... ha muerto... la señorita? —preguntó Antoine, con la voz quebrada por los baches.

Gise se volvió, apresuradamente.

—¿De qué? Pobre tía... Estaba muy gastada, como dicen. El estómago, los riñones, el corazón. Hacía semanas que no digería nada. En la última noche el corazón falló bruscamente. —Calló durante algunos segundos—. No puedes imaginarte hasta qué punto se había modificado su carácter desde que estaba en el asilo... No se interesaba nada más que por si misma... Su régimen, su bienestar, su caja de ahorros... Tiranizaba a las criadas y a las religiosas... ¡De verdad que sí! Se quejaba de todo y se creía perseguida. Llegó a acusar a una vecina de haberla robado: toda una historia... ¡Permanecía días enteros sin beber, persuadida de que las hermanas trataban de envenenarla!

Volvió a callarse y se produjo un momento de silencio. No se explicaba bien el mutismo de Antoine, y lo tomaba como un reproche. Porque estos últimos días Gise

se sentía llena de escrúpulos; no cesaba de preguntarse si, efectivamente, había hecho por su tía todo lo que debía. «Se ocupó de toda mi educación —se decía—; y yo, tan pronto como pude dejarla, lo hice, y apenas si iba a visitarla a su asilo...»

—¡Tenemos tanto trabajo en Maisons con nuestro hospital!... —prosiguió, alzando un poco la voz, como para disculparse—. Como puedes comprender, me era muy difícil venir. Sobre todo, estos últimos meses, he estado mucho tiempo sin verla. Y luego, el mes pasado, me escribió la superiora y vine inmediatamente. No lo olvidaré nunca... Pobre tía... La encontré en el fondo de la habitación donde guardaba sus vestidos, sentada sobre una maleta, en camisa y enaguas, con aire extraviado, el gorro blanco sobre sus mechones grises, una media puesta y la otra pierna desnuda. Estaba ya esquelética. La frente abombada; las mejillas, hundidas; el cuello, descarnado... Pero la pierna seguía estando asombrosamente joven e incluso lozana. Una pierna de muchacha... No me preguntó noticias mías ni de nadie. Empezó a quejarse de sus vecinas, de las monjas... Y luego fue a abrir su escritorio, ¿te acuerdas? Quería enseñarme el cajón en que guardaba sus ahorros, «para pagar el servicio». Entonces empezó a hablarme de su entierro. «Ya no volverás a verme. Me moriré.» Y luego me dijo: «Pero no te importe; diré a la superiora que te envíe tu aguinaldo de todas formas.» Traté de bromear: «¡Pero tía, hace ya años que estás diciendo que te vas a morir!» Se enfadó. «¡Quiero morirme! ¡Ya estoy cansada de vivir!» Luego se miró la pierna. «Fíjate qué pequeño tengo el pie. ¡Tú, sin embargo, siempre has tenido patazas de hombre!» Cuando iba a marcharme quise besarla, pero no se dejó. «No me beses. Huelo mal; huelo a vieja...» Y entonces fue cuando habló de ti. Yo estaba ya en la puerta; volvió a llamarme y me dijo: «¿Sabes? ¡He perdido seis dientes! ¡Cortados así, como rabanitos!» Y se echó a reír, alegremente, con aquella risita suya, ¿te acuerdas? «¡Seis dientes! Díselo a Antoine... ¡Y que se dé prisa si quiere volver a verme!»

Antoine escuchaba y no sin emoción; ahora experimentaba una especie de curiosidad por las historias de enfermedad y de muerte. Por otra parte, esta charla le dispensaba de hablar.

—¿Y fue ésa tu última visita?

—No. Volví hace unos diez días. Me escribieron que había recibido los sacramentos. La habitación estaba a oscuras. Ya no soportaba la luz del día... Sor Marta me llevó hasta la cama. La tía estaba acurrucada bajo el edredón, minúscula... La hermana trató de sacarla de su sopor. «¡Es su pequeña Gise!» Finalmente, el edredón se movió un poco. No sé si comprendió ni si me reconoció. Dijo con toda claridad: «¡Qué largo es!» Y añadió, al cabo de un instante: «¿Qué hay de nuevo de la guerra?» Le estuve hablando, pero no contestaba ni parecía comprender. En distintas ocasiones me interrumpió: «¿Entonces? ¿Qué hay de nuevo?» Cuando quise besarla en la frente, me rechazó. «¡No quiero que se me despeine!» Pobre tía... «No quiero que se me despeine», son las últimas palabras que la oí pronunciar...

El señor Chasle se secó los ojos con el pañuelo. Luego volvió a doblarlo

meticulosamente por los mismos dobleces y murmuró entre dientes, con acento de reproche:

—Efectivamente, no había que... ¡No había que despeinarla!

Gise agachó la cabeza rápidamente y a su rostro asomó una sonrisa breve como un relámpago, jovial y maliciosa. Antoine sorprendió esta sonrisa y de repente sintió a Gise muy unida a él; sintió deseos de llamarla «Negrita» y de molestarla, como antaño.

El vehículo franqueó la verja de la puerta Champerret y se detuvo para cumplir las formalidades. En aquel lugar permanecían parados algunos vehículos con cañones y algunas ametralladoras antiaéreas; también había proyectores, vigilados por centinelas y cubiertos con lonas camufladas.

Cuando el cortejo hubo reemprendido la marcha y entró en las calles populosas de Levallois, el señor Chasle dejó oír un suspiro.

—Ah... ¡A pesar de todo, la buena señorita ha sido feliz en el Asilo de la Edad Madura! Eso es lo que yo busco para mí, Señor Thibault: un asilo de hombres, pero bien acondicionado... Y, entonces, ya estaría tranquilo... Ya no tendría que ocuparme de nada... —Se quitó las gafas para limpiarlas. Sus ojos, desprovistos de los cristales, tenían una mirada patética y dulce—. Les dejaría la renta que tengo de su señor padre —prosiguió— y ya estaría descuidado hasta el final... Podría dormir por la mañana y podría pensar en mis cosas... Ya he visitado uno, en Lagny. Pero, para estos tiempos, está demasiado al Este. ¿Se puede estar seguro de algo, con estos *boches*? Y, además, sus sótanos, no; no son verdaderos sótanos. Y en estos tiempos hacen falta verdaderos sótanos... —Pronunciaba; «En estos tiempos» con voz asustada, levantando ante él, como para apartar unos presagios nefastos, sus manos cubiertas con unos guantes negros: unos guantes de piel de Suecia, desgastados y demasiado largos, cuyo material endurecido se retorció en las puntas de los dedos en unos rodetes repugnantes, como caracoles.

Antoine y Gise callaban. Ya no tenían ganas de reír.

—Ya no hay nada seguro ni se tiene tranquilidad en ninguna parte —prosiguió, quejumbroso, el hombrecillo—. Ya no se tiene verdadera tranquilidad sino las noches de alarma, cuando se puede disponer de un verdadero sótano... Allí, se está seguro... En el diecinueve, enfrente de mi casa, tengo un sótano, lo que se dice un buen sótano... —Calló un instante, porque Antoine tosía. Luego terminó—: Las noches de sótano, señor Thibault; ya ve usted, en estos tiempos, son lo mejor.

Los caballos iban al paso para bordear una larga pared.

—Aquí debe ser —dijo Gise.

—Y después, ¿adónde vas? —preguntó Antoine. Apoyaba los hombros con fuerza en el respaldo del armatoste para atenuar las sacudidas, que le hacían daño en los costados.

—Pues a la calle de la Universidad, a tu casa... Duermo allí, desde anteayer... El furgón tiene que llevarme luego allí; está incluido en el precio.

—Trataremos mejor de encontrar un buen taxi —dijo Antoine, sonriendo. Desde que había trepado al palanquín sufría tanto por verse obligado a permanecer en él como temía tener que bajarse. Así, para el regreso, estaba completamente resuelto a buscar otro medio de locomoción.

Gise le miró sorprendida, pero no pidió ninguna explicación.

Por otra parte, el coche acababa de franquear la puerta del cementerio.

### III

—ESTÁN todas bien agarradas. ¿Podrás aguantarlas diez minutos?

—Y veinte, si quieres.

Con ocho ventosas aplicadas sobre su espalda desnuda, Antoine estaba sentado a horcajadas de una silla en su despachito de la calle de la Universidad.

—Espera —dijo Gise—. No vayas a coger frío.

Había dejado su capa de enfermera sobre el respaldo de un sillón; le envolvió con ella los hombros.

«¡Qué dulce y amable es! —pensó Antoine, trastornado al descubrir en si mismo, intacta, una ternura que le confortaba el corazón—. ¿Por qué la he mantenido a distancia estos últimos años? ¿Por qué no le escribía?» De repente pensó en su habitación rosácea del Mousquier. En las seis *girls* que levantaban la pierna encima del espejo, en la aglomeración de las comidas, en los cuidados, llenos de buena intención, pero rudos, de Joseph. «¡Qué magnífico sería poder quedarme aquí con Gise de enfermera...!»

—Dejo las puertas abiertas —dijo la joven—. Si necesitas algo, llámame. Voy a preparar la *popote*.

—¡La *popote*, no! —dijo Antoine con brusquedad—. ¡No y no! ¡Ya estoy harto de tanta *popote*, en cuatro años!

Gise sonrió y salió, dejándolo solo.

Solo, con esta sensación de un hogar recobrado, con este sueño de una dulzura femenina en su cabecera.

Solo, también, con el «olor»: éste se había apoderado de él, nada más al entrar, cuando cruzaba el recibimiento para colgar maquinalmente el quepis de aquella percha de la izquierda en la que antes colgaba el sombrero, y desde entonces, a cada momento, ensanchaba la nariz con una curiosidad nunca satisfecha, para olisquear estos efluvios de su casa, olvidados y, sin embargo, reconocidos tan pronto, flotantes, indistintos, imposibles de analizar, que emanaban a la vez de la pintura, de la alfombra, de las cortinas, de los sillones y de los libros, y que impregnaban sutilmente todo el piso, mezcla de diez aromas distintos: lana, lejía, tabaco, cuero, farmacia...

El regreso del cementerio, el rodeo por la estación de Lyon para recoger en ella su maleta, le habían parecido interminables. Su dolor de costado había ido en aumento; el jadeo redoblaba y, al apearse del taxi delante del portal, se había reprochado amargamente haber emprendido este viaje. Afortunadamente, llevaba consigo sus medicamentos y, nada más al llegar, había podido ponerse una inyección de oxígeno, que había atenuado la disnea. Luego, de acuerdo con sus indicaciones, Gise le había puesto estas ventosas; ya comenzaban a hacer efecto: los bronquios estaban más libres y la respiración se hacía más fácil.

Inmóvil, con la espalda encorvada, los brazos enflaquecidos cruzados sobre el respaldo de la silla y apoyando la barbilla sobre los brazos, paseaba en torno suyo una mirada conmovida. No había previsto que sentiría tanta emoción al ver de nuevo su casa, al ver de nuevo su cuarto de trabajo. No había cambiado. En un abrir y cerrar de ojos, Gise había quitado las fundas, colocado los sillones en su sitio y bajado a medias la persiana. Nada había cambiado y, sin embargo, todo era imprevisto: esta habitación en que antes acostumbraba a estar le era a la vez familiar y extraña, como esos recuerdos de la infancia que surgen de improviso, con una precisión alucinante, después de años de olvido total. Sus miradas vagaban amistosamente sobre la magnífica alfombra color tabaco, sobre los sillones de cuero, el diván, los almohadones, la chimenea y su reloj, los ornamentos, los estantes de su biblioteca. «¿Habré podido realmente dar tanta importancia al mobiliario de esta casa?», se dijo. De cada uno de estos libros, en los que, indudablemente, no había pensado desde hacía cuatro años, recordaba el título exacto, como si los hubiera tenido en sus manos la víspera. Cada mueble, cada objeto —el velador, el cortapapeles de concha, el cenicero de bronce con su dragón, la tabaquera—, le recordaba un momento de su vida, la época y el lugar en que lo había comprado; la gratitud de un cliente después de una enfermedad, cuyas fases recordaba aún; un gesto de Anne, una reflexión del Califa, un recuerdo de su padre. Porque este despacho había sido el cuarto de aseo del señor Thibault. No tuvo más que cerrar los ojos para ver de nuevo el gran lavabo de caoba maciza, el armario de luna, el baño de pies de cobre, el sacabotas, de pie en su rincón... Y tal vez se hubiera sentido menos sorprendido si hubiera vuelto a encontrar esta habitación tal como la había conocido durante toda su infancia, que viéndola tal como estaba hoy, transformada por él.

«Es extraño —pensó—. Ya antes, al pasar por el portal, he sentido la impresión de que entraba en casa de padre y no en la mía...»

Volvió a abrir los ojos y distinguió el teléfono en la mesita baja del diván. El hombre joven, que tantas veces había telefoneado aquí, se alzó ante él, floreciente, orgulloso de su fuerza, autoritario, siempre con prisa, incansablemente dichoso de vivir y de obrar. Entre este hombre y él había cuatro años de guerra, de encono, de meditación; había meses de sufrimiento, una decadencia momentánea, un envejecimiento precoz que no se dejaba olvidar ni un instante. Agotado de pronto, apoyó la frente sobre los brazos. El presente se borraba ante el pasado. Su padre, Jacques, la señorita: todos habían desaparecido. La antigua existencia familiar se le apareció a través del prisma de la juventud y la salud. ¿Qué no hubiera dado por recobrar este ayer? El sentimiento de lo que ya no existía se mezclaba con la tristeza de hoy. Estuvo a punto de llamar a Gise para huir de su soledad. Pero todavía era capaz de dominarse. De mirar la realidad cara a cara. Todo esto era cuestión de salud. Lo primero: recobrar la salud. Resolvió tener cuanto antes una conversación formal con su maestro, el profesor Philip, y buscar con él un tratamiento más activo y más rápido. El que seguía en el Mousquier tenía que ser debilitador a la larga. No era



natural que se hubiese quedado tan débil; Philip le ayudaría a recuperar las fuerzas. Philip... Gise... Sus ideas se hicieron confusas. Llevar a Gise a Mousquier... Curarse... Repentinamente, se quedó dormido.

Cuando despertó, algunos minutos más tarde, Gise le miraba, sentada en el brazo de un sillón. La atención, con una pizca de inquietud, fruncia sus cejas. Antoine leyó perfectamente lo que ella pensaba en aquel rostro sereno que nunca había sabido disimular bien.

—Me encuentras acabado, ¿no es verdad?

—No; más delgado.

—Del otoño a aquí he perdido nueve kilos.

—¿Te encuentras ya algo mejor?

—Mucho mejor.

—Todavía tienes la voz un poco... velada. —(De todos los cambios que observaba en él el que más la conmovía era esta debilidad, este enronquecimiento de las cuerdas vocales.)

—Pues en este momento no es nada. Hay veces, sobre todo por la mañana, en que estoy completamente afónico.

Hubo un momento de silencio, que la joven rompió saltando al suelo.

—¿Entonces, las quitamos?

—Como quieras.

Gise acercó una silla, se sentó junto a él, pasó las manos por debajo de la capa para que no se enfriara y fue desprendiendo las ventosas con suavidad. Según las quitaba las iba dejando en el regazo; luego recogió los picos del delantal y se llevó los cristales para secarlos.

Antoine se puso de pie, comprobó que respiraba mucho más libremente, examinó en el espejo su espalda huesuda, cubierta de redondeles violáceos, y se vistió.

La joven acababa de poner la mesa cuando Antoine se reunió con ella.

Paseó la mirada por el amplio comedor, las veinte sillas alineadas, el tablero de mármol donde antaño oficiaba León y declaró:

—Tan pronto como termine la guerra, venderé la casa.

Gise se había vuelto, sorprendida, con los ojos fijos en él y un plato en la mano.

—¿La casa?

—No quiero conservar nada de todo esto. Alquilaré un piso pequeño, sencillo y práctico... Y...

Sonrió. No sabía exactamente lo que haría, pero una cosa sí era segura: contrariamente a lo que había creído esta mañana, no reanudaría su tren de vida de antaño.

—Escalopes, macarrones con mantequilla y fresas... ¿Te apetece? —preguntó la joven, renunciando a comprender la antipatía de Antoine hacia un ambiente que había creado totalmente a su gusto. La joven tenía poca imaginación y nunca se preocupaba

demasiado de los planes para el futuro.

—Te has tomado demasiadas molestias, hada hechicera —dijo Antoine, inspeccionando la mesa.

—Todavía faltan diez minutos. Y no he encontrado servilletas.

—Voy a buscarlas.

En el cuarto ropero había una cama plegable, abierta y con la ropa en desorden. En el hueco del colchón vio un rosario. Sobre una silla había algunos vestidos.

«¿Por qué no habrá cogido la otra habitación?», se preguntó.

Abrió un armario, luego otro y después un tercero. Los tres armarios estaban llenos de ropa blanca completamente nueva: sábanas, fundas de almohada, toallas de felpa, gamuzas, delantales de cocina; las docenas estaban todavía atadas con las cuerdas encarnadas del proveedor. Se encogió de hombros. «Todo esto es absurdo... Lo estrictamente necesario. ¡Todo lo demás, al Hotel de Ventas!» Sin embargo, cogió una pila de servilletas y sacó dos del montón. «¡Ahora lo comprendo, demonio! Se ha instalado aquí para no acostarse en la antigua habitación de Jacques...»

Salió de nuevo al corredor, con paso cansino, tocando aquí y allá la pintura laqueada de las paredes, entreabriendo las puertas que se ofrecían a su paso y echando una mirada curiosa al interior, como si visitara una casa ajena.

Al llegar al recibimiento se detuvo ante la puerta de dos hojas de su gabinete de consulta. Dudaba de entrar aquí. Por fin dio la vuelta a la manija. Las ventanas estaban cerradas. Habían puesto los muebles enfundados delante de las librerías. La habitación parecía todavía mayor. La luz que se deslizaba por las rendijas de las ventanas esparcía claridad difusa, como en esos grandes salones pueblerinos en los que no se entra sino en los días de recepción.

De repente recordó los últimos días de julio de 1914, los periódicos que traía Studler, las discusiones, la angustia... Y las visitas de su hermano... ¿No había Jacques venido aquí, con Jenny? ¿El mismo día de la movilización?...

Apoyado en el marco de la puerta, con el busto inclinado, aspiraba lentamente: el «olor» estaba aquí mejor conservado, más penetrante que en el resto de la casa; un poco diferente también, más aromático... En el centro, el gran escritorio ministro, oculto bajo una sábana, parecía un catafalco de niño.

«¿Qué se les habrá ocurrido meter aquí dentro?»

Se decidió a entrar y levantar la tela. El escritorio desaparecía bajo una montaña de paquetes y folletos. Desde el principio de la guerra era aquí donde la portera depositaba todo el revoltijo de impresos, prospectos, periódicos, revistas y las múltiples muestras que enviaban los laboratorios. «¿A qué huele aquí?», se dijo. Al olor familiar se mezclaba aquí un perfume especial, pesado, vagamente balsámico.

Maquinalmente rompió las fajas de algunos periódicos profesionales, para hojearlos. Y, de repente, pensó en Rachel. ¿Por qué? ¿Por qué no en Anne? ¿Por qué precisamente en aquella que nunca había entrado en esta casa y cuyo recuerdo no había evocado desde hacía meses? «¿Qué habrá sido de ella? ¿Dónde podrá estar? En

algún lugar de los trópicos, con su Hirsch, lejos de Europa y lejos de la guerra...» Dejó sobre la chimenea algunos folletos que quería llevar al Mousquier. «Los médicos que acaparan ahora estas revistas son todos viejos, no movilizados... ¡Menuda bicoca! La aprovechan, rebuscando en el fondo de sus cajones...» Leía por encima los sumarios. De vez en cuando, desde una ambulancia del frente, un joven encontraba tiempo para enviar un informe sucinto sobre un caso curioso, sobre todo los cirujanos... «La guerra habrá servido al menos para esto, para hacer progresar la cirugía...» Permanecía aquí, pizcando en el montón, pescando aquí y allá un folleto que arrojaba a la chimenea. «Si al menos pudiera poner en limpio mi artículo acerca de los desarreglos respiratorios infantiles, Sébillon me lo publicaría seguramente en su revista...»

Un paquete, distinto de los otros, atrajo su atención a causa de los sellos multicolores que lo cubrían. Lo cogió e inmediatamente lo olfateó; de nuevo volvieron a intrigarle repentinamente aquellas emanaciones aromáticas que observara momentos antes. Con la nariz palpitante descifró el nombre del remitente: «Srita. Bonnet. Hospital de Conakry. Guinea Francesa.» Los sellos estaban matados: «Marzo, 1915.»

Tres años. Extrañado, daba vueltas al paquetito y lo sopesaba. ¿Un medicamento? ¿Un perfume? Rompió el bramante y sacó del papel una caja rectangular, de madera rojiza, claveteada por todas sus caras. «Hum... Difícil de abrir...» Buscó con los ojos una herramienta. Ya iba a renunciar a satisfacer su curiosidad, cuando recordó que llevaba la navaja en el bolsillo. La hoja chirrió en la ranura, una ligera presión y la tapa cedió. Un perfume violento subió hasta él; un perfume de pebetero oriental, de buenjuí, de incienso; un perfume conocido y que, sin embargo, no conseguía identificar. Prudentemente, con el borde de la uña, apartó la capa de serrín: aparecieron unos huevecillos amarillentos, brillantes y llenos de polvo. Y, súbitamente, el pasado le saltó a la cara: estas cuentas amarillas... ¡El collar de ámbar y almizcle! ¡El collar de Rachel!

Lo tenía entre sus dedos y lo limpiaba con precaución. Sus ojos se habían humedecido. ¡Rachel! Su cuello blanco, su nuca... El Havre, la partida del *Romania* al amanecer... ¿Pero por qué este collar? ¿Quién era esta señorita Bonnet, de Conakry? Marzo de 1915... ¿Qué quería decir todo esto?

Oyó andar en el corredor y rápidamente se guardó el collar en el bolsillo.

Gise le buscaba para comer. Se detuvo en el umbral y olfateó el aire.

—Qué olor más extraño...

Antoine volvió a correr la sábana sobre el montón de folletos y de medicamentos.

—Aquí es donde amontonan todas las especialidades farmacéuticas ...

—¿Vienes? Ya está preparado.

La siguió. En el fondo del bolsillo, en el hueco de su mano, sentía entibiarse las perlas frías. Pensaba en el cuerpo blanco y rubio de Rachel.

## IV

TAN pronto como estuvieron instalados uno junto a otro en un extremo de la enorme mesa, Gise adoptó una actitud determinada.

—Ahora, háblame en serio de tu salud.

Antoine hizo una mueca. Se sentía más que inclinado a hablar de sí mismo, de su enfermedad y de su tratamiento; pero no le disgustaba hacerse rogar y contestó sin apresurarse a las primeras preguntas de la joven. Pronto se dio cuenta de que estas preguntas no eran desacertadas. Esta pequeña Gise, a la que siempre había tenido tendencia a tratar como a una niña, había adquirido en sus tres años de hospital bastante competencia. Se podía hablar de Medicina con ella. Un lazo más entre ellos... Animado por la atención que la joven le prestaba, Antoine hizo una exposición de su caso y pasó revista a las diversas fases por las que había atravesado en los últimos meses. Si ella hubiera parecido tomar a la ligera lo que decía, si hubiera creído oportuno prodigarle frases alentadoras, Antoine hubiera exagerado inmediatamente su preocupación. Pero le había escuchado con un rostro tan atento, fijaba en él una mirada tan preocupada, tan escrutadora, que Antoine, por el contrario, adoptó un tono tranquilizador para terminar.

—En resumidas cuentas, que acabaré por salir bien de ésta —(Y, efectivamente, ésta era en el fondo su idea)—. Será más o menos largo —prosiguió, sonriendo con confianza—. Pero en cuanto a salir de ésta, eso desde luego: saldré... Sólo que ¿llegaré a restablecerme del todo? Imagina que quede enfermo de la laringe o muy débil de las cuerdas vocales, ¿podré ejercer como antes?... Compréndelo; no me basta con tener la certeza de vivir. No me gustaría hacer en el futuro la vida de un hombre disminuido. ¡Quisiera estar seguro de recobrar mi magnífica salud de antes! Y esto es menos cierto...

Gise había dejado de comer, para escuchar mejor y comprender mejor. Le miraba con sus ojos grandes, asombrados, inmóviles, infantiles y fieles como los de los seres primitivos. Este tierno interés, del que estaba privado desde hacía años, le parecía muy dulce. Dejó oír una risa tranquilizadora.

—Es menos cierto, pero no imposible. ¡Con tenacidad, hay pocas cosas imposibles!... Hasta ahora, todo lo que he pretendido verdaderamente, lo he hecho. ¿Por qué no he de conseguirlo también esta vez?... Quiero curarme. Me curaré.

Había forzado la voz en estas últimas palabras y hubo de detenerse para toser. El acceso fue bastante fuerte y duró un minuto largo, durante el cual Gise, inclinada sobre su plato, le observaba a hurtadillas.

Trataba de tranquilizarse: «Lo que quiere, lo consigue. Sabrá cuidarse y sabrá curarse.»

Cuando hubo pasado la crisis se volvió hacia él. Antoine hizo señas de que prefería permanecer algunos instantes sin hablar.

—Bebe un poco de agua —dijo Gise, llenándole el vaso. E incapaz de demorar la pregunta que le quemaba los labios, añadió—: ¿Cuántos días te quedarás con nosotros?

No contestó. Era un tema que hubiera querido evitar. En realidad, su permiso era de cuatro días. Pero pensaba acortarlo: no tenía el menor deseo de pasar en París cuatro largos días, constreñido a cuidados improvisados y expuesto a cien ocasiones de cansarse.

—¿Cuántos? —insistió la joven, interrogándole con la mirada—. ¿Ocho? ¿Seis? ¿Cinco?

Antoine movió la cabeza en forma negativa. Aspiró profundamente, sonrió y, por último, dijo:

—Me marcho mañana.

—¿Mañana? —Estaba tan decepcionada que su voz vaciló—. Entonces, ¿no vendrás a vernos a Maisons-Laffitte?

—No es posible, mi querida Gise... No es posible por esta vez... Más tarde... En el transcurso del verano, tal vez...

—¡Pero si apenas nos hemos visto! ¡Después de tanto tiempo!... ¿Mañana?... Y ni siquiera puedo quedarme en París contigo: ¡tengo que ir a dormir esta noche a Maisons! Mañana, por la mañana, he de hacerme cargo de mi servicio. ¡Date cuenta! Hace tres días que me marché, ¡y la víspera acababan de llegar seis nuevos!

—Al menos tenemos todo un día para pasarlo juntos —dijo Antoine, conciliador.

—¡Pero si eso también es imposible! —exclamó Gise, consternada—. Tengo que ir ahora mismo al asilo. Hay que liquidar en seguida las cosas y los muebles de la tía: necesitan la habitación ...

Los ojos se le llenaban de lágrimas. Antoine recordó inmediatamente sus accesos de desesperación cuando niña. Y de nuevo se le vino a la imaginación esta idea: «¡Qué agradable sería que me cuidara ella y sentir en torno a mí todo este afecto...!»

No sabía qué decir. Él mismo sentía que este encuentro fuera tan corto.

—Tal vez pudiera obtener una prórroga... —insinuó de manera hipócrita—. No lo sé... Pero puedo intentarlo...

Los ojos de Gise se iluminaron instantáneamente y volvieron a reír. Resultaban muy bonitos a través de sus lágrimas... (Y también esto recordaba a Antoine los años pasados.)

—¡Eso es lo que hay que hacer! —decidió la joven, aplaudiendo—. ¡Y vendrás a pasar unos días en Maisons, con nosotros!

«Es todavía una criatura —se dijo Antoine—. Y ése no sé qué de puerilidad, que contrasta con su madurez de mujer, está lleno de encanto...»

Para cambiar de conversación se inclinó con aire interrogativo.

—Y ahora, explícame una cosa. ¿Cómo es que nadie ha venido contigo a París? ¡Maisons no está tan lejos! ¡Y haberte dejado sola para este entierro!

Gise protestó inmediatamente.

—¡Pero es que tú no te haces idea del trabajo que tenemos allí! ¿Cómo quieres que...? ¡Y al marcharme yo, los demás tienen todavía más que hacer!

Antoine no pudo evitar una sonrisa a causa de estos reproches. Entonces, para convencerlo, la joven se lanzó a una voluble explicación acerca de lo que era el servicio del hospital, su vida en Maisons, etcétera.

(Desde mediados de septiembre de 1914, después del Marne, la señora de Fontanin, devorada por la necesidad de ser útil, había formado el proyecto de fundar un hospital en Maisons-Laffitte. Seguía teniendo allí la propiedad de su padre, en el lindero del bosque de Saint-Germain; los inquilinos, unos ingleses, habían abandonado Francia cuando la declaración de guerra; por consiguiente, el viejo chalet familiar estaba libre. Pero, además de ser demasiado pequeño, se encontraba demasiado alejado de la estación y de los sitios de abastecimiento. Entonces fue cuando la señora de Fontanin tuvo la idea de preguntar a Antoine si consentiría en dejarle la casa del señor Thibault, que era mucho mayor que la suya y estaba en mejor sitio. Naturalmente, Antoine había dado su conformidad, escribiendo inmediatamente a Gise, que se había quedado en París, para que se pusiera con las dos criadas a disposición de la señora de Fontanin para transformar la finca. Por su parte, la señora de Fontanin se había procurado la colaboración de su sobrina, Nicole Héquet, la esposa del cirujano, que tenía su diploma de enfermera. Rápidamente había sido constituido un comité de dirección, colocado bajo el control de la Asociación de Socorro a los Militares Heridos. Y, seis semanas más tarde, la villa Thibault, equipada apresuradamente, figuraba con la designación de «Hospital número 7» en los registros de los servicios sanitarios y estaba preparada para recibir su primera honrada de convalecientes. Desde entonces, el Hospital número 7, dirigido por la señora de Fontanin y Nicole, no había descansado ni un solo día.)

A Antoine se le había tenido al corriente de todo esto por carta. Se había sentido contento de que la propiedad de su padre sirviera para algo, y contento sobre todo de que Gise, que le preocupaba estuviera en París sin nada que hacer, hubiera encontrado tan calurosa acogida en la familia Fontanin. Pero, a decir verdad, no había prestado demasiado interés al funcionamiento del Hospital número 7, no más que a la organización del chalet de los Fontanin, convertido bajo la dirección de la robusta Clotilde, la antigua cocinera del señor Thibault, en un curioso falansterio, en el que vivían Nicole y Gise, en el que había varado Daniel después de su amputación y en el que Jenny había venido a vivir con su hijo a su regreso de Suiza. Así pues, escuchaba con curiosidad la charla de Gise; la existencia de este pequeño grupo humano, en el cual no pensaba con demasiada frecuencia, tomaba realidad a sus ojos repentinamente.

—De todos nosotros es Jenny la que más trabaja —explicaba Gise, enfrascada en su tema—. No sólo tiene que ocuparse de Jean-Paul, sino también que dirigir el servicio de lencería, e imagínate lo que es el lavado, el tener que planchar, zurcir, la contabilidad, poner en orden y distribuir diariamente toda la ropa blanca que se

necesita en un hospital de treinta y ocho camas, algunas veces de cuarenta, e incluso de cuarenta y cinco. Se pasa en el hospital toda la tarde, pero se queda en el chalet por las mañanas para cuidar del pequeño... En cuanto a la señora de Fontanin, vive junto a sus enfermos; se ha instalado una habitación encima de los establos; ¿te acuerdas?

A Antoine le resultaba bastante raro oír a Gise (sobrina de la pacata señorita) hablar de Jenny y de su maternidad como de una cosa completamente natural. «Bien es verdad —se dijo— que esto data ya de tres años... Y, además, que lo que sin duda hubiera causado cierto escándalo en otra ocasión, se acepta hoy con mayor facilidad, en la subversión de todos los valores...»

—¡Y a poco más hubieras estado en París sin haber visto siquiera a nuestro pequeño! —suspiró Gise, en tono de reconvención—. Jenny lo hubiera sentido mucho.

—Te hubiera bastado con no decirle nada, tontísima...

—No —repuso la joven, en un tono extrañamente formal, inclinando de pronto la cabeza—. A Jenny no quiero ocultarle nada, nunca.

Antoine la miró, sorprendido, y no insistió.

—¿Estás seguro, por lo menos, de obtener esa prórroga? —preguntó Gise.

—Voy a intentarlo.

—¿Cómo?

Siguió mintiendo.

—Pediré a Rumelles que telefonee a las oficinas militares de las que dependen estas cosas...

—Rumelles... —dijo ella, pensativa.

—De todas formas, tenía intención de visitarlo hoy. No he vuelto a verlo desde... Quiero darle las gracias por las molestias que se tomó por nosotros.

Era la primera vez en la jornada que se aludía a la muerte de Jacques. El rostro de Gise se contrajo bruscamente y lo atezado de su tez se acentuó en ciertos sitios.

(Durante el otoño de 1914 la joven se había negado a creer durante mucho tiempo que Jacques hubiera muerto. El silencio persistente de Jacques, el anuncio de su desaparición por sus amigos de Ginebra, la certeza de Jenny, la de Antoine, todo esto para ella no contaba. «Ha aprovechado la guerra para una nueva evasión —pensaba obstinadamente—. Volverá a nosotros, una vez más.» Y esperaba ansiosamente este retorno haciendo novenas. Fue en esta época cuando se había unido a Jenny. Unión que en un principio había respondido a un cálculo bastante mezquino. «Cuando vuelva Jacques, nos encontrará amigas: haré de tercero en su vida. Y tal vez me agradezca que haya acompañado a Jenny en su ausencia...» Cuando hubo sabido por Rumelles la caída del avión incendiado, cuando hubo leído la copia de la nota oficial, no tuvo más remedio que rendirse a la evidencia. Pero en su corazón una intuición confusa la persuadía de que aquélla no era la verdad exacta. E incluso ahora, algunas veces, se decía: «¿Quién sabe si...?») )

Había vuelto a agachar la cabeza, para no encontrarse con la mirada de Antoine, y, como si todo hubiera vacilado de súbito, permaneció algunos segundos inmóvil, cohibida, conteniendo las lágrimas trabajosamente. Por último, para no estallar en sollozos, se levantó con precipitación y se dirigió a la cocina.

«Cuánto ha engordado —observó Antoine, siguiéndola con la mirada, un tanto molesto por esta turbación que él mismo había provocado sin querer—. ¡Qué caderas! ... Por el busto y el cuerpo parece tener diez años más de los que tiene. ¡Cualquiera diría que ha pasado ya de los treinta!»

Había sacado el collar del bolsillo. Las cuentecillas de almizcle, de un gris plomizo, del tamaño de huesos de cereza, alternaban con las bolas de ámbar, que tenían la forma de las ciruelas, así como el color: ese amarillo oscuro, semiopaco y semitransparente de las ciruelas muy maduras. Manoseaba el collar maquinalmente, en forma automática, y el ámbar se ponía tibio y a Antoine le parecía que acababa de quitar el collar del cuello de Rachel...

Cuando Gise reapareció, trayendo un plato de fresas, la intensidad de su pena se leía aún en su rostro con tanta claridad que Antoine se sintió conmovido. Cuando la joven dejaba las fresas sobre la mesa, acarició en silencio la muñeca morena, abrazada por una pulsera de plata. La joven se estremeció y sus pestañas temblaron... Evitaba mirarle. Se sentó en su sitio y dos nuevas lágrimas se formaron en el borde de sus párpados. Entonces, sin tratar de disimular ya su pena, se volvió hacia él con una sonrisa confusa y permaneció así algunos segundos sin poder hablar.

—Soy tonta —suspiró, por último. Y empezó muy formal a azucarar sus fresas. Pero casi al mismo tiempo dejó el azucarero y se irguió con nerviosismo—. ¿Sabes qué es lo que más me hace sufrir, Antoine? Que nadie, a mi alrededor, pronuncie nunca su nombre... Jenny no deja de pensar en él, lo sé, lo noto; no ama tanto al pequeño, sino porque es hijo de Jacques... Y Jacques está siempre presente entre nosotros; este afecto que siento ahora hacia ella se debe al recuerdo de Jacques. Y ella, ¿por qué me hubiera acogido tan cariñosamente, por qué me trataría como a una hermana, si no fuera por eso? ¡Pero nunca, nunca, me habla de él! ¡Es como un secreto que nos obsesiona a una y a otra, que nos liga para siempre, pero al cual nunca se alude! ¡Y yo me ahogo, Antoine!... Voy a decirte una cosa —prosiguió, con una especie de jadeo—: ¡Jenny es orgullosa y muy difícil! ¡Ahora la conozco bien!... ¡Y la quiero; daría mi vida por ella y por el pequeño! Pero sufro. Sufro de que sea como es, tan hermética, tan..., no sé cómo expresarlo... Mira; creo que está torturada por la idea de que Jacques ha sido menospreciado por todos, excepto por ella. ¡Se figura que es la única que lo comprendió! ¡Y se aferra tenazmente a haber sido la única! Y por consiguiente, se niega a hablar de él con nadie. ¡Sobre todo, conmigo!... Y, sin embargo, sin embargo...

Gruesas lágrimas corrían ahora por sus mejillas, aunque su rostro, repentinamente envejecido, no denotaba ya pena, sino solamente pasión y cólera, con algo de salvajismo que Antoine no acababa de explicarse. Reflexionaba. Estaba sorprendido:



nunca había sospechado que Jenny y Gise hubiesen llegado a ser tan íntimas.

—Nunca he tenido la certeza de que haya sabido... mis sentimientos hacia Jacques —prosiguió Gise, en un tono más bajo, pero con la misma alteración en la voz—. ¡Me gustaría tanto poder hablar a ella con el corazón en la mano! No tengo nada que ocultar... ¡Quisiera que lo supiera todo! Que supiera incluso que si en otra época la he detestado (sí; ¡detestado profundamente!), ahora, por el contrario, desde que ha muerto Jacques, todo lo que sentía por él... —(Su mirada adquirió un brillo metálico)— ...¡lo he puesto en ella y en el hijo de ambos!

Desde hacía un instante, Antoine casi no se preocupaba de escucharla, atento solamente al temblor de estos párpados oscuros, de estas largas pestañas que se levantaban y abatían con lentitud, velando y develando el brillo luminoso de las pupilas, como los rayos intermitentes de un faro. Había puesto el codo sobre la mesa y apoyaba la mejilla en la mano, olisqueando amorosamente las puntas de sus dedos, que permanecían impregnadas de almizcle.

—¡Hoy en día es toda mi familia! —prosiguió Gise, esforzándose por parecer más tranquila—. Jenny me ha prometido que me conservará siempre a su lado...

«¿Se vendría a vivir conmigo, si se lo propusiera?», se preguntó Antoine.

—... Si; me lo ha prometido. Y esto es lo que me ayuda a vivir, a aceptar el futuro, ¿comprendes? Nada en el mundo cuenta ya para mi: nada más que ella ¡y nuestro pequeño!

«No aceptaría», se dijo Antoine. Sin embargo, estaba extrañado de percibir en la vibración de esta voz algunas sonoridades discordantes, que le parecían reveladoras. «Cuántas cosas turbadoras, sin duda —pensaba—, en la intimidad de estos dos corazones de mujer... ¡En estos dos corazones de “viuda”!... Ternura, no lo dudo... Pero también celos. Y odio, en dosis péfidas, con toda probabilidad... Y todo esto constituye una mezcla violenta que se asemeja diabólicamente al amor...»

Gise seguía hablando, y ahora era un monólogo quejumbroso, que la consolaba y que no podía contener.

—Jenny es un ser excepcional... Noble, enérgica... ¡Admirable! ¡Pero qué severa es para con los demás! Así, es severa, e incluso injusta, con Daniel... Y también conmigo; me doy cuenta que ella... ¡Oh, está en su derecho de hacerlo, soy tan poca cosa a su lado! Pero, a pesar de todo, no siempre tiene razón. Se ciega, no tiene confianza sino en sí misma y no admite que se puedan tener otras ideas... ¡Sin embargo, no pido lo imposible! Si no quiere que Jean-Paul sea educado en la religión de su padre, no puedo hacer nada, no la convenceré... ¡Pero entonces, que al menos lo haga bautizar por un pastor! —Su mirada se había hecho dura, y, como hacía antaño la señorita, inclinaba su frente abombada, con movimientos obstinados, y sus labios, apretados, se cerraban a toda conciliación—. ¿No te parece? —exclamó bruscamente, volviéndose hacia Antoine—. ¡Que haga de él un pequeño protestante, si así lo quiere! ¡Pero que no eduque al hijo de Jacques como un perro!

Antoine esbozó un gesto evasivo.

—Tú no conoces a ese pequeño —prosiguió Gise—. ¡Es una naturaleza ardiente, que tendrá necesidad de comprensión!... —Suspiró, e inmediatamente, en otro tono, dolorido, añadió—: ¡Como Jacques! ¡Nada hubiera sucedido si Jacques no hubiese perdido la fe!... —Y de nuevo, con extremada movilidad, su fisonomía se modificó, dulcificándose, mientras que una sonrisa cariñosa iluminaba progresivamente sus ojos—. ¡Se parece tanto a Jacques ese pequeño! ¡Es rubio oscuro, como él! ¡Tiene sus ojos, sus manos!... ¡Y tan voluntarioso ya, a los tres años! Tan reservado algunas veces y otras tan cariñoso... —Todo vestigio de rencor había desaparecido de su voz. Rió alegremente—. Me llama ¡«tía Gi»!

—¿Tan voluntarioso, dices?

—Como Jacques. Y tiene sus mismos arrebatos, ¿sabes? Esos arrebatos repentinos... Y entonces huye a un extremo del jardín, solo, para rumiar no se sabe el qué.

—¿Inteligente?

—¡Mucho! Lo comprende y adivina todo. ¡Y con una sensibilidad! Con dulzura se puede obtener de él cualquier cosa. Pero si se le refrena, si se le prohíbe alguna cosa que haya decidido hacer, arruga el ceño, aprieta los puños y ya no conoce a nadie... Exactamente igual que Jacques. —Permaneció un rato pensativa—. Daniel acaba de hacerle una foto muy buena. ¿No te la ha enviado Jenny?

—No. Jenny nunca me ha enviado ninguna foto de su hijo.

Sorprendida, Gise levantó los ojos hacia él, pareció interrogarle, estuvo a punto de decir algo y renunció a hacerlo. Luego añadió:

—Tengo esa foto aquí, en mi bolso... ¿Quieres verla?

—Sí.

Corrió a buscar su bolso y sacó de él dos pequeñas fotos de aficionado.

En una de ellas, que debía de datar del año anterior, Jean-Paul estaba con su madre: una Jenny un poco más gruesa, con la cara más llena que antes, las facciones tranquilas e incluso austeras. «Se va a parecer a la señora de Fontanin», se dijo Antoine. Jenny llevaba un vestido negro; estaba sentada en la escalinata y estrechaba al niño contra sí.

En la otra, indudablemente más reciente, Jean-Paul estaba solo: vestido con un jersey a rayas que moldeaba un cuerpecillo asombrosamente musculado, permanecía de pie, erguido, con la barbilla baja y expresión mohína.

Antoine contempló largamente las dos imágenes. La segunda, sobre todo, le recordaba a Jacques: el mismo pelo, la misma mirada concentrada y penetrante, la misma boca, la misma mandíbula, la fuerte mandíbula de los Thibault.

—Mira —explicaba Gise, de pie, inclinada sobre el hombro de Antoine—, está jugando con la arena. Mira, ahí está la pala; la tiró en un acceso de rabia, porque le interrumpían en su juego; retrocedió hasta la pared...

Antoine levantó la cabeza hacia ella, riendo.

—Entonces, ¿quieres tanto a este pequeño?

Gise no contestó, pero sonrió, y nada tan revelador como esta sonrisa satisfecha, impregnada de ternura.

Sin embargo, una ligera turbación, que Antoine no advirtió, acababa de apoderarse de ella, como siempre que recordaba aquella insensatez que había cometido... (Hacía dos años de esto, incluso más: Jean-Paul era todavía un pequeñuelo sin destetar... Nada gustaba tanto a Gise como tenerlo en brazos, acunarlo y dormirlo en su seno, y cuando veía a Jenny amamantar al niño se apoderaba de ella un sentimiento atroz de envidia y desesperación. Un día de verano, que Jenny le había entregado al pequeño para que lo tuviera —hacía un calor tormentoso y enervante—, cediendo a una tentación insensata, se había encerrado con el pequeñuelo en su habitación y le había dado el pecho. ¡Cómo se había abalanzado sobre ella esta boquita ávida, succionando, mordiendo, martirizándola!... Gise había sufrido durante algunos días a causa de su equimosis tanto como de su vergüenza... ¿Era pecado? No había recobrado algo de tranquilidad hasta después de confesarlo, a medias palabras, y haberse infligido ella misma una larga penitencia. Y nunca había vuelto a hacerlo...)

—¿Tiene muy a menudo esta actitud? ¿Este aspecto de no querer ceder? —preguntó Antoine.

—¡Oh, eso sí; muy a menudo! Sin embargo, aquí era Daniel quien le había interrumpido. Y eso que a Daniel es a quien obedece menos mal. Yo creo que porque es hombre. Si. Adora a su madre, e incluso a mí me quiere mucho. Pero somos mujeres. ¿Cómo decirlo? Ya se da perfecta cuenta de su superioridad de hombre. ¿Te ríes? ¡Te lo aseguro! Se nota en un montón de cosillas...

—Me inclino más a creer que vuestra autoridad se relaja, porque vosotras estaréis siempre con él, mientras que su tío, al que ve menos...

—¿Al que ve menos? ¡Pero si está mucho más con su tío que con nosotras, a causa del hospital! Daniel es quien lo cuida durante casi todo el día.

—¿Daniel?

Gise retiró su mano, que permanecía sobre el hombro de Antoine, se separó ligeramente y se sentó.

—Sí. ¿Por qué? ¿Te extraña?

—Me cuesta trabajo imaginarme a Daniel en ese papel de niñera...

Gise no comprendía; no conocía a Daniel de Fontanin sino desde después de su amputación.

—Al contrario. El pequeño le sirve de compañía. Los días son muy largos en Maisons.

—Pero ahora que está licenciado, se habrá puesto a trabajar.

—¿En el hospital?

—No; en su pintura.

—¿En su pintura? Nunca le he visto pintar...

—¿Y va muy a menudo a París?

—Nunca. Ni siquiera sale del chalet o del jardín.

—¿Le cuesta tanto trabajo andar?

—Oh, no es eso. Incluso hay que mirarle con atención para darse cuenta de que cojea, sobre todo desde que tiene el aparato nuevo... Pero no tiene ganas de salir. Lee los periódicos. Vigila a Jean-Paul, lo hace jugar y lo pasea alrededor de la casa. Algunas veces va a ayudar a Clotilde a pelar los guisantes o la fruta para las conservas. Algunas veces también rastrilla la grava de la terraza. No muy a menudo... Me parece que la suya es una naturaleza de éstas, tranquila, indiferente, un poco dormida ...

—¿Daniel?

—Claro que sí.

—No era en absoluto como tú dices... Tiene que ser muy desgraciado.

—¡Qué tontería! Ni siquiera parece aburrirse. Por lo menos, no se queja nunca. Si algunas veces se muestra un poco malhumorado (con los demás, conmigo nunca), es porque no saben tratarlo. Nicole le gasta bromas, lo irrita sin ninguna razón. Jenny también es poco hábil: le ofende con su silencio, sus asperezas... Jenny es buena, muy buena; pero no sabe demostrarlo: jamás pronuncia la palabra ni hace el gesto que agrada...

Antoine ya no protestaba. Pero tenía un aire tan extrañado que Gise se echó a reír.

—Creo que no conoces bien la naturaleza de Daniel. Siempre ha tenido que ser un poco mimado... ¡Y terriblemente perezoso!

La comida había terminado ya hacía tiempo. La joven consultó su reloj y se levantó con vivacidad.

—Voy a quitar la mesa y luego tendré que marcharme.

Permanecía de pie, ante él, y le miraba cariñosamente. Se sentía desesperada por tenerle que dejar solo y enfermo en esta casa deshabitada. Quería decir algo y no se atrevía. Una sonrisa invitadora y tímida se reflejó en su mirada y llegó hasta su boca.

—¿Y si viniera a buscarte a última hora? ¿Y si pasases la noche en Maisons, con nosotros, en lugar de quedarte aquí completamente solo?

Antoine negó con la cabeza.

—Esta noche, desde luego que no. Hoy tengo que ver a Rumelles. Mañana tengo que ver a Philip. Y, además, tengo que arreglar algunas cosas abajo, tengo que buscar unos expedientes...

Reflexionaba. Bastaba con que estuviera de regreso en Mousquier el viernes por la noche. Por consiguiente, nada le impedía ir a pasar dos días en Maisons-Laffitte.

—¿Y dónde podré dormir allí?

Antes de contestar, la joven se inclinó muy de prisa y lo besó alegremente.

—¿Dónde? ¡En el chalet, ni qué decir tiene! Hay dos habitaciones desocupadas.

Antoine conservaba en la mano la foto de Jean-Paul y de vez en cuando le echaba una mirada.

—Bien, entonces voy a hacer lo necesario para conseguir la prórroga... Y

mañana, a última hora... —Levantó la foto entre sus dedos—. ¿Me la das?

## V

AUNQUE era domingo, Rumelles estaba en su despacho del Quai d'Orsay cuando Antoine, al quedarse solo después de marcharse Gise, le llamó por teléfono. El diplomático se disculpó por no poder disponer de una hora en toda la tarde e invitó a Antoine que fuera a buscarle para cenar.

Antoine llegó al ministerio a las ocho. Rumelles le esperaba al pie de la escalera, donde una bombilla rosácea alumbraba con su luz tenue. En esta penumbra reglamentaria, el ir y venir de los empleados que salían de sus despachos y algunos visitantes tardíos, tomaba un aspecto extraño y clandestino.

—Le llevo a «Máxim's»; así cambiará un poco de su ambiente de hospital —propuso Rumelles, con una sonrisa amablemente protectora, llevando a Antoine hacia uno de los autos con banderín que había en el patio.

—Soy un pésimo comensal —confesó Antoine—; por la noche, no tomo nada más que leche.

—La tienen excelente, en botellas precintadas —afirmó Rumelles, que había decidido cenar en «Maxim's».

Antoine asintió con un movimiento de cabeza. Estaba extenuado por su jornada, que había pasado en su casa escudriñando en sus ficheros y su biblioteca. Esta velada de conversación no dejaba de asustarle. Se apresuró a advertir a Rumelles que le costaba trabajo hablar y tenía que cuidar sus cuerdas vocales.

—Buena noticia para un charlatán como yo —exclamó el diplomático. Adoptaba un tono bromista para no dejar traslucir la penosa impresión que le producían las facciones consumidas y la voz cavernosa de su amigo.

En la sala iluminada del restaurante la delgadez y el mal aspecto de Antoine le conmovieron aún más. Pero evitó preguntarle por su salud con demasiado interés y, después de algunas preguntas deliberadamente imprecisas, se apresuró a cambiar de tema.

—Nada de sopa. Mejor, algunas ostras. Está terminando la temporada, pero todavía son buenas... Ceno aquí muy a menudo.

—Yo también venía aquí —murmuró Antoine. Su mirada se paseó por la sala y se detuvo en el viejo *mâitre d'hôtel*, que esperaba, de pie, el encargo—. ¿No se acuerda de mí, Joan?

—Desde luego que sí, señor.

«Está mintiendo —pensó Antoine—. Antes siempre me llamaba “doctor”...»

—Está tan cerca de mi despacho —prosiguió Rumelles—. Y las noches de alarma resulta bastante cómodo; no tengo sino que atravesar la calle para encontrar un buen refugio en el Ministerio de Marina.

Antoine lo observó mientras confeccionaba su menú. También él había cambiado. Su rostro leonino se había amazacotado, el pelo se le había blanqueado sensiblemente

y en torno a los ojos innumerables estrías surcaban en todos sentidos su piel de rubio envejecido. La mirada seguía siendo azul y animada; pero bajo los párpados inferiores unas bolsas violáceas resaltaban sobre unos pómulos cubiertos de venillas amoratadas.

—Para los postres, ya veré —terminó, con un gesto de fatiga, devolviendo la carta al *maître d'hôtel*. Volvió la cabeza, puso un instante sus manos abiertas sobre la cara, apoyando los dedos en sus párpados ardientes, y suspiró profundamente—. Aquí donde me ve, mi querido amigo, no me he tomado ni un solo día de vacaciones desde la movilización. Estoy agotado.

Esto se apreciaba claramente. El cansancio acumulado se traducían en esta persona nerviosa en una febrilidad extremada. Antoine había dejado en 1914 un Rumelles seguro, dueño de sí mismo, un poco pedante, y que peroraba de buena gana sobre todo lo habido y por haber, pero con un comedimiento estudiado. Cuatro años de trabajo excesivo le habían convertido en este hombre de risa brusca y convulsiva, de mirada inquieta; en este hombre gesticulante que saltaba sin transición de un tema a otro, y cuyo rostro congestionado pasaba repentinamente de una agitación enfermiza al más melancólico abatimiento. Sin embargo, se esforzaba por mostrar buen semblante, como antaño. A cada protesta de cansancio, a cada momento de abandono, sucedía una recuperación momentánea: volvía un poco la cabeza, se alisaba el pelo con ampuloso ademán y exhibía una sonrisa llena de ardor recobrado.

Antoine quiso darle las gracias por su larga indagación acerca de la muerte de Jacques y por la ayuda que había prestado a Jenny cuando ésta quiso ir a Suiza. Rumelles le interrumpió con vehemencia.

—¡Era lo más natural! ¡No se preocupe, mi querido amigo!... —Luego dijo, aturdidamente—: La joven me pareció encantadora... Lo que se dice encantadora...

«Demasiado hombre de mundo para no ser muy a menudo un idiota», pensó Antoine.

Rumelles había cogido la palabra y no la soltaba. Hizo un relato detallado de todas las gestiones que había realizado, como si Antoine no hubiera tenido que ver con el asunto. Todo había quedado grabado en su cabeza con una fidelidad asombrosa: citaba sin el menor titubeo los nombres de los intermediarios y las fechas.

—¡Triste final! —suspiró, para terminar—. ¿No se toma la leche? Se le va a calentar... —Dirigió a Antoine una mirada vacilante, mojó los labios en el vaso, se secó sus bigotes erizados de gato y volvió a suspirar—. Sí, triste final... Lo sentí mucho por usted, se lo aseguro..., pero dadas las circunstancias..., las ideas de usted..., la honorabilidad del nombre..., puede uno preguntarse si (al menos para la familia) este final... no ha sido, en resumidas cuentas, una cosa... más bien afortunada...

Antoine frunció el ceño, sin contestar. Las palabras de Rumelles le herían en lo más vivo. Sin embargo, no tenía más remedio que reconocer que esta idea también se le había ocurrido a él cuando supo la verdad acerca de los últimos días de Jacques. Si;

entonces la había tenido, pero hoy ya no la tenía, e incluso experimentaba una dolorosa confusión al recordar que había pensado así. En estos últimos años de guerra, las reflexiones que se había hecho durante los largos insomnios de la clínica habían creado la mayor confusión en casi todos sus juicios anteriores.

No sentía ningún deseo de abordar con Rumelles estas cuestiones personales. Y aquí menos que en cualquier otra parte. Su presencia en esta sala, a la que con tanta frecuencia había venido a cenar en compañía de Anne, había contribuido a aumentar su malestar desde que entrara. Estaba ingenuamente sorprendido de que hubiera tanta gente en este restaurante de lujo en este cuadragésimo cuarto mes de guerra. Todas las mesas estaban ocupadas, como antaño, en las noches de gran afluencia. Las mujeres eran algo menos numerosas y menos elegantes también; muchas de ellas conservaban su aspecto de enfermeras. La mayor parte de los hombres pertenecía al ejército: bien ceñidos por sus corrajes lustrosos, presumían con sus guerreras cubiertas de cintas multicolores. Algunos oficiales de tropa, de permiso; pero la mayoría oficiales de la Place de París o del Gran Cuartel General. Gran número de aviadores, ruidosos y agasajados, con la mirada triste un poco loca, y que parecían ebrios antes de haber bebido. Un muestrario abigarrado de uniformes italianos, belgas, rumanos y japoneses. Algunos marinos. Pero sobre todo ingleses —guerreras caqui de cuello abierto y camisas impecables—, que venían aquí para cenar con champaña.

—No se le olvide avisarme cuando se esté terminando su convalecencia —dijo Rumelles, amablemente—. Hay que evitar que le envíen de nuevo al frente. Usted ya ha hecho de sobra lo que le correspondía...

Antoine quiso rectificar. Desde el invierno de 1917, época en que se le había dado de alta de sus primeras heridas, se le había destinado a los hospitales de retaguardia. Pero Rumelles seguía hablando.

—Por mi parte, ahora estoy casi seguro de que terminaré la guerra sin salir del Ministerio. Cuando entró Clemenceau estuve a punto de ser enviado a Londres; sin el presidente Poincaré, con quien he seguido estando en excelentes relaciones, y sobre todo, a no ser por la protesta de Berthelot, del que conozco todas las manías y me necesita, hubiera sido desplazado. Evidentemente, la vida allí en estos momentos no hubiera carecido de interés. Pero ya no hubiera estado en el centro de todo, como lo estoy aquí. ¡Lo que es verdaderamente apasionante!

—No me cuesta trabajo creerlo... Usted, por lo menos, es uno de esos privilegiados que pueden comprender algo de los acontecimientos... ¿Y, hasta, quién sabe, si prever un poco el futuro?

—¡Oh! —interrumpió Rumelles—. Comprender, no, y prever, menos aún... A pesar de conocerse las cartas tapadas, mi querido amigo, no se comprende nada de lo que pasa; apenas si, retrospectivamente, se comprende algo de lo que ha sucedido... No crea que un hombre de Estado de hoy en día, ni aun siendo absoluto y tiránico como Clemenceau, tenga influencia directa sobre los hechos. Va a remolque de las circunstancias... Gobernar, en tiempo de guerra, es algo así como pilotar un navío



que hace agua por todas partes: se trata de improvisar, a cada momento, los medios necesarios para cegar las vías de agua más amenazadoras; se vive en un ambiente de naufragio; apenas si se tiene tiempo, de un momento a otro, para marcar la situación, para mirar el mapa e indicar una dirección vaga... Clemenceau hace como los demás: se deja llevar por los acontecimientos y, cuando puede hacerlo, los aprovecha. Lo veo bastante de cerca en el sitio que estoy. Es un fenómeno curioso... —Adoptó un aire pensativo y, con vacilaciones estudiadas, añadió—: Ya ve, Clemenceau es un paradójico mezclado de escepticismo natural... De pesimismo reflexivo... y de optimismo voluntario, ¡pero hay que reconocer que la dosis es magnífica! —Sonrió ladinamente, hasta el rabillo de los ojos, como si le agradara su improvisación y saboreara la calidad de la fórmula que acababa de encontrar. Ahora bien: era evidente que se trataba de una frase hecha que endilgaba desde hacía meses a todo nuevo interlocutor—. Y además —continuó—, este gran incrédulo está sostenido por una fe incommovible: cree, sin lugar a dudas, que la patria de Clemenceau no puede ser vencida. ¡Esto, mi querido amigo, tiene un valor incomparable! Incluso en estos momentos (en que, confesémoslo en voz baja, veo vacilar la confianza de los más optimistas) ¡para este viejo patriota la victoria sigue siendo absolutamente cierta! ¡Cierta, como si, por derecho divino, la causa de Francia no pudiera sino triunfar gloriosamente!

Antoine, tosiendo —en la mesa vecina, un mayor inglés acababa de encender un cigarro—, trató de hablar. Pero la voz era tan débil, ahogada todavía por la servilleta con que se oprimía los labios, que algunas palabras del mayor inglés fueron inteligibles.

—... ayuda americana... Wilson...

Rumelles encontró más sencillo hacer como si hubiera oído. Incluso adoptó un aire especialmente interesado.

—¡Bah! —dijo, acariciándose la mejilla con gesto pensativo—. ¡Para nosotros, el Presidente Wilson...! En Francia y en Inglaterra no tenemos más remedio que fingir una consideración respetuosa hacia las fantasías de ese profesor americano, pero no nos dejamos equivocar por él. Es una inteligencia obtusa, que no tiene la menor noción de lo relativo. ¡Para un hombre de Estado...! Vive en un universo irreal que su imaginación mística ha creado por entero... ¡Dios nos guarde de ver al moralismo simplista de ese puritano venir a estropear los mecanismos sutiles de nuestros viejos asuntos europeos!

Antoine hubiera deseado poder intervenir. El estado de su voz no se lo permitía apenas. Wilson era el único, entre los grandes responsables del momento, que le parecía capaz de mirar más allá de la guerra; el único capaz de pensar en el futuro del mundo. Se contentó con esbozar un enérgico gesto de protesta.

Rumelles sonrió, divertido.

—¿Pero es en serio, mi querido amigo? ¡No se deje sorprender por las pamplinas del Presidente Wilson! Eso puede ser tomado en serio al otro lado del Atlántico, en

un país infantil, semisalvaje. ¡Pero en nuestra vieja y sabia Europa ni hablar! ¡Aclimatar entre nosotros todas esas utopías sería preparar un buen zafarrancho! Nunca se desconfiará lo bastante del mal que pueden provocar algunas palabras grandilocuentes escritas en mayúsculas: «Derecho», «Justicia», «Libertad», etcétera. Sin embargo, en la Francia de Napoleón III debiera saberse a qué desastres conducen las políticas «generosas».

Estiró el brazo, posó sobre el mantel su mano regordeta y pecosa, y se inclinó confidencial.

—Por otra parte, las personas bien informadas pretenden que el Presidente Wilson es mucho menos ingenuo de lo que parece y que personalmente no se engaña a sí mismo con sus «llamamientos»... Este campeón de la «paz sin victoria» tiene, según ellos, la ambición irrealista de aprovecharse de las circunstancias para poner al Viejo Continente bajo la tutela americana, impidiendo a los aliados tomar en los asuntos del mundo el lugar preponderante que una victoria podía asegurarles. ¡Lo que, entre paréntesis, revela una enorme dosis de ingenuidad! ¡Porque hay que ser muy ingenuos para suponer que Francia e Inglaterra aceptarían haberse agotado durante años en una lucha tan ruinosa para no obtener de ella serios beneficios materiales!

Antoine, en su fuero interno, replicaba: «¿Pero es que el establecimiento de una paz auténtica, de una paz por fin duradera, no sería para los pueblos europeos el más “material” de los beneficios de guerra?» Sin embargo, permanecía silencioso. El calor, el ruido, el olor de la comida, mezclado con el humo del tabaco, le producían un malestar creciente. Su opresión iba en aumento. «¿Por qué estoy aquí? —pensaba, enfurecido consigo mismo—. ¡Pues sí que me estoy preparando una buena noche!»

Rumelles no se daba cuenta de nada. Parecía encontrar un placer personal en denigrar a Wilson. En los pasillos del Quai d’Orsay era, desde hacía meses, el blanco en que se ensañaba la verborrea de todos estos señores. Interrumpía sus frases con una risa gangosa, vengativa, y se agitaba en su silla como si estuviera sentado sobre una mata de cardos.

—Afortunadamente, el Presidente Poincaré y Clemenceau, como buenos realistas y buenos latinos que son, han comprendido no solamente la insensatez de sus quimeras, sino también la secreta megalomanía del Presidente Wilson... ¡La cual puede ser utilizada con fines aprovechables! Lo importante, en la hora presente, es obtener de América tanto petróleo, tanto material, tantos aviones y tantos hombres como sea posible. Para esto hay que tener mucho cuidado de no contradecir al poderoso proveedor. E incluso, si hace falta, aprobar complacientemente sus manías, como se hace con los locos tranquilos. Y a fe mía que, hasta ahora, los resultados de esta táctica son apreciables... —Inclinó el busto hacia Antoine y le murmuró al oído —: ¿Sabe usted que ha sido gracias a las dos mil toneladas de gasolina que nos ha facilitado en algunas semanas y gracias a los trescientos mil hombres que nos envía todos los meses como se ha podido paliar el golpe este año, después del desastre inglés en Picardía?... No hay sino que seguir halagando las manías quiméricas de

este Lohengrin con lentes... ¡Cuando tengamos en nuestro territorio francés un fuerte ejército americano para hacer el relevo, entonces podremos respirar un poco y esperar, en calidad de espectadores, a que América nos saque las castañas del fuego!

Antoine, pensativo, miraba a Rumelles atacar su *tourneados* que había pedido: «apenas cocido». Levantó la mano, como para pedir la palabra.

—¿Entonces, usted cree... en varios años de guerra todavía?

Rumelles separó el plato y se recostó ligeramente.

—Varios años, no; en realidad, no lo creo. Creo incluso que pudiéramos tener agradables sorpresas... —Se miró un instante las uñas, en silencio—. Escuche, Thibault —prosiguió, bajando de nuevo la voz para no ser oído por los vecinos—. Lo recuerdo. Fue en febrero de mil novecientos quince. Deschanel, una noche, declaró delante de mí: «La duración y las peripecias de esta guerra son incalculables. Para mí, es la reanudación de las guerras de la Revolución y del imperio. ¡Tal vez haya treguas, pero la “paz final” está muy lejos!» Pues bien: en aquel momento creí que se trataba de una chanza. Hoy... Hoy estoy muy cerca de considerarlo como una visión profética. —Hizo una pausa, jugueteó un instante con el salero, y añadió—: Hasta el extremo de que si mañana, después de un éxito aplastante de los aliados, los centrales propusieran deponer las armas, yo pensaría como Deschanel: aquí está «la tregua», pero «la paz final» está todavía lejos.

Suspiró, y sin abandonar este tono de lección bien aprendida, que tanto molestaba a Antoine, se lanzó a un brillante resumen de las distintas fases de la guerra desde la invasión de Bélgica. Así decantados, reducidos a esquemas muy concretos, los acontecimientos se encadenaban con una lógica impresionante. Hubiérase dicho que era el relato de una partida de ajedrez. Esta guerra —que Antoine había hecho personalmente, día a día— se le aparecía de repente a través del tiempo y bajo su aspecto histórico. En la boca elocuente del diplomático, el Marne, el Somme y Verdún —estos nombres que, hasta entonces, evocaban para Antoine recuerdos concretos, personales y trágicos—, despojados repentinamente de su realidad, se convertían en los jalones precisos de una exposición técnica, en el encabezamiento de los capítulos de un manual para las generaciones futuras.

—Hemos ahora en mil novecientos dieciocho —terminó Rumelles—. La entrada de los Estados Unidos en la guerra es el estrechamiento del cerco, la desmoralización de los pueblos germanos. Lógicamente, supone su derrota inevitable. Ante este hecho nuevo podían escoger entre dos actitudes: negociar una paz precaria, cuando aún era tiempo, o bien reemprender desesperadamente la ofensiva, para tratar de vencer antes de la llegada masiva de los americanos. Han optado por la ofensiva. De aquí el formidable topetazo de marzo, en Picardía. Una vez más ha faltado poco para que lo consiguieran. Por consiguiente, vuelven a la carga. Y así estamos. ¿Triunfarán esta vez? Es posible: nada permite afirmar que no nos veremos obligados a pedir la paz antes de que llegue el verano. Pero si fracasa, habrán jugado su última carta. Entonces habrán perdido la guerra. Sea que esperemos pasivamente el momento de la ofensiva

americana o que —lo que, al parecer, es el proyecto del general Foch— lancemos nuestras últimas fuerzas a un ataque en todos los frentes consiguiendo posiciones favorables antes de la embestida americana. Por esto me inclino a decir: la paz auténtica, «la paz final», está tal vez todavía lejos; pero una «tregua» parece en verdad bastante próxima.

Tuvo que interrumpirse: Antoine sufría un acceso de tos tan violento que esta vez era difícil fingir no haberse percatado.

—Perdóneme, mi querido amigo... Le estoy cansando con mi charla... Vámonos.

Hizo una seña al *maître*, sacó del bolsillo del pantalón —como los soldados americanos— un puñado de billetes arrugados y pagó la cuenta con indiferencia.

La calle Royale estaba a oscuras. El automóvil, con los faros apagados, esperaba al borde de la acera.

Rumelles miró hacia arriba.

—El cielo está claro; pudieran muy bien venir esta noche... Vuelvo al Ministerio, para ver si hay algo nuevo. Pero primero lo voy a dejar en su casa.

Antes de subir al auto, en el que Antoine ya había tomado asiento, compró a una vendedora algunos periódicos de la noche.

—Inyecciones de valor —murmuró Antoine.

Rumelles no contestó inmediatamente. Tomó la precaución de correr el cristal que los separaba del chofer.

—¡Claro que son inyecciones de valor! —dijo entonces, volviéndose hacia Antoine, casi agresivo—. ¿No comprende que el aprovisionamiento regular de noticias tranquilizadoras es tan esencial para el país como el abastecimiento de víveres y municiones?

—Es cierto; ustedes hacen de directores espirituales —dijo Antoine, con ironía.

Rumelles le dio una palmadita familiar en la rodilla.

—Vamos, vamos, Thibault; sea formal. Reflexione. ¿Qué puede hacer un gobierno en tiempo de guerra? ¿Dirigir los acontecimientos? Usted sabe perfectamente que no. ¿Y dirigir la opinión? Eso, sí; ¡incluso es lo único que puede hacer!... Pues bien, nos dedicamos a ello. Nuestro trabajo principal es, ¿cómo diría yo?, la transmisión «amañada» de los hechos... No hay más remedio que alimentar incesantemente la fe de la nación en su victoria final... Hay que preservar diariamente la confianza que ha puesto, con razón o sin ella, en la valía de sus jefes militares y civiles...

—¡Y todos los procedimientos son buenos para ustedes!

—¡Indudablemente!

—¡La mentira organizada!

—Sinceramente: ¿cree usted posible que se dejara decir (yo no lo sé) ...que nuestros bombardeos aéreos sobre Stuttgart y Karlsruhe han hecho en la población civil infinitamente más «victimas inocentes» que todos los obuses que el *Bertha*

pueda lanzar sobre París?... ¿O bien que la acción de los submarinos *boches*, que hemos presentado como un crimen de lesa humanidad, era para los Imperios Centrales una operación necesaria, la única oportunidad que les quedaba de quebrantar nuestra resistencia después del fracaso de las ofensivas de mil novecientos dieciséis?... ¿O bien que el famoso torpedeo del *Lusitania* era todo lo más un acto de represalia perfectamente justificado, una contestación muy benigna, en definitiva, a este bloqueo implacable que ha matado ya en Alemania y Austria diez o veinte mil veces más de mujeres y de niños de los que había en el *Lusitania*?... ¡No y no; muy pocas veces es conveniente decir la verdad! ¡Es indispensable que el enemigo siempre esté equivocado y que la causa de los aliados sea la única justa! Es indispensable ...

—¡... mentir!

—¡Sí; aunque no fuera sino para ocultar, a los que luchan, lo que se trama en la retaguardia! ¡Aunque no fuera sino para ocultar a los de la retaguardia las cosas espantosas que pasan en el frente!... ¡Indispensable callar, a unos y a otros, lo que se hace en los pasillos de las cancillerías, lo que sucede en los países adversarios y en los neutrales! ¡Si, mi querido amigo! Lo más efectivo de nuestra actividad (me refiero a la de los dirigentes civiles) está encaminada... ¡no sólo a mentir, como usted dice, sino a mentir «bien»! ¡Lo que no siempre es fácil, créame! ¡Lo que exige una larga experiencia y un ingenio, un espíritu de inventiva, cada vez mayores! Se requiere una especie de genio... Y puedo afirmar: ¡el futuro nos hará justicia! ¡En este terreno de la «mentira útil» hemos realizado en Francia, durante estos cuatro años, verdaderos prodigios!

El coche, después de haber seguido a poca velocidad el bulevar Saint-Germain y la calle de la Universidad, escasamente iluminada, acababa de pararse delante del portal de Antoine. Los dos hombres se apearon.

—Por ejemplo —prosiguió Rumelles—. Recuerdo la semana de la ofensiva Nivelles, en abril del diecisiete... —Su voz traicionó una recrudescencia de agitación. Cogió a Antoine del brazo, para alejarlo del chofer—. No puede usted imaginarse lo que fue aquello, para nosotros, que sabíamos todo, minuto a minuto... Que asistíamos a aquella acumulación de errores, ¡que podíamos calcular todas las noches el total de las pérdidas! ¡Treinta y cuatro mil muertos, más de ochenta mil heridos, en cuatro o cinco días!... ¡Y la rebeldía de estos regimientos diezmados! Sin embargo, no se trataba de ser ni verídicos ni justos. Costara lo que costara, había que reprimir implacablemente la insurrección de las tropas antes de que se extendiera a todo el ejército. Cuestión de vida o muerte para el país... Costara lo que costara, había que respaldar al mando, ocultar sus faltas, salvaguardar su prestigio... Peor aún: conscientemente había que perseverar en el error y reanudar la ofensiva, y arrojar otras divisiones al matadero, y sacrificar otros veinte o veinticinco mil soldados en el Chemin des Dames, delante de Laffaux...

—¿Y por qué?

—Para obtener un pequeño éxito, por insignificante que fuera, sobre el que pudiéramos basar «la mentira salvadora». ¡Y alentar la confianza que flaqueaba en todas partes!... Finalmente, tuvimos el afortunado golpe de mano de Craonne. Pudimos hacer de él una victoria estruendosa. ¡Estábamos salvados!... Diez días después, el gobierno barría a los jefes y nombraba al general Pétain...

Antoine, exhausto, incapaz de permanecer más tiempo de pie, se había recostado en la pared. Rumelles lo sostuvo hasta el portal.

—Sí —proseguía—, estábamos salvados; ¡pero le juro que daría un año de vida antes que volver a pasar aquellas cuatro o cinco semanas! —Parecía sincero—. Le dejo. He tenido un verdadero placer en volver a verle... —Y mientras Antoine cruzaba el portal, añadió—: ¡Cuídese seriamente, amigo mío! ¡A los médicos siempre les pasa igual: cuando se trata de su propia salud, los más concienzudos son de una negligencia...!

La habitación había sido preparada por Gise. Las persianas y las cortinas estaban cerradas; las fundas, retiradas de las butacas; había hecho la cama y había dejado un vaso y una jarra de agua al alcance de la mano en la mesilla de noche. Estas delicadas atenciones emocionaron tanto a Antoine que se dijo: «Tengo que estar mucho más cansado de lo que creo...»

Su primer cuidado fue ponerse una inyección de oxígeno, después de lo cual se dejó caer en un sillón y permaneció inmóvil diez minutos, con el busto derecho y la cabeza apoyada en el respaldo.

Pensaba en Rumelles con una hostilidad repentina y violenta, injusta sin duda, y de la cual se sentía sorprendido. «Los que “la” hacen... Los que no “la” hacen... ¡Entre nosotros y ellos ya nunca será posible la reconciliación!»

Su ahogo cedía poco a poco. Se levantó para tomarse la temperatura. 38.1°... Nada excesivo después de un día semejante.

Aún se tomó tiempo de hacer una buena inhalación antes de meterse en la cama.

«No —se dijo, hundiendo con rabia la cabeza en la almohada—. ¡No hay posibilidad de entenderse con ellos! El día de la desmovilización los que no “la” hayan hecho, deberán ocultarse, desaparecer. La Francia y la Europa del mañana pertenecerán, por derecho propio, a los antiguos combatientes. ¡En ningún sitio, los que “la” hayan hecho, aceptarán colaborar con aquellos que no hayan estado en “ella”!»

La oscuridad le disgustaba, pero se contuvo de volver a encender. Su alcoba era la antigua habitación del señor Thibault, en la que el anciano tanto había luchado y sufrido antes de morir. Antoine recordaba los menores detalles, el último baño, Jacques, la inyección liberadora, todas las peripecias de esta agonía. Y era también la habitación de su padre, con la enorme cama de caoba, el reclinatorio tapizado y la cómoda llena de medicinas lo que sus ojos, muy abiertos en la oscuridad, creían ver a su alrededor.

## VI

LA noche no había sido demasiado mala, gracias a la inyección de oxígeno, pero podía decirse que Antoine no había dormido. Finalmente, al amanecer le dominó el sueño, durante un breve instante: el tiempo de debatirse en una absurda pesadilla, de la que le había sacado un acceso de transpiración, tan violento que había tenido que mudarse de ropa. Acostado de nuevo y completamente seguro de que no volvería a dormirse, trató de recordar los detalles del sueño incongruente que acaba de tener:

»Veamos... Ha habido tres episodios distintos... Tres escenas, pero en un decorado único: el recibimiento de mi casa...

»Al principio, yo estaba con León. Próximo a una angustia loca, porque de un momento a otro podía llegar padre. La situación era terrible; había aprovechado la ausencia de padre para apoderarme de todo lo que él poseía, para cambiar toda la casa de arriba a abajo. Y mi padre iba a volver y yo iba a ser cogido con las manos en la masa. Era espantoso. Yo iba de un lado a otro del vestíbulo, sin saber que hacer para evitar la catástrofe. Y me era imposible huir. ¿Por qué? A causa de Gise, que iba a volver de un momento a otro... León, tan desconcertado como yo, estaba al acecho, con la mejilla pegada a la puerta. Todavía veo sus ojos maliciosos, desmesuradamente abiertos a causa del miedo. En un momento determinado, ha vuelto la cabeza para decir: “¿Y si fuera a avisar a la señora?”

»Ésta ha sido la primera escena. Acto seguido, mi padre se ha aparecido aquí mismo, delante de mi, de pie en medio del vestíbulo, vestido de levita y con un sombrero de luto (como el de Chasle), “a causa del entierro”. ¿De qué entierro? A su lado, en el suelo, una maleta nueva (como la de un individuo del que fui compañero de viaje anteaer). León había desaparecido. Padre se miraba en los bolsillos con aire digno y majestuoso. Al verme me ha dicho: “¿Ah, eres tú?... ¿No está aquí la señorita?” Y luego, me ha dicho también: “Hijo mío, ya te contaré: he visitado unos países muy *pintorescos*...” (En aquel tono paternal y solemne que tomaba siempre en estos casos.) Yo tenía la boca seca y me sentía incapaz de pronunciar ni una palabra. Sentía que me había convertido de nuevo en el chiquillo que tiembla ante un castigo merecido... Y, al mismo tiempo, me preguntaba con extrañeza: “¿Cómo puede ser que no se haya dado cuenta, al subir, de los cambios de la escalera? ¿De la supresión de las vidrieras? ¿De la alfombra nueva?” Y luego, he pensado con terror: “¿Cómo impedirle que entre en *nuestra* habitación, que vea la cama?...” Y luego, ya no sé; creo que ha habido una interrupción...

»De todas formas (y ésta es la tercera escena) sigo viendo a padre, siempre de pie en el mismo sitio, pero ahora en zapatillas y con la vieja bata de casa. Tenía aspecto disgustado. Levantaba a intervalos la barbilla y estiraba el pescuezo, apretado entre las puntas del cuello postizo. Y entonces, con su risita seca, me ha dicho: “Dime, hijo mío: ¿dónde diablos has puesto mi binóculo?” Y este binóculo que reclamaba era el

mismo binóculo de concha que recuerdo haber encontrado en su mesa de despacho y haber regalado al mismo tiempo que su guardarropa y todas sus cosas a las Hermanitas de los Pobres. Y entonces su cólera ha estallado bruscamente. Se ha adelantado hacia mi, gritando: “¿Y mis títulos? ¿Qué has hecho de mis títulos?” Yo balbuceaba: “¿Qué títulos, padre?” Sudaba por todos los poros, me secaba y, mientras me secaba, recuerdo que aguzaba el oído: esperaba oír de un momento a otro el chasquido del ascensor y ver entrar a Gise (vestida de enfermera, porque era la hora en que volvía de su clínica)... Y en ese mismo momento me he despertado, empapado efectivamente en sudor...»

Sonreía al recordar su espanto. Pero todavía se sentía quebrantado. «Debo de tener algo de temperatura», se dijo. En efecto: 37.8°. Un poco menos que la víspera por la noche, pero un poco más de lo que hubiera debido tener esta mañana.

Dos horas más tarde, cuando estaba entretenido en los cuidados de su aseo y su tratamiento, se le vino de nuevo a la memoria el recuerdo de su sueño.

«Es curioso —observó—. Este sueño, al fin y al cabo, ha sido muy corto. En resumidas cuentas, tres cuadros rápidos: la espera angustiosa con León; luego, la irrupción de padre con la maleta; después, esa tontería del binóculo y los títulos... Si; ¿pero y todo lo que había “a su alrededor”? ¡Todo ese pasado, tan especial, tan completo, que constituía la raíz del sueño!»

Como sentía cierta opresión por haber permanecido demasiado tiempo delante del lavabo, se sentó en el borde de la bañera y quedó meditabundo durante un instante.

«Este pasado en el que se basan en cierto modo los sueños es, evidentemente, un fenómeno conocido y que se debiera estudiar... Nunca se me había ocurrido pensar en ello... Por lo que respecta a mi sueño de esta noche, la cuestión está perfectamente clara... Hasta el extremo de que, si tuviera ánimos para hacerlo, merecería pena que lo anotara... Si no lo hago así, dentro de dos días se me habrá olvidado por completo.»

Miró la hora. No tenía ninguna prisa. Cogió la agenda en la que todas las noches escribía sus observaciones de enfermo y que no había dejado de traerse: arrancó algunas páginas en blanco y, envolviéndose en la toalla de baño que Gise había dejado colgada de la percha del cuarto de aseo («Esta muchacha ha pensado en todo», se dijo sonriendo), fue a acostarse de nuevo.

Hacia tres cuartos de hora que escribía afanosamente, cuando le interrumpió un campanillazo.

Era un neumático del doctor Philip. En términos muy afectuosos se disculpaba por no poder recibir a Antoine hasta dos días después, por la noche: salía de París durante aquellos dos días, a la cabeza de una comisión encargada de inspeccionar algunos hospitales del Norte.

Antoine se sintió profundamente decepcionado. Para consolarse, se dijo que en medio de todo tenía suerte de que Philip volviera antes de que él se marchara.



Cenaría con él el miércoles, y el jueves tomaría el tren para Grasse.

Las cuartillas estaban esparcidas sobre la cama. Eran cinco, cubiertas con su extraña escritura jeroglífica, en la que cada letra estaba aislada, costumbre que databa de la época en que hacía temas de griego. Antoine las reunió y releyó. Las dos primeras estaban consagradas al relato analítico del sueño, con los detalles característicos que recordaba. Las otras contenían un comentario bastante confuso. «Lo que se explica perfectamente...», rezongó malhumorado. Antaño, sobresalía, sin embargo, en la redacción de estas notas resumidas en las que, en pocos renglones, su espíritu lúcido sabía condensar lo esencial de una larga reflexión. «Otra cosa en que volver a ejercitarme —se dijo— si quiero volver a trabajar para las revistas...»

He aquí lo que había escrito:

.....

«En un sueño, hay dos cosas muy distintas:

»Primero. El sueño, en sí mismo, el episodio (en el cual el soñador siempre está más o menos mezclado). *Acción*, generalmente breve, fragmentaria y movida, análoga a una escena de teatro.

»Segundo. Alrededor de este corto momento dramático hay una *situación* dada. Que regula este momento y lo hace plausible. Una situación que permanece fuera y al margen de la acción. Pero de la cual el soñador tiene una conciencia precisa. Situación en la que, según la fabulación del sueño, el soñador se encuentra incrustado desde mucho tiempo antes. Comparable a lo que representa para cada uno de nosotros, en estado de vigilia, nuestro pasado.

»En el ejemplo del sueño que yo acabo de tener observo, alrededor de los tres episodios que constituyen la acción, todo un conjunto de *circunstancias* que, sin formar parte integrante de mi sueño, estaban contenidas en él implícitamente. E incluso, pensándolo bien, estas circunstancias son de dos clases, constituyen como dos *zonas* diferentes: hay las circunstancias inmediatas, en las cuales está como envuelto el sueño. Y luego hay una segunda zona, más alejada en el tiempo: un conjunto de circunstancias mucho más antiguas, que forman un pasado imaginario, sin el cual el sueño no hubiera sido posible. Este pasado del cual yo, el soñador, tenía conciencia permanente, no ha desempeñado en el curso de mi sueño ningún papel: sólo era *preexistente* a este sueño, como el pasado de los personajes es preexistente a la acción que los reúne fortuitamente en el escenario.

»Precisemos un poco. Lo que yo entiendo por circunstancias de la primera zona es, por ejemplo, que *yo sabía* la hora que era, aunque no fuera cuestión de la hora durante el sueño. *Sabía* que eran las doce menos algunos minutos y que esperaba a Gise para comer, como todos los días. *Sabía* que, aquella misma mañana, durante su ausencia y sin poder advertirle, había recibido un telegrama de mi padre, anunciando su regreso, a causa del entierro. (Aquí queda un punto oscuro: ¿el entierro de quién? No se trataba del entierro de la señorita. Pero se trataba del entierro de un pariente

cercano, puesto que todos estábamos afectados por este duelo.) *Sabía* que padre rebuscaba en sus bolsillos dinero para pagar el coche, porque *sabía* que un taxi, cargado de maletas, acababa de dejarlo delante de la casa. (Creo incluso poder decir *que yo veía* este taxi, parado en la calle, al mismo tiempo que veía a padre en el vestíbulo.) Etcétera.

»Circunstancias de segunda zona. Entiendo por esto una serie de acontecimientos bastante antiguos, cuya existencia conocía el Antoine del sueño. No puedo decir precisamente que pensara en estos acontecimientos durante el curso del sueño; pero su recuerdo *estaba dentro de mí*, como están los recuerdos de nuestra vida real. Así, pues, *yo sabía* (en realidad, debiera escribir *estaba sabiendo*) que padre había salido de Francia mucho tiempo atrás, enviado al otro extremo del mundo, por no sé qué sociedad de beneficencia para proceder a investigaciones relacionadas con sus obras. (Inspección de los servicios penitenciarios extranjeros o algo por el estilo.) Viaje tan largo que era como si nunca hubiera de volver de él... *Yo sabía*, igualmente, nuestras reacciones en el momento de su marcha, acogida por todos nosotros como un amanecer inesperado. *Yo sabía* que, nada más al liberarme de su tutela, me había casado con Gise. Que habíamos tomado posesión de la casa, cambiándolo todo, vendiendo los muebles, regalando a las hermanas los objetos personales de padre y derribando los tabiques para transformar por completo la casa. (Y lo que es extraño: estas transformaciones, en el sueño, no eran las que yo he hecho en la realidad. Así, el vestíbulo del sueño estaba, efectivamente, vuelto a pintar de un color ocre claro, pero la alfombra era encarnada y no marrón, y en lugar de la consola estaba el antiguo reloj de roble de la antesala de padre.) No es esto todo. No terminaría de anotar todo lo que *yo sabía*. Por ejemplo, esto: *sabía*, con toda precisión, que nuestra alcoba, de Gise y mía (en la que, sin embargo, no ha transcurrido ninguna escena del sueño), era la antigua alcoba de padre, y que ahora era igual que la alcoba de Anne, en la avenida de Wagram. Aún más: *sabía* que aquella mañana León no había tenido tiempo de arreglar la casa, que nuestra cama había quedado sin hacer y me sentía aterrado ante la idea de que padre pudiera abrir la puerta de esta alcoba... Finalmente, *sabía* otros mil detalles de nuestra vida y de lo que nos concernía. Especialmente esto, que me parece curioso, puesto que mi hermano no ha figurado para nada en este sueño: *sabía* que Jacques, lleno de celos y desesperación después de nuestro matrimonio, había emigrado a Suiza y...»

La redacción se detenía aquí. Antoine no tenía ya ningún deseo de proseguir. Cogió el lapicero y escribió al margen:

«Buscar lo que dicen a este respecto los que se han ocupado de los sueños.»

Luego dobló las cuartillas, se levantó y puso a calentar agua para su inhalación.

Algunos momentos después, con la cabeza tapada por las toallas, la cara sudorosa y los ojos cerrados, respiraba profundamente la vaharada bienhechora, sin dejar de

pensar en su sueño de por la noche. De repente comprendió que el mismo tema central de este sueño demostraba una cierta intranquilidad de conciencia, un cierto sentimiento de responsabilidad, entiéndase de culpabilidad, que, cuando estaba despierto, su orgullo conseguía mantener en la sombra. «Y efectivamente —reconoció—, no puedo estar demasiado orgulloso de todo lo que ha sucedido después de la muerte de padre.» (Se refería con esto no sólo a su instalación lujosa, sino también a sus relaciones con Anne, a sus salidas por la noche, a todo su irresistible deslizamiento hacia la vida fácil.) «Sin contar —añadió— la pérdida de una gran parte de la fortuna dejada por padre...» (Había engullido en los gastos hechos para la transformación de la casa más de la mitad de su fortuna en bienes muebles; el resto, desdeñando las rentas de las sensatas inversiones del señor Thibault, lo había convertido en valores rusos, hoy en día equivalentes a cero.) «Bah —se dijo—; hay que abstenerse de lamentaciones estériles...» Así era como acostumbraba a acallar sus escrúpulos. Sin embargo, y este sueño era un seguro indicio de ello, conservaba en el fondo el concepto burgués de la «fortuna familiar», del dinero economizado para ser transmitido, y aunque no tuviera que dar cuentas a nadie experimentaba un sentimiento de vergüenza por haber dilapidado en menos de un año un patrimonio constituido honradamente en el transcurso de varias generaciones.

Sacó la cabeza durante un momento, respiró un poco de aire fresco, se secó los ojos, congestionados, y volvió a hundirse bajo las telas húmedas y ardientes. Las reflexiones de esta mañana acerca de su invierno de 1914 se unían a las impresiones irritantes que había experimentado la víspera, después de marcharse Gise, recorriendo sus magníficos laboratorios desiertos y la habitación bautizada pomposamente «los archivos», con sus ficheros de *tests*, sus hileras de cajas nuevas, numeradas y vacías. Había penetrado en la «sala de curaciones», tan bien instalada y que no se había utilizado ni una sola vez. Y aquí, recordando su modesta instalación de antaño en la planta baja, su existencia activa y útil de médico joven, había comprendido que, a partir de la muerte de su padre, había equivocado el camino.

El inhalador, ya frío, no producía sino un vapor débil. Tiró lejos de sí las toallas empapadas, se secó la cara y volvió a su alcoba.

—Ah... Eh... Ah... Oh... —hizo delante del espejo para probarse la voz. Seguía estando ronca, pero había recobrado el timbre y sentía su laringe momentáneamente desembarazada.

«Veinte minutos de gimnasia respiratoria... Luego diez minutos de reposo. Después de esto me vestiré, prepararé la maleta y, puesto que no puedo ver hoy a Philip, tomaré el primer tren para Maisons.»

En el auto que le llevaba a la estación, mientras que cruzaba los parterres de las Tullerías y contemplaba bajo el sol de mayo las estatuas blancas que se erguían sobre los pedestales y una neblina violácea que difuminaba los contornos del arco del Carrousel, recordó repentinamente aquella mañana de primavera en que Anne y él se

habían juntado en el patio del Louvre, y le pasó por la imaginación una idea súbita.

—Lléveme a la entrada del Bosque —gritó al chofer—. Y siga por la calle Spontini.

Llegado a la proximidad del hotel de los Battaincourt, hizo disminuir la velocidad y se asomó a la ventanilla. Todos los postigos estaban cerrados, así como la verja. En el pabellón del portero había un cartel:

MAGNIFICO HOTEL EN VENTA  
Patio interior — Garaje — Jardín  
(Superficie total: 625 m<sup>2</sup>.)

Encima de: EN VENTA, se había añadido, a mano: O EN ALQUILER.

El auto bordeó lentamente la tapia del jardín. Antoine no experimentaba nada. Absolutamente nada: ni emoción ni pena. Y se preguntó por qué y para qué había venido a hacer esta peregrinación.

—Dé la vuelta... Estación Saint-Lazare —gritó al chofer.

«Sí —se dijo, casi inmediatamente, como si nada hubiera interrumpido sus meditaciones de por la mañana—. Me he engañado a mí mismo, persuadiéndome de que era indispensable organizar mejor mi vida profesional... ¡Todas estas facilidades materiales, en lugar de estimular el trabajo, no servían sino para paralizarlo! Todo ese bello mecanismo funcionaba en el vacío. Todo estaba dispuesto para realizar cosas de gran envergadura y, en realidad, ya no hacía nada...» Recordó, de repente, la actitud de su hermano ante la herencia paterna y aquel odio de Jacques hacia el dinero, que Antoine juzgara entonces tan ingenuo. «Era él quien tenía razón. ¡Cuánto mejor nos comprenderíamos ahora!... El envenenamiento del dinero. Sobre todo, del dinero heredado. El dinero que no se ha ganado... Sin la guerra, ahora estaría yo corrompido. Nunca me hubiera purgado de esta intoxicación. Habría llegado a creer que todo se compra. Ya me atribuía, como un privilegio natural de hombre rico, el derecho a trabajar poco y hacer trabajar a los demás. Me hubiera atribuido sin vergüenza el mérito del primer descubrimiento hecho por Jouselin o por Studler en “mis” laboratorios... ¡Me disponía a convertirme en un parásito!... He conocido el placer de dominar por la fuerza del dinero... He conocido el placer de ser tomado en cuenta por mi dinero... Y no estaba lejos de encontrar esta consideración como cosa natural ni lejos de pensar que el dinero me concedía cierta superioridad. ¡Nada honroso!... ¡Y esas relaciones falsas y equívocas que el dinero establece entre el rico y los demás! ¡Uno de los más solapados perjuicios del dinero! Ya empezaba yo a desconfiar de todo y de todos. Ya empezaba a pensar de mis mejores amigos: “¿Por qué me cuenta esto? ¿Estará pensando en mi talonario de cheques?...” ¡No era nada honroso, nada honroso!...»

Al remover estas heces sentía tal amargura que su llegada a la estación Saint-

Lazare le pareció una liberación. Y se lanzó entre la muchedumbre, que atestaba el vestíbulo, sin preocuparse de su jadeo, feliz de esta distracción que le permitía huir de sí mismo.

—Un billete de... No; un «tercera» militar para Maisons-Laffitte... ¿A qué hora sale el tren?

Pocas veces había montado en un vagón de tercera. Hoy experimentaba con ello un placer austero.

## VII

CLOTILDE había llamado. Con la bandeja en equilibrio sobre una mano esperó algunos segundos y volvió a llamar. No hubo contestación. Decepcionada al pensar que Antoine había salido sin desayunar, abrió la puerta.

La oscuridad reinaba en la habitación. Antoine estaba todavía en la cama. Había oído; pero por la mañana, antes de su inhalación, estaba tan afónico que renunciaba de antemano a todo esfuerzo para emitir cualquier sonido. Esto fue lo que trató de hacer comprender a Clotilde por medio de gestos.

Aunque acompañó su mímica con una sonrisa tranquilizadora, la buena mujer permanecía en el quicio de la puerta, con los ojos muy abiertos por la sorpresa y la emoción; al ver a Antoine incapaz de articular una palabra —cuando la víspera por la noche, a su llegada, había venido a hablar con ella en la cocina— la idea de que el joven médico había sufrido un ataque quedando medio paralítico, había pasado por su mente repentinamente. Antoine adivinó vagamente su pensamiento, volvió a sonreír, le hizo señas de traer la bandeja a la cama y tomando el lapicero y el block de la mesilla de noche, escribió;

«Noche, excelente. Por las mañanas estoy siempre sin voz.»

Clotilde descifró el papel lentamente, miró un instante a Antoine, con estupefacción, y luego declaró sin ambages:

—Eso es lo de menos; no me esperaba encontrar al señor en este estado... ¡Pues sí que lo han dejado bueno!

Clotilde abrió las persianas. El sol matinal invadió la estancia. El cielo estaba azul y más allá del encuadre de la parra que colgaba del balcón de madera, los abetos, muy próximos, y más lejos, las copas ya verdeantes, y el bosque de Saint-Germain, temblaban bajo un ligero vientecillo.

—¿Podrá el señor, por lo menos, comer? —preguntó, volviendo junto a la cama. Llenó la taza de leche caliente, y, mientras que Antoine desmigaba en ella un poco de pan, retrocedió un paso, atenta, con las manos en los bolsillos de su delantal. Antoine tragaba con tanta dificultad que Clotilde no se abstuvo de repetir:

—¡Desde luego que no se esperaba una eso; claro que no! Sabíamos perfectamente que el señor estaba gaseado. Pero nos decíamos: «Al fin y al cabo, el gas es mucho menos malo que una herida...» ¡Y parece ser que no!... Claro que de enfermedades yo no sabía nada. Cuando el señor nos escribió a mi hermana y a mí que viniéramos con la señorita Gise a casa de la señora de Fontanin, Adrienne dijo en seguida: «Yo quiero cuidar a los heridos.» Pero yo dije: «Por mi parte, todo lo que quieran de guisar y de limpiar, nunca me ha asustado el trabajo. Pero en lo tocante a los heridos, eso no me agrada.» Esto ha hecho que las señoras se hayan llevado a Adrienne al hospital y yo me haya quedado en el chalet. No me quejo, aunque no tengo ni un momento libre; dése cuenta el señor: para hacer como es debido todo lo

que hay que hacer aquí, una mujer sola necesitaría días de veinticinco horas. Pero a mí me gusta más esto que andar zascandileando en las heridas.

Antoine la escuchaba sonriendo. (A falta de Gise, tampoco hubiera sido desagradable ser cuidado por esta mujer abnegada... Lástima que tuviera tan poca vocación de enfermera...)

Para dar a entender que sabía apreciar el peso de esta tarea cotidiana, arrugó los labios con consideración y sacudió varias veces la cabeza.

—Oh —prosiguió Clotilde, asaltada inmediatamente por sus escrúpulos profesionales—; mirándolo bien, es menos trabajo de lo que parece. Las señoras están casi siempre en el hospital. Apenas si vienen aquí más que para la cena. Al mediodía sólo tengo aquí al señorito Daniel y a la señorita Jenny, con el pequeñuelo.

Más familiar que antes, como si los años de guerra hubieran abolido antiguas distancias, aturdía a Antoine con su charla, aludiendo a cada uno con toda libertad:

—... La señorita Gise, tan amable siempre con nosotras... La señora de Fontanin, nada orgullosa en el fondo, pero tan intimidante que nunca se sabe cómo hablarle... La señorita Nicole, tan desordenada, ¡y qué arte tiene para hacerse servir!... La señorita Jenny no habla mucho, pero sí tiene mucha disposición para el trabajo, y se hace cargo de las cosas... —Y siempre volvía al «pequeñuelo», con un acento de admiración y de ternura—: ¡Un pequeñuelo que promete! ¡Y que sabrá hacerse obedecer, como el difunto señor!...

«Es cierto que es nieto de mi padre —se dijo Antoine—. Ya nos habría trastornado el juicio a todos, si le dejaran salirse con la suya...»

—... El señor no puede imaginarse cómo es: ¡un azogue, un métome-en-todo! No hace caso a nada ni a nadie... Y menos mal que el señorito Daniel está siempre aquí para vigilarlo; a mí no me sería posible, con todo lo que tengo que hacer. No se le puede nunca perder de vista. Al señorito Daniel le sirve de distracción: aquí, solo, durante todo el día, sin nada que hacer, el tiempo se le haría interminable sin eso... —Movié la cabeza con un gesto lleno de insinuaciones—. No hay quien me quite la idea de que, en estos tiempos, hay algunos a los que no les desagrada poder cojear...

Antoine cogió el block y escribió: «¿Y León?»

—Ah, el pobre León... —Apenas si tenía noticias que darle del criado. (Este había sido hecho prisionero, cerca de Charleroi, después de catorce horas de campaña, al día siguiente mismo de su llegada al frente, y Antoine, tan pronto hubo conocido el número del campo, había encargado a Clotilde que le enviara todos los meses un paquete de provisiones. León daba las gracias con toda regularidad, por medio de tres palabras en una tarjeta postal. No daba ningún detalle de su vida.)— ¿Sabe el señor que nos ha pedido una flauta? La señorita Gise le ha comprado una en París.

Antoine hacía tiempo que había terminado de tomarse la leche.

—Tengo que bajar para ayudar a la señorita Jenny —dijo Clotilde, cogiéndole la bandeja—. El martes es su día de lavado y la lavadora es muy pesada de manejar;

¡ensucia tanto un pequeño! ...

Ya había llegado a la puerta cuando se volvió para lanzar a Antoine una última mirada. Su rostro vulgar adoptó, de repente, una expresión pensativa.

—A pesar de todo, habrá visto el señorito Antoine una cantidad de cosas durante estos años, ¿eh? ¡Las habrá visto de todas clases!... Muchas veces se lo digo a Adrienne: «¡Si volviera el difunto señor! ¡Si pudiera ver todo lo que ha pasado, desde que él no está aquí!»

Una vez solo, Antoine comenzó perezosamente su aseo. Nada le urgía. Tenía intención de seguir su tratamiento con el mayor cuidado.

«Si el difunto señor volviera...» La frase de Clotilde le había traído a la memoria el sueño de la víspera. «¡Qué poderoso es el ascendiente que todavía ejerce mi padre sobre todos nosotros!», pensó.

Eran más de las once cuando volvió a abrir la ventana, que había cerrado para poder hacer sin ser oído sus ejercicios respiratorios.

En el jardín se oyó una voz de hombre:

—¡Jean-Paul! ¡Bájate de ahí! ¡Ven a mi lado!

Y, como un eco lejano, una voz de mujer, fresca y tranquila:

—¡Jean-Paul! ¿Quieres obedecer a tu tío Daniel?

Salió al balcón. Sin apartar la cortina que formaban las hojas de la parra, miró hacia fuera. Bajo él se extendía la estrecha terraza que daba al foso que separaba al jardín del bosque. A la sombra de los dos plátanos (donde antaño se ponía siempre la señora de Fontanin), Daniel estaba tumbado en una butaca de mimbre, con un libro sobre las rodillas. A algunos pasos, un niño con un jersey azul pálido trataba de encaramarse en el parapeto de la terraza apoyándose en un cubo pequeño, puesto a propósito boca abajo junto a la pared. Al otro lado del terraplén, en la antigua casa del jardinero, cuya puerta soleaba estaba abierta de par en par, con los brazos desnudos y medio arrodillada delante de una artesa, Jenny enjabonaba la ropa.

—¡Ven aquí, Jean-Paul! —repitió Daniel.

Un rayo de sol hizo llamear un instante la pelambreira rubia. El niño había decidido volverse. Pero para que no pareciera que cedía se sentó gravemente en el suelo, cogió su pala y llenó el cubo de tierra.

Cuando Antoine bajó por la escalinata, momentos después, Jean-Paul seguía en el mismo sitio.

—Ven a saludar al tío Antoine —dijo Daniel.

El pequeño, agachado al pie del parapeto, seguía jugando con su pala, haciendo como si no hubiera oído. Vio a Antoine acercarse, dejó la pala y bajó más la cabeza. Cogido en brazos y levantado del suelo, se debatió un instante; luego, aceptando el juego, rompió a reír. Antoine lo besó en el pelo y le preguntó al oído:

—¿Te parece malo el tío Antoine?



—Sí —gritó el niño.

El esfuerzo había cansado a Antoine. Dejó al niño en el suelo y volvió junto a Daniel. Apenas se había sentado, cuando Jean-Paul vino corriendo hacia él, trepó por sus rodillas y, acurrucándose sobre la guerrera, fingió dormir.

Daniel no se había movido de la butaca de mimbre. Estaba sin corbata, vestido con un viejo pantalón oscuro y una vieja chaqueta de tenis, de franela a rayas. Su pierna artificial estaba calzada con una bota negra; el otro pie estaba desnudo en una zapatilla. Había engordado: conservaba la regularidad noble de sus facciones, pero en una cara amazotada. Con el pelo demasiado largo y la sombra que azulaba su barbilla, hacía pensar en un actor dramático de provincia que se descuida durante el día, pero que por la noche, en el escenario, todavía causa efecto como emperador romano.

Antoine, que desde que se levantara había estado ocupado con sus bronquios y su laringe, observó, sin concederle por otra parte demasiada importancia, que el joven, después de haberse dejado estrechar la mano, ni siquiera había pensado en preguntarle por su salud. (A decir verdad, la víspera, por la noche, habían tenido oportunidad para hablar uno y otro de su estado y confiarse sus miserias.) Por disimular, se inclinó con gesto interrogativo hacia el volumen encuadernado que Daniel acababa de cerrar y de dejar en el suelo.

—¿Esto? —dijo Daniel—. *Le Tour du Monde...* Un viejo periódico de viajes... Año 1877. —Había vuelto a coger el libro y lo hojeaba con gesto de indiferencia—. Está lleno de grabados... Tenemos arriba toda la colección.

Antoine acariciaba distraídamente el pelo del pequeño, que parecía perdido en un profundo ensimismamiento, con la cabeza apoyada en el pecho de su tío y los ojos muy abiertos.

—¿Qué hay de nuevo esta mañana? ¿Habéis recibido los periódicos?

—No —contestó Daniel.

—El Consejo interaliado parecía decidido estos últimos días a ampliar al frente italiano el mando de Foch.

—¿Ah, sí?

—A estas horas ya debe ser oficial.

Como si de repente hubiera descubierto que se aburría, Jean-Paul se dejó caer al suelo.

—¿Adónde vas? —dijeron, al mismo tiempo, el tío Daniel y el tío Antoine.

—Con mamá.

El pequeño, saltando a la pata coja, se lanzó alegremente hacia la casa del jardinero. Los dos hombres cambiaron una mirada satisfecha.

Daniel había sacado del bolsillo un paquete de chicle. Ofreció a Antoine.

—No, gracias.

—Esto distrae —explicó Daniel—. Ya no fumo.

Cogió una tableta, la introdujo entera en su boca y empezó a masticar.

Antoine le miraba, sonriendo.

—Me traes a la memoria un recuerdo de la guerra... En Villers-Bretonneux... Habíamos tenido que instalar nuestro hospital en una granja que había estado ocupada mucho tiempo por formaciones sanitarias americanas. Nuestros enfermeros perdieron todo un día en despegar a martillazos los depósitos de chicle que esos marranos habían pegado por todas partes: en los rodapiés, en las puertas, debajo de las mesas, debajo de los bancos... ¡Y esa porquería se endurece como el cemento!... ¡Como la ocupación anglosajona dure aún algunos años, todos los muebles de Artois y Picardía terminarán por perder su forma primitiva, para convertirse en informes aglomeraciones de *chewing-gum*... —Un ligero golpe de tos le interrumpió algunos segundos—, ...lo mismo... que algunas rocas del Pacífico... se han convertido en montañas de guano!

Daniel sonrió, y Antoine, que siempre había sido, como Jacques, muy sensible al encanto de esta sonrisa, experimentó un sentimiento de placer al comprobar que esta sonrisa no había perdido nada de su seducción y que, a pesar del amazotamiento de sus facciones, el labio superior se plegaba todavía hacia la izquierda, oblicuamente, con una lentitud espiritual, mientras que una lucecilla maliciosa se encendía insensiblemente entre los párpados semicerrados.

No acababa de toser. Hizo un gesto de impaciencia y desaliento.

—Ya ves... en que viejo... asmático... me he convertido —articuló trabajosamente. Luego, cuando hubo recobrado el aliento, añadió—: Nos han dejado buenos, como dice Clotilde. Y todavía podemos decir, sin duda, que estamos entre los privilegiados ...

—Tú, tal vez —dijo Daniel, muy de prisa y en voz baja.

Hubo un minuto de silencio. Esta vez fue Daniel quien lo rompió:

—¿No me preguntabas si había leído los periódicos? No. Lo menos posible. ¡Pienso demasiado en todo eso! No puedo ya pensar en otra cosa... La lectura del parte, cuando se sabe, como nosotros, lo que las palabras significan: «Ligera actividad en el frente de...» O bien: «Afortunado golpe de mando en...» ¡No! —Dejó caer la cabeza sobre el respaldo de la butaca y cerró los ojos, continuando en voz baja —: Hay que haber «atacado», y atacado como soldado de infantería, para comprenderlo... Mientras fui de caballería no supe lo que era la guerra... Y, sin embargo, había cargado; sí, por tres veces... Y una carga es algo que tampoco se puede contar... Pero no es nada al lado de un asalto de infantería, de una «salida», a la hora H, con la bayoneta calada...

Se estremeció, volvió a abrir los ojos y miró fijamente ante sí, masticando rabiosamente su chicle, antes de proseguir.

—En el fondo, ¿cuántos estamos en la retaguardia que sepamos lo que es? ¿Cuántos son los que han vuelto? Y éstos, ¿por qué habían de hablar? No pueden hacerlo, no quieren decir nada. Saben que no podrían comprenderlos.

Calló, y los dos hombres permanecieron algunos minutos sin cambiar ni una sola

palabra y sin siquiera mirarse. Luego, Antoine comenzó a su vez con una voz vacilante e interrumpida por la tos:

—Hay momentos en que me digo que es la última; que después de ésta no es posible pensar que pueda haber otras... Hay momentos que estoy seguro de ello... Pero en otros momentos lo dudo... Ya no sé...

Daniel masticaba en silencio, con la mirada errante. ¿En qué pensaba?

Antoine se había callado. Verdaderamente le costaba demasiado trabajo hablar durante algunos minutos seguidos. Pero seguía reflexionando en las mismas cosas, por centésima o milésima vez. «Se siente uno asustado —se decía—, cuando se mide fríamente todo aquello que se opone a la pacificación entre los hombres... ¿Cuántos siglos todavía antes que la evolución moral (si hay tal evolución moral) haya purgado por fin a la Humanidad de su intolerancia instintiva, de su respeto innato a la fuerza bruta, de este placer fanático que experimenta el animal humano en triunfar por la violencia, en imponer por la violencia su forma de pensar y de vivir a aquellos otros más débiles que no piensan y no viven como él?... Y luego, queda la política, los gobiernos... Para la autoridad que desencadena una guerra, para los hombres que están en el poder, que la deciden y obligan a los demás a hacerla, siempre será en las horas de crisis una solución tan tentadora, tan fácil... ¿Puede esperarse que ya nunca más recurrirán a ella los gobiernos?... Haría falta que les fuera imposible, haría falta que el pacifismo tuviera tales raíces en la opinión pública, que hubiera tornado tal extensión que supusiera un obstáculo infranqueable para la política belicosa de los Estados. Esperar esto es una quimera... Y, además, ¿sería solamente el triunfo del pacifismo una formal garantía de paz? Incluso si algún día los partidos pacifistas alcanzaran el poder en nuestros países, ¿quién nos dice que no tendrían, alguna vez, la tentación de hacer la guerra por el placer de imponer al resto del mundo por la violencia, su ideología pacifista?...»

—¡Jean-Paul! —gritó Clotilde, alegremente, de buenas a primeras.

Venía hacia ellos llevando en una bandeja un plato de puches, unas ciruelas cocidas y un vaso de leche, que dejó sobre la mesa del jardín.

—¡Jean-Paul! —llamó Daniel.

El pequeño atravesó la terraza, corriendo al sol con toda la velocidad de sus piernas. El azul de su jersey, descolorido por los lavados, tenía exactamente la misma tonalidad de sus ojos. Su parecido con Jacques volvió a emocionar a Antoine, mientras que Jean-Paul, cogido en brazos por la robusta Clotilde, se dejaba instalar en una silla. «La misma frente —pensaba Antoine—. El mismo mechón de pelo... El mismo color pálido, las mismas pecas alrededor de la naricilla arrugada...» Le sonrió; pero el niño, creyendo que le hacía burla, arrugó el ceño y volvió la cabeza, lanzándole una mirada furtiva y rencorosa. Sus ojos, iguales a los de Jacques, tenían una expresión difícil de definir, demasiado cambiante: tan pronto reían y eran cariñosos e inquietos, y tan pronto, como en este momento, se volvían salvajes y

duros, con un reflejo acerado. Pero bajo estas expresiones diversas, la mirada seguía siendo extraordinariamente aguda y observadora.

Jenny cruzó a su vez el soleado terraplén. Tenía las mangas recogidas y las manos hinchadas por la acción del agua; su delantal estaba empapado. Dirigió a Antoine una sonrisa breve y afectuosa.

—¿Cómo te has pasado la noche?... No; tengo la mano mojada... ¿Has dormido?

—Mucho mejor que de costumbre, gracias.

Ante esta madre joven, de busto desarrollado y que desempeñaba con sencillez sus tareas de ama de casa, Antoine recordó de repente a la muchachita reservada y distante, envarada en su traje sastre de paño negro y con las manos enguantadas que Jacques había llevado a la calle de la Universidad el día de la movilización.

Jenny se volvió hacia Daniel.

—Me harías un favor si le dieras de comer. Todavía no he tendido la ropa. —Se acercó a su hijo, le puso una servilleta y acarició el cuellecito de pájaro—. Jean-Paul va a tomarse su sopita, como un niño bueno, con el tío Daniel... Yo volveré ahora —añadió, alejándose.

—Sí, mamá —(Pronunciaba «ma-má», espaciando las sílabas, como hacían también Jenny y Daniel.)

Éste había abandonado su butaca para venir a sentarse junto al niño. No había dejado de pensar en lo que estaba diciendo antes, ya que tan pronto como su hermana se hubo alejado, como si nada le hubiera interrumpido, dijo:

—Y otra cosa más de la que no se puede hablar, una cosa de la que nadie podrá nunca hacerse idea en la retaguardia, es esa especie de milagro que se produce siempre, tan pronto como se entra en la zona de fuego: en primer lugar, esa sensación de emancipación suprema que dan la sumisión absoluta al azar, la imposibilidad de escoger, la abdicación de toda voluntad individual, y luego —añadió, en un tono que traicionaba su emoción—, la camaradería, la «fraternidad» que había allí, entre todos, ante la amenaza del peligro... Si bien es cierto que nos bastaba con pasar «a segunda línea», con marchar cuatro kilómetros hacia la retaguardia, para convertirnos de nuevo en hombres...

Antoine asintió, en silencio. Sus recuerdos de la guerra eran sobre todo de barro y de sangre. Pero comprendía lo que Daniel quería decir. Había conocido este «milagro», esta comunión mística de las tropas en la línea de fuego, esta depuración del individuo, esta formación repentina de un alma colectiva y fraternal bajo el peso de una misma fatalidad.

Jean-Paul, intimidado por la presencia de Antoine, se dejaba dar la comida por Daniel, cuya habilidad para meter la cuchara rebosante en la boca del niño, sin dejar de hablar, denotaba bien a las claras que no era un principiante en este papel de padre alimentador.

«Lo que pasa aquí, ante mí —se dijo Antoine de repente—, hubiera sido antaño absolutamente imprevisible... ¡Daniel enfermo, vestido de cualquier manera y

metamorfoseado en niñera!... ¡Y este pequeño hijo de Jenny y de Jacques!... Y, sin embargo, es así. Y apenas si me causa extrañeza... Tanta evidencia tiene la realidad... ¡Y tanto se impone esta evidencia!... Cuando las cosas suceden, ni siquiera se nos ocurre pensar que hubieran podido no ser así... O que hubieran podido ser completamente diferentes...» Durante medio minuto estuvo perdido en estos pensamientos confusos. «Si Goiran me oyera, no me escaparía de un discurso acerca del libre albedrío...», observó.

—Vamos, no te distraigas —gruñó el tío Daniel. La comida se hacía más laboriosa desde que Jean-Paul había acabado con la sopa y comenzado con las ciruelas. El pequeño, distraído, seguía con los ojos el ir y venir de su madre que, al otro extremo de la terraza, colgaba la ropa de la alambrada del gallinero, y muy a menudo Daniel se quedaba durante un buen rato con la cuchara en la mano, esperando a que Jean-Paul accediera a abrir la boca. Pero no se impacientaba. Cuando Jenny hubo terminado su trabajo se apresuró a venir a relevar a su hermano. Antoine la vio cruzar de nuevo el espacio soleado; se había quitado el delantal y, mientras andaba, se bajaba las mangas. Quiso sustituir a Daniel, pero éste protestó:

—Deja. Ya hemos terminado.

—¿Y nuestra lechecita? —dijo la joven madre, con voz alegre—. ¡De prisa! ¿Qué va a decir el tío Antoine si Jean-Paul no se toma su leche?

El niño, que con el codo levantado rechazaba ya el vaso, se detuvo para fijar en el tío Antoine una mirada voluntariosa, cargada de desafío. Esperaba alguna amenaza. Desconcertado por la sonrisa de complicidad y el guiño de Antoine, vaciló un segundo; luego, una alegría maliciosa iluminó su semblante, y sin dejar de mirar a Antoine, como para ponerle por testigo de su docilidad, vació su vaso de un trago.

—Ahora Jean-Paul va a venir a echarse un buen sueño, para que mamá pueda comer tranquila con el tío Antoine y el tío Dañe —prosiguió Jenny, desanudando la servilleta y ayudando al pequeño a bajarse de la silla.

Los dos hombres quedaron solos.

Daniel dio algunos pasos, arrancó del tronco de un plátano una cortecilla, que contempló distraídamente antes de estrujarla entre sus dedos. Luego, sacó del bolsillo una nueva pastilla de chicle y se puso de nuevo a masticar. Finalmente, volvió a su butaca y se tumbó en ella.

Antoine callaba. Pensaba en Daniel, en la guerra, en el ataque; pensaba en aquella hermandad mística de la primera línea. El pequeño Lubin —aquel pequeño Lubin, que tan a menudo le recordaba a su antiguo colaborador, el joven Manuel Roy—, ¿no había sostenido un día, en Mousquier, durante la comida, con voz temblorosa y mirada melancólica que, «dígase lo que se quiera, la guerra también tiene su *belleza*»? Era un crío de veinte años que había pasado bruscamente de los bancos de la Sorbona al cuartel, de un equipo de fútbol a las trincheras; que había llegado al frente sin haber «empezado» nada en la vida civil, sin dejar nada tras sí. Se había

embriagado gallardamente con este deporte peligroso. «La belleza de la guerra —se decía Antoine—; ¿es que esto cuenta algo, junto a todos los horrores que he visto?»

Súbitamente se le vino a la imaginación un recuerdo. Una noche —a principios de septiembre de 1914, en el transcurso de aquella larga batalla que Antoine seguía llamando para sí mismo «los ataques de Provins», y que era para todos la batalla del Mame— había tenido que evacuar rápidamente su puesto de socorro, bajo un violento bombardeo. Después de haber conseguido evacuar a los heridos, arrastrándose por un foso, seguido de sus enfermeros, había logrado alejarse de los lugares batidos y alcanzar una casucha en ruinas, cuyas gruesas paredes y la cueva abovedada podían ofrecer un refugio provisional. En este momento los cañones enemigos habían alargado el tiro. Los obuses se acercaban. Inmediatamente había hecho descender a la cueva a todos sus hombres, cerrando la trampilla personalmente. Luego había permanecido solo, durante una veintena de minutos en la planta baja de la casa, apostado en la puerta de entrada, acechando el final del bombardeo. Y entonces fue cuando se produjo la cosa. Un estallido brutal, a treinta o cuarenta metros, le había hecho retroceder precipitadamente al fondo de la sala, bajo una nube de cascotes, y aquí se había tropezado con sus hombres, de pie y alineados en la oscuridad. ¿Cómo estaban aquí? Viendo que el oficial rehusaba «escondarse» con ellos, habían levantado la trampilla uno a uno y, sin ponerse previamente de acuerdo, habían venido a colocarse de una manera silenciosa detrás de su jefe.

«Y, sin embargo, era una situación bastante apurada —pensó Antoine—. Pero aquella prueba de solidaridad, de fidelidad, me proporcionó un minuto de alegría que nunca se me olvidará... Aquella noche, si algún Lubin me hubiera dicho: “La guerra también tiene su belleza”, tal vez le hubiera contestado: “Si”...»

Inmediatamente, reaccionó.

—¡No!

Daniel, sorprendido, volvió la cabeza. Antoine, sin darse cuenta, había hablado en voz alta.

Sonrió ligeramente.

—Quiero decir que... —empezó.

Sonreía, como para disculparse. Renunció a explicarse y calló. En el primer piso se oía llorar a Jean-Paul, que no quería dejarse acostar.

## VIII

JENNY había acostado al pequeño en su camita y, como todas las mañanas, mientras esperaba a que se durmiera, se había vestido para, inmediatamente después de comer poder ir a hacerse cargo de su servicio en el guardarropa del hospital. Cuando pasaba por delante de una de las ventanas distinguió, a través del visillo, a los dos hombres, que charlaban bajo los plátanos. La voz sin timbre de Antoine no llegaba hasta ella; la de Daniel, cansada, con bruscas alteraciones, llegaba algunas veces, pero sin que Jenny pudiera distinguir las palabras.

Recordaba con el corazón oprimido a los dos jóvenes que habían sido robustos, despreocupados, henchidos uno y otro de ambiciosos proyectos. La guerra había hecho de ellos lo que eran hoy... ¡Pero al menos ellos estaban aquí! Su estado mejoraría; Antoine recobraría su voz, Daniel se acostumbraría a su cojera; ¡muy pronto ambos reanudarían sus existencias!... ¡Jacques, no! También él, en esta clara mañana de mayo, hubiera podido estar vivo en algún sitio... Ella lo hubiera abandonado todo para reunirse con él... Hubieran sido dos para educar a su hijo... ¡Pero todo se había acabado para siempre!

La voz de Daniel había callado. Jenny se acercó a la ventana y vio que Antoine se dirigía hacia la casa. Desde la víspera, buscaba una oportunidad para verlo a solas. Se cercioró con una mirada de que Jean-Paul ya no se movía; terminó de abrocharse la falda, ordenó un poco la habitación rápidamente y abrió la puerta que daba al rellano.

Antoine subía la escalera lentamente, agarrándose a la barandilla. Cuando levantó la cabeza y vio a Jenny, ésta sonrió, se puso un dedo en la boca y se acercó a él.

—Ven a verlo dormir.

Demasiado fatigado para poder contestar, la siguió de puntillas.

La alcoba, tapizada con una tela de Jouy con dibujos azules, era muy grande; más larga que ancha. El fondo estaba ocupado por dos camas gemelas, entre las que había sido colocada la del niño. «Ésta debe ser la antigua alcoba de los Fontanin», se dijo Antoine, tratando de explicarse estas camas gemelas que, como cosa curiosa, parecían utilizarse ambas, ya que una y otra tenían al lado una mesilla de noche con objetos personales. Por encima de las camas, en el centro de la pared, atrayendo la mirada como una presencia, estaba colgado un retrato de Jacques, de tamaño natural: un óleo de factura moderna, que Antoine veía por primera vez.

Jean-Paul dormía acurrucado, con un hombro escondido bajo la almohada, con el pelo enmarañado y los labios entreabiertos y húmedos; el brazo libre descansaba sobre la colcha, pero sin abandono; el puñito estaba cerrado, como dispuesto para un pugilato.

Antoine señaló al retrato, con un gesto interrogativo.

—Una tela que he traído de Suiza —murmuró Jenny. A su vez, contempló el cuadro y luego al niño—. ¡Cuánto se parecen!

—¿Y si hubieras conocido a Jacques a esta edad! —dijo Antoine.

«Pero —pensaba— eso no implica en absoluto que se parezcan moralmente... ¡Cuántos elementos extraños a Jacques lleva en sí este pequeño!» Terminó su pensamiento a media voz:

—¿Verdad que es extraño? ¡Qué multitud de antepasados, próximos y lejanos, directos e indirectos, han colaborado a esta pequeña existencia! ¿Cuáles son aquéllos cuya influencia predominará? Misterio... Todo nacimiento es un milagro inédito; todo ser es un conjunto de elementos antiguos, pero reunidos bajo una forma completamente nueva...

El niño, sin despertarse, sin abrir el puño, dobló bruscamente el brazo delante de su cara, como para hurtarse al examen. Antoine y Jenny sonrieron al mismo tiempo.

«Extraño también —se dijo, mientras que ambos retrocedían en silencio al otro extremo de la estancia—; es extraño también que de todas las posibilidades de seres diferentes que Jacques llevaba en sí, sólo éste, este compuesto, Jean-Paul, y ningún otro, haya encontrado su forma y salido a la vida...»

—¿De qué te hablaba ese pobre Daniel con tanta animación? —preguntó Jenny, en voz baja.

—De la guerra... Por mucho que se haga, siempre está uno dominado por esta obsesión.

Las facciones de Jenny se endurecieron.

—Es un tema del cual nunca trato con él.

—¿No?

—Emite demasiado a menudo unas opiniones que me hacen avergonzarme de él... Cosas que encuentra en sus periódicos patrioteros... ¡Cosas que Jacques no hubiera tolerado nunca que dijera delante de él!

«¿Y qué periódicos leerá ella entonces? —se preguntó Antoine—. ¿*L'Humanité*, en memoria de Jacques?»

Jenny se acercó bruscamente.

—La noche de la movilización (todavía veo el sitio: delante de la Cámara, junto a una garita de centinela), Jacques me dijo, cogiéndome del brazo: «Mira, Jenny: ¡a partir de hoy, habrá que clasificar a la gente según su conformidad o su disconformidad con la idea de la guerra!»

Permaneció inmóvil un instante; las palabras de Jacques todavía resonaban en ella. Luego dejó escapar un suspiro ahogado, se volvió sobre sí misma y vino a sentarse ante un escritorio de caoba, cuya puertecilla estaba abierta. Con un gesto invitó a Antoine a tomar asiento. Antoine permanecía de pie, examinando el retrato. Jacques estaba pintado en él de tres cuartos de perfil, sentado, con la cabeza levantada atrevidamente y una mano crispada sobre el muslo. Había algo de desafío en esta postura. Pero era natural y a Jacques le gustaba sentarse así. El mechón, de un rubio oscuro, caía duramente sobre la frente. («Más tarde, el pelo del pequeño se oscurecerá también», se dijo Antoine.) La mirada, fija; la boca grande, con un rictus



de amargura; la mandíbula, tensa, daban al rostro una expresión atormentada, casi arisca. El fondo estaba sin terminar.

—Este cuadro data de junio de mil novecientos catorce —explicó Jenny—; está pintado por un inglés, un tal Paterson, que, según parece, combate ahora en las filas bolcheviques... Vanheede tenía este retrato en su casa y me lo dio en Ginebra. Ya sabes: el pequeño Vanheede, el albino amigo de Jacques... Ha tenido que hablarte de él en mis cartas.

De recuerdo en recuerdo, Jenny se puso a contarle toda su estancia en Suiza. (Estaba visiblemente contenta de charlar con Antoine de todas estas cosas, que callaba a todos.) Vanheede la había acompañado al Hotel del Globo, enseñándole la habitación de Jacques («una buhardilla, sin ventana...»); la había llevado al Café Landolt, al «Local»; le había presentado a los supervivientes de las reuniones del «Mentidero»... Y entre ellos había vuelto a encontrar a Stefany, el antiguo colaborador de Jaurès en *l'Humanité* (que Jacques le había hecho conocer en París.) Stefany había conseguido llegar a Suiza, donde había creado un periódico: *Su Gran Guerra*. Era uno de los más activos de este grupo de puros socialistas internacionales...

—Vanheede me acompañó también a Basilea —dijo Jenny, con la mirada pensativa.

Se inclinó hacia su escritorio; abrió un cajón cerrado con llave y, con precaución, como de un relicario, sacó un paquete de cuartillas manuscritas. Antes de entregárselas a Antoine, las conservó algunos segundos en sus manos.

Antoine, intrigado, había cogido los papeles y los hojeaba. Esta letra...

«... Hoy estáis frente a frente, con los fusiles cargados, estúpidamente dispuestos a mataros unos a otros...»

De repente, comprendió. Tenía aquí, en sus manos, las últimas páginas escritas por Jacques la víspera de su muerte. Las cuartillas estaban arrugadas, llenas de tachones, manchadas de tinta de imprenta. La letra era, indudablemente, de Jacques, pero casi irreconocible, deformada por la prisa y la fiebre, tan pronto firme y decidida, como temblorosa como la de un niño.

«... ¿Es que el Estado francés y el Estado alemán tienen entonces derecho a arrancaros a vuestra familia, a vuestro trabajo, y a disponer de vuestra piel contra vuestros intereses personales más evidentes, contra vuestra voluntad, contra vuestras convicciones, contra vuestros instintos más humanos, puros y legítimos? ¿Quién, entonces, les ha otorgado sobre vosotros este monstruoso derecho de vida y muerte? ¡Vuestra ignorancia! ¡Vuestra pasividad!...»

Antoine levantó los ojos.

—El borrador del manifiesto —murmuró Jenny, con voz alterada—. Plattner me lo entregó en Basilea... Plattner, el librero que se encargó de su impresión... Habían guardado el manuscrito y me lo...

—¿«Habían»?

—Plattner y un joven alemán, Kappel, que también conoció a Jacques... Un médico... Que me prestó una ayuda inestimable para el parto... Me hicieron visitar el cuchitril donde estuvo viviendo Jacques y donde escribió esto. Me llevaron a la meseta de donde despegó el avión... —Mientras hablaba, Jenny revivía su estancia en la ciudad fronteriza, llena de soldados, de extranjeros, de espías... Veía de nuevo estas orillas del Rin que trataba de describir a Antoine, los puentes custodiados militarmente, la vieja casa de la señora Stumpf, el camaranchón habitado por Jacques, la angosta claraboya que se abría al paisaje carbonífero de los muelles... El recorrido que había hecho hasta la meseta, con Vanheede, Plattner y Kappel, en el carricoche traqueteante de Andrejew, el mismo que había conducido a Jacques a su cita con Meynestrel... Todavía oía la voz gutural de Plattner, explicando: «Por aquí subimos al talud... Era de noche... Aquí nos tumbamos, esperando a que amaneciera... Por esa hendidura de la cumbre apareció el avión... Se detuvo allí... Thibault se subió...»

—¿Qué habrá hecho; en que pensaría, durante esta espera en la meseta? —suspiró Jenny—. Dicen que se alejó de ellos... Que fue a tumbarse apartado, completamente solo... Debió de presentir su muerte. ¿Cuáles fueron sus últimos pensamientos? No lo sabré nunca.

Antoine, con la mirada fija en el retrato, pensaba también, mientras escuchaba a la joven, en esta velada en la meseta, en esta llegada del avión fatal, ¡en este sacrificio absurdo! Pensaba en la inutilidad trágica de este heroísmo y de tantos otros... En la inutilidad de casi todos los heroísmos. ¡Se le venían a la imaginación veinte recuerdos de la guerra, sublimes y vanos! «Casi siempre —pensaba—, en el fondo de todas estas locas valentías hay una falta de discernimiento: una confianza ilusoria en determinados valores acerca de los cuales no se ha preguntado uno fríamente si efectivamente merecen la abnegación suprema...» Profesaba un culto que llegaba hasta el fetichismo a la energía y la voluntad, pero por naturaleza le repugnaba el heroísmo, y cuatro años de guerra no habían servido sino para hacer más fuerte esta repugnancia. No trataba en absoluto de empequeñecer el acto de su hermano. Jacques había muerto en defensa de sus ideales; había sido consecuente consigo mismo hasta el sacrificio. Un final semejante no podía inspirar sino respeto. Pero cuando Antoine pensaba en los «ideales» de su hermano se tropezaba siempre con esta contradicción fundamental: ¿cómo su hermano, que odiaba la violencia con todas las fuerzas de su inteligencia y de su temperamento —odio fundamental, más que probado, ya que no había dudado en arriesgar su vida para luchar contra la violencia, para predicar la fraternización y el sabotaje a la guerra— había podido militar durante años para la revolución social, es decir, para sostener la peor de las violencias, la violencia teórica, calculada e implacable de los doctrinarios? «A pesar de todo —se decía—, Jacques no era tan ingenuo, Jacques no se hacía tantas ilusiones acerca de la naturaleza del hombre como para creer que la Revolución total que esperaba pudiera hacerse sin injusticias sangrientas, sin una hecatombe de innumerables víctimas expiatorias.»

Sus miradas, dejando de interrogar al enigmático rostro del retrato, volvieron a

posarse en el de Jenny. Ésta proseguía su relato con toda sencillez, y una maravillosa exaltación interior la transfiguraba.

«Después de todo —se dijo Antoine—, nunca he hecho nada que me dé derecho a juzgar a aquéllos a quienes su fe les lleva hasta el último extremo... A aquellos que tienen la osadía de intentar lo imposible.»

—Una de las cosas que más daño me hacen —añadió Jenny, después de un breve silencio— es pensar que Jacques no supo que yo iba a tener un hijo. —Mientras hablaba, la joven había recogido las cuartillas, volviéndolas a guardar en el cajón. Calló de nuevo, unos momentos. Luego, como si estuviera pensando en voz alta (y Antoine agradeció infinito esta sencilla confianza) continuó—: Mira, estoy muy contenta de que el pequeño haya nacido en Basilea, allí donde su padre vivió sus últimos días; allí donde, sin duda alguna, vivió las horas más intensas de su existencia...

Siempre que evocaba el recuerdo de Jacques, el azul de sus pupilas se oscurecía insensiblemente, un ligero rubor acudía a sus mejillas y en todo el rostro florecía una expresión especial, ardiente y como insatisfecha, que se desvanecía acto seguido. «Este amor la ha señalado para siempre», se dijo Antoine. Estaba irritado por ello y se asombró de esta irritación. «Amor absurdo —pensaba sin querer—. Entre estos dos seres tan manifiestamente mal hechos uno para otro, el amor no ha podido ser sino un malentendido... Un malentendido que, sin duda, no hubiera durado, pero que se prolonga ahora en el recuerdo que ella tiene de Jacques y que se trasluce en todo lo que habla de él.» (Era una idea fija suya que, fatalmente, en el fondo de todo amor apasionado, existe un malentendido, una ilusión generosa, un error de apreciación, una idea falsa que se forma un ser de otro, y sin la cual no les sería posible amarse ciegamente.)

—La carga que me queda es muy pesada —dijo Jenny—: hacer de Jean-Paul lo que Jacques hubiera querido hacer de su hijo. Algunas veces esto me asusta... —Levantó la frente: en su mirada brilló una lucecita de orgullo. Parecía pensar: «Pero confío en mi.» Dijo—: ¡Pero confío en el pequeño!

Por otra parte, Antoine estaba encantado de verla tan viril, tan valiente frente al futuro. Por el tono de algunas cartas había esperado encontrarla más vacilante, más vulnerable, peor preparada para su tarea. Comprobaba con placer que la joven había sabido escapar al influjo de la desesperación, que no se había ofrecido de buen grado, como tantas mujeres apenadas, como víctima propiciatoria de la desgracia, para sublimizar a sus propios ojos y a los de los demás su amor roto. No; había reaccionado saludablemente, había recobrado enérgicamente el dominio de sí misma, asumiendo sola la dirección de su vida. Le dio a entender cuánto apreciaba esta actitud.

—¡En esto has dado la medida de lo que vales!

Jenny lo escuchó en silencio. Respondió simplemente:

—No tengo ningún mérito... Lo que me ha ayudado mucho, creo yo, es el que

nunca hayamos hecho vida en común Jacques y yo. Su muerte no alteraba en nada las costumbres de mi existencia cotidiana... Si; por lo menos, al principio, esto me ha ayudado... Luego, ha sido el pequeño. Mucho antes de su nacimiento, ha sido su presencia lo que me ha sostenido. Mi vida todavía tenía objeto: educar al hijo que Jacques me había dejado.

Volvió a callar. Luego prosiguió:

—Es una tarea difícil... ¡Es tan difícil de manejar esta criatura sensible! Algunas veces, este pequeño me da miedo... —Dirigió a Antoine una mirada escrutadora, casi intencionada—. Ni qué decir tiene que Daniel te habrá hablado de él.

—¿De Jean-Paul? Pues no; no de manera especial.

Intuyó inmediatamente que ambos hermanos no opinaban lo mismo acerca del carácter del niño, y que esta divergencia creaba entre ellos un punto de desacuerdo.

—Daniel pretende que Jean-Paul siente placer en desobedecer. Es injusto. Y es falso. De cualquier forma, es más complicado que todo eso... He reflexionado mucho sobre ello. Es exacto que este niño dice «no» instintivamente. Pero no es por malevolencia; es como una necesidad de oponerse. Quiero decir: una necesidad de afirmarse. Algo así como la necesidad de demostrarse a sí mismo que existe... Y es tan manifiestamente la expresión de una fuerza interior irresistible, que no se lo puedo reprochar... ¡Es algo tan instintivo en él como el instinto de conservación!... Yo, las más de las veces, no me atrevo a castigarlo.

Antoine escuchaba con un interés verdadero. Hizo un gesto de asentimiento para animar a Jenny a continuar.

—¿Me comprendes? —dijo ella, con una sonrisa tranquilizada y llena de confianza—. A ti, que estás acostumbrado a tratar con niños, es probable que no te sorprenda... Yo, ante este carácter retraído, me siento como ante un misterio... Sí; muchas veces lo veo desobedecerme, con una especie de estupor, de sorpresa intimidada —(Casi estaba por decir «de sorpresa maravillada»)— semejante al asombro con que lo veo crecer, desarrollarse, comprender... Si está solo en el jardín y se cae, llora; pero le he visto llorar muy pocas veces si se hace daño delante de alguno de nosotros... Rechazará sin ninguna razón aparente el caramelo que yo le ofrezco; pero volverá, a escondidas, para robar la caja. Y no por golosinaría; ni siquiera tratará de abrirla: irá a esconderla bajo el almohadón de un sofá o a enterrarla en su montón de arena. ¿Por qué? Por el simple deseo, creo yo, de hacer un acto de «independencia»... Si lo regaño, se calla; todos sus músculos se tensan de rebeldía; su mirada cambia de color y se posa sobre mí con tanta dureza que no me atrevo a continuar. Una mirada irreductible... Pero también una mirada pura y solitaria... ¡Una mirada que me impone! La mirada de Jacques cuando niño, sin duda alguna.

Antoine sonrió.

—¡Y puede también que la tuya, Jenny!

Ella rechazó esta suposición con un ademán, e inmediatamente continuó:

—He de decir que si se resiste a toda imposición, en cambio cede al menor gesto

de ternura... Así, si cuando está enfadado consigo cogerlo en brazos, todo cambia: apoya su carita en mi cuello, me besa, se ríe; es como si algo rígido que tuviera en su interior se ablandara de repente... ¡Como si de repente se liberará de su demonio!

—¿Con Gise será todavía más desobediente?

—No es lo mismo —repuso Jenny, con una tirantez repentina—. «Tía Gi» es una pasión; ¡cuando ella está aquí, es ya lo único que cuenta para él!

—¿Consigue ella de él todo lo que desea?

—Todavía menos que yo o que Daniel. ¡No puede pasarse sin ella, pero es para someterla a todos sus caprichos, y los servicios que de ella exige, por lo general, son aquellos que no pide a ningún otro, por orgullo: como que le quite la braguita o le dé algún objeto que él no puede alcanzar porque no es lo bastante grande! ¡Y si yo no estoy presente, nunca le da las gracias! ¡Hay que oír con qué autoridad le da órdenes! Se diría... —se interrumpió un segundo, antes de acabar la frase—; no es muy halagador para Gise lo que voy a decir, pero creo que es cierto: se diría que Jean-Paul ha intuido en ella a la esclava de nacimiento...

Antoine, intrigado por estas últimas palabras, miraba a Jenny con una atención inquisitiva. Pero ella eludió su mirada, y como en aquel momento la campana anunciara la comida, se levantó.

Fueron juntos hacia la puerta. Jenny parecía deseosa de decir algo. Puso la mano en la perilla y luego la retiró.

—Esto me ha hecho mucho bien... —murmuró—. Desde mi regreso de Suiza no he podido hablar de Jacques con nadie...

—¿Y por qué no con Gise? —insinuó Antoine, recordando las confidencias y las lamentaciones de la joven.

Jenny, de pie, con los ojos bajos y el hombro apoyado en el quicio de la puerta, parecía no haber oído.

—¿Con Gise? —repitió, finalmente, como si las palabras hubieran tardado algunos segundos en llegar hasta ella.

—Gise es la única que podría comprenderte. Quería a Jacques. Y también ella tiene mucha pena...

Jenny, sin levantar los párpados, movió la cabeza. Parecía no querer prestarse a ninguna explicación. Luego miró a Antoine y, con inesperada rudeza, exclamó:

—¿Gise? ¡Gise tiene su rosario! ¡Eso ocupa sus manos y le ayuda a no pensar! —Había vuelto a bajar la cabeza. Después de una pausa, añadió—: ¡Algunas veces la envidio! —Pero el tono y un ruido de garganta parecido a una risa abortada, desmentían violentamente sus palabras. Inmediatamente pareció lamentar lo que acababa de decir—. Mira, Antoine; Gise se ha convertido para mí en una verdadera amiga —murmuró con voz dulcificada y acento sincero—. Cuando pienso en nuestro futuro ella ocupa en él un lugar preferente. Es una especie de consuelo para mi esperar que siempre estará a nuestro lado...

Antoine esperaba un «pero» que, efectivamente, vino tras una corta vacilación.

—Pero Gise es como es, ¿verdad? Cada uno tiene su forma de ser... Gise tiene magnificas cualidades, pero tiene también sus defectos... —Después de una nueva vacilación, declaró—: Por ejemplo, Gise no es completamente sincera.

—¿Gise? ¡Con esa mirada tan limpia!

El primer impulso de Antoine había sido de protesta. Al reflexionar, veía ahora lo que Jenny quería decir. Efectivamente, sin ser falsa, Gise conservaba de buena gana algunos pensamientos secretos; evitaba exponer sus preferencias o sus antipatías; temía las explicaciones, sabía ocultar un resentimiento y mostrarse, sin esfuerzo, sonriente y servicial con aquéllos a quienes menos quería. ¿Timidez? ¿Pudor? ¿Disimulo? ¿O más bien la duplicidad instintiva de aquellos negros cuya sangre corría por sus venas, defensa natural de las razas largo tiempo sojuzgadas? «La esclava de nacimiento...»

Casi inmediatamente rectificó:

—Si, sí; te comprendo.

—Entonces, te darás cuenta de por qué, a pesar de un afecto muy grande y de una intimidad cotidiana, pues bien..., a pesar de todo..., hay temas que no puedo abordar con ella... —Se irguió—. ¡De ninguna manera!

Y con un gesto vivo, como para poner punto final a la conversación, abrió la puerta.

—¡Vamos a la mesa!

## IX

LA mesa había sido puesta afuera, bajo el porche de la cocina. La comida fue rápida. Jenny no tenía apenas apetito. Antoine, al que le había faltado tiempo para hacerse su tratamiento antes de la comida, pasaba los alimentos con dificultad. Daniel fue el único en hacer los honores a la ternera con guisantes de Clotilde. Comía en silencio, indiferente y distraído. Al final del almuerzo, con motivo de una observación de Antoine acerca de Rumelles y los «movilizados de retaguardia», salió bruscamente de su mutismo para lanzarse a una apología feroz de los «aprovechados» («los únicos que han sabido acomodar los acontecimientos a las necesidades del hombre...»). Y, a título de ejemplo, citó con admiración burlona el auge en que estaba su antiguo jefe, «ese genial pirata de Ludwigson», instalado en Londres desde el principio de las hostilidades y que, según se decía, había decuplicado varias veces su fortuna, creando con el apoyo disimulado de los banqueros de la City y algunos políticos ingleses una Sociedad Anónima de Carburantes, la famosa S.A.C.

«Sí; más tarde se parecerá asombrosamente a su madre», se decía Antoine, al que le chocaba cuánto se había modificado el físico de Jenny en estos cuatro años. La maternidad y la crianza habían ensanchado las caderas, desarrollado los senos y robustecido el cuello. Pero el cambio no resultaba desagradable: corregía lo que aún subsistía de rigidez protestante en su actitud, la postura de su cabeza e incluso la finura un poco seca de sus facciones. La mirada seguía igual: seguía teniendo esta misma expresión de soledad, de valor silencioso, de desconsuelo, que tanto intrigara a Antoine antaño, la primera vez que la había visto, de niña, cuando la fuga de su hermano y de Jacques... «Pero, a pesar de todo —se decía—, ahora parece tener mayor naturalidad... No me explico la atracción que ejercía sobre Jacques... ¡Con lo repelente que era antes! ¡Con aquella desagradable mezcla de timidez y orgullo! ¡Con aquella reserva glacial! Ahora, por lo menos, ya no da esa impresión de tener que hacer un esfuerzo sobrehumano para otorgar a los demás algo de sí... Hoy me ha hablado con verdadera confianza... Sí; hoy ha estado conmigo verdaderamente perfecta... Claro que nunca tendrá la gracia y la simpatía de su madre... No; siempre habrá en esta especie de distinción que ella tiene un algo que parece decir: “No trato de aparentar. No me preocupa agradar. Me basto a mí misma...” Tiene que haber para todos los gustos. Nunca será mi tipo... Pero no importa; ha mejorado mucho.»

Se había acordado que, tan pronto terminara el almuerzo, Antoine acompañaría a Jenny al hospital para hacer una visita a la señora de Fontanin.

Mientras que Daniel, tumbado de nuevo en su butacón, se tomaba el café, Jenny subió a despertar a Jean-Paul, y Antoine aprovechó para subir también a su recámara y proceder a una rápida inhalación: temía las fatigas de la jornada.

Jenny tenía costumbre de hacer el recorrido en bicicleta. La cogió para tenerla al regreso y partió a pie con Antoine, a través del parque.

—Daniel me parece muy cambiado —insinuó Antoine, cuando hubieron cruzado el jardín y alcanzado la avenida—. ¿Es cierto que ya no trabaja?

—¡Nada en absoluto!

El tono estaba cargado de reproches. En el transcurso de la mañana y durante la comida, Antoine había observado algunos indicios de desacuerdo entre ambos hermanos. Se había sentido sorprendido, recordando las atenciones que Daniel prodigaba antes a Jenny. Y se había preguntado si no se abandonaba también Daniel en este aspecto.

Anduvieron algunos minutos en silencio. La hojarasca naciente de los tilos proyectaba sobre el suelo una sombra entreverada de manchas luminosas. El aire, bajo estos viejos árboles, estaba pesado y húmedo como antes de llover, aunque el cielo permanecía despejado.

—¿Hueles? —preguntó Antoine, levantando la cabeza. Por encima de la tapia de un jardín salía el perfume embalsamado de un macizo de lilas en flor.

—Si quisiera, podría ser útil en el hospital —prosiguió Jenny, sin prestar atención a las lilas—. Mamá se lo ha pedido muchas veces. Pero él contesta: «¡Con mi pata de palo ya no sirvo para nada!»; pero eso es sólo un pretexto... —Cambió la mano que sujetaba el manillar para acercarse más a Antoine—. Lo cierto es que nunca ha sido capaz de hacer nada por los demás. Y ahora menos que nunca.

«Es injusta —se dijo Antoine—; debiera agradecerle que se ocupe del niño.»

Jenny se había callado. Luego decretó con decisión:

—Nunca ha tenido el menor sentido social.

La palabra era inesperada... «Todo lo relaciona con Jacques —observó Antoine, molesto—. Ahora juzga a su hermano desde el punto de vista de Jacques.»

—Ten en cuenta —dijo en voz alta, con tristeza— que hay que compadecer a un hombre cuando éste siente que está incapacitado ...

Jenny no pensaba sino en Daniel; su contestación fue ruda:

—¡Podían haberlo matado! ¿De qué se queja? ¡Al fin y al cabo, vive!

Sin darse cuenta de su crueldad, prosiguió acto seguido:

—¿Su pierna? Apenas cojea... ¿Qué le impediría ayudar a mamá a llevar la contabilidad del hospital? E incluso, si no siente deseos de ser útil a la colectividad...

«Otra palabra más que procede de Jacques», pensó Antoine.

— ...¿Qué le impediría dedicarse de nuevo a la pintura?... No; es otra cosa. No es cuestión de salud, ¡es cuestión de carácter! —Su nerviosismo le había hecho apretar el paso insensiblemente. Antoine jadeaba. Jenny se dio cuenta y aminoró la marcha—. Daniel ha tenido siempre una vida demasiado fácil... ¡Tenía derecho a todo! Hoy sufre en su vanidad, estúpidamente. No sale nunca del jardín ni va nunca a París. ¿Por qué? Porque tiene vergüenza de que lo vean. ¡No se acostumbra a la idea de haber tenido que renunciar a sus «éxitos» de antaño! ¡De no poder hacer ya su vida de antes! ¡Su vida de niño bonito! ¡Su vida disoluta! ¡Su vida inmoral de antes de la guerra!



—Eres muy severa, Jenny.

Miró a Antoine, que sonreía, y esperó a que esta sonrisa se hubiera disipado para declarar en tono cortante:

—¡Tengo miedo por mi pequeño!

—¿Por Jean-Paul?

—¡Sí! Jacques me hizo comprender muchas cosas... Ahora me ahogo en este ambiente, ¡que ya no es el mío! ¡Y no puedo hacerme a la idea de que es en esta atmósfera en la que Jean-Paul está llamado a desarrollarse!

Antoine hizo un movimiento evasivo, como si no hubiera comprendido bien.

—Te digo todo esto porque tengo confianza en ti —dijo Jenny—. Porque más adelante tendré necesidad de tus consejos... Siento por mamá un profundo afecto. Admiro su valor, la dignidad de su vida. No olvido todo lo que ha hecho por mí... ¿Pero qué le voy a hacer? ¡Ya no tenemos ni una sola idea en común! ¡En nada!... Indudablemente, yo no soy la misma de mil novecientos catorce. ¡Pero mamá ha cambiado tanto, también ella!... Hace cuatro años que está a la cabeza de este hospital; cuatro años que organiza, que decide, que no hace otra cosa sino dar órdenes, hacerse respetar, hacerse obedecer... Ha tomado gusto a la autoridad... ¡En una palabra: te aseguro que ya no es la misma!...

Antoine esbozó un gesto evasivo, vagamente incrédulo.

—Mamá era todo indulgencia —continuó Jenny—. A pesar de ser profundamente creyente, nunca trataba de imponer a los demás sus puntos de vista. ¡Hoy!... ¡Si la oyeras catequizar a sus enfermos!... Y son siempre los más dóciles los que consiguen las convalecencias más largas...

—Eres muy severa —repitió Antoine—. Y, sin duda, injusta.

—Puede ser... Sí... Tal vez hago mal en contarte todo esto... No sé cómo explicarme... Mira, por ejemplo: mamá dice «nuestros muchachos»... Mamá dice «los boches»...

—¡Como todos nosotros!

—No. No de la misma forma... ¡Mamá absuelve todos los crímenes que han podido cometerse desde hace cuatro años en nombre del patriotismo! ¡Mamá los aprueba! ¡Mamá está convencida de que la causa de los aliados es la única pura y la única justa! ¡La guerra deberá proseguir mientras Alemania no sea aplastada!... Y los que no piensan como ella son malos franceses... Y los que buscan el verdadero origen del mal y hacen al capitalismo responsable de todo esto son...

Antoine escuchaba con asombro. Lo que estas confidencias le revelaban acerca del estado de ánimo de Jenny, de su concepto del mundo, de esta nueva escala de valores que ella había adoptado bajo la influencia póstuma de Jacques, le interesaba mucho más que las modificaciones sobrevenidas en el carácter de la señora de Fontanin. Sentía deseos de decir, a su vez: «¡Tengo miedo por el pequeño!», porque se preguntaba con inquietud si esta evolución de Jenny (que, según él, no podía ser sino bastante aparente y superficial) no daría lugar a crear en torno a Jean-Paul una

atmósfera peligrosa; más peligrosa, de cualquier forma, para el desarrollo de un cerebro joven que el ejemplo ocioso del tío Daniel o el patriotismo de bolsillo de la abuela...

Llegaban a la glorieta soleada desde la que se distinguía ya la entrada de la finca Thibault. Distraído, a pesar suyo, Antoine recorría con la mirada estos lugares que le parecía haber conocido en un pasado lejano, en una existencia anterior...

Sin embargo, todo había permanecido igual de una manera inmutable: la ancha avenida con dos paseos laterales, que bordeaba la perspectiva solemne de la residencia; la plazuela, con su estanque circular y su surtidor de los domingos; sus parterres de césped y sus arriates de boj; sus pretilos blancos, y a lo lejos, oculta bajo las ramas bajas del jardín paterno, la puerta de servicio donde Gise venía de niña a esperar su llegada. Aquí la guerra parecía no haber tocado nada...

Jenny se detuvo antes de cruzar la glorieta.

—Desde hace tres años, mamá vive en contacto diario con los sufrimientos de la guerra... Y se diría que ya no es capaz de emocionarse con ellos, de tanto como se ha endurecido su sensibilidad ejerciendo este trabajo repugnante...

—¿El trabajo de enfermera?

—No —contestó Jenny con dureza—; ¡el trabajo que consiste en cuidar a unos hombres jóvenes, en curarlos, solamente para que puedan volver a hacerse matar! ¡Como se recose a los caballos despanzurrados de los picadores, antes de volverlos a lanzar a la arena! —Bajó la cabeza y de repente se volvió hacia Antoine con una timidez tardía—. ¿Te escandalizo?

—¡No!

Él mismo se sintió sorprendido por la espontaneidad de este «no», sorprendido al notar que hoy en día estaba infinitamente más lejos del patriotismo de una señora de Fontanin que de las reprobaciones e indignaciones de una Jenny. Y, pensando en su hermano, se repitió una vez más: «¡Cuánto mejor lo comprenderla hoy que antaño!»

Llegaban a la verja.

Jenny suspiró; lamentaba que este paseo llegara a su fin. Sonrió afectuosamente a su acompañante.

—Gracias... Es tan agradable cuando por casualidad se puede hablar con el corazón en la mano...

## X

LA verja labrada de la finca (con su pretencioso monograma O. T., apenas desdorado por el tiempo) estaba abierta. Las ruedas de las ambulancias habían formado rodadas en el paseo, en el que ya no quedaban vestigios de la fina grava que en sus tiempos el señor Thibault hacía rastrillar a diario. También estaban abiertas casi todas las ventanas de la casa, cuya fachada bañada de sol, alegremente empavesada de toldos nuevos con rayas encarnadas, se distinguía a través de las ramas.

—Aquí están mis dominios del guardarropa —dijo Jenny cuando pasaron por la puerta de las antiguas despensas—. Te dejo... Cruza la veranda y entra directamente al despacho. Allí encontrarás a mamá.

Una vez solo, Antoine se detuvo unos instantes para descansar. Cada matorral, cada recodo del paseo que se ofrecía a su mirada le resultaba familiar inmediatamente. El sonido de un piano que llegaba hasta él, a intervalos, evocó repentinamente una visión de tiempos pasados: Gise, encaramada en un taburete, con la trenza por la espalda y haciendo escalas torpemente bajo el doble control de la anciana señorita y de un metrónomo de ritmo imperioso...

A través de los macizos distinguía delante de la casa una animación de *kermesse*; hombres jóvenes, cubiertos con gorros cuarteleros y vestidos de franela gris, recostados en los peldaños de la escalinata, charlaban al sol. Otros, reunidos en torno a las mesas del jardín, jugaban a las cartas o leían los periódicos. Dos soldados, en mangas de camisa, con pantalones azules de uniforme y polainas, segaban la hierba, y Antoine reconoció el chasquido exasperante de la cortadora de césped. Más lejos, bajo el haya, media docena de convalecientes se agitaban alrededor del viejo juego de la rana y se oía el chocar de los tejos contra la boca de bronce.

Al acercarse este oficial médico desconocido, los hombres que estaban tumbados en los escalones se levantaron para hacer el saludo militar. Antoine subió la escalinata; la veranda había sido encristalada por completo y transformada en un jardín de invierno, cerrado y tibio como una estufa. Aquí era donde venían a reposar aquellos enfermos cuyo estado no les permitía todavía salir al jardín. A la izquierda estaba el piano, que era, efectivamente, el antiguo instrumento en nogal claro que servía a Gise cuando niña para sus ejercicios. Un soldado, sentado ante el teclado, buscaba con un dedo novicio el estribillo de *La Madelon*.

Calló el piano y las manos se levantaron para saludar al paso del oficial. Antoine entró en el salón. A esta hora estaba desierto. Había tomado el aspecto de un vestíbulo de hotel: sillones y sillas estaban agrupados alrededor de cuatro mesas de juego.

La puerta del despacho del señor Thibault estaba cerrada. En un cartón, fijado con chinchetas, leyó: «Secretaría.» Entró. Y al principio no vio a nadie. La estancia había conservado su mobiliario: la gran mesa de encina, el sillón y las librerías

permanecían solemnemente en sus sitios consagrados. Pero el despacho estaba dividido en dos por un biombo desplegado. Al ruido de la puerta calló una máquina de escribir y la cabeza de un joven secretario emergió por encima del biombo. Apenas hubo visto al recién llegado, cuando exclamó, alegremente:

—¡El señor doctor!

Antoine, sorprendido, sonrió. A decir verdad, no acababa de conocer al muchachote que se acercaba a él, pero tenía que ser Loulou, el más joven de los dos huérfanos de la calle de Verneuil, el pequeño al que curara de un absceso en el brazo. (Al salir de París, al principio de la guerra, Antoine había confiado los dos niños a Clotilde y Adrienne. Recordó vagamente haber sabido que la señora de Fontanin les había encontrado empleo en el hospital.)

—¡Cuánto has crecido! —dijo—. ¿Qué edad tienes ahora?

—Conscripto del año veinte, señor doctor.

—¿Y qué haces aquí?

—Empecé de recadero. Ahora ya paso los libros.

—¿Y tu hermano?

—En Champagne... Fue herido; ¿lo sabía usted? En una mano. En abril del diecisiete, cerca de Fismes. ¿Lo conoce?... Se había presentado como voluntario en el dieciséis... Le cortaron estos dos dedos... Afortunadamente, es en la izquierda...

—¿Y ha vuelto al frente?

—¡Oh; mi hermano sabe defenderse! Ha hecho que lo destinen a la «meteor»... Ya no corre peligro. —Loulou miraba a Antoine con una atención compasiva. Finalmente, murmuró—: ¿A usted, han sido los gases?

—Sí —respondió Antoine. Vio un silloncito de terciopelo granate, con clavos dorados, que le recordaba su infancia, y se sentó con un gesto de cansancio.

—Eso de los gases es muy feo —afirmó Loulou, frunciendo los labios—. Y, además, a mí me parece que no es una cosa leal..., como es debido...

—¿No está aquí la señora de Fontanin? —interrumpió Antoine.

—Ha subido... Voy a avisarle... Estamos esperando una expedición: se están preparando camas por todas partes.

Antoine se quedó solo. Solo, con su padre. La fuerte personalidad del señor Thibault todavía habitaba esta estancia. Emanaba de cada objeto, del lugar escogido para cada uno de ellos y conforme a un uso determinado: del tintero con tapa de plata, de la lámpara de mesa, del secapapeles, del barómetro colgado de la pared. Personalidad tan tenaz que no bastaba con el desplazamiento de un mueble o la colocación de un biombo para terminar con ella: permanecía arraigada obstinadamente en estos lugares que durante medio siglo había ocupado con su autoritario predominio. Antoine no tenía sino que poner los ojos en esta puerta de encina para oírla abrirse y cerrarse de una forma característica, inolvidable, a la vez reposada, contenida y violenta. No tenía sino que mirar sobre la alfombra esta zona más desgastada para inmediatamente volver a ver a su padre ir y venir con paso

cansino de la biblioteca a la chimenea, con su levita de faldones flotantes, los ojos semicerrados y las manos gordezuelas sólidamente anudadas a su espalda. Y le bastaba con contemplar un instante esta copia del *Cristo*, de Bonnat, y debajo este sillón vacío, con las iniciales repujadas en el cuero: inmediatamente resucitaba la voluminosa presencia del señor Thibault, sentado pesadamente en su sillón, con los hombros caídos, levantando la barbilla hacia algún visitante inoportuno y quitándose su binóculo antes de hablar, para deslizarlo en el bolsillo del chaleco, con un gesto mesurado y ritual que parecía como si se persignara.

El ruido de la cerradura le hizo levantarse; la señora de Fontanin entraba.

Llevaba puesta una bata, como sus enfermeras, pero no traía velo sobre los cabellos, los cuales se le habían vuelto completamente blancos. El rostro estaba pálido y enflaquecido. «Color de cardíaco —pensó Antoine, maquinalmente—... Tal vez no viva ya mucho tiempo.»

La señora de Fontanin le cogió ambas manos, lo obligó a sentarse de nuevo y fue a instalarse al otro lado de la mesa, en el sillón de las iniciales. Con toda evidencia era el sitio habitual de la «hugonote»... («¡Si el difunto señor volviera!...»)

Inmediatamente, la señora de Fontanin empezó a preguntar a Antoine acerca de su salud. Estos pocos minutos de espera habían permitido descansar a éste; sonrió.

—Si esto hubiera tenido que acabar conmigo, ya lo habría hecho... Afortunadamente, tengo buena constitución...

A su vez le preguntó acerca del hospital y de la forma de vida que se había organizado. La señora de Fontanin se animó inmediatamente.

—Yo no tengo ningún mérito... Cuento con un personal admirable, a las órdenes de Nicole. Ya sabe usted que esta querida chiquilla tiene los títulos necesarios. Me hace un servicio inmenso... Sí; ¡un personal admirable! Y compuesto en su totalidad por mujeres jóvenes y muchachas que viven en Maisons, de forma que todas mis habitaciones son para mis enfermos. Y mis enfermeras son benévolas, lo que me permite no salirme de mi presupuesto, a pesar de que las subvenciones son módicas. ¡Pero me ayudan mucho! ¡Me han ayudado mucho desde el primer día! ¡Se ha mostrado tan generosa toda la región! ¡Dése cuenta de que todo mi material: camas, bateas, vajilla, ropa, todo, me ha sido facilitado por los vecinos! Y mire: estamos esperando una nueva expedición... Nicole y Gisèle han ido a pedir ropa de cama. ¡Estoy segura de que encontrarán todo lo que me falta! —Sus ojos levantados, su sonrisa triunfante, floreciente de gratitud, parecían dar gracias al Todopoderoso por haber poblado el mundo, y especialmente Maisons-Laffitte, de seres serviciales y de corazones compasivos.

Describió detalladamente las modificaciones efectuadas en la finca y las que todavía proyectaba. No parecía que se le hubiera ocurrido siquiera la idea de que la guerra y su vida de hospital pudieran tener fin.

—¡Venga a ver! —dijo alegremente.

Efectivamente, todo estaba transformado. La sala de billar se había convertido en

enfermería; la oficina del señor Thibault, en gabinete de consulta; el cuarto de baño, en sala de curaciones. El invernadero, bien caldeado, había sido convertido en una sala en la que cabían holgadamente doce camas.

—Subamos.

Las habitaciones, desiertas a esta hora, formaban pequeños dormitorios. En el primero había quince enfermos; en el segundo, diez, y en el cuarto trastero, se disponían, en caso de necesidad, media docena de camas suplementarias.

Antoine sintió curiosidad por ver su antigua habitación, pero estaba cerrada con llave. Se esperaba el servicio de desinfección; la recámara había estado ocupada por un paratífico que habían transferido aquella misma mañana al hospital de Saint-Germain.

La señora de Fontanin iba de habitación en habitación, abriendo las puertas con la autoridad de un jefe de empresa, inspeccionando todo con mirada inquisitiva, comprobando al pasar la limpieza de los lavabos, la temperatura de los radiadores y hasta los títulos de los libros y revistas que había sobre las mesas. De vez en cuando, con un gesto que se había hecho maquinal, levantaba la muñeca para comprobar la hora.

Antoine la seguía, un poco cansado. Las palabras de Clotilde le bullían en la cabeza: «¡Si el difunto señor...!»

En el segundo piso, como la señora de Fontanin le hiciera entrar en una habitación tapizada con papel de florecillas y cuya ventana se abría sobre las copas de los castaños, se detuvo en el umbral, conmovido por sus recuerdos.

—La alcoba de Jacques...

La señora de Fontanin lo miró, sorprendida. Y de repente, sus ojos se llenaron de lágrimas. Ella, para disimular su congoja, fue a cerrar la ventana. Luego, como si este recuerdo imprevisto le hiciera desear una conversación más íntima, dijo:

—Ahora lo llevo al pabellón de los establos, donde he establecido mi cuartel general. Allí estaremos más a gusto para charlar.

Descendieron la escalera en silencio. A fin de evitar el paso por la veranda ganaron el jardín por la puerta de servicio. Cuatro soldados, a la sombra, repintaban de blanco unas camas de hierro. La señora de Fontanin se acercó a ellos.

—Dense prisa, hijos míos... Es necesario que eso esté seco para mañana... ¡Y usted, Roblet, bájese de ahí! —(Un hombre, inclinado sobre el saliente de la cocina, recogía unos tallos de clematita.)—. ¡Anteayer estaba usted todavía en la cama, y hoy se le ocurre encaramarse a las escaleras! —El hombre, un individuo barbudo que debía de ser de la territorial, obedeció sonriente. Cuando estuvo en el suelo, la señora de Fontanin se acercó a él, le desabrochó dos botones de la chaqueta y le palpó el costado—. Naturalmente. Se le ha aflojado el vendaje. ¡Vaya a enseñar eso en la enfermería! —Y poniendo a Antoine por testigo, agregó—: ¡Un muchacho que todavía no hace tres semanas que ha sido operado!

Rodearon el césped para llegar a las antiguas cuadras. Los enfermos con los que

se cruzaban volvían hacia la señora de Fontanin una cara amistosa y se quitaban el gorro cuartelero, como los paisanos.

—Mi habitación está aquí arriba —dijo ella, empujando la puerta del pabellón.

En la planta baja, unos bancos de trabajo ocupaban los compartimientos de los caballos: el suelo estaba cubierto de desperdicios de materiales.

—Esto es lo que ellos llaman el taller de «chapuzas» —explicó, empezando a subir por la escalerilla de caracol que daba acceso a la antigua vivienda del cochero—. Ya nunca necesito encargar trabajos afuera. Estos buenos chicos me hacen todas mis reparaciones: fontanería, carpintería, electricidad...

Le precedió en el primero de los dos desvanes, del que se había hecho una especie de despachito personal. El mobiliario se componía de dos sillones de jardín y una mesa cargada de papeles y libros de cuentas; una estera muy usada estaba puesta sobre el suelo. Antoine había reconocido, nada más al entrar, encima de la mesa, «su lámpara»: un enorme quinqué, provisto de una pantalla de cartón verde, a cuya luz había preparado él tantos exámenes, en las noches calurosas de junio, llenas del zumbido de las mariposas nocturnas, mientras que todo dormía en la casa. La pared estaba recién encalada. Clavadas en ella había algunas fotografías: Jérôme, de joven, con la cintura arqueada y una mano puesta sobre el respaldo de un sillón almohadillado; Daniel, con las pantorrillas al aire, vestido de marinero; Jenny, de niña, con el pelo suelto y un pichón en la manita, y otra Jenny, ya mujer, vestida de luto y con su hijo sentado en las rodillas.

Un acceso de tos obligó a Antoine a tomar asiento, sin esperar a que la señora de Fontanin le invitara a hacerlo. Cuando levantó la cabeza, sorprendió la mirada preocupada de ésta, que estaba fija en él; pero no hizo ninguna reflexión acerca de su salud.

—Voy a aprovechar su visita para adelantar un poco mi costura —dijo la señora de Fontanin, con una risita de coquetería—. Nunca tengo tiempo para dar ni una sola puntada. —Apartó la Biblia negra que estaba sobre la mesa, para poner en su lugar el costurero, y después de un nuevo vistazo a su reloj, se sentó.

—¿Le ha dicho algo Daniel? ¿Le ha dejado siquiera examinar su pierna? —preguntó, ahogando un suspiro. (Daniel nunca le había permitido ver su miembro mutilado.)

—No Pero me ha contado toda su desgracia... Le he aconsejado algunos ejercicios de reeducación. Con un poco de perseverancia se consiguen resultados prodigiosos... Por otra parte, reconoce que con este aparato nuevo apenas le molesta andar.

La señora de Fontanin parecía no haberlo escuchado. Con las manos en el regazo y la cabeza levantada hacia la ventana, dejaba vagar su mirada pensativa por el follaje del jardín.

Se volvió bruscamente.

—¿Le ha contado lo que pasó aquí, el día que fue herido?

—¿Aquí?... No...

—Dios me hizo la gracia de prevenirme —explicó gravemente—. En el momento en que Daniel recibía la herida, yo fui avisada por el Espíritu. —Su mano se alzó ligeramente y quedó en silencio, emocionada. Luego, no sin cierta solemnidad en su intencionada sencillez (como si recitara un pasaje de las Escrituras y también como si hubiera de cumplir una obligación atestiguando un milagro ante los hombres) prosiguió—: Aquel día era jueves. Me desperté al amanecer. Sentí la presencia de Dios y quise rezar. Pero experimentaba una gran indisposición... Desde la creación del hospital era la primera vez que estaba enferma, y no he vuelto a estarlo después... Quise ir a abrir mi ventana para llamar a una de las enfermeras de guardia. Pero no podía tenerme en pie. Afortunadamente, al no verme llegar como de costumbre, vino una de ellas. Me encontró inmóvil en mi cama. Tan pronto como me levantaba volvía a caer presa de vértigo. Estaba sin fuerzas, como si hubiera perdido toda mi sangre por una herida. No dejaba de pensar en Daniel. Recé. Pero mi estado no dejó de empeorar durante toda la mañana. Jenny me trajo al médico varias veces. Me dieron jarabe de éter. Casi no podía hablar. Por fin, a las once y media, un poco después de la primera llamada para la comida, di un grito involuntario y tuve un pequeño síncope. Cuando recobré el conocimiento me sentí mejor. Hasta tal punto mejor que, a última hora de la tarde, pude levantarme, bajar a la secretaría, firmar los partes y el correo. Había pasado el mal. —Hablaba con una voz uniforme, un poco contenida; hizo una pausa antes de seguir—. Pues bien, amigo mío, fue aquel jueves, al amanecer, cuando el regimiento de Daniel recibió la orden de atacar. Durante toda la mañana luchó ese querido hijo como un héroe, sin ser herido. Pero un poco después de las once y media el estallido de una granada le fracturó el muslo. Un poco después de las once y media... Lo llevaron al puesto de socorro y de aquí a un hospital de sangre, donde fue amputado, algunas horas más tarde. Estaba salvado... —Movié la cabeza varias veces, sin dejar de mirar a Antoine—. Todo esto, naturalmente, no lo supe sino diez días después.

Antoine callaba. ¿Qué hubiera podido decir?... Este relato le trajo a la memoria la meningitis que tuviera Jenny de niña y la intervención «milagrosa» del pastor Gregory. Recordó también una frase que el doctor Philip decía algunas veces, sonriendo: «Las gentes tienen siempre las historias que se merecen...»

La señora de Fontanin había permanecido algunos instantes silenciosa. Cogió su labor. Pero antes de empezar a coser señaló hacia la foto de Jenny y Jean-Paul, con las gafas que acababa de sacar de la funda.

—Todavía no me ha dicho usted cómo ha encontrado a nuestro pequeño.

—¡Magnífico!

—¿Verdad que sí? —dijo, triunfalmente—. Daniel me lo trae de cuando en cuando, los domingos. Cada vez lo encuentro más desarrollado y más fuerte... Daniel se queja de que este niño es difícil y desobediente. ¿Pero cómo puede extrañar que este pequeño tenga carácter? Y, además, un chico tiene que tener energía y



voluntad... ¡No creo que usted vaya a decirme lo contrario! —dijo, maliciosamente—. Es muy duro para mí verlo tan poco. Pero me necesita menos que mis enfermos... —Y, como un arroyuelo que detenido un instante en un remanso vuelve a encontrar su curso, siguió hablando de su hospital.

Antoine asentía, en silencio, poco deseoso de contestar, ya que temía provocar la tos. Desde que la señora de Fontanin se había puesto las gafas era una anciana. «Color de cardíaco», volvió a pensar Antoine. Permanecía muy derecha en su sillón y cosía sin prisa, en una actitud a la vez sencilla y majestuosa, mientras explicaba el funcionamiento de sus servicios y las mil preocupaciones de la responsabilidad que asumía.

«No hay mal que por bien no venga —pensó Antoine—. La guerra ha procurado a esta clase de mujeres, a esta edad, una forma inesperada de felicidad; una ocasión de sacrificio, de actividad pública; el placer de mandar, en un ambiente de gratitud...»

Como si la señora de Fontanin hubiera adivinado sus pensamientos, dijo:

—¡Oh, no es que me queje! Por pesada que pueda parecer mi tarea, se me ha hecho necesaria; creo que nunca podré volver a hacer mi vida de antes. Ahora necesito sentirme útil. —Sonrió—. ¿Sabe una cosa? Más tarde tendrá usted que fundar un sanatorio para sus enfermos, ¡y yo me ocuparé de dirigirlo! —Acto seguido, añadió—: Con Nicole y con Gise... Y tal vez con Jenny... ¿Por qué no?

Antoine repitió, complacido:

—¿Por qué no, efectivamente?

Después de una corta pausa, la señora de Fontanin continuó:

—Jenny también necesitará una ocupación. —Suspiró de repente y, sin tratar de explicar la asociación de ideas, di o—: ¡Pobre Jacques! Nunca se me olvidará la última vez que lo vi...

Calló de nuevo. Su regreso de Viena, al día siguiente de la movilización, se le vino a la mente. Pero tenía una habilidad especial para rechazar los recuerdos desagradables. Al mismo tiempo se alisó con la mano un mechón blanco que se le venía sobre la frente. Sin embargo, estaba resuelta a abordar con Antoine algunas cuestiones que le embargaban el ánimo.

—Debemos tener confianza en la Sabiduría suprema —empezó (con aquel tono sentenciosamente amable que parecía decir: «No me interrumpa»)—, debemos aceptar las cosas ordenadas por Dios. La muerte de su hermano ha sido una de ellas. —Reflexionó un segundo, antes de pronunciar su sentencia—. Este amor estaba condenado a los peores tormentos. Para uno y para otra... Perdóneme que se lo diga.

—Pienso exactamente igual que usted —dijo Antoine, con vehemencia—. Si Jacques hubiese vivido, la existencia de ambos hubiese sido un infierno.

La señora de Fontanin le dirigió una mirada satisfecha, asintió moviendo varias veces la cabeza y reanudó su costura.

Después de un nuevo silencio, se lanzó otra vez al ataque:

—Mentiría si no confesara que he sufrido mucho a causa de..., de todas estas

cosas... El día que supe que mi Jenny esperaba un hijo...

Antoine había pensado muchas veces en ella por esta causa. Y como levantara los ojos hacia él, abatió los párpados dulcemente para darle a entender que se daba perfecta cuenta de esto.

—Oh —dijo ella, temiendo que Antoine se engañara acerca de lo que había querido decir—. No a causa de..., de la irregularidad de este nacimiento... No... No a causa de esto, en absoluto... Estaba acongojada sobre todo al pensar que esta aventura terrible iba a dejar en nuestra vida este testimonio, esta consecuencia perdurable... Le hablo con toda libertad, ¿no es cierto? Me decía: «Ya está la vida de Jenny obstaculizada para siempre... ¡Es el castigo! *Fiat!*»... Pues bien, amigo mío, me equivocaba de medio a medio. Me faltó la fe. Los designios del Espíritu son impenetrables; sus caminos, secretos; su bondad, infinita... Lo que yo suponía que debía ser una prueba, un castigo, era, por el contrario, una bendición divina, una señal de perdón... Una fuente inagotable de gozo... Y, efectivamente, ¿por qué había de castigar Dios? ¿No sabía Él, mejor que nosotros, que el Mal no había tenido ninguna intervención en esta locura? ¿Que el corazón de estos niños había permanecido casto y puro incluso en su pecado?

«Qué raro es esto —pensaba Antoine—; debiera estarme aburriendo hasta más no poder y no: hay en ella un no sé qué que obliga a respetarla. Más que a respetarla: a tenerle simpatía... ¿Tal vez su bondad? Al fin y al cabo, la bondad es extremadamente rara, la bondad auténtica, la “natural”...»

—La parte de Jenny es bella —continuaba la señora de Fontanin, con su voz cantarina y firme, sin cesar de manejar la aguja—; ahora posee un tesoro que ennoblecerá toda su vida: el recuerdo de una entrega total, de un instante maravilloso, y que (cosa excepcional) no ha sido seguido de mañanas envilecedoras ...

«Hay personas —se dijo Antoine— que se fabrican de una vez para siempre un concepto satisfactorio del mundo... Después, todo va por sus pasos contados... Su existencia se parece a un paseo en barca, con tiempo tranquilo; no tienen sino que dejarse llevar por la corriente, hasta el desembarcadero...»

—... Y le queda la tarea más noble: un hijo que...

—La he encontrado muy diferente, completamente cambiada —interrumpió Antoine, resueltamente—. Muy madura... No; no madura... Muy...

La señora de Fontanin había dejado su labor sobre las rodillas, quitándose las gafas.

—Le voy a confesar una cosa, amigo mío, es ésta: ¡Creo que Jenny es «dichosa»! ... Sí...; dichosa, como nunca lo ha sido; todo lo dichosa que ella puede ser... Porque Jenny no ha nacido para la felicidad. Ya de niña era profundamente desgraciada y nadie podía evitarlo: el sufrimiento se había apoderado de ella. Peor aún: el odio hacia sí misma; no conseguía amarse, amar en sí misma a la criatura de Dios. Su alma, desgraciadamente, no ha sido nunca religiosa; su alma ha sido siempre un templo vacío... Pues bien, ¡vea los milagros que el Espíritu hace a diario en nosotros

y alrededor de nosotros! Todo dolor tiene su recompensa, todo desorden contribuye a la Armonía universal... Hoy, ha venido la gracia. Hoy, y mi intuición no me engaña, hoy esa querida niña ha encontrado en este papel de viuda y de madre todo lo que puede aspirar de felicidad humana, todo lo que su naturaleza puede ansiar de equilibrio y contentamiento... Siento ahora en ella...

—¡Tía! —gritó una voz en el jardín.

La señora de Fontanin se levantó.

—Ya está Nicole de regreso.

—El señor alcalde está aquí, tía —prosiguió la voz—. Quiere hablar contigo.

La señora de Fontanin ya estaba en la puerta. Antoine la oyó gritar desde lo alto de la escalera:

—Sube un momento, querida. ¡Acompañarás a..., a alguien que conoces!

Cuando Nicole hubo empujado la puerta se detuvo cohibida, mirando a Antoine como si no estuviera segura de conocerlo.

Antoine sintió una punzada en el corazón y balbuceó:

—¿Me encuentra bastante estropeado, verdad?

La joven enrojeció y, dominando su turbación, se echó a reír.

—Nada de eso... Es, simplemente, que no me esperaba encontrarle aquí.

Todavía no se habían vuelto a ver, puesto que Nicole no había ido la víspera a cenar al chalet, ocupada con aquel paratífico que no había querido confiar a ninguna enfermera.

Ella, en cambio, se había rejuvenecido más bien. El brillo lechoso de su cutis ni siquiera se había alterado por esta noche pasada en blanco; sus ojos azules seguían teniendo sus aguas incomparables.

Antoine le pidió noticias de su marido, con el que se había encontrado dos veces en el transcurso de la guerra.

—Actualmente, su quirófano ambulante está en el frente de Champagne —repuso la joven, sin cesar de pasear en torno a sí su mirada brillante en la que se mezclaban, sin que se pudiera nunca disociarlas por completo, una inocencia de jovencita y una coqueta sensualidad de mujer—. Tiene mucho trabajo... Pero aún le queda tiempo de escribir para las revistas... Esta última semana he recibido un trabajo para pasar a máquina... Sobre la técnica del torniquete o algo por el estilo...

Un rayo de sol, deslizándose sobre las redondeces del hombro, que moldeaba la tela de la bata, a cada movimiento que hacia jugaba con los pliegues de su velo, doraba la carne morena del antebrazo desnudo y hacía brillar sus dientes cuando sonreía. «¡Cómo debe despertar los deseos de todos estos jóvenes convalecientes!», pensó Antoine con rapidez.

—Sentí mucho no poder volver anoche al chalet —dijo Nicole—. ¿Cómo se ha pasado la noche? ¿Ha estado amable Daniel? ¿Ha conseguido usted amansarlo un poco?

—Claro que sí. ¿Por qué?

—Está tan sombrío, tan desagradable...

Antoine esbozó un gesto compasivo.

—Hay que compadecerlo.

—Habría que sacarlo de aquí —prosiguió la joven—. Decidirlo a volver a su pintura. —El tono era formal, como si se hubiera tratado de un verdadero problema y ella hubiera esperado precisamente la visita de Antoine para resolverlo—. La vida que hace aquí no puede durar. Se embrutece. Se convertirá...

Antoine sonrió.

—Pues no me he percatado.

—Oh, sí... Pregúntele a Jenny... Está verdaderamente imposible... O se sube a su habitación tan pronto como nosotras llegamos (¿por insociabilidad?, ¿por mal humor?; no se sabe...) O se queda a nuestro lado, sin abrir la boca, ¡y entonces es como si la temperatura descendiera repentinamente en el salón!... Su presencia molesta a todo el mundo... Se lo aseguro. ¡Le haría usted un servicio inestimable si pudiera persuadirlo de que debe trabajar, volver a París, ver a la gente, volver a vivir!

Antoine se contentó con agachar la cabeza y murmurar de nuevo:

—Hay que compadecerlo...

Una desconfianza instintiva le hacía mantenerse en guardia. Sin poderse explicar la razón, tenía la impresión de que la joven obedecía a unos pensamientos secretos que no expresaba.

(Y no era completamente falso. Nicole tenía formado su criterio acerca de Daniel desde cierta noche del invierno último. Aquel día, ya tarde, Jenny y Gise habían subido a acostarse, y Nicole, ocupada en una labor que deseaba terminar, estaba sola con su primo ante la chimenea del salón. De repente, Daniel había dicho: «¡Espera, Nico; no te muevas!» Y, en el reverso de un prospecto que andaba por allí, había empezado a dibujar la silueta de Nicole. Ella se había prestado de buen grado a este capricho imprevisto. Pero, al cabo de un instante, como advertida por un presentimiento confuso, había vuelto la cabeza bruscamente: Daniel ya no dibujaba, la devoraba con los ojos; una mirada odiosa, cargada de deseo, de furor sombrío, de vergüenza y tal vez de odio... Agachando la cabeza inmediatamente, su primo había arrugado violentamente el prospecto, echándolo al fuego. Luego, sin decir ni palabra, había salido de la habitación. «¡Entonces es esto! —se había dicho Nicole, aterrada—; todavía me quiere.» No había olvidado aquella época lejana en que vivía con su tía en París, y Daniel, adolescente, la perseguía como un poseído por todos los rincones de la casa. Este amor frenético y vano que la joven creía desvanecido desde hacía mucho tiempo se había vuelto a despertar, sin duda, por la vida en común en el chalet... Desde aquel día, todo se había vuelto claro a los ojos de Nicole; el amor de Daniel explicaba todo: su aire retraído e inquieto, sus enfados, su obstinación en no querer salir de Maisons y en llevar esta existencia reclusa, ociosa y casta, tan opuesta a sus costumbres y a su temperamento.)

—¿Quiere usted conocer mi opinión? —prosiguió Nicole, sin imaginar lo suspicaz que su insistencia parecía a Antoine—. Daniel es digno de que se le compadezca. Tiene usted razón. Pero no solamente sufre a causa de su enfermedad. No... Las mujeres tenemos algunas veces intuiciones... Tiene que sufrir de alguna cosa más... De algo íntimo y que le corroe... Algún amor desgraciado, tal vez... Alguna pasión sin esperanza...

De repente temió haberse traicionado y se sonrojó ligeramente. Pero Antoine no la miraba. La visión de Daniel, tumbado a la sombra de los plátanos, masticando su chicle, con la mirada errante y las manos bajo la nuca, pasó ante los ojos de Antoine.

—Es posible —dijo, ingenuamente.

Nicole volvió a reír, tranquilizada.

—¡Ni qué decir tiene que usted recordará, como yo, la vida que hacía Daniel en París antes de la guerra!...

No terminó; acababa de oír los pasos de su tía en la escalera.

La señora de Fontanin traía un montón de papeles.

—Perdónenme; vuelvo, pero es para marcharme en seguida... —Levantó el montón de cartas y de pliegos administrativos que acaban de entregarle—. Estamos atosigados de partes diarios que debemos enviar en varios ejemplares a las autoridades. ¡Mi correo de la tarde me lleva, por lo menos, dos horas diarias!

—Las dejo —dijo Antoine, que se había levantado.

—Tiene que volver. ¿Se queda algún tiempo con nosotros?

—Pues no... Me marcho mañana.

—¿Mañana? —preguntó Nicole.

—Tengo que estar de regreso en Mousquier el viernes.

Bajaron los tres la escalerilla vacilante.

La señora de Fontanin consultó su reloj.

—De todas formas, lo voy a acompañar hasta la verja...

—Y yo le dejo —exclamó Nicole—. Hasta la noche.

Tan pronto como la joven se hubo alejado, la señora de Fontanin, sin detenerse, preguntó con voz alterada:

—Nicole le estaba hablando de Daniel, ¿verdad? El pobre hijo... Pienso mucho en él. Rezo por él... ¡Es tan pesada la cruz que lleva a cuestas!

—Al menos, señora, usted tiene la seguridad de que vivirá. A pesar de todo, en los tiempos que corren, esta certeza no deja de tener su valor.

Ella pareció no querer entenderle; no miraba las cosas desde este punto de vista.

Dieron algunos pasos en silencio.

—Todo el día solo... —prosiguió la señora de Fontanin—. ¡Solo con su enfermedad! Solo con esa pena que no confía a nadie... ¡Ni siquiera a mí!

Antoine se detuvo en medio de la avenida, con una mirada francamente interrogante.

—Se hace uno cargo tan perfectamente de lo que debe experimentar ese pobre hijo —continuó la señora de Fontanin, en el mismo tono, firme y dolorido—, con su naturaleza ardiente y generosa... ¡Sentirse todavía lleno de valor, de salud! Y ver a su patria invadida... Amenazada... ¡Sin poder hacer ya nada por ella!

—¿Y cree usted que es eso? —insinuó Antoine. Estaba tan lejos de esperarse esta explicación, que no había podido disimular su incredulidad.

Ella enderezó el busto y una sonrisa de suficiencia, avivada por un ligero atisbo de orgullo, se dibujó en sus labios.

—¿Daniel? Es muy sencillo y, desgraciadamente, irremediable... Daniel está inconsolable por no poder cumplir ya con su obligación. —Y como Antoine no pareciera todavía muy convencido, con gesto austero y obstinado, añadió—: Fíjese; es tan cierto lo que le digo que, si Daniel teme venir al hospital, no es, como él dice, porque el recorrido le canse. No; es porque le resulta intolerable encontrarse entre todos estos muchachos, entre todos estos soldados que tienen la misma edad que él, que han sido heridos como él, pero que ellos ¡están en vísperas de poder marchar de nuevo a luchar!

Antoine no contestó. Llegaron en silencio hasta la verja. La señora de Fontanin se detuvo.

—Sólo Dios sabe cuándo volveremos a vernos —dijo, mirándolo con emoción. Tomó la mano que Antoine le alargaba y la retuvo durante un momento entre las suyas—. Buena suerte, amigo mío.

## XI

«**TODOS** hablan de Daniel como de un enigma —pensaba Antoine, mientras cruzaba la plaza—. Y cada uno me da su interpretación personal... ¡Y lo más probable es que no exista ningún enigma!»

Un poco cansado —pero sorprendido y satisfecho de no estarlo más— se encaminó sin prisas hacia la propiedad de los Fontanin. Se sentía contento de estar solo. La extensa avenida de tilos se extendía ante él hasta el bosque. El sol de las cuatro, ya bajo, se insinuaba por entre los troncos, proyectando sobre el suelo largas rayas llameantes. En algunos momentos, recordando los caminos polvorientos del Mediodía, aspiraba con deleite este aire suave y ligero, saturado de los olores primaverales de la Ile-de-France.

Pero el curso de sus pensamientos era triste. Esta estancia en Maisons despertaba demasiados recuerdos. La visita a la finca de los Thibault había levantado demasiados fantasmas. Lo acompañaban, sin que pudiera defenderse de ellos. Su juventud, su salud de antaño... Su padre, Jacques... Jacques, en estas últimas veinticuatro horas, se había acercado mucho. Nunca hasta ahora había sentido tan lo que la desaparición de Jacques lo privaba de un ser absolutamente irremplazable: su único «hermano»... No, no; nunca, desde la muerte de Jacques, había medido con tanta exactitud lo irreparable de esta pérdida. Se reprochaba incluso haber esperado hasta ahora para experimentar esta desesperación verdadera, esta desesperación desnuda. ¿Cómo había sido posible? Las circunstancias, la guerra... Recordaba perfectamente el momento en que recibiera la carta de Rumelles: aquella carta después de la cual hubiese sido absurdo conservar la menor esperanza. Le había sido entregada una noche, en el patio del hospital de sangre de Verdún, apenas unas horas antes de la marcha de su división al sector de Eparges. Esperaba la noticia, y aquella noche, con el barullo de la partida, no había tenido tiempo de abandonarse a su pena. Tampoco, por otra parte, en el curso de las dos semanas siguientes: los desplazamientos sucesivos, bajo la lluvia y entre el barro; la dificultad de organizar su servicio en las ruinas de aquellos pueblecitos de la Woévre; una vida fatigosa, que no dejaba el menor lugar para las preocupaciones personales. Más tarde, ya tranquilo, cuando había vuelto a leer la carta y contestado a Rumelles, ya se había acostumbrado a la idea de esta muerte, sin haber pensado mucho en ella. Pero hoy, en este marco de la vida familiar, su sentimiento tomaba consistencia tardíamente; lo irreparable le obsesionaba con una agudeza insólita. Incluso aquí, en estas avenidas, cada detalle del paisaje le traía a la memoria recuerdos y juegos. Juntos, a pesar de la diferencia de edad, Jacques y él habían franqueado de un salto estas barreras blancas; juntos se habían revolcado en esta hierba de mayo antes de la siega; juntos habían derribado con un palo estos nidos de insectos de caparazón liso que pululan por entre las raíces musgosas de los tilos y que ellos llamaban «soldados», porque su caparacho es de un rojo claro, con unos

extraños alamares negros. Juntos, en tardes semejantes a ésta, habían bordeado estas empalizadas y estos setos, arrancando al pasar ramitos de piornos o de lilas, haciendo este camino en bicicleta, con el traje de baño o la raqueta sobre el manillar. Y allí, aquella puerta sombreada de acacias, le recordaba el año en que, siendo todavía niño, iba durante las vacaciones a dar clases de repaso con un profesor de liceo que veraneaba en Maisons. Muchas veces, a la caída del día, en septiembre, para que no vagara solo por el parque, la señorita y Jacques venían a esperarlo a esta puerta. Volvió a ver a su hermano, un pequeñuelo de tres años que se escapaba de las manos de la señorita y corría a su encuentro para colgarse de su brazo y contarle en su media lengua los acontecimientos minúsculos de su jornada...

Todavía pensaba en ello cuando llegó al chalet. Y cuando abrió la puertecilla y vio a la entrada del jardín a Jean-Paul, que se soltaba repentinamente de la mano del tío Dañe para precipitarse a su encuentro, fue a Jacques a quien creyó ver correr, con su mechón rubio y sus gestos decididos. Mas emocionado de lo que quería dejar ver, cogió al pequeño entre sus brazos, como hacía antaño con su hermano, y lo alzó para besarlo. Pero Jean-Paul, que no soportaba que lo apretujaran ni aunque fuera para recibir una caricia, se debatió y pataleó con tal vigor que Antoine, jadeante y riendo, hubo de dejarlo en el suelo.

Daniel, con las manos en los bolsillos, contemplaba la escena.

—Está fuerte el bribón —dijo Antoine, con un orgullo casi paternal—. ¡Qué manera de defenderse! ¡Parece un pez recién sacado del agua!

Daniel sonrió y en su sonrisa había un orgullo muy parecido al de Antoine. Luego levantó la mano hacia el cielo:

—Buen día, ¿verdad? ...Otro verano que empieza...

Antoine, un poco fatigado por su lucha con Jean-Paul, se había sentado al borde de la avenida.

—¿Te vas a quedar aquí un rato? —preguntó Daniel—. Hace mucho tiempo que estoy de pie, y tengo que ir a reposar «mi» pierna... ¿Quieres que te deje al pequeño?

—Sí, hombre; con mucho gusto.

Daniel se volvió hacia el niño.

—Volverás en seguida con el tío Antoine. ¿Vas a ser bueno?

Jean-Paul agachó la cabeza, sin contestar. Miró a Antoine de reojo y a continuación dirigió a Daniel una mirada vacilante, como si por un momento quisiera reunirse con él; pero al atraer su atención un abejorro que acababa de caer a sus pies, olvidó inmediatamente al tío Dañe, se agachó y permaneció en contemplación ante los esfuerzos del insecto, que no conseguía ponerse sobre sus patas.

«Lo mejor para que se acostumbre será que parezca que no me ocupo de él», se dijo Antoine. Recordó un juego que entretenía mucho a su hermano a esta edad: cogió un grueso trozo de corteza de pino, sacó la navaja y, sin decir nada, empezó a tallarlo en forma de barca.

Jean-Paul, que le observaba a hurtadillas, no tardó en acercarse.



—¿De quién es el cuchillo?

—Mío... El tío Antoine es soldado y, por tanto, necesita una navaja para cortar el pan, para cortar la carne...

Evidentemente, estas explicaciones no interesaban a Jean-Paul.

—¿Qué estás haciendo?

—Mira... ¿No lo ves? Estoy haciendo un barquito. Un barquito para ti. Cuando te bañe tu mamá, pondrás el barco en la bañera y se quedará flotando, sin irse al fondo.

Jean-Paul escuchaba, con el entrecejo fruncido por la reflexión. Con un cierto malestar también: esta voz débil y ronca le causaba una sensación desagradable.

Por otra parte, parecía no haber comprendido nada del discurso de Antoine. ¿Tal vez nunca había visto un barco?... Exhaló un profundo suspiro, y atacando al único detalle que le había chocado, porque era de una inexactitud flagrante, rectificó:

—En primer lugar, a mí no me baña mamá; ¡es el tío Dañe!

Luego, con absoluta indiferencia hacia la obra de arte de Antoine, volvió a su abejorro.

Sin insistir, Antoine tiró el barquito y dejó la navaja junto a él, tras lo cual, trató de reanudar las relaciones.

—¿Has hecho hoy algo que te haya gustado? ¿Has ido a pasear por el jardín con el tío Dañe?

El niño pareció buscar en lo más profundo de su memoria e hizo señas de que sí.

—¿Has sido bueno?

Nueva señal afirmativa. Pero, casi al mismo tiempo, se acercó a Antoine, vaciló un segundo y confió con gravedad:

—No estoy seguro.

Antoine no pudo contener una sonrisa.

—¿Cómo? ¿No estás seguro de haber sido bueno?

—¡Sí! ¡Sí he sido bueno! —gritó Jean-Paul, enfadado. Luego, adoptando de nuevo el mismo extraño escrúpulo, arrugó la nariz cómicamente y, marcando las sílabas, repitió—: Pero no estoy seguro.

Pasó por detrás de Antoine, como si se alejara, e, inclinándose repentinamente, quiso apoderarse subrepticamente de la navaja, que había quedado en el suelo.

—¡No! ¡Eso no! —gritó Antoine, poniendo la mano sobre ella.

El niño, sin retroceder, le lanzó una mirada furibunda.

—¡Con eso no se juega! Te cortarías —explicó Antoine. Cerró la navaja y se la guardó en el bolsillo. El pequeño, contrariado, permanecía muy tieso, en actitud de desafío. Bondadosamente, para hacer las paces, Antoine le alargó la mano extendida. Un resplandor brilló en los ojitos azules, y cogiendo la mano como si quisiera besarla, el niño clavó en ella sus dientecillos.

—¡Ay!... —se quejó Antoine. Estaba tan sorprendido, tan desconcertado, que ni siquiera tuvo la tentación de enfadarse—. Jean-Paul es muy malo —dijo, frotándose el dedo mordido—. Jean-Paul ha hecho mucho daño al tío Antoine.

El pequeño le miraba con curiosidad.

—¿Mucho daño? —preguntó.

—Mucho daño.

—Mucho daño —repitió Jean-Paul, con evidente satisfacción. Y girando sobre sus talones, se alejó brincando.

El incidente había dejado a Antoine perplejo. «¿Simple necesidad de venganza? No... ¿Entonces, qué? Hay toda clase de cosas en un gesto de este tipo... Es muy posible que, ante mi prohibición, ante la dificultad de transgredirla, el sentimiento de su impotencia haya alcanzado de repente un paroxismo intolerable... Tal vez no haya sido del todo para castigarme, para hacerme daño, por lo que se ha arrojado sobre mi mano. Tal vez haya cedido a una necesidad física, a una necesidad irresistible de relajar sus nervios... Por otra parte, para juzgar una reacción como ésta habría que empezar por medir el grado de su apetencia. El deseo de coger esta navaja era tal vez imperioso; ¡hasta un extremo que un adulto no puede sospecharse!...»

Con el rabillo del ojo se cercioró de que Jean-Paul permanecía a su alcance. El niño, a diez metros de allí, se esforzaba por trepar a un montículo de tierra y no se preocupaba de nadie.

«Indudablemente, Jacques hubiera sido capaz de esta reacción rencorosa —se decía Antoine—. ¿Pero hubiera llegado hasta el mordisco?»

Hacía acopio de sus recuerdos para comprender mejor. No resistía a la tentación de identificar el presente con el pasado, al hijo con el padre. Reconocía estos sentimientos embrionarios de rebeldía, de rencor, de desafío, de orgullo concentrado y solitario, que había descifrado sin proponérselo en la mirada de Jean-Paul, y que eran los que había sorprendido muchas veces en los ojos de su hermano. La analogía le parecía tan sorprendente que no dudaba en llevarla aún más lejos, y hasta a persuadirse de que la actitud rebelde del niño encubría aquellas mismas virtudes escondidas, aquel pudor, aquella pureza, aquella ternura incomprendida que Jacques había disimulado bajo sus violentos arrebatos.

Temiendo coger frío, se disponía a levantarse cuando las extrañas acrobacias a que se entregaba el pequeño atrajeron su atención. El objetivo que se proponía tomar al asalto podía tener unos dos metros de altura; a derecha e izquierda, este talud se unía al suelo por unos planos inclinados, de fácil acceso; pero en la cara central el corte era abrupto y precisamente era este lado el que el niño había escogido para encaramarse. Antoine lo vio varias veces seguidas coger impulso, subir la mitad de la pendiente, resbalar y rodar por el suelo. No podía hacerse mucho daño: una alfombra de hojas de pino amortiguaba las caídas. Parecía enteramente absorto, solo en el mundo con este objetivo que se había fijado. A cada tentativa se acercaba más a la cumbre y cada vez caía desde más arriba. Se frotaba las rodillas y volvía a la carga.

«La energía de los Thibault —pensó Antoine, complacido—. En mi padre, autoridad y afán de dominar... En Jacques, impetuosidad y rebeldía... En mí, tozudez... ¿Y ahora? ¿Qué forma tomará la energía que este pequeño lleva en la

sangre?»

Jean-Paul se había lanzado de nuevo al ataque de modo tan intrépido que casi había alcanzado la parte alta del talud. Pero el suelo se deslizaba bajo sus pies e iba a perder el equilibrio una vez más, cuando cogió una mata de hierba, consiguió sujetarse, hizo un último esfuerzo, y se izó sobre la plataforma.

«Apuesto que va a volverse para ver si lo he visto», pensó Antoine.

Se engañaba. El chiquillo le volvía la espalda y no se ocupaba de él. Permaneció un minuto en el pináculo, bien firme sobre sus piernecitas. Luego, satisfecho sin duda, bajó tranquilamente por uno de los planos inclinados, y sin siquiera volver los ojos al teatro de sus éxitos, se apoyó en un árbol, se quitó una de las sandalias, sacudió las piedrecillas que habían entrado en ella y volvió a calzarse con aplicación. Pero como sabía que no podía abrocharse solo la tirilla de cuero, vino hacia Antoine y, sin decir palabra, le alargó el pie. Antoine sonrió y dócilmente sujetó la sandalia.

—Ahora vamos a volver a casa, ¿quieres?

—No.

«Tiene una manera muy personal de decir que no —observó Antoine—. Tiene razón Jenny: es menos un deseo de negarse a la cosa concreta que se le pide que una negativa general, premeditada... ¡La negativa a enajenar la menor partícula de su independencia, por cualquier motivo que sea!»

Antoine se había levantado.

—Vamos, Jean-Paul; sé bueno. El tío Dañe nos está esperando. Ven.

—No.

—Me vas a enseñar tú el camino —prosiguió Antoine, para soslayar la dificultad. (Se sentía muy torpe en este papel de preceptor.)—. ¿Por qué camino tenemos que ir? ¿Por ése? ¿O por aquél? —Quiso coger al niño de la mano. Pero el pequeño, obstinado, había cruzado los brazos a la espalda.

—¡Yo he dicho que no!

—¡De acuerdo! —dijo Antoine—. ¿Quieres quedarte aquí solo? ¡Pues quédate!  
—Partió deliberadamente en dirección a la casa, cuyo color rojizo, encendido por el sol poniente, se distinguía por entre los troncos.

No había dado treinta pasos, cuando oyó a Jean-Paul galopar detrás para reunirse con él. Resolvió acogerlo alegremente, como si no hubieran tenido ningún incidente. Pero el niño lo rebasó corriendo y, sin detenerse, le gritó insolentemente al pasar:

—¡Vuelvo a casa, porque me da la gana!

## XII

LAS cenas en el chalet eran por lo general bastante animadas, gracias a la charla de Gise y de Nicole. Felices de haber terminado su labor cotidiana —tal vez también de sentirse fuera del control maternal, pero vigilante, de la señora de Fontanin—, pasaban la comida comentando libremente los acontecimientos de la jornada, cambiando impresiones acerca de los recién llegados al hospital y contándose con palabrería de colegialas los pequeños incidentes surgidos en sus respectivos servicios.

Aunque estaba bastante cansado esta noche, Antoine se divertía de la seriedad con que, con fraseología técnica, discutían ciertos tratamientos y opinaban acerca de la capacidad de los médicos. En varias ocasiones hicieron un llamamiento a su competencia y hubo de darles su opinión, sonriendo.

Jenny, ocupada con su hijo, que cenaba en la mesa, no prestaba a la conversación sino una atención distraída. En cuanto a Daniel, silencioso como de costumbre (sobre todo cuando su hermana y Nicole estaban presentes), dirigió, sin embargo, la palabra a Antoine varias veces.

Nicole había traído un periódico de la noche. Se habló de los bombardeos de largo alcance sobre París. Diversas casas de los distritos VI y VII habían sido alcanzadas recientemente. Se hablan contado cinco muertos, entre los que estaban tres mujeres y un niño de pecho. La muerte de este pequeñuelo había provocado una explosión unánime contra la barbarie teutónica.

Nicole estaba indignada de que tales atrocidades fuesen posibles.

—¡Esos *boches*! —exclamó—. ¡Hacen la guerra como verdaderos salvajes! ¡Ya era bastante con sus lanzallamas, sus gases asfixiantes! ¡Sus submarinos! ¡Pero la matanza de poblaciones civiles inocentes; eso ya rebasa todo, es algo monstruoso! ¡Tienen que haber perdido todo sentido moral y todo sentimiento de humanidad!

—¿De verdad que la matanza de inocentes poblaciones civiles le parece mucho más inhumana, mucho más inmoral, mucho más monstruosa, que la de los jóvenes soldados que se envían a primera línea? —preguntó Antoine, insidiosamente.

Nicole y Gise le miraron, estupefactas.

Daniel había soltado el tenedor. Callaba, con los ojos bajos.

—Atención... —prosiguió Antoine—. Codificar la guerra, querer limitarla, organizarla (¡«humanizarla», como dicen!), decretar: «¡Esto es bárbaro! ¡Esto es inmoral!», implica que hay otra forma de hacer la guerra... Una manera perfectamente moral...

Hizo una pausa y buscó la mirada de Jenny. Pero ésta estaba inclinada hacia su hijo, al que daba de beber.

—¿Es que lo monstruoso estriba realmente en que esta o aquella forma de matar sea más o menos cruel? —prosiguió—. ¿Y que afecte a éstos más bien que a aquéllos?...

Jenny se interrumpió en seco y dejó el vaso sobre la mesa tan bruscamente que estuvo a punto de volcarlo.

—Lo monstruoso —dijo, apretando los dientes— ¡es la pasividad de los pueblos! ¡Tienen el número! ¡Tienen la fuerza! ¡Toda guerra depende de su aceptación o de su negativa! ¿A qué esperan? Les bastaría con decir: «¡No!» ¡Y la paz que todos reclaman se convertiría en ese mismo instante en una realidad!

Daniel levantó los párpados y envolvió a su hermana en una mirada breve y enigmática.

Hubo un momento de silencio.

Antoine concluyó, con aplomo:

—Lo monstruoso no es esto ni aquello: ¡es la guerra en sí!

Transcurrieron algunos minutos sin que nadie se atreviera a reanudar la conversación.

«Todos los hombres reclaman la paz —se decía Antoine, pensando en la frase de Jenny—. ¿Es cierto esto?... La reclaman cuando se encuentra comprometida... Pero su intolerancia recíproca y su instinto combativo la hacen precaria cuando la tienen... ¡Hacer recaer la responsabilidad de las guerras en los gobiernos y la política, desde luego! Pero no olvidar, en esta responsabilidad, la parte de la naturaleza humana... En la base de todo pacifismo hay este postulado: la creencia en el progreso moral del hombre. Yo tengo esta creencia, o mejor dicho, tengo una necesidad sentimental de tenerla; ¡no puedo resolverme a pensar indefinidamente que la conciencia humana no sea perfectible! Necesito creer que algún día la Humanidad sabrá establecer la fraternidad y el orden en el planeta... Pero para realizar esta revolución no bastarán la voluntad y el martirio de algunas personas honradas: serán necesarios siglos de evolución, tal vez milenios... (¿Qué se puede esperar, verdaderamente grandioso, de un hombre del siglo xx?...). Por tanto, por mucho que haga no consigo encontrar, en una perspectiva tan lejana, algo que me consuele de tener que vivir entre la fauna voraz del mundo actual.»

Advirtió que todos seguían callados a su alrededor. El ambiente estaba tenso, cargado de electricidad. Lamentó haber sido la causa de esta brusca tormenta y quiso tratar de reanimar la conversación.

Se volvió hacia Daniel.

—Por cierto, ¿y vuestro amigo, aquel tipo extravagante...? El pastor, ya sabes... ¿Qué ha sido de él?

—¿El pastor Gregory?

Este nombre había bastado para hacer brotar una lucecilla de malicia en todas las miradas.

Nicole adoptó una voz entristecida, que compaginaba mal con la expresión divertida de su rostro.

—Tía Thérèse está muy inquieta por él: desde Pascuas está en un sanatorio de Arcachon...

—Según las últimas noticias, ya no se levantaba de la cama —añadió Daniel.

Jenny hizo observar que el pastor estaba en el frente desde el principio de la guerra. Luego, la conversación decayó.

Antoine, por decir algo, preguntó:

—¿Se presentó voluntario?

—Hay que decir —rectificó Daniel— que hizo lo imposible por conseguirlo. Pero no pudo lograrlo a causa de su edad y su estado de salud. Entonces se hizo admitir en una sección de las ambulancias americanas. Ha pasado en el frente inglés todo este terrible invierno del diecisiete... Transportando heridos... Una bronquitis tras otra... Espustos sanguinolentos... Hubo que evacuarlo a la fuerza. Pero demasiado tarde.

—La última vez que lo vimos fue en mil novecientos dieciséis, durante un permiso. Vino aquí —dijo Jenny.

Nicole precisó:

—Y ya estaba desconocido... Un espectro... Con una larga barba, a lo Tolstoi... ¡Un verdadero brujo de cuento de hadas!

—¿Seguía negándose a utilizar medicinas? ¿Y a cuidar a sus enfermos de otra forma que con sus sortilegios? —chanceó Antoine.

Nicole se echó a reír:

—Sí sí... Nos colocó respecto a esto unas frases delirantes. Cuando vino aquí hacía ya dos años que transportaba moribundos en su camioneta y repetía tranquilamente: «¡La muerte no existe!»

—¡Nicole! —dijo Gise. Sufría de ver al pastor expuesto a las burlas delante de Antoine.

—Por otra parte, la palabra «muerte» es una palabra que no pronuncia nunca —prosiguió Nicole—. El dice «la ilusión mortal»...

—Y en su última carta a mamá —añadió Daniel, sonriendo—, hay esta frase asombrosa: «Mi vida se retirará muy pronto al “dominio de la invisibilidad”...»

Gise dirigió a Antoine una mirada de reproche.

—No te rías, Antoine. Es un santo, a pesar de sus ridiculeces.

—¿Y qué quieres que yo haga? Tal vez sea un santo —concedió Antoine—. Pero no puedo evitar el pensar en todos los desgraciados *tommies* heridos que hayan tenido la desgracia de caer en sus santas manos, ¡y persisto en creer que tiene que ser un enfermero peligroso!

Los postres se habían acabado.

Jenny hizo bajarse de su silla a Jean-Paul y se levantó. Todos la imitaron y la siguieron a la sala. No hizo más que cruzar la habitación; era más tarde que otras noches y tenía prisa por meter al niño en la cama.

Mientras que Gise se instalaba lejos de la luz, en una silla baja, para tejer uno de aquellos pares de calcetines que entregaba como un viático a los convalecientes curados que volvían a sus depósitos, Daniel tomó un tomo del *Tour du Monde* y fue a sentarse en el sofá, al fondo, detrás de la mesa redonda sobre la que estaba la única

lámpara de petróleo de la habitación. «¿Es una forma de disimular? —se preguntó Antoine observando al joven que, inclinado bajo la pantalla, volvía las páginas con aplicación de niño bueno—. ¿O es que siente verdadero interés por esos viejos grabados?»

Se acercó a la chimenea, en la que Nicole, arrodillada delante del hogar, prendía una llama.

—¡Hace mucho tiempo que no veo un fuego de leña!

—Las noches son todavía frescas —dijo ella—. ¡Y, además, es tan alegre! —Se incorporó a medias—. Aquí, en Maisons, fue donde nos vimos por primera vez. Yo me acuerdo perfectamente... ¿Y usted?

—Yo también.

Efectivamente, recordaba aquella lejana noche estival en que, cediendo a los ruegos de Jacques y a espaldas del señor Thibault, había consentido en acompañar a su hermano a casa de los «hugonotes»; su sorpresa de encontrar aquí a Félix Héquet, el cirujano, algunos años mayor que él; Jenny y Nicole, en la rosaleda; Jacques, estudiante, que acababa de ingresar en la Normal; se acordó de si mismo, joven médico, al que la señora de Fontanin era la única en llamar «doctor», ceremoniosamente... ¡Todos jóvenes! ¡Todos confiando en su edad y en la vida, ignorando el futuro, sin la menor sospecha del cataclismo que los hombres de Estado de Europa les preparaban y que debía barrer de golpe sus pequeños proyectos individuales, anonadar la existencia de unos, metamorfosear la de otros, acumulando en cada destino particular las ruinas, los duelos, trastornar al mundo!; ¿por cuántos años aún?

—Fue al principio de mi noviazgo —prosiguió Nicole, pensativamente. Este recuerdo parecía lleno de melancolía—. Félix me había traído en su auto... Tuvimos una avería, al regreso, en plena noche, en Sartrouville...

Daniel levantó los párpados y, sin mover la cabeza, les dirigió una rápida mirada que Antoine sorprendió. ¿Estaba escuchando? ¿Esta evocación del pasado provocaba en él emociones y arrepentimientos? ¿O simplemente le molestaba el charloteo? Volvió a hojear el libro, pero poco después ahogó un bostezo, cerró el tomo, se puso en pie y, sin apresurarse, vino a dar las buenas noches.

Gise dejó su labor.

—¿Subes, Daniel?

En la penumbra su pelo parecía más lanoso, su color más oscuro, el blanco de sus ojos más brillante. Así, iluminada por las llamas de la chimenea, la silueta encorvada de este asiento bajo evocaba el África ancestral: una mujer indígena, agachada delante de un fuego de rastrojos.

Se había levantado.

—Me parece que tu lámpara se ha quedado en el *office*. Ven, que yo te alumbraré.

Salieron juntos del salón. Antoine los siguió con los ojos maquinalmente y luego su mirada volvió a Nicole, que le observaba de pie. Estaban solos. Sonrió de una

manera extraña.

—Daniel debiera casarse con ella —dijo a media voz.

—¿Cómo?

—Pues claro. Sería algo perfecto; ¿no le parece?

La idea era tan inesperada para él que Antoine había permanecido inmóvil, con la mirada fija y las cejas levantadas. Nicole se echó a reír: una risa profunda, sonora y gorjeante:

—No pensaba asombrarle hasta ese punto.

Había acercado un sillón al fuego. Con las piernas cruzadas, en una postura abandonada, un poco provocativa, le miraba sin decir nada.

Antoine vino a sentarse a su lado.

—¿Cree usted que hay algo entre ellos?

—No he dicho nada de eso. A Daniel, desde luego, es seguro que no se le ha ocurrido ni pensar en ello...

—Pues a Gise tampoco —afirmó Antoine, de manera espontánea.

—A Gise tampoco, sin duda. Pero se ve perfectamente que está interesada por él. Es siempre ella quien le hace sus recados en el pueblo, quien le compra sus periódicos, sus cajas de chicle... Lo rodea de mil atenciones. Que, por otra parte, él acepta con un placer visible... Tal vez haya tenido usted oportunidad de observar que es la única que se libra de sus accesos de mal humor.

Antoine callaba. La hipótesis del matrimonio de Gise le había resultado desagradable al principio; no había olvidado por completo el pasado y el lugar que en cierto momento había ocupado Gise en su vida. Pero reflexionando, no encontraba ninguna objeción valedera que formular.

Nicole seguía riendo en silencio, lo que provocaba dos hoyitos en sus carrillos. Esta alegría tenía algo de excesivo, de falta de naturalidad. «¿Será, tal vez, que ame a su primo?», se preguntó Antoine.

—Vamos, doctor; convenga en que mi idea no es mala del todo —insistió Nicole—. Gise se consagraría a él, y en una dedicación de este tipo es donde una chica como ella tiene más posibilidades de sentirse feliz... En cuanto a Daniel... —Volvió lentamente la cabeza hasta que sus trenzas rubias hubieron encontrado el apoyo del respaldo, y Antoine vio por un instante brillar los dientes entre los labios húmedos. Luego los párpados se abatieron y una mirada intencionadamente maliciosa se filtró a través de las pestañas—. Daniel es de esos hombres que siempre están dispuestos a dejarse querer.

Se le escapó un imperceptible gesto de impaciencia; acababa de oír, a través de los tabiques, el crujido de los escalones de la vieja escalera.

—Es como el paratífico que he velado esta noche —exclamó, cambiando de tema con una rapidez y una picardía realmente inquietantes—. Un saboyano... Un viejo de la quinta del noventa y dos... —La entrada de Jenny, seguida de Gise, la hizo acelerar todavía más su relato—. Deliraba en un *patois*<sup>[3]</sup> incomprensible. Pero a cada



momento llamaba: «¡Mamá!...» con una voz infantil. Era desgarrador.

—Oh —dijo Antoine, prestándose al juego con una frase de la que tontamente se sentía bastante orgulloso—; yo también he oído eso, muy a menudo. Pero no se engañe: afortunadamente, no es sino una queja maquinal, una costumbre que sube inconscientemente del pasado... De todos los moribundos a los que he oído gritar: «¡Mamá!» ha habido muy pocos, en mi opinión, que pensaran con precisión en su madre.

Jenny tenía entre sus brazos un paquete de madejas de lana de color marrón, para devanar:

—¿Quién quiere ayudarme esta noche?

—Yo tengo mucho sueño —confesó Nicole, con una sonrisa perezosa. Miró hacia el reloj—; las diez menos veinte ya...

—Yo —propuso Gise.

Jenny rehusó con un movimiento de cabeza.

—No, querida; tú también estás fatigada. Súbete a descansar.

Después de haber besado a Jenny, Nicole se acercó a Antoine:

—Discúlpeme; nos vamos a las siete de la mañana y anoche no pude cerrar los ojos.

Gise se acercó, a su vez. Se sentía acongojada al pensar que Antoine se marchaba al día siguiente y que se terminaba su estancia sin que hubieran podido hablar a solas, sin que hubieran vuelto a tener la intimidad de su encuentro en París. Pero temía echarse a llorar si expresaba la pena que esto le causaba. Le ofreció la frente, en silencio.

—Adiós, «Negrita» —dijo Antoine, en voz baja, con toda la dulzura de que era capaz.

La joven se persuadió acto seguido de que Antoine había adivinado su pensamiento, de que sentía como ella el dolor de esta separación, y esta certeza la hizo repentinamente menos penosa.

Evitó mirarle a los ojos y se reunió con Nicole.

«¿Cómo? ¿No se despide de Jenny?», observó Antoine. No tuvo tiempo de preguntarse si habría surgido alguna diferencia entre ellas: Jenny cruzaba el salón precipitadamente, alcanzaba a Gise junto a la puerta y le ponía la mano encima de un hombro:

—Temo no haber tapado bastante al pequeño. ¿Quieres ponerle algo en los pies?

—¿La manta rosa?

—La blanca es más caliente.

Volvieron a separarse sin haberse dado las buenas noches.

Antoine había quedado de pie.

—¿Y tú, Jenny, no subes? No es necesario que te quedes por mí.

—No tengo nada de sueño —afirmó Jenny, instalándose en el sillón que acababa

de abandonar Nicole.

—Entonces, vamos a trabajar. Sostituiré a Gise. Dame una madeja.

—¡Ni hablar!

—¿Por qué? ¿Tan difícil es?

Se apoderó de la lana y se sentó en la silla baja. Jenny ce dio, sonriendo.

—Mira —dijo Antoine, después de algunos movimientos torpes—. ¡Ahora ya va solo!

Jenny se sentía sorprendida y encantada de encontrarlo tan sencillo, tan afectuoso. Estaba avergonzada de haberlo subestimado durante mucho tiempo. ¿No era ahora su único apoyo? Como un acceso de tos obligara a Antoine a interrumpirse, pensó: «¡Con tal de que llegue a curarse! ¡Con tal de que recobre su salud de antes!» Necesitaba la salud de Antoine para su hijo.

Cuando la tos hubo disminuido, Antoine declaró, sin preámbulos, volviendo al trabajo:

—¿Sabes una cosa, Jenny? Siento un gran consuelo al verte así... Quiero decir tan bien..., tan tranquila...

Con los ojos fijos en su ovillo, Jenny repitió, pensativa:

—Tranquila...

Era cierto, a pesar de todo. Ella misma se asombraba algunas veces de esta atmósfera apaciguada en que bañaba ahora su pena. Reflexionando en la observación de Antoine, comparaba su estado actual con el período de depresión, de vida atroz por el que había pasado tres años y medio antes. Volvió a verse, al principio de la guerra, sin ninguna noticia de Jacques y presintiendo lo peor, entregada a accesos contradictorios de debilidad y de violencia, destrozada por su soledad y no pudiendo soportar la presencia de nadie, huyendo a su madre, a su casa, como si estuviera en busca de algo indispensable, lo cual se le escapara sin cesar y que sin cesar estuviera a punto de alcanzar, deambulando algunas veces durante tardes enteras por aquel París transformado por la movilización, haciendo sin descanso el peregrinaje a todos los lugares a que Jacques la había llevado: la estación del Este, la glorieta de San Vicente de Paúl, la calle del Croissant, los bares de los alrededores de la Bolsa donde tantas veces había esperado, las callejuelas de Montrouge y aquella sala del mitin en que Jacques, una noche, levantara contra la guerra a una muchedumbre efervescente... Finalmente, el agotamiento y la noche la traían de nuevo a casa, completamente rota. Entonces se arrojaba llorando sobre esta cama en que Jacques la había tenido entre sus brazos y dormía algunas horas para despertar muy pronto en el umbral de una nueva jornada de desesperación... ¡Efectivamente, comparada con la de aquellas semanas, su vida actual era maravillosamente «tranquila»! En estos tres años todo había cambiado alrededor de ella y dentro de ella. Todo: incluso el recuerdo que guardaba de Jacques... ¡Qué extraño es que ni el amor más ferviente pueda defenderse del paso del tiempo! Cuando pensaba en Jacques ahora nunca se lo imaginaba tal como sería hoy, ni siquiera como lo era en julio de 1914. No; el que

evocaba ahora su pensamiento no era el muchacho febril y cambiante que ella había conocido: era un Jacques inmóvil y quieto, sentado de tres cuartos de perfil, con una mano apoyada en el muslo y la frente iluminada por la deslumbrante luz que un ventanal del estudio dejaba entrar: el Jacques del retrato que tenía día y noche ante sus ojos.

Y de repente tuvo conciencia de una cosa terrible. Acababa de imaginar que Jacques estaba de regreso súbitamente, y en su forma de reaccionar hubo tanto de alegría como de malestar... Inútil engañarse: si el Jacques de 1914 le hubiese sido devuelto de pronto, si surgiera milagrosamente ante la Jenny de hoy, no podría ofrecerle intacto el lugar que hasta entonces creía haberle conservado de manera tan fiel.

Jenny dirigió a Antoine una mirada de abatimiento que él no vio. Atento a mantener la madeja bien tirante entre sus manos crispadas y a facilitar el devanado inclinándose con regularidad a derecha e izquierda, no se atrevía a separar los ojos de la hechizada hebra de lana. Se sentía un poco ridículo. Le daban calambres en los hombros. Se decía malhumorado que había hecho mal en ofrecer su ayuda; que este movimiento de alzar los brazos aumentaba cada vez más su fatiga; que, después de haber permanecido así demasiado tiempo, cerca del fuego y sentado en una silla baja, corría peligro de coger frío arriba, al desnudarse...

Jenny hubiese querido hablar de sí misma, de Jacques, del niño, como había hecho por la mañana en su habitación. Aquel momento de confianza excepcional le había producido un bienestar que no había dejado de sentir durante todo el día. Pero esta noche se sentía otra vez «cortada»... ¡Era el drama de su vida íntima, esta falta de aptitud para el contacto, esta condena a permanecer incomunicada! Ni siquiera junto a Jacques había sabido abandonarse sin reticencias. ¿Cuántas veces le había reprochado él que era «indescifrable»? Estos recuerdos eran amargos y la obsesionaban aún. ¿Cómo sería ella, más tarde, con su hijo? ¿No le alejaría de sí, sin querer, con su reserva, con su frialdad aparente?

Las campanadas del reloj les hicieron levantar la cabeza al mismo tiempo y darse cuenta, al mismo tiempo, de su largo silencio.

Jenny sonrió.

—Lo siento por las madejas que quedan. Vamos a acabar ésta nada más. Me voy a tener que subir. —Y apresurándose a terminar el ovillo empezado, explicó—. Si no, me expongo a encontrar a Gise dormida y a despertarla en el primer sueño... Tiene mucha necesidad de descansar.

Antoine recordó entonces las dos camas gemelas y comprendió por qué Gise no había dado las buenas noches a Jenny: dormían en la misma habitación. Ambas dormían arriba, bajo el retrato de Jacques, a ambos lados de la cainita del niño... Pensando en la triste infancia de Gise en casa del señor Thibault sintió un impulso de alegría. «La pobre chica ha encontrado una familia.» Las palabras de Nicole Héquet se le vinieron a la imaginación. «¿Se casará con Daniel?» Sin saber bien por qué, no

le parecía muy probable. Por otra parte, Gise podía ser feliz sin esto. Podía encontrar su razón de ser y su alegría de vivir en la compañía de Jenny y de Jean-Paul. Consagraría a estos dos seres en quienes sobrevivía para ella la presencia de Jacques, su ternura sin empleo, su devoción de perro fiel. Se convertiría en una mulata de pelo canoso, en una vieja y dulce «tía Gi»...

Una vez terminado el ovillo, Jenny se levantó, recogió las madejas, cubrió los leños con ceniza y cogió la pesada lámpara que estaba sobre la mesa.

—Dámela —propuso Antoine, sin mucha convicción.

Tenía la voz tan ronca y hablaba con tanto trabajo, que ella quiso evitarle todo esfuerzo.

—Gracias. Ya estoy acostumbrada. Soy siempre la última en subir.

Al llegar junto a la puerta se volvió y levantó la lámpara para cerciorarse de que todo estaba en orden. Su mirada recorrió el viejo salón familiar y luego vino a fijarse de nuevo en Antoine.

—¡Educar al pequeño lejos de todo esto! —dijo con resolución—. ¡Tan pronto como termine la guerra cambiaré de vida y me instalaré en otra parte!

—¿En otra parte?

—Quiero alejarme de todo esto —prosiguió Jenny en el mismo tono firme y reflexivo—. Quiero marcharme.

—¿Adónde? —Se le pasó una sospecha por la imaginación—. ¿A Suiza?

Jenny lo miró algunos segundos antes de contestar.

—No —dijo—. Naturalmente, he pensado en ello. Pero allí, después de la revolución de Octubre, los buenos, los que eran amigos de Jacques, han marchado todos a Rusia... He pensado también, por un momento, en Rusia... Pero no; es preferible que Jean Paul reciba una educación francesa. Me quedaré en Francia. Me alejaré de mamá y me alejaré de Daniel. Me haré una vida propia. Tal vez en provincias. Me instalaré en cualquier sitio, con Gise. Trabajaremos. Y educaremos a este pequeño como hay que educarlo, como Jacques hubiera querido que se le educara.

—Jenny —dijo Antoine impulsivamente—. Para entonces espero haber reanudado mis actividades de médico y poder tomar a mi cargo...

Ella le interrumpió con un movimiento de cabeza.

—Gracias. De ti no vacilaría en aceptar ayuda si hiciera falta. Pero ante todo quiero ser una mujer que se gane su vida. Quiero que Jean-Paul tenga por madre a una mujer independiente, a una mujer que haya adquirido con su trabajo el derecho de pensar lo que le plazca y a obrar como crea conveniente... ¿Me desapruebas?

—¡No!

Le dio las gracias con una mirada amistosa. Y como si hubiera terminado de decir lo que deseaba que él supiera abrió la puerta y empezó a subir la escalera delante de él.

Lo acompañó hasta su habitación y dejó la lámpara de la sala, comprobando que

no le faltaba nada. Luego le tendió la mano.

—Te voy a confesar una cosa, Antoine.

—¿Qué es? —dijo él, para alentarla.

—Pues bien... No siempre he sentido hacia ti... la simpatía... que siento hoy.

—Yo tampoco —confesó Antoine, sonriendo.

Jenny dudaba de si seguir a causa de esta sonrisa. Había dejado su mano en las de Antoine. Lo miró con gravedad y, finalmente, se decidió.

—Pero ahora, cuando pienso en el porvenir del pequeño..., compréndelo, aumenta mi valor para pensar que tú estarás aquí y que el hijo de Jacques no te será un extraño... Tendrás que aconsejarme, Antoine... Es necesario que Jean-Paul tenga todas las cualidades de su padre, sin tener... —No se atrevió a terminar su frase. Pero acto seguido hizo un esfuerzo (Antoine sintió la manita temblar entre sus dedos) y, como un jinete que delante del obstáculo domina a un caballo reacio, tragó saliva y prosiguió—: No creas que yo no veía los defectos de Jacques... —Volvió a callar; luego, como un paréntesis involuntario, añadió con la mirada errante—: Pero los olvidaba, cuando le tenía a mi lado...

Sus párpados aletearon. Buscaba en vano la hilación de sus ideas. Preguntó.

—No te marchas hasta después de comer, ¿verdad?... Entonces... —Hizo un esfuerzo para sonreír—. ...Entonces, todavía podremos charlar un poco por la mañana... —Soltó su mano, murmuró—. Que descanses bien —y se alejó sin volverse.

## XIII

—EL doctor Thibault —anunció, alegremente, el viejo criado. Philip, sentado en su despacho, escribía algunas cartas en espera de la llegada de Antoine. Se levantó precipitadamente y con su paso saltarín e incierto se adelantó hacia Antoine, parado en el umbral. Antes de cogerle las manos le dirigió una de esas miradas vivas que parecían chispear entre sus párpados semicerrados y movió un poco la cabeza con aquella sonrisa burlona que le ayudaba a ocultar sus emociones.

—¡Estás magnífico, muchacho, con ese azul celeste! ¿Cómo, va eso?

«Ha envejecido mucho», pensó Antoine.

Los hombros de Philip se habían arqueado y su largo cuerpo estaba más vacilante que nunca sobre sus piernas. Las espesas cejas y la perilla de cabra se habían vuelto completamente blancas; pero los gestos, la mirada y la sonrisa conservaban una vivacidad, una jovialidad, incluso una picardía desconcertantes, casi desplazadas en este rostro de anciano.

Llevaba puesto un viejo pantalón de uniforme, encarnado, con trencillas negras, y un chaquet con los faldones arrugados; este atavío anfibio simbolizaba bastante bien sus funciones mitad civiles y mitad militares. A finales de 1914 había sido puesto a la cabeza de una comisión encargada de mejorar los servicios sanitarios del Ejército y, a partir de aquella fecha, se había entregado a la tarea de luchar contra los vicios de una organización que le parecía escandalosamente defectuosa. Su notoriedad en el mundo médico le aseguraba una independencia excepcional. Había atacado los reglamentos oficiales; había denunciado los abusos, advirtiéndolos a las autoridades, y las afortunadas aunque tardías reformas llevadas a cabo en aquellos últimos dos años, se debían en gran parte a sus campañas valerosas y tenaces.

Philip seguía teniendo entre las suyas las manos de Antoine y las agitaba ligeramente, dejando oír breves risitas.

—¡Vamos, vamos!... ¡Y bien!... ¡Cuánto tiempo! ¿Cómo va eso? —Luego llevó a Antoine hacia su mesa—. Hay tantas cosas que decirse que no se sabe por dónde empezar... —Había instalado a Antoine en el sillón que ofrecía a sus clientes, pero en lugar de sentarse detrás de su mesa alargó el brazo, cogió una silla, se sentó en ella a horcajadas muy cerca de Antoine y le observó.

—Veamos, muchacho; hablemos de ti. ¿En qué estado se encuentra la cuestión esa de los gases?

Antoine se turbó. Había visto cien veces en las facciones de Philip esta atención y esta gravedad profesionales, pero era la primera vez que era objeto de ellas.

—¿Me encuentra muy desmejorado, profesor?

—Un poco más delgado... ¡Lo que no es muy sorprendente!

Philip se quitó los lentes, los limpió, volvió a ponérselos con cuidado, se inclinó y sonrió.

—¡Vamos, cuéntame!

—Pues bien, profesor; soy lo que se llama con respeto un *ipergaseado*. No es como para tomarlo a broma.

Philip hizo un ligero movimiento de impaciencia.

—Bah, bah, bah... Empecemos por el principio. ¿Tu primera herida? ¿Qué queda de ella?

—Quedaría muy poco si la guerra hubiera terminado para mí el verano último, antes de mi encuentro con la iperita... Por otra parte, he absorbido bastante poca y no debiera estar en la situación que estoy. Pero es evidente que las lesiones producidas por el gas se han agravado, a la derecha, por el estado del pulmón, el que fue perforado, y que no había recobrado su elasticidad normal.

Philip hizo una mueca.

—Sí —prosiguió Antoine, pensativo—; estoy seriamente afectado, no hay que hacerse ilusiones... Claro es que saldré adelante. Pero será largo. Y... —Un golpe de tos le interrumpió algunos segundos—. ¡Y muy probablemente estaré en desventaja para el resto del recorrido!

—¿Cenarás conmigo? —preguntó Philip bruscamente.

—Con mucho gusto, profesor. Pero ya se lo tengo dicho por carta: estoy a régimen...

—Denis está advertido: se ha provisto de leche... Por consiguiente, si te quedas a cenar tenemos todo el tiempo necesario. Empecemos por el principio. ¿Cómo ha sucedido? Creí que estabas en la retaguardia.

Antoine esbozó con los hombros un gesto de cólera.

—¡Sucedió de la manera más estúpida! Fue a finales de octubre último. En aquella época estaba bien tranquilo en Épernay, donde me había encargado (predestinación sin duda) de organizar un servicio para gaseados. Me había extrañado comprobar entre los gaseados que me enviaban la presencia de gran número de enfermeros y de camilleros después de las recientes operaciones en el sector del Chemin des Dames (acabábamos de tomar la Malmaison y Pargny). No era natural. Me pregunté si las precauciones contra los gases en los puestos de socorro serían suficientes y bien observadas por el personal. Quise extremar mi celo. Conocía un poco al médico director del cuerpo y obtuve autorización para ir a hacer una inspección sobre el terreno. Y fue al regreso de esta visita cuando me dejé cazar como un imbécil... Los *boches* desencadenaron un ataque de gases en el preciso momento en que yo volvía de las trincheras: primera mala suerte. Segunda mala suerte: un tiempo húmedo y cálido, a pesar de la época. Ya sabe usted que la humedad hace a la iperita más nociva, a causa de las reacciones ácidas.

—Sigue —dijo Philip. Había apoyado los codos en las rodillas, la barbilla sobre los puños y miraba a Antoine, sin apartar los ojos de él.

—Tenía prisa por volver al auto, que había dejado en el puesto de mando de la división. Quise evitar los ramales atestados por las tropas de relevo. Creí tomar un

atajo. Era noche cerrada. Chapoteé durante veinte minutos en una trinchera medio inundada. Le ahorro los detalles...

—¿No tenías careta?

—¡Claro que sí! Pero una careta prestada... Sin duda la sujeté mal. O demasiado tarde. No tenía sino una idea: encontrar el auto... Cuando por fin llegué al puesto de mando salté al coche e iniciamos la marcha. Hubiera hecho mejor deteniéndome en el hospital divisionario para hacer gárgaras con bicarbonato cuanto antes...

—¡Sí; sin duda alguna!

—Pero no sospechaba que había sido atrapado. Hasta una hora más tarde no sentí picores en el cuello y en las axilas... Llegamos a Épernay en medio de la noche. Inmediatamente me hice una cura con colargol y me acosté. Seguía pensando que no era cosa de importancia. Pero el árbol bronquial había sido afectado más seriamente de lo que yo sospechaba... Ya ve usted qué cosa más ridícula: ¡Fui allí para comprobar si se observaban bien todas las precauciones reglamentarias y, sin embargo, no me cuidé de tomarlas yo mismo!...

—¿Entonces? —interrumpió Philip. Y, cediendo a la tentación de demostrar que no le era un tema completamente desconocido, agregó—: Y al día siguiente molestias en la vista, en el aparato digestivo, etcétera...

—Ni una cosa ni otra. Al día siguiente casi nada. Ligeros eritemas en las axilas. Algunas molestias cutáneas, que parecían benignas. Nada de flictenas. Sin embargo, en los bronquios, unas lesiones traicioneras y profundas, que no se descubrieron hasta algunos días más tarde... Ya adivinará usted el resto: sucesivas inflamaciones de la traquearteria y la laringe... Bronquitis agudas, con falsas membranas... ¡Es decir, las secuelas clásicas! Y esto dura ya hace seis meses...

—¿Y las cuerdas vocales?

—¡En un estado lastimoso! Ya me oye cómo hablo. Y todavía esta noche, gracias a los cuidados que me he prodigado durante todo el día, puedo hablar algo. Pero muy a menudo la afonía es completa.

—¿Lesiones inflamatorias de las cuerdas?

—No.

—¿Lesiones nerviosas?

—Tampoco. Es la superposición de las bandas ventriculares tumefactas lo que produce la afonía.

—Evidentemente, eso tiene que impedir cualquier vibración. ¿Te han hecho tomar estricnina?

—Hasta seis o siete miligramos diarios. ¡Por otra parte, sin ninguna mejoría! ¡Pero con prolongados insomnios!

—¿Desde cuándo estás en el Mediodía?

—Desde primeros de año. Primero fui enviado desde Épernay al hospital de Montmorillon, luego a esta clínica de Mousquier, cerca de Grasse. Fue a finales de diciembre. Las lesiones pulmonares parecían entonces en vías de cicatrización. Pero



en Mousquier se ha apreciado esclerosis pulmonar. La disnea ha adquirido bastante de prisa un carácter molesto. Sin razón aparente, la temperatura se elevaba bruscamente a treinta y nueve y medio y a cuarenta grados y luego caía casi con la misma brusquedad, a treinta y siete y medio grados... En febrero tuve una pleuritis seca con expectoraciones sanguinolentas.

—¿Y ya no te sobrevienen esas marcadas oscilaciones de temperatura?

—Sí.

—¿A qué lo atribuyes?

—A la infección.

—¿A la infección latente?

—O a una infección crónica determinada; ¿quién sabe?

Sus miradas se cruzaron. Una lucecilla interrogante brilló en la de Antoine. Philip extendió la mano.

—¡No; no, Thibault! Si es en «eso» en lo que estás pensando no te inquietes sin motivo. La evolución hacia la tuberculosis pulmonar no ha sido advertida nunca, que yo sepa, en casos de este tipo. Tú debes saberlo mejor que yo. Un ipleperitado no se convierte en tuberculoso, a no ser que haya presentado síntomas «con anterioridad» a la absorción de los gases... Ahora bien —añadió, irguiéndose—, ¡tú tienes la suerte de no tener ningún antecedente patológico en el aparato respiratorio!

Sonreía con aspecto de confianza. Antoine le observaba en silencio. De repente dirigió a su viejo profesor una mirada afectuosa y sonrió a su vez.

—Sí, lo sé —dijo—; ¡es una suerte!

—De la misma forma —prosiguió Philip como si pensara en voz alta— que el edema pulmonar, muy frecuente según creo en los afectados por los gases sofocantes, es extremadamente raro en los ipleperitados. Es otra circunstancia afortunada... Y luego, las secuelas pulmonares debidas a la ipleperita son más raras y creo que menos graves en general que las resultantes de otros gases tóxicos. ¿No es así? Hace poco he leído un buen artículo en este sentido.

—¿El de Achard? —preguntó Antoine. Bajó la cabeza—. Se cree generalmente que la ipleperita, al contrario que los sofocantes, ataca a los bronquiolos más bien que a los alvéolos y que altera con menos gravedad los cambios gaseosos. Pero mi experiencia personal y las comprobaciones que he podido hacer en otros me han hecho escéptico. Lo cierto, desgraciadamente, es que los pulmones ipleperitados presentan toda clase de afecciones secundarias, muy rebeldes en su mayoría, y que tienden a convertirse en crónicas. E incluso he observado en ipleperitados algunos casos en que la esclerosis intraalveolar, y al mismo tiempo parietal, ha terminado por bloquear el pulmón...

Hubo un momento de silencio.

—¿Y por lo que respecta al corazón? —preguntó Philip.

—Hasta ahora se va manteniendo. ¿Pero por cuánto tiempo? Sería una locura pedir al corazón que no fallara cuando desde hace meses es el centro de resistencia de

un organismo fatigado e intoxicado. Incluso me pregunto si la intoxicación no empieza ya a ganar la fibra muscular y los centros nerviosos. Estas últimas semanas he podido apreciar algunas alteraciones cardiovasculares ...

—¿Apreciar? ¿Cómo?

—Todavía no he podido conseguir que me hagan una radioscopia y los que me cuidan dicen que en la auscultación no encuentran nada. ¿Pero es verdad?... Hay otros procedimientos de investigación: el estudio del pulso y de la tensión. Pues bien: sin que mi temperatura excediera de los treinta y ocho grados y medio o treinta y nueve, he observado, la semana última sin ir más lejos, unas aceleraciones insólitas, variables entre ciento veinte y ciento veinticinco. No rae sorprendería que hubiera una relación entre esta taquicardia y un principio de edema pulmonar... ¿No cree?

Philip eludió la pregunta.

—¿Por qué no facilitas el trabajo del corazón con frecuentes ventosas escarificadas? ¿E incluso, si hace falta, con pequeñas sangrías?...

Antoine parecía no haber oído. Miraba atentamente al viejo profesor. Éste sonrió, sacó del chaleco el grueso reloj de oro con dos tapas, que Antoine siempre le había conocido, e inclinándose (como si cediera a una vieja manía más bien que a una curiosidad real) cogió entre sus dedos la muñeca de Antoine.

Transcurrió un largo minuto. Philip permanecía inmóvil, con la mirada fija en la aguja. Súbitamente Antoine sintió que el corazón le daba un vuelco: la contemplación de este rostro concentrado, enigmático, acababa de hacer surgir en lo más profundo de su memoria un recuerdo muy preciso y hacía ya mucho tiempo olvidado. Una mañana, en el hospital, casi al principio de sus relaciones con Philip, cuando salían ambos de la sala de consulta en la que Philip acababa de enfrentarse con un diagnóstico especialmente embarazoso, en un acceso de buen humor y de confianza, el profesor había cogido a Antoine del brazo. «Mira, querido, ante todo, en un caso crítico, un médico debe poder aislarse y reflexionar. Pues bien: para esto hay un medio infalible: ¡el cronómetro! ¡Un médico debe llevar en el bolsillo del chaleco un magnífico cronómetro, grande e imponente, del tamaño de un plato! Y con esto, está uno a salvo. Puede verse asaltado por toda una familia ansiosa, puede encontrarse en la calle, ante un accidentado, en medio de una muchedumbre que le acosa a preguntas; si quiere reflexionar, si quiere que le dejen tranquilo, no tiene sino que hacer el gesto mágico: ¡saca ostensiblemente su caldero y coge el pulso! ¡Acto seguido silencio absoluto y soledad! Mientras permanezca así, con la nariz encima de la esfera, podrá pesar tranquilamente el pro y el contra, establecer su diagnóstico con tanto recogimiento como si se encontrara en su despacho, con la cabeza entre las manos... Haz caso de mi experiencia, pequeño: ¡corre a comprarte un buen cronómetro!»

Philip no se había percatado de la alteración de Antoine. Soltó la muñeca y se incorporó sin prisa.

—Pulso rápido, con toda evidencia. Un poco vibrante. Pero bastante regular.

—Sí. Y algunos días, por el contrario (sobre todo por la noche), es muy lento, casi imperceptible, difícil de coger. ¡Explíquese eso! Y luego, en períodos de alteraciones pulmonares acentuadas, la aceleración reaparece... Por lo general, intermitente.

—¿Has intentado la compresión ocular?

—No produce, por así decirlo, ninguna moderación apreciable.

Hubo una nueva pausa.

—Soy ya un débil pulmonar —declaró Antoine, con una sonrisa forzada—. ¡El día que sea también un débil cardíaco!...

Philip le interrumpió con un gesto.

—Bah... Hipertensión y taquicardia no son muy a menudo sino simples fenómenos de defensa, Thibault. Con esto no te digo nada nuevo. En las embolias cerebrales mínimas, por ejemplo, tú sabes como yo que es con la hipertensión y la taquicardia con lo que el corazón lucha victoriosamente contra la obstrucción de los alvéolos pulmonares. Roger lo ha demostrado. Y otros muchos después que él.

Antoine no contestó. Un nuevo golpe de tos le hacía doblarse por la cintura.

—¿Qué tratamientos? —preguntó Philip, sin aparentar dar gran importancia a su pregunta.

Tan pronto como pudo hablar, Antoine se encogió de hombros con desaliento.

—¡Todos! Lo hemos ensayado todo... Nada de opiáceos, naturalmente... Azufre... Y luego arsénico... Y más azufre y arsénico...

Su voz estaba ronca, débil y entrecortada. Calló. Esta larga conversación lo había agotado. Echó la cabeza hacia atrás y permaneció algunos segundos con el busto erguido, la nuca apoyada y los ojos cerrados. Cuando volvió a abrir los párpados sorprendió la mirada de Philip fija en él o impregnada de dulzura. Esta expresión de bondad le trastornó más de lo que lo hubiera hecho una actitud inquieta. Balbuceó:

—No esperaba usted encontrarme tan...

—¡Al contrario! —interrumpió Philip, riendo—. ¡Después de tu última carta no me esperaba encontrarte en tan buena vía! —Y, para abreviar, añadió—: Ahora me gustaría escuchar un poco lo que hay ahí dentro...

Antoine hizo un esfuerzo para ponerse en pie. Se quitó la guerrera.

—Hagamos las cosas según los cánones —dijo Philip, alegremente—. Echate ahí.

Señalaba a la tumbona cubierta con una tela blanca donde hacía acostar a sus clientes. Antoine obedeció. Philip se puso de rodillas y procedió, en silencio, a una auscultación minuciosa. Luego se incorporó bruscamente.

—Pischt... —hizo, evitando, sin demostrarlo demasiado ostensiblemente, la mirada ansiosa de Antoine—. Evidentemente... algunos soplos diseminados... Algo de infiltración tal vez... Un poco de congestión, también, en todo el lóbulo superior derecho... —Por fin se decidió a volver la cabeza hacia Antoine—. No te digo nada nuevo, ¿verdad?

—No —repuso Antoine. Y se levantó lentamente.

—Caramba, caramba —prosiguió Philip, yendo con su paso desarticulado hasta

su despacho, ante el cual se sentó. Maquinalmente sacó la estilográfica del bolsillo, como si fuera a redactar una receta—. Enfisema, de eso no hay duda. Y para serte completamente franco, creo muy posible que conserves durante mucho tiempo una cierta sensibilidad de las mucosas... —Jugueteaba con la estilográfica y, con las cejas fruncidas, examinaba distraídamente los objetos colocados sobre la mesa—. ¡Pero eso es todo! —dijo, cerrando con un gesto seco la guía de teléfonos que había quedado abierta.

Antoine se acercó y posó las manos en el borde de la mesa. Philip volvió a tapar la estilográfica, se la puso en el bolsillo, levantó la cabeza y recalcando las palabras resumió:

—Es muy desagradable, muchacho. ¡Pero «nada más»!

Antoine se irguió en silencio y se alejó hacia la chimenea para ajustarse el cuello delante del espejo.

En la puerta sonaron dos golpes discretos.

—Nuestra cena está servida —dijo Philip en tono alegre.

Permanecía sentado. Antoine volvió hacia él y de nuevo puso las manos encima de la mesa.

—Hago de verdad todo lo que puede hacerse, profesor —murmuró, con voz fatigada—. ¡Todo! Ensayo con perseverancia todos los tratamientos conocidos. Me observo clínicamente como si se tañara de uno de mis enfermos; ¡desde el primer día tomo notas cotidianas! Multiplico los análisis, las radiografías; vivo pendiente de mí mismo para no hacer ninguna imprudencia, para no dejar escapar ninguna oportunidad de curarme... —Suspiró—. ¡A pesar de todo, hay días en que es muy difícil resistir al desaliento!

—¡No! ¡Puesto que adviertes progreso!

—¡Pero es que no estoy completamente seguro de advertir progreso! —dijo Antoine. Había contestado cediendo a su intuición, sin reflexionar. Casi había gritado esto involuntariamente. Y acto seguido se sintió invadido por una turbación inesperada, como si lo que acababa de decir traicionara de pronto un pensamiento secreto que nunca hubiera dejado asomar a la superficie. Un ligero sudor perló su labio superior.

¿Advirtió Philip esta turbación? ¿Comprendió su patetismo? ¿Era porque siempre mantenía el dominio de sí mismo por lo que su rostro seguía estando tan tranquilo y confiado? No; era muy difícil creer en tanta superchería viéndole encogerse de hombros alegremente y oyéndole decir con su voz de falsete, maliciosa e irónica:

—¿Quieres llegar hasta el fondo de mi pensamiento, muchacho? ¡Pues bien, me digo que es una suerte que los progresos sean tan lentos!... —Saboreó algunos instantes el asombro de Antoine—. Escucha. De los «seis» antiguos internos a los que yo consideraba un poco como mis hijos, tres han sido muertos y dos han quedado enfermos para toda su vida. Confieso egoístamente que no estoy descontento de saber que el sexto está a buen recaudo; ¡condenado a vivir muchos meses todavía al buen

sol del Mediodía, a mil quinientos kilómetros del frente! ¡Tú piensa lo que quieras; yo no tengo ningún interés en verte curado antes de que termine esta pesadilla! ¡Si no te hubieran gaseado en octubre último quién sabe siquiera si hubiéramos tenido la oportunidad de cenar juntos, como vamos a hacerlo esta noche!... —Se levantó ágilmente—. ¡Y ahora, a la mesa!

«Tiene razón —se dijo Antoine, convencido por el buen humor persuasivo de su anciano amigo—. A pesar de todo, mi constitución es buena...»

Un plato de sopa humeaba en la mesa del comedor. (Desde hacía años Philip cenaba un plato de sopa y una compota de fruta.)

Hizo sentarse a Antoine ante la taza y la botella de leche que le habían sido destinados.

—Denis no te ha calentado la leche, pero aún estamos a tiempo...

—No; siempre la tomo fría. Está bien.

—¿Sin azúcar?

Un golpe de tos impidió a Antoine contestar. Con la mano hizo un gesto negativo. Philip evitaba mirarle, completamente decidido a no advertir esta tos, a no hablar de su salud y a dar lo más pronto posible otro curso a la conversación. Pensativo, movía la cuchara en la sopa, esperando que Antoine acabara de toser. Luego, para romper un silencio que se hacía embarazoso, empezó a hablar con la mayor naturalidad:

—Otro día más que he empleado en luchar contra nuestra comisión de higiene... ¡Es increíble la incoherencia de las prescripciones oficiales para las inyecciones de vacuna antitífica!

Antoine sonrió y bebió un sorbo de leche para aclararse la voz.

—¡Sin embargo, ha realizado usted una buena labor en estos tres años, profesor!

—¡No sin trabajo, te lo aseguro! —Buscó otro tema, no lo encontró y prosiguió—: ¡No sin trabajo! ¡Cuando tuve que ocuparme en mil novecientos quince de la organización de los servicios sanitarios no te puedes imaginar cómo encontré las cosas!

«¡Pues yo estaba bien situado para saberlo!», se dijo Antoine. Pero quería evitar las ocasiones de hablar; se contentó con escuchar con una sonrisa de asentimiento.

—Era la época —continuó Philip— en que los heridos eran evacuados todavía en trenes ordinarios, de los que se habían utilizado para transportar tropas o llevar aprovisionamientos... ¡Cuando no eran vagones de ganado!... He visto a desgraciados que habían esperado veinticuatro horas en compartimentos sin calefacción, porque no eran lo bastante numerosos para formar un convoy reglamentario... Las más de las veces eran alimentados por la población... ¡Y curados, bien que mal, por buenas mujeres caritativas o viejos boticarios de pueblo! Y, finalmente, cuando el tren se ponía en marcha, tenían muy a menudo dos o tres días de traqueteo antes de que se les sacara de su colchoneta... ¡Así, pues, qué porcentaje tan alto de tetánicos no tendríamos en casi todos los trenes! ¡Y se les metía

en hospitales atestados en los que faltaba de todo! ¡Antisépticos, compresas, y, claro está, guantes de goma!

—Yo he visto, a cuatro o cinco kilómetros del frente —dijo Antoine, con trabajo— hospitales de sangre... en los que se hervían las pinzas en cacerolas viejas... en un fuego de leña...

—Y eso todavía, puede explicarse en rigor... Estábamos desbordados... —Philip dejó oír su risita burlona—. La oferta rebasaba a la demanda... ¡La guerra exageraba su tributo! ¡No se conformaba con las previsiones de los reglamentos! Pero lo que no tenía excusa, pequeño —prosiguió, hablando en tono formal—, ¡es la forma en que fue concebida y realizada la movilización de los médicos! El Ejército había tenido a su disposición, desde el primer día, un personal de reservistas incomparable. ¡Pues bien: cuando fui encargado de las primeras inspecciones encontré a cirujanos notables, como Deutsch y como Hallouin, de enfermeros de segunda clase en hospitales dirigidos por médicos militares de veintiocho o treinta años! A la cabeza de los grandes servicios quirúrgicos, a unos jefes ignorantes que parecían no haber operado nunca sino panadizos y que decidían y practicaban las intervenciones más graves, amputaban a tontas y a locas, simplemente porque tenían cuatro galones en la manga, sin querer escuchar la opinión de los civiles movilizados (aunque fuesen cirujanos de los hospitales) que tenían bajo sus órdenes... Empleamos meses enteros, mis colegas y yo, para conseguir las reformas más elementales. Hubo que remover el cielo y la tierra para que se revisaran los reglamentos, para que la distribución de los heridos fuese confiada a médicos de carrera... Para que se renunciara, por ejemplo, al principio absurdo de llenar primeros los hospitales más alejados, sin tener en cuenta la gravedad de las heridas ni su urgencia... ¡Se enviaba normalmente a Burdeos o a Perpignan a heridos de cabeza, que no llegaban nunca a su destino, porque la gangrena o el tétanos acababan con ellos en el trayecto! ¡Unos desgraciados a los que se hubiera salvado nueve veces de cada diez trepanándoles en las primeras doce horas!

Su indignación desapareció de repente, y sonrió.

—¿Sabes quién me ayudó mucho, al principio de mi campaña? ¡Te vas a quedar asombrado! ¡Una de tus clientes, mi querido pequeño! ¿Sabes quién? La madre de aquella chiquilla que escayolamos juntos y enviamos a Berck...

—¿La señora de Battaincourt? —murmuró Antoine, molesto.

—¡Sí! Me escribiste acerca de ella en el catorce, ¿te acuerdas?

Efectivamente, en los primeros meses de la guerra, cuando Antoine había sabido por una carta de Simón que *Miss Mary*, dejando a la enfermita sola en Berck, había vuelto a Inglaterra, le había pedido a Philip que se ocupara de Huguette. Éste había hecho el viaje y decidido que la joven podía reanudar sin inconvenientes una vida casi normal.

—En aquella época vi varias veces a la señora de Battaincourt. ¡Esa mujer conocía a todo París! Me consiguió en veinticuatro horas una audiencia que yo

llevaba solicitando desde hacía seis semanas; gracias a ella, pude ver al ministro personalmente, con toda tranquilidad, soltando todo lo que llevaba en mis informes y en mi ánimo... Una visita que duró cerca de dos horas, querido. ¡Pero que fue decisiva!

Antoine callaba. Contemplaba su taza vacía con una atención que, en realidad, no había nada que justificara. Se dio cuenta y, para disimular, se sirvió un poco de leche.

—Tu joven protegida se ha convertido en una muchacha preciosa —dijo Philip, sorprendido de que Antoine no le pidiera noticias de Huguette—. No la pierdo de vista... Viene a verme cada tres o cuatro meses...

«¿Sabrá mis relaciones con Anne?», se preguntaba Antoine. Hizo un esfuerzo por decir algo.

—¿Vive en Turena?

—No; en Versalles, con su padrastro. Battaincourt se ha instalado en Versalles para estar cerca de París. La trata Châtenaud... ¡Qué mala pata es ese pobre Battaincourt!

«No —se dijo Antoine—. Si lo supiera, hubiera evitado la expresión “mala pata”.»

—¿Te enteraste cómo fue herido?

—Vagamente... De permiso, ¿no es así?

—¡Había estado dos años en el frente, sin un rasguño! Y luego, una noche, en Saint-Just-en-Chaussée, cuando venía de permiso, su tren se detuvo en una estación reguladora. ¡Y precisamente durante esta parada los aviones *boches* bombardearon la estación! Lo recogieron con la cara ensangrentada, un ojo perdido y el otro muy amenazado... Châtenaud lo vigila muy de cerca. Está casi ciego...

Antoine se acordó de la mirada clara y honrada de Simón en el curso de la visita que éste le había hecho en la calle de la Universidad, un poco antes de la movilización; aquella visita que había decidido a Antoine a romper.

—¿Y la señora de Battaincourt?... —empezó. Su voz era tan poco clara que Philip hubo de inclinarse—. ¿Y la señora de Battaincourt vive con ellos?

—¡Pero si está en América!

—¿Ah, sí?

¿Por qué esta noticia le producía una especie de alivio?

Philip sonreía silenciosamente en tanto que Denis dejaba sobre la mesa una compotera con cerezas cocidas.

—¡Hum!... La madre... —prosiguió Philip en lo que se servía para dar lugar a que el criado se alejara—. Una criatura bastante extravagante, por lo que parece. —Se detuvo, con la cucharilla en alto—. ¿No opinas lo mismo?

«¿Estará enterado?», se preguntó de nuevo Antoine. Consiguió sonreír evasivamente. (En presencia de Philip siempre perdía su aplomo y se convertía automáticamente en el joven interno a quien el maestro había intimidado durante mucho tiempo.)

—¡Pues sí, en América!... La pequeña me dijo, la última vez que la vi: «Mamá va a instalarse probablemente en Nueva York, donde tiene muchos amigos.» Según mis informes, parece ser que se hizo enviar allí, en misión, por no sé qué comité de propaganda francesa... Y que esta misión ha coincidido muy exactamente con el llamamiento a Estados Unidos de cierto capitán americano que durante algún tiempo desempeñó un cargo en la embajada de París...

«No —pensó Antoine—. Decididamente no sabe nada.»

Philip escupió algunos huesos, se secó la barba y prosiguió:

—Al menos esto es lo que dice Lebel, que sigue dirigiendo el hospital que la señora de Battaincourt fundó en su finca, cerca de Tours, hospital que por otra parte sigue subvencionado regiamente, según dicen... Pero los informes de Lebel no son demasiado dignos de crédito; se afirma que también él, a pesar de sus sienes plateadas, había sido un... colaborador íntimo..., lo que explicaría que lo dejara todo el primer invierno de la guerra para ir a enterrarse en Turena... ¿No te terminas la botella?

—Dos tazas es lodo lo que puedo tomar —murmuró Antoine, sonriendo—. ¡Le tengo verdadero horror a la leche!

Philip no insistió, dobló torpemente la servilleta y se levantó.

—¡Volvamos allí!... —Cogió a Antoine del brazo con familiaridad y en tanto que lo conducía hacia su despacho, comentó—: ¿Has visto las condiciones impuestas a Rumania por los Imperios Centrales?... Instructivo, ¿verdad? Ya están abastecidos de petróleo. Todavía tienen fuerzas. ¿Por qué habrían de hacer la paz?

—¡La entrada en fuego de las tropas americanas!

—Bah... Si no consiguen este verano una victoria decisiva (lo que es poco probable, aunque se les atribuye el proyecto de intentar una nueva ofensiva contra París), el año que viene se opondrá al material y a los soldados americanos, el material y los soldados rusos... Otra reserva, prácticamente inagotable... ¿Qué quieres que suceda con dos masas en lucha, casi iguales, que no quieren ningún compromiso, y ninguna de las cuales puede someter a la otra por la supremacía de su fuerza? Están condenadas fatalmente a enfrentarse hasta que el agotamiento de ambas...

—¿Entonces usted no espera nada del sentido práctico de un Wilson?

—Wilson está en la luna... Y además, por ahora, advierto que ni en Francia ni en Inglaterra se desea la paz. Hablo de los dirigentes. En París, como en Londres, se desea tenazmente «una victoria»; toda veleidad de paz es calificada de traición. Individuos como Briand resultan sospechosos. ¡Wilson lo será también muy pronto, si no lo es ya!

—¡Se puede ser obligado a hacer la paz! —dijo Antoine, pensando en las palabras de Rumelles.

—No creo que Alemania pueda estar nunca en situación de imponérsela. No; te lo repito: creo en la igualdad aproximada de las fuerzas en lucha... No veo ninguna



salida antes del agotamiento común.

Había vuelto a su sitio, detrás de la mesa, y Antoine, fatigado, sin hacerse rogar, había obedecido al gesto amistoso que le invitaba a echarse en la tumbona.

—Tal vez vivamos lo bastante para ver el final de la guerra... Pero lo que no veremos, indudablemente, es la paz. Quiero decir: el equilibrio de Europa en la paz. —Se turbó ligeramente, e inmediatamente añadió—: Y digo: «veremos», a pesar de tu edad porque en mi opinión, para recobrar ese equilibrio tendrán que transcurrir varias generaciones. —Volvió a interrumpirse, miró a Antoine a hurtadillas, se acarició un instante la barba y, encogiéndose tristemente de hombros, prosiguió—: ¿Es ni siquiera concebible un equilibrio en la paz, con los elementos actuales? El ideal democrático tiene plomo en las alas. Sembat tenía razón: las democracias no están hechas para la guerra; se funden en ellas como la cera al calor. Cuanto más dura la guerra menos esperanzas hay de qué el porvenir de Europa sea democrático. Se imagina uno muy bien el futuro, el reinado despótico de un Clemenceau, de un Lloyd George. Los pueblos los dejarán obrar: ya están acostumbrados al estado de sitio. Poco a poco abdicarán hasta de su republicana pretensión a la soberanía. Observa simplemente lo que sucede en Francia: la distribución controlada de los víveres, el racionamiento del consumo, la injerencia del Estado en todos los terrenos, en los de la industria y el comercio, en el de los contratos entre particulares (por ejemplo, la moratoria) y en el del pensamiento, ¡como sucede con la censura! Aceptamos todo esto como medidas excepcionales. Estamos persuadidos de que son necesarias dadas las circunstancias. En realidad, son los pródromos de la servidumbre total. ¡Una vez que esté bien sujeto el yugo no habrá forma de sacudírselo!

—¿Usted conoció a Studler? El «Califa»... ¿Mi colaborador?

—¿Un judío, con barba de asirio y ojos de mago?

—Sí... Fue herido y ahora está no sé dónde, en el frente de Salónica... Desde allí me envía de vez en cuando unas elucubraciones proféticas, a su manera... Pues bien: Studler pretende que la guerra conducirá infaliblemente a la revolución. Primero, para los vencidos; a continuación, para los vencedores. Revolución brutal o revolución lenta, pero revolución en todas partes...

—Si... —comentó Philip, evasivo.

—¡Anuncia la quiebra del mundo moderno y el hundimiento del capitalismo! El también cree que la guerra durará hasta el agotamiento de Europa. Pero cuando todo haya desaparecido, cuando todo se haya nivelado, predice el advenimiento de un mundo nuevo. Ve elevarse sobre las ruinas de nuestra civilización algo así como una confederación mundial, la organización de una gran vida colectiva del planeta sobre unas bases enteramente nuevas...

Había forzado la voz para largar su parrafada de un tirón. Se detuvo, doblado por la cintura a causa de un acceso de tos.

Philip no lo perdía de vista. Hizo como si no se diera cuenta de nada.

—Todo es posible —dijo, con una mirada divertida. Siempre estaba dispuesto a

dejar correr su imaginación—. ¿Por qué no? Puede que el misticismo del ochenta y nueve, después de habernos hecho creer durante mucho tiempo, contra todas las evidencias biológicas, que los hombres son iguales por naturaleza y deben serlo ante la ley, que este misticismo bajo el cual hemos vivido un siglo tal vez haya llegado al término de su eficacia y haya de ceder el sitio a cualquier otra bella elucubración, de un tipo diferente... Una ideología nueva, generadora a su vez de pensamiento y de acción, de la cual la Humanidad se nutrirá y embriagará durante cierto tiempo... Hasta que todo cambie, una vez más...

Calló algunos instantes, para dejar a Antoine toser.

—Es posible —prosiguió, en tono irónico—, pero dejo estas visiones para tu mesiánico amigo... El porvenir que yo veo es más próximo y completamente diferente. Creo que los Estados no están dispuestos a renunciar a los poderes absolutos que la guerra les ha conferido. Temo también que la era de las libertades democráticas haya terminado para mucho tiempo. Lo que es bastante desalentador, convengo en ello, para las personas de mi generación. Hemos creído a machamartillo que estas libertades habían sido adquiridas definitivamente; que nunca podrían volver a ser puestas en tela de juicio. ¡Pero todas las cosas pueden siempre ser puestas en tela de juicio!... ¿Quién sabe si no eran solamente un sueño? Un sueño que el final del siglo XIX ha tomado por realidades perdurables, porque los hombres de entonces tenían la suerte de vivir en un tiempo excepcionalmente tranquilo y excepcionalmente feliz...

Hablaba, con su voz ceceante y nasal, como si se encontrara solo, con los codos apoyados en los brazos de su sillón y con su larga nariz rojiza dirigida hacia sus manos juntas, que anudaba y desanudaba a intervalos...

—Hemos creído que la Humanidad, adulta, se acercaba a una época en que la sabiduría, la medida y la tolerancia se disponían por fin a reinar en el mundo... En que la inteligencia iba por fin a dirigir la evolución de las sociedades humanas... ¿Quién sabe si no pareceremos a los ojos de los historiadores futuros unos ingenuos, unos ignorantes, que se hacían conmovedoras ilusiones acerca del hombre y de su aptitud para la civilización? ¿Tal vez cerramos los ojos a algunas características humanas esenciales? ¿Tal vez, por ejemplo, a que el instinto de destrucción, la necesidad periódica de derribar por tierra aquello que hemos edificado trabajosamente sea una de esas leyes esenciales que limitan las posibilidades constructivas de nuestra naturaleza? ¿Una de esas leyes misteriosas y decepcionantes que el sabio debe conocer y aceptar?... Hemos aquí bastante lejos de las predicciones de tu «Califa» —concluyó, bromeando. Y como Antoine siguiera tosiendo, agregó—: ¿No quieres tomar algo? ¿Un sorbo de agua? ¿Una cucharada de codeína? ¿No?

Antoine hizo un gesto negativo. Al cabo de dos o tres minutos (durante los cuales paseó por la habitación en silencio), se sintió mejor. Enderezó el cuerpo, se secó las lágrimas que le corrían por las mejillas y trató de sonreír. Tenía las facciones tensas, la cara congestionada y la frente sudorosa.

—Voy... a retirarme..., profesor... —articuló, con la garganta abrasada—. Discúlpeme... —Volvió a sonreír, hizo un esfuerzo y se puso en pie—. ¡Reconozca que me encuentro en un estado bastante lastimoso!

Philip pareció no haberle oído.

—Se habla —dijo—; se profetiza... ¡Yo me burlo de tu «Califa» y hago exactamente igual que él! Todo esto es absurdo. Todo lo que estamos viendo desde hace cuatro años es absurdo. Y todo lo que estos absurdos nos hacen prever es absurdo... Se puede criticar, sí. Se puede incluso condenar lo que sucede; esto no es absurdo. ¡Pero querer predecir lo que va a suceder!... Fíjate, muchacho; siempre volvemos a lo mismo: la única actitud (iba a decir: científica... Seamos más modestos: la única actitud razonable, la única que no decepciona), es «la búsqueda del error» y no la búsqueda de la verdad... Reconocer lo que es falso, resulta difícil, pero se consigue, ¡y es todo, rigurosamente todo aquello que se puede hacer!... El resto, ¡puras divagaciones!

Advirtió que Antoine estaba de pie y le escuchaba distraídamente. Se levantó.

—¿Cuándo volveré a verte? ¿Cuándo te marchas?

—Mañana, por la mañana, a las ocho.

Philip se estremeció imperceptiblemente. Esperó algunos segundos a que su voz hubiera recobrado la firmeza:

—Ah, ah...

Luego, siguió a Antoine, que se dirigía hacia el vestíbulo.

Examinaba esta espalda arqueada, este cogote delgado y descamado que emergía del cuello de la guerrera. Tuvo miedo de traicionarse, miedo de este silencio, miedo de su propio pensamiento. Se apresuró a seguir hablando:

—Al menos, ¿estás contento en esa clínica? ¿Son eficientes allí? ¿Es, efectivamente, el sanatorio que te conviene?

—Para el invierno no hay nada mejor —contestó Antoine, sin dejar de andar—. Pero le tengo cierto miedo al verano allí. Hasta el punto de que he pensado en pedir que me trasladen a algún otro sitio... Me vendría bien el campo... Una región bien aireada, que no sea húmeda... Donde haya pinares, por ejemplo... ¿Arcachon? Arcachon es muy calurosa... ¿Entonces? ¿Un balneario de aguas termales, en los Pirineos?... ¿Cauterets? ¿Luchon?... —Había llegado al vestíbulo y levantaba ya el brazo para descolgar el quepis cuando volvió la cabeza bruscamente antes de añadir—: ¿Usted qué cree, profesor? —Y, repentinamente, en este rostro cuyas menores tonalidades había aprendido a descifrar en diez años de colaboración, en los ojillos grises que se guiñaban detrás de los lentes, sorprendió la confesión involuntaria: una compasión inmensa. Fue como un veredicto: «¿Para qué? —decían este rostro y esta mirada—. ¿Qué importa el verano? Aquí o allá... ¡No te escaparás, “estás perdido”!»

«Bien, es verdad —pensó Antoine, aturdido por la rudeza del choque— creo que yo también “lo sabía”... ¡Estoy perdido!»

—Sí; Cauterets —balbuceó Philip precipitadamente—. ¿Y por qué no en Turena

simplemente, pequeño?... Turena..., o bien Anjou...

Antoine miraba con fijeza al suelo. Ya no se atrevía a afrontar la mirada de Philip... ¡Cómo sonaba a falso la voz del profesor! ¡Cuánto daño le hacía!... Se puso el quepis con mano temblorosa y llegó hasta la puerta sin levantar la cabeza. Sólo tenía una idea: precipitar la despedida, encontrarse a solas, con su miedo.

—Turena... o Anjou... —repetía Philip, machaconamente—. Ya me informaré..., y te escribiré...

Con los ojos hundidos bajo la visera, que disimulaba la alteración de sus facciones, Antoine alargó la mano con un gesto maquinal. El anciano doctor la cogió; sus labios emitieron un ruido incoherente. Antoine se soltó, abrió la puerta y huyó.

—Sí... ¿Por qué no Anjou?... —repetía Philip, inclinado sobre la barandilla.

## XIV

FUERA, la oscuridad pesaba sobre la ciudad. Aquí y allá un farol encapuchonado arrojaba sobre la acera un círculo de luz azulada. Pocos transeúntes. Algunos autos, muy escasos, marchaban con prudencia, precedidos del sonido insistente de sus bocinas. Titubeando, sin saber bien adónde iba, Antoine cruzó el bulevar Malesherbes y tomó la calle Boissy-d'Anglas. Andaba indiferente a todo, con un peso sobre la nuca y respirando entrecortadamente, con la cabeza extrañamente sonora y vacía, arrimándose tanto a las fachadas que algunas veces su codo tropezaba con las paredes. No pensaba. No sufría.

Se encontró bajos los árboles de los Campos Elíseos. Ante él, a través de los troncos, se extendía, apenas iluminada, pero visible bajo la luz nocturna de este magnífico cielo primaveral, la plaza de la Concordia, surcada de vehículos silenciosos, que parecían animales de ojos fosforescentes y se desvanecían en la noche. Advirtió un banco y se acercó a él. Antes de sentarse, por la fuerza de la costumbre, se dijo: «Tengo que tener cuidado de no enfriarme.» (Para pensar inmediatamente: «¡Y qué importa ahora!») El veredicto fulgurante que había sorprendido en la mirada de Philip anidaba en su espíritu y no solamente en su espíritu, sino también en su cuerpo como algo enorme, parásito, como un tumor devorador que hubiera desplazado todo lo demás para desarrollarse monstruosamente y ocupar todo el individuo.

Recogido en si mismo, con la espalda apoyada en el duro respaldo, con los brazos cruzados para comprimir esta cosa extraña, prendida en su carne y que le ahogaba, revivía mentalmente la velada. Veía al profesor a horcajadas en su silla. «Empecemos por el principio. ¿Tu primera herida? ¿Qué queda de ella?», Y se repetía lentamente sus explicaciones. Pero, poco a poco, las palabras que se oía decir no eran ya exactamente las que había pronunciado el profesor; con una lucidez objetiva, completamente nueva, exponía ahora su caso bajo su aspecto verdadero. Describía en toda su realidad inexorable las crisis sucesivas, las mejorías cada vez más breves, las recaídas cada vez más serias. Hacía sensible y evidente la agravación regular, ininterrumpida e irremediable. Y le parecía seguir, segundo a segundo, en el rostro descompuesto de su viejo amigo, la progresión de una ansiedad clarividente, la elaboración gradual del diagnóstico fatídico. Con la frente llena de sudor, la respiración jadeante y dolorosa, sacó el pañuelo y se secó la cara.

A lo lejos, un ruido sordo, una especie de mugido al cual no prestó sino una atención nebulosa, alteró repentinamente la calma de la noche.

Se veía en la tumbona, después de la auscultación, enderezar el busto penosamente y bajar la cabeza con resignación fingida: «Ya lo ve, profesor; ¡ya no se puede conservar ni la menor esperanza!» Y Philip bajaba la nariz, sin contestar.

Se levantó violentamente de su banco para abreviar la angustia que lo atenazaba.

Entonces, mientras permanecía de pie, inmóvil —como un soplo fresco llegado del abismo— una idea tranquilizadora se deslizó en su mente: «Nosotros, los médicos, siempre tenemos un recurso... la posibilidad de no esperar... de no sufrir.»

No se sostenía sobre sus piernas. Volvió a sentarse.

Dos sombras, dos siluetas femeninas, salieron corriendo de bajo los árboles. Y casi inmediatamente todas las sirenas de alarma empezaron a gemir al unísono. Los raros puntos luminosos que palpitaban débilmente en torno a la plaza se apagaron al mismo tiempo.

«Pues sólo faltaba esto», pensó, aguzando el oído. Un rugido lejano hacía temblar el suelo.

Detrás de él, por los paseos, se oían pasos huidizos, voces asustadas que se elevaban confusamente en la noche y grupos que corrían perdiéndose en la oscuridad. Por la avenida Gabriel unos automóviles sin luces corrían sin dejar de tocar la bocina. Una patrulla de guardias pasó a su lado a paso gimnástico. Seguía sentado, con los hombros caídos, mirando sin ver, apartado de todo acontecimiento humano. Transcurrieron varios minutos sin que se diera cuenta de nada. Algunas detonaciones ahogadas por la distancia y luego algunos cañonazos aislados le sacaron de esta postración.

«¿Las piezas del monte Valérien?», se preguntó.

Se le vino a la memoria la indicación de Rumelles: el refugio del Ministerio de Marina.

A lo lejos, los cañones seguían tronando sordamente. Se levantó y avanzó hacia la plaza, hasta el borde de la acera. Por encima de París había comenzado a vivir un cielo admirable. Brotando de todos los puntos del horizonte los haces luminosos barrían la bóveda nocturna, alargando y entrecruzando sus rayas lechosas, escrutando como una mirada el revoltijo de estrellas, rápidos y brutales algunas veces y otras vacilantes, deteniéndose repentinamente para inventariar un punto sospechoso y reanudando luego su investigación resbaladiza.

No se decidía a bajar a la calzada. Permaneció inmóvil en su sitio, con la cabeza echada para atrás, hasta que le dolió la nuca. «Tumbarse —pensó—, cerrar los ojos... Un soporífero... y dormir...» Seguía sin moverse, paralizado por un cansancio indecible. «Mejor sería volver a casa —se dijo—. ¡Si al menos encontrara un taxi!» Pero la plaza estaba ahora desierta, oscura e inmensa. No se le distinguía más que por instantes. Se dibujaba bruscamente, surgiendo del claroscuro, bajo el reflejo intermitente de los proyectores, con sus balaustradas, sus estatuas blanquecinas, su obelisco, sus fuentes y las columnas fúnebres de sus altos candelabros; semejante a una visión de ensueño, a una ciudad petrificada por algún sortilegio, vestigio de una civilización desaparecida, una ciudad muerta, mucho tiempo enterrada bajo la arena.

Hizo un esfuerzo para vencer su sopor y de repente echó a andar, como un sonámbulo, a través de esta necrópolis. Se dirigió directamente hacia el obelisco para alcanzar oblicuamente la esquina de las Tullerías y de los muelles. El cruce de este

paisaje lunar, bajo el cielo vacilante, le pareció interminable. Se cruzó con un grupo de soldados belgas, que galopaban en desbandada. Luego le adelantó una pareja de ancianos. Iban corriendo, cogidos torpemente, flotando en la noche como restos de un naufragio. El hombre gritó:

—¡Venga a refugiarse en el Metro!

No se le ocurrió contestar hasta que ya habían desaparecido.

En el aire zumbaban mil motores invisibles, que se confundían en una sola y vasta vibración metálica. Las detonaciones se intensificaban al Sur y al Norte. Las líneas de defensa escupían sin descanso su metralla; a cada momento entraba en acción una nueva batería, más cercana. La claridad movediza de las pinceladas luminosas impedía distinguir los estallidos. En los intervalos entre los cañonazos distinguió repentinamente un tableteo de ametralladoras.

«Hacia el puente Royal», se dijo, maquinalmente.

Siguió el muelle, a lo largo del parapeto. Ni un coche, ni una luz, ni un ser humano. Bajo este cielo enloquecido la tierra permanecía deshabitada. Se encontraba a solas con el río, que brillaba, ancho y tranquilo, como un arroyo en el campo, bajo la luna.

Se detuvo un momento, el tiempo para pensar: «Yo ya me lo esperaba; “sabía” perfectamente que estaba perdido...», y reanudó su marcha de autómatas.

El estruendo se había hecho tan precipitado que era imposible distinguir la naturaleza de los ruidos. Sin embargo, una explosión sorda dominó de repente el estrépito. Otras la siguieron. «Las bombas —pensó—. Han rebasado las barreras.» En dirección al Louvre, muy lejos, unas chimeneas se recortaron repentinamente sobre el fondo rosado de un resplandor de bengala. Se volvió: otros halos rojizos resplandecían aquí y allá, sobre Levallois, tal vez sobre Puteaux... «Hay incendios por todas partes», se dijo. Había olvidado su desdicha. Bajo esta amenaza invisible e imprecisa, que se cernía como la cólera ciega de un dios, una excitación ficticia le encendió la sangre y una especie de embriaguez rencorosa le devolvió las fuerzas. Apresuró el paso, alcanzó el puente, franqueó el Sena y se adentró por la calle de Bac. Estaba a oscuras. Tropezó con un cubo de basura. El esfuerzo que hizo para no perder el equilibrio repercutió dolorosamente en sus bronquios. Bajó de la acera, guiándose por la claridad del cielo, iluminado por los proyectores. Un zumbido se dejó oír tras él. No tuvo tiempo sino de subirse otra vez a la acera. Dos artefactos extraños, metálicos y brillantes, pasaron en tromba con las luces apagadas, seguidos de un automóvil con banderín.

—Los bomberos —dijo una voz muy cerca de él. Era la de un hombre que estaba refugiado en el hueco de una puerta. Cada cinco segundos alargaba el cuello y sacaba la cabeza, como si acechara el final de un chaparrón.

Antoine prosiguió su camino, sin decir ni una sola palabra. La fatiga había vuelto a apoderarse de él. Avanzaba penosamente, arrastrando su idea fija, como un sirgador su pinaza. «Yo lo sabía... Lo sabía desde hacía mucho tiempo...» En su depresión no

había ninguna sorpresa: estaba más como una persona abrumada por un peso que como aquella que acaba de recibir un golpe. La atroz certidumbre había encontrado en él un lugar perfectamente preparado. La mirada de Philip no había hecho sino levantar una prohibición secreta, liberar un pensamiento claro, sumido desde mucho tiempo atrás en las tinieblas del inconsciente.

En la esquina de la calle de la Universidad, a algunos pasos de su casa, se sintió asaltado por un temor: el miedo pánico a la soledad que le esperaba arriba. Se detuvo en seco, dispuesto a huir. Había levantado los ojos maquinalmente hacia el cielo barrido por las luces, buscando en su cabeza alguien a cuyo lado refugiarse, a alguien de quien mendigar una mirada de compasión.

—Nadie... —murmuró.

Y durante algunos minutos, recostado en la pared, mientras que el tiro de barrera, el rugido de los aviones, el sordo estallido de las bombas le machacaba el cráneo, reflexionaba en esta cosa inexplicable: ¡ni un amigo! Siempre se había mostrado sociable, atento; se había atraído la devoción de todos sus enfermos; siempre había gozado de la simpatía de sus compañeros y la confianza de sus maestros; había sido amado violentamente por algunas mujeres, ¡pero no tenía ni un solo amigo! ¡Ni lo había tenido nunca!... El mismo Jacques... «Jacques murió sin que yo haya sabido granjearme su amistad...»

De repente pensó en Rachel. ¡Ah, qué agradable hubiera sido esta noche acurrucarse entre sus brazos y oír su voz cálida y acariciadora murmurar como antaño!: «Minou...» ¡Rachel! ¿Dónde estaría? ¿Qué habría sido de ella? Su collar, estaba arriba... Sintió un violento deseo de tener entre sus dedos aquel vestigio del pasado, de palpar aquellas cuentas que tan rápidamente adquirirían la tibieza de la carne y cuyo perfume evocador era como una presencia...

Se separó de la pared trabajosamente y, vacilando un poco, franqueó los pocos metros que le separaban de su portal.



## XV

### CARTAS

«Maisons, 16 de mayo de 1918.

»LAS esquirlas que me destrozaron el muslo hicieron de mí un ser sin sexo. No he podido decidirme a hacerte esta confidencia de viva voz. Tú eres médico y tal vez lo hayas adivinado. Cuando hablamos de Jacques y te dije que envidiaba su suerte me miraste de una manera extraña.

»Destruye esta carta; no quiero que se sepa, no quiero que se me compadezca. He salvado la piel, el Estado me asegura los medios para no constituir una carga para nadie, muchos me envidian y sin duda tienen razón. Mientras viva mi madre, no; pero más tarde, si algún día prefiero desaparecer, sólo tú sabrás por qué.

»Un apretón de manos.

»D. F.»

\*

«Maisons-Laffitte, 23 de mayo.

»Querido Antoine:

»No es reproche, pero estamos un poco inquietos; prometiste escribirnos y ha transcurrido toda la semana sin noticias. ¿Tal vez este largo viaje ha sido más fatigoso aún de lo que suponíamos?

»Quisiera decirte el consuelo que me proporcionó tu visita; son cosas que no sé decir, que ni siquiera sé dejar traslucir, pero desde que te marchaste me parece que me encuentro aún más sola.

»Con todo mi afecto,

»JENNY.»

\*

«Maisons, sábado 8 de junio de 1918.

»Querido Antoine:

»Van pasando los días; hace ya tres semanas que marchaste de Maisons y sigo sin tener noticias de ti; empiezo a preocuparme seriamente; no puedo atribuir este silencio sino a tu estado y te ruego encarecidamente me digas la verdad.

»El pequeño ha tenido algunos días una fiebre bastante alta a causa de una amigdalitis; ya está mejor, pero lo tengo todavía en su habitación, lo que complica un poco la vida de la casa. Figúrate que todos tenemos la impresión de que ha crecido durante estos ocho días de cama, lo que, sin embargo, no es apenas posible, ¿verdad? También tengo la impresión de que su inteligencia se ha desarrollado durante esta pequeña enfermedad; inventa un montón de historias para explicar a su manera las imágenes de sus libros y los dibujos que le hace Daniel. No te burles de mí; no me atrevo a decirte esto sino a ti; encuentro que este niño es extraordinariamente observador para sus tres años y creo en verdad que será muy inteligente.

»Aparte de esto, nada de nuevo por aquí. El hospital ha recibido orden de evacuar a la mayor cantidad posible de convalecientes para hacer sitio y ha habido que echar a algunos pobres diablos que esperaban tener todavía diez o quince días de descanso. Tenemos entradas todos los días y mamá ha conseguido de los vecinos ingleses que le presten el hotelito de las glicinas, que estaba vacío; esto nos proporcionará veinte camas suplementarias y puede que más. Nicole ha recibido una carta muy larga de su marido, cuyo quirófano ambulante ha abandonado Champagne para ir a la zona de Belfort. Dice que en Champagne las pérdidas son terribles. ¿Hasta cuándo? ¿Hasta cuándo durará esta pesadilla? Los habitantes de Maisons que van diariamente a París dicen que los bombardeos empiezan a desmoralizar mucho.

»Querido Antoine: incluso si tienes que comunicarme una recaída grave, dime la verdad; no nos dejes más tiempo en esta incertidumbre.

»Tu afectísima,

»JENNY»

\*

«Grasse, II-VI-18.

»Estado de salud, mediocre, pero actualmente sin gravedad especial. Te escribiré dentro de algunos días. Saludos.

»THIBAUT»

\*

«Le Mousquier, 18 de junio de 1918.

»Por fin me decido a escribirte, mi querida Jenny. Tenías razón al temer por mí en este largo viaje. A mi regreso, una recaída bastante grave me ha tenido en la cama con inquietantes oscilaciones de temperatura. Un nuevo tratamiento y unos cuidados enérgicos parecen haber detenido una vez más los progresos de la enfermedad. Desde hace una semana me levanto de nuevo y poco a poco voy reanudando mi antigua vida.

»Pero esta recaída no es la causa de mi silencio. Me preguntas la verdad. Aquí la tienes. Me ha sucedido una cosa terrible: he sabido, he comprendido, que estoy *condenado*. Sin remedio. Esto durará sin duda algunos meses. Por más que se haga, *no puedo curarme*.

»Hay que haber pasado por ello para comprenderlo. Ante una revelación semejante, todos los puntos de apoyo se derrumban.

»Perdóname que te diga esto sin preámbulos. Para una persona que sabe que va a morir todo se hace tan indiferente, tan extraño... Te volveré a escribir. Hoy no me siento capaz de más.

»Afectuosamente,

»ANTOINE.

»Te ruego guardes, esta noticia para ti sola.»

\*

«Le Mousquier, 22 de junio de 1918.

»No, mi querida Jenny; no es como tú crees (o como finges creer) que me debata contra temores imaginarios. Hubiera debido tener valor para darte más detalles. Hoy voy a intentar escribirte menos sucintamente.

»Estoy ante una realidad. Ante una *certeza*. Se ha adueñado de mí el mismo día que me separé de ti, el último día que pasé en París, en el transcurso de una conversación con mi antiguo profesor, el doctor Philip. Por primera vez, merced a un brusco desdoblamiento, debido indudablemente a su presencia, he podido enjuiciar mi caso de una manera objetiva, lúcida, diagnosticarlo como médico. La verdad se me ha aparecido como un relámpago.

»Durante mi viaje he tenido tiempo más que sobrado para reflexionar sobre ello. Tenía conmigo las notas diarias que voy tomando desde el principio y que permiten seguir, día a día, crisis tras crisis, el ritmo regular y continuo de la agravación. Tenía también el expediente que me he hecho este invierno y que contiene casi todas las observaciones clínicas e informes médicos, franceses e ingleses, aparecidos en las revistas especializadas desde que se emplean los gases. Todo esto, que ya me era conocido, se me presentaba ahora bajo una nueva luz. Y todo me confirmaba mi certidumbre. De regreso aquí he discutido mi caso con los especialistas que me tratan. No ya, como antes, en plan de enfermo que se cree en vías de curación y que acepta de antemano todo aquello que puede confirmar su confianza, sino como colega experimentado, bien informado, al que no se engaña ya con mentiras piadosas. Muy pronto les he forzado a actitudes evasivas, a silencios significativos y a semiconfesiones.

»Mi convicción reposa ahora sobre unas bases indiscutibles. Dado el proceso de la intoxicación desde hace diez meses y sus estragos ininterrumpidos, ya no tengo ninguna esperanza —rigurosamente *ninguna*— de poder curarme algún día. Ni siquiera de permanecer en una situación estacionaria y crónica, que haría de mí un enfermo para toda la vida. No; soy una bola en una pendiente, condenada a rodar hasta abajo y a rodar cada vez más de prisa. ¿Cómo he podido engañarme, durante tanto tiempo? ¡Qué vergüenza para un médico! Ignoro el plazo; esto depende de las crisis futuras e inevitables, de su importancia y de la duración de los períodos de recuperación. Según el azar de las recaídas y la eficacia provisional de los tratamientos puedo tardar en morir dos meses o —como máximo— un año. Pero el vencimiento es fatal y cercano. Efectivamente, hay en algunos casos lo que tú llamas “milagros”. En el mio, no. El estado actual de la ciencia no permite la menor esperanza. Ten la seguridad de que no escribo esto como un enfermo que expone lo peor para buscar contradicciones tranquilizadoras, sino como un médico bien documentado, en presencia de una enfermedad *mortal*, definitivamente clasificada. Y si insisto así, tranquilamente, es...»

«23 de junio.

»Reanudo esta carta empezada ayer e interrumpida. Todavía no soy lo bastante dueño de mí mismo para poder obligarme a una atención prolongada. No sé ya lo que quería decirte. He escrito: “tranquilamente”. Esta calma relativa ante la fatalidad — calma bien inestable, desgraciadamente— no he podido alcanzarla sin atravesar por una espantosa revolución interior.

»Durante días enteros e interminables noche de insomnio he vivido en el fondo de una sima. Sufriendo las torturas del infierno. Todavía no puedo pensar en ello sin sentir un frío espantoso, una conmoción de todo mi ser. Nadie puede imaginarlo. ¿Cómo ha podido resistirlo mi razón? ¿Y por qué caminos misteriosos se termina por rebasar este paroxismo de desaliento y rebeldía, para llegar a esta especie de aceptación? No trato de explicarlo. Es necesario que la evidencia de los hechos tenga sobre las mentes racionalistas un poder sin límites. Es necesario también que la naturaleza humana tenga una facultad de adaptación desmesurablemente extensible, para que sea capaz de acostumbrarse incluso a esto: a la idea de que se va a ser desposeído de la vida antes de haber tenido tiempo de vivir, que se va a desaparecer antes de haber realizado ninguna de las inmensas posibilidades de que uno cree ser portador. Por otra parte, ya no sé reconstruir las etapas de esta evolución. Ha durado mucho tiempo. Estas crisis de desesperación aguda debían de alternar con momentos de postración, ya que sin ello no hubiera podido soportarla. Esto ha durado varias semanas, durante las cuales el dolor físico y los penosos cuidados del tratamiento eran lo único que distraía del otro, del verdadero sufrimiento. Poco a poco el tornillo se ha ido aflojando. Nada de estoicismo, nada de heroísmo ni nada que se parezca a la resignación. Más bien desgaste de la sensibilidad, creando un estado de menor reacción, un principio de indiferencia, o, más exactamente, de anestesia. Mi razón no ha tenido parte en ello. Mi voluntad, tampoco. Mi voluntad la ejerzo solamente desde hace algunos días, tratando de hacer durar esta apatía. Me dedico a una reintegración progresiva a la vida. Reanudo el contacto con el mundo que me rodea. Me he levantado para huir de mi cama, de mi habitación. Me obligo a hacer mis comidas con los demás. Hoy he estado algún tiempo viendo a los compañeros jugar al *bridge*. Y esta noche te escribo sin demasiado trabajo. Incluso con un placer nuevo y extraño. He venido a terminar esta carta en el exterior, a la sombra de una fila de cipreses, detrás de la cual los enfermeros juegan su partida de bolos del domingo. Al principio he creído que esta proximidad, estos gritos y estas risas, me resultarían intolerables. Pero he decidido quedarme y he podido hacerlo. Ya ves, tal vez tiende a crearse un nuevo equilibrio.

»A pesar de todo, estoy bastante cansado de estos esfuerzos. Volveré a escribirte. En la medida que mi espíritu puede todavía interesarse por el prójimo es en ti en quien pienso, en ti y en tu hijo.

\*

«Le Mousquier, 28 de junio.

»Desde esta mañana he releído varias veces tu carta, mi querida Jenny. No es solamente una carta bella y sencilla. Es tal como yo la deseaba. Tal como te deseaba y tal como te había adivinado. He esperado a la noche y al silencio de la casa para escribirte: la hora en que los tratamientos han terminado, en que el enfermero de guardia ha hecho su ronda, en que ya no se tiene ante sí sino el insomnio y los espectros... Gracias a ti me siento —iba a escribir con más valor—; pero no se trata de valor, ni es valor lo que yo necesito, sino más bien una compañía y sentirme menos absolutamente solo en esta lucha cara a cara que puede durar meses enteros. ¡Créeme que pienso en estos meses sin desear que se abrevien! ¡Un descanso al cual no quisiera renunciar! Me asombro de ello. Tienes razón; dispongo de medios para acabar de una vez. Pero estos medios los reservo para más tarde. Ahora, no. Acepto la tregua y me aferró a ella. ¿Extraño, verdad? Cuando se ha estado apasionadamente enamorado de la vida no se desprende uno de ella fácilmente, es natural, y menos aún si uno siente que se le escapa. En un árbol herido por el rayo, la savia sigue brotando durante algunas primaveras y sus raíces no terminan de morir.

»Sin embargo, Jenny, en esta magnífica carta faltaba una cosa: noticias del pequeño. Solamente me has hablado de él una vez, en una carta anterior. Cuando la recibí, me encontraba todavía en tal estado de aislamiento, de aversión a todo, que la guardé un día o tal vez más sin abrirla. Acabé por leerla y me encontré con aquellos renglones que trataban de Jean-Paul y por primera vez pude, durante un instante, alejar mi idea fija, salir de mi embotamiento, sentir interés por otra cosa, volver a ser sensible al mundo exterior. A partir de entonces he pensado mucho en el pequeño. En Maisons pude verlo, tocarlo; lo oí reír, todavía siento en mis dedos el temblor de sus músculos; si pienso en él, vuelvo a verlo. Y en torno a él cristalizan ciertas ideas de futuro. Incluso en un condenado, en un “vivo en precario”, ¡hay un apetito tal de proyectos y de esperanzas! Pienso que este niño existe, que está empezando, que tiene ante sí toda una vida. Esto me permite hacerme unas ilusiones que me estén prohibidas. Ensueños de enfermo, tal vez. No me importa; ya no temo, como antes, parecer enternecido. (Esto sí que es una debilidad de enfermo, desde luego.) Duermo muy poco. Y no quiero todavía recurrir a las drogas; ya tendré que hacer demasiado uso de ellas antes de que transcurra mucho tiempo.

»Continúo metódicamente mis esfuerzos de readaptación. Ejercicio de voluntad que por sí solo ya es saludable. He empezado otra vez a leer los periódicos. La guerra, el discurso de Yon Kühlmann en el Reichstag. Declara con mucha exactitud que la paz no podrá hacerse nunca entre personas que consideran de antemano toda proposición del adversario como una maniobra, como una ofensiva de desmoralización. La prensa aliada equivoca a la opinión una vez más. Este discurso no es nada “agresivo”; es incluso significativo y conciliador.

»(He escrito esto con cierta coquetería. La obsesión de la guerra no se ha apagado en mí y creo que me ayudará hasta el final. Pero, a pesar de todo, en este momento tengo que obligarme un poco.)

»Lo dejo. Esta charla me ha sentado bien y la reanudaré muy pronto. No nos conoceremos apenas, Jenny; pero tu carta me ha proporcionado un gran consuelo y tengo la sensación de no tener en el mundo otro *amigo* que tú.

»ANTOINE»

\*

«Le Mousquier, 30 de junio.

»Te voy a asombrar, mi querida Jenny. ¿Sabes en lo que he invertido mi tarde de ayer? En echar cuentas, mirar viejos papeles y escribir cartas de negocios. Ya desde hace algunos días pensaba en ello. Se trataba de una especie de impaciencia por arreglar algunas cuestiones materiales. Poder decir que dejo las cosas en orden. Dentro de poco seré incapaz de realizar un esfuerzo de esta clase. Por consiguiente, tenía que aprovechar el interés momentáneo que todavía me inspiran estas preocupaciones.

»Discúlpame por el tono de esta carta. Pero no tengo más remedio que poner a la tutora de Jean-Paul al corriente de mis asuntos, puesto que es naturalmente en este niño en quien ha de revertir todo lo que tengo.

»No es ya gran cosa. De los títulos que me dejó mi padre sin duda no quedará nada. Ya hice en ellos una buena sangría cuando transformé la casa de París. E imprudentemente convertí lo demás en valores rusos, que considero perdidos para siempre. Afortunadamente, la casa de la calle de la Universidad y la finca de Maisons-Laffitte han escapado al desastre.

»Por lo que respecta a la casa, puede ser alquilada o vendida. Lo que se saque de

ella te permitirá ir viviendo y asegurar a nuestro pequeño una educación adecuada. No conocerá el lujo, lo cual es una ventaja. Pero no padecerá tampoco las restricciones esterilizadoras de la pobreza.

»En cuanto a la finca de Maisons te aconsejo que la vendas cuando acabe la guerra. Puede tentar a algún nuevo rico. Y es todo lo que merece. Por lo que me ha dicho Daniel la propiedad de tu madre está cargada de hipotecas. Me ha parecido que la señora de Fontanin y tú misma le tenéis mucho cariño. ¿No sería de desear que la cantidad obtenida por la venta de la finca Thibault sirviera para liberaros definitivamente de estas hipotecas? De esta forma la propiedad de tus mayores pasaría de hecho a pertenecer a Jean-Paul. Voy a consultar al notario acerca de los medios de realizar este proyecto.

»Tan pronto como haya hecho un cálculo aproximado de lo que dejo fijaré la cifra de la pequeña renta que quiero asegurar a Gise. Tú eres, mi pobre amiga, quien tendrá la preocupación de administrar todo esto hasta la mayoría de edad de tu hijo. Tendrás un buen consejero en la persona de mi notario, el señor Beynaud, un buen hombre, bastante timorato y un poco demasiado formalista, pero absolutamente seguro y de buen criterio.

»Esto era lo que quería escribirte. Estoy contento de haberlo hecho. Ya no volveré a hablarte de ello hasta que no te pueda dar los últimos detalles. Pero hay otro proyecto que me ronda desde hace algunos días y en el cual estás tú mezclada personalmente. Tema especialmente delicado y que, sin embargo, tendré que abordar. Hoy no me siento con ánimos para hacerlo.

»Acabo de pasar dos horas a la sombra de los olivos, con los periódicos. ¿Qué se prepara tras la quietud de los ejércitos alemanes? Nuestra resistencia entre Montdidier y el Oise parece haber detenido su avance. Está también el fracaso de los austríacos, que ha tenido que causar allí notable desconcierto. Si el esfuerzo de los imperios centrales en el curso de los meses de verano, antes de la entrada en fuego de los americanos, no conduce a éxitos decisivos, la situación pudiera cambiar. ¿Estaré yo aquí todavía para verlo? La terrible lentitud, a los ojos del individuo, de los acontecimientos que hacen la historia, es algo que me ha hecho temblar muchas veces en estos últimos cuatro años. ¡Y para aquél que no le queda mucho tiempo de vida!...

»He de decir, sin embargo, que creo entrar momentáneamente en un período de mejoría. ¿Es el efecto de este nuevo suero? Las crisis de fatiga son menos dolorosas. Las alteraciones febriles menos frecuentes. Esto en cuanto a lo físico. En cuanto “a la moral” —término consagrado, utilizado por el alto mando para medir la pasividad de los soldados que van a morir—, también es mejor. Puede que lo hayas notado a través de esta carta. De cualquier forma su extensión te demuestra el placer que siento en venir a charlar contigo. Mi *único* placer. Pero he de interrumpirla. Es la hora del tratamiento.

»Tu amigo,



»A.

»Me someto a este tratamiento con el mismo escrúpulo que antes. ¿Es extraño, verdad? La actitud del médico hacia mí se ha modificado de manera curiosa. Así, por ejemplo, en estos momentos, aunque aprecia perfectamente una mejoría, no se atreve ya a hablarme de ella, me ahorra los: “Ya ves cómo, etcétera.” Pero viene a verme más a menudo, me trae periódicos y discos, me demuestra su amistad de mil formas. Esto, para contestar a tu pregunta. En ningún sitio puedo estar mejor que aquí para esperar el final.»

\*

«Hospital 23, en Royan (Charente inferior.)

»29 de junio de 1918.

»Señor doctor:

»Habiendo salido de la Guinea francesa en otoño de 1916 acabo de recibir su estimada carta del mes pasado que me ha llegado aquí, donde estoy de enfermera en el servicio de cirugía. Recuerdo, efectivamente, el envío de que me habla en su carta, pero mis recuerdos no son lo bastante precisos para poder darle los informes que me pide. Apenas conocí a la persona que me dio aquel encargo para usted y que nos había llegado al hospital muy enferma con un ataque de fiebre amarilla, del que murió pocos días después a pesar del tratamiento del doctor Lancelost. Creo que fue en la primavera de 1916. Recuerdo perfectamente que había sido desembarcada urgentemente de un barco de pasajeros de paso por Conakry. Me dio la dirección de usted y el paquete durante una guardia de noche, en uno de sus escasos momentos de lucidez, puesto que deliraba constantemente. De todas formas, puedo asegurarle que no me encargó que le escribiera nada. Debía de viajar sola cuando el buque hizo escala, ya que nadie vino a verla durante los dos o tres días que duró su agonía. Supongo que habrá sido enterrada en la fosa común del cementerio europeo. El administrador jefe del hospital, señor Fabri, si todavía sigue allí, podrá buscar en los libros y facilitarle, sin duda, el nombre de aquella señora y la fecha de su fallecimiento.

»Lamento no poderle comunicar más detalles.

»Quedo suya afectísima,

»Vuelvo a abrir la carta para agregar el detalle, del que estoy casi segura, de que era esta misma señora la que llevaba con ella un enorme perro negro de presa, al que llamaba “Hirt” o “Hirch”, que reclamaba constantemente tan pronto como recobraba el conocimiento, pero que no se podía tener en el piso a causa de los reglamentos y porque este perro era peligroso. Una de mis compañeras enfermeras quiso quedarse con él, pero le ocasionó muchos disgustos, no consiguió llegar a dominarlo y, por último, hubo que envenenarlo.»

## XVI

### DIARIO DE ANTOINE

#### JULIO

Le Mousquier, 2 de julio de 1918.

HE soñado con Jacques, hace un instante, en este breve sopor de la madrugada. Imposible ya reanudar la trama de la historia. Pasaba en la calle de la Universidad, hace mucho tiempo, en el pisito de la planta baja. Me ha traído a la memoria aquella época en que vivimos juntos, tan cercanos. Entre otros recuerdos: el día que Jacques salió del reformatorio y lo instalé conmigo. Sin embargo, había sido yo quien lo había dispuesto así, para sustraerlo a la vigilancia de padre. Pero no pude evitar un mezquino sentimiento de hostilidad, una lamentación egoísta. Recuerdo perfectamente que me dije: «Bien; quiero tenerlo aquí, pero que no altere mis costumbres y mi trabajo, que no me impida llegar.» «¡Llegar!» El mismo estribillo durante toda mi existencia: «¡Llegar!» La consigna, el único objetivo, quince años de esfuerzo..., y ahora, esta palabra, «llegar», ¡qué ridícula resulta en esta cama!...

Este cuaderno. Ayer encargué al administrador que me comprara este cuaderno en la papelería de Grasse. Niñería de enfermo, tal vez. Ya veremos, he comprobado por mis cartas a Jenny el consuelo que me produce escribir lo que pienso. Nunca he escrito un diario, ni siquiera a los dieciséis años, como hacían Fred, y Gerbron, y tantos otros. ¡Un poco tarde! No un diario, pero anotar si me apetece las ideas que se me ocurren. Higiénico, con toda seguridad. En el cerebro de un enfermo, de un insomne, todo tiende a la obsesión. Escribir siempre alivia. Y, además, sirve de distracción, para matar el tiempo. (¡Matar el tiempo, y yo, que antes lo encontraba siempre tan escaso! Incluso en el frente, incluso este invierno, en la clínica, he vivido a presión, como he hecho toda la vida, sin una hora de ocio, sin tener noción del tiempo que pasa y sin tener conciencia del presente. Desde que mis días están contados es cuando las horas se me hacen interminables.)

Noche pasadera. Esta mañana: 37.7°

Noche.

Recrudescencia de la fatiga. Temperatura: 38.8° Dolores intercostales. Me pregunto si no habrá ningún peligro por parte de la pleura.

Exorcizar los espectros, fijándolos en el papel.

Preocupado todo el día por esta cuestión de la herencia. Organizar mi muerte. (¡Esta manía obsesiva de «organizar»! Pero esta vez no se trata de mí: se trata de ellos: del pequeño.) He hecho y rehecho diez veces los cálculos: venta de la finca de Maisons, alquiler de la casa de la calle de la Universidad y venta del material de los laboratorios. ¿A menos de alquilar la casa a una empresa de productos químicos? Studler podría ocuparse de ello. O en su defecto, dirigir el desmontaje de los aparatos y buscar comprador.

Pensar también en Studler, que se va a encontrar sin empleo y sin recursos después de la guerra.

Dejar una nota para él y para Jouselin, relativa a los documentos de los ficheros. (¿Biblioteca de la Facultad?)

3 de julio.

Lucas me ha entregado los resultados del análisis de sangre. Francamente malo. Bardot, con su voz ceceante, se ha visto obligado a confesar: «Nada bueno.» ¡Mi magnífica sangre de antes! Cuando mi convalecencia en Saint-Dizier, después de mi primera herida, ¡qué confianza tenía yo en mi organismo! ¡Cómo me enorgullecía de la calidad de mi sangre ante la rapidez de las cicatrizaciones! Jacques también. La sangre de los Thibault.

He planteado a Bardot la cuestión de las complicaciones pleurales. «Estaría bueno que ahora me descolgara con una purulenta...» Ha encogido sus hombros de gigante bondadoso y me ha examinado con atención. «No hay nada que temer», dice.

La sangre de los Thibault. ¡La de Jean-Paul! ¡Mi magnífica sangre de antaño, nuestra sangre, corre ahora por las venas de ese pequeño!

En el transcurso de la guerra no he aceptado la muerte ni un solo día. Ni una sola vez, aunque fuera durante diez segundos, he hecho el sacrificio de mi piel. E incluso ahora me niego al sacrificio. Ya no puedo hacerme ilusiones; me veo obligado a esperar lo irremediable, pero no puedo «consentir» ni ser «cómplice» con mi resignación.

Por la tarde.

Sé perfectamente en qué consistiría lo razonable, lo sensato, en qué estribaría «la dignidad»: en poder considerar nuevamente el mundo y su cambio incesante por sí mismo. No ya a través de mí y de mi muerte cercana. En decirme que soy una

partícula insignificante del Universo. Partícula estropeada. Peor. ¿Qué es esto en comparación con lo demás, qué habrá después de mí?

¡Insignificante, sí; pero yo le doy tanta importancia!

Intentarlo, no obstante.

*No dejarse cegar por lo individual.*

4 de julio.

Esta mañana una magnífica carta de Jenny. Detalles encantadores acerca de su hijo. No he podido contenerme y he leído unos párrafos a Goiran, que presume de sus dos pequeños. Es necesario que Jenny le mande hacer una fotografía.

Es necesario también que yo me decida a escribirle «la carta». Difícil. Espero a tener una noche de verdadero reposo.

¡Qué milagro —no hay otra palabra— la aparición de este niño en el instante preciso en que las dos ramas de que procede. Fontanin y Thibault, iban a extinguirse sin haber dado de sí nada que merezca la pena! ¿Qué lleva en sí de su herencia materna? Espero que los mejores elementos. Pero lo que sé ya, sin ningún género de dudas, es que es de nuestra sangre. Decidido, voluntarioso e inteligente. Hijo de Jacques. Un Thibault.

He pensado en esto durante todo el día. Este impulso imprevisto de la savia, que de repente hace brotar de nuestro tronco esta rama nueva... ¿Es absurdo imaginar que esto responde a algo, a algún designio de la Creación? Orgullo familiar, tal vez. ¿Y por qué no ha de ser este niño el predestinado? ¿El resultado final del oscuro esfuerzo de la raza para fabricar un tipo perfecto de la especie Thibault? ¿El genio que la Naturaleza ha de formar algún día y del cual mi padre, mi hermano y yo, no éramos sino los esbozos? Esta violencia concentrada y esta fuerza que ya estaban en nosotros antes de estarlo en él, ¿por qué no habrán de florecer esta vez en una fuerza verdaderamente creadora?

A medianoche.

Insomnio. Espectros que hay que «exorcizar».

Mes y medio; siete semanas ya que me sé perdido. Estas palabras: «Saber que se está perdido», estas palabras que yo escribo, que son semejantes a otras, y que todo el mundo cree comprender, y de las que nadie, excepto un condenado a muerte, puede penetrar íntegramente el sentido... Revolución fulgurante que bruscamente hace el vacío total en un ser.

Sin embargo, un médico que vive en contacto con la muerte debiera... ¿Con la muerte? ¡Con la de los demás! Ya he intentado muchas veces buscar las causas de

esta imposibilidad física de aceptación. (Que puede que obedezca a una característica particular de mi vitalidad. Idea que se me ha ocurrido esta noche.)

Esta mentalidad de antaño —esta actividad que yo ponía en emprender, esta inquietud perpetua— la atribuyo, en gran parte, a la necesidad que tenía de perpetuarme por la creación: de «sobrevivir». Terror instintivo a desaparecer. (Bastante generalizado, sin duda. Pero de intensidad muy diversa.) En mí, un rasgo hereditario. He pensado mucho en padre. Le obsesionaba el deseo de dar su nombre a sus obras, a los premios a la virtud, a la plaza mayor de Crouy. Deseo que ha realizado de ver su nombre («Fundación Oscar Thibault») escrito en la fachada del reformatorio. Deseo de imponer su nombre de pila (el único elemento que en su estado civil le era personal) a toda su descendencia, etcétera. Manía de poner sus iniciales en todas partes: en la verja de su jardín, en su vajilla, en sus encuadernaciones, ¡hasta en el cuero de su sillón!... Mucho más que un instinto de propietario (o, como yo lo he creído, un signo de vanidad). Necesidad soberbia de luchar contra el anonadamiento, de dejar su huella. (La vida del más allá, por lo visto, no le bastaba.) Necesidad que yo he heredado de él. Yo también he tenido la esperanza secreta de unir mi nombre a alguna obra que me perpetúe, a algún descubrimiento, etcétera.

*¡No se puede renegar del padre!*

¡Siete semanas; cincuenta días y cincuenta noches cara a cara con la *certeza*! Sin un solo momento de vacilación, de duda o de ilusión. Sin embargo —y esto es lo que quería anotar—, a pesar de todo hay períodos de tregua en esta obsesión. Brevísimos intervalos, no de olvido, sino en los cuales la idea fija se aleja... Sucede, y cada vez con más frecuencia, que vivo algunos instantes —dos o tres minutos, quince o veinte como máximo— durante los cuales la certeza de morir muy pronto no ocupa el lugar preferente de la escena, sino que queda latente. Durante los cuales, de pronto, pudo hacer algo: leer con atención, escribir, escuchar, discutir; en una palabra: interesarme en cosas ajenas a mi estado, como si me hubiese librado de su dominio, y, sin embargo, sin que la obsesión deje de estar aquí, sin que cese de sentirla presente, en un segundo término, como en reserva. (Esta sensación de que está aquí Ja tengo incluso dormido.)

6 de julio, por la mañana.

Estoy mejor a partir del jueves. Todo me parece casi bello y bueno, desde que sufro menos. En los periódicos de esta mañana el artículo sobre los éxitos italianos en el delta del Piave me ha causado una especie de placer, cuyo sabor ya había olvidado. Buena señal.

Ayer no he escrito nada. Me di cuenta, afuera, de que había dejado el cuaderno en

mi habitación. Me dio pereza volver a subir, pero lo eché de menos durante toda la tarde. Este pasatiempo ha empezado a gustarme.

Hoy apenas tengo tiempo de escribir. Demasiadas observaciones que tengo que consignar en la agenda negra. Advierto que he descuidado un poco la agenda desde la compra del cuaderno. Me he contentado con anotaciones demasiado abreviadas. Sin embargo, es la agenda la que se merece mi esfuerzo, la que debe tener un lugar preferente. Hacer dos partes: el cuaderno, para los «espectros», y la agenda, para todo lo relacionado con la salud, la temperatura, los tratamientos, los efectos terapéuticos, reacciones secundarias, procesos de la intoxicación, discusiones con Bardot o con Mazet, etcétera. Sin exagerar su valor, creo que estos detalles cotidianos tomados desde el primer día por un gaseado que al mismo tiempo es médico podrán constituir en el estado actual de la ciencia un conjunto de observaciones clínicas de incontestable utilidad. Sobre todo si llevo la cosa «hasta el final». Bardot me ha prometido que lo hará publicar en el *Boletín*.

Ayer, marcha del gordo Delahaye. Permiso de convalecencia. Se cree curado definitivamente. Puede que lo esté, ¿quién sabe? Ha subido a decirme adiós. Torpe, fingiendo ir retrasado y tener prisa. No me ha dicho: «Ya nos veremos» ni nada que se le parezca. Joseph, que estaba arreglando la habitación, ha debido observarlo, porque nada más al cerrarse la puerta ha dicho: «Ya ve usted cómo hay algunos que se curan.»

He estado a punto de escribir hace un momento: «Si vivo todavía es gracias a esta agenda.» Habrá que poner en claro la cuestión *suicidio*. Reconocer, por fin, que la agenda no ha sido nunca más que un pretexto. ¡Cómo se engaña uno a sí mismo! Extraño. Me repugna confesarme que, en realidad, nunca he tenido el deseo de terminar. No; ni siquiera en los peores momentos. Si hubiese debido hacerlo hubiese sido en París, la mañana que compré las ampollas, cuando... Pensé mucho en ello antes de subir al tren. Y fue aquella mañana cuando empecé a representarme la comedia de la agenda. Como si tuviese un último deber que cumplir antes de desaparecer. Como si tuviese una obra capital que terminar. Como si la importancia que concedo a estas notas clínicas fuese capaz de contrarrestar y apartar la tentación. ¿Falta de decisión? No; realmente, no. Si la tentación hubiese sido real no me hubiera contenido el miedo. Lo cierto es que la tentación no ha hecho nunca sino rozarme. Y siempre la rechazaba sin trabajo. (Fingiendo elevación de espíritu y muy contento de tener este pretexto: la agenda...)

Y, sin embargo, a menos de una muerte brusca —desgraciadamente improbable— sé que no esperaré el fin natural. *Lo sé*. Aquí soy sincero y creo estar completamente lúcido. Llegará la hora, estoy seguro. No tengo sino que dejarla venir. La droga está aquí. Sólo tengo que hacer un movimiento. (Idea que, a pesar de todo, tranquiliza.)

Por la noche.

Antes de la cena bajo la veranda, Goiran nos ha traído un periódico de Suiza que transcribe íntegramente el último discurso de Wilson. Lo ha leído en voz alta. Emocionado, así como nosotros. ¡Cada mensaje de Wilson es como una bocanada de aire respirable que pasa sobre Europa! Hace pensar en el oxígeno que se inyecta en el fondo de la mina, después del derrumbamiento, para que los desgraciados enterrados en ella puedan luchar contra la asfixia y durar hasta que se les libera.

7 de julio, cinco de la mañana.

La idea fija. Una pared contra la que me lanzo. Me levanto, acometo, tropiezo de nuevo, para volverme a caer y comenzar de nuevo. Una pared. Algunos momentos — sin creer en ello ni un segundo— trato de decirme que tal vez no sea cierto, que tal vez no esté condenado. Para tener un pretexto que me permita repetirme todos los razonamientos lógicos que siempre, fatalmente, me vuelven a lanzar contra la pared.

Al mediodía, afuera.

He vuelto a leer el discurso de Wilson. Mucho más preciso que los precedentes. Define su concepto de la paz, enumera las condiciones indispensables para que el ajuste de cuentas sea «definitivo». Proyecto de una amplitud exaltadora: 1.º, supresión de los regímenes políticos susceptibles de dar lugar a nuevas guerras. 2.º, antes de toda modificación de fronteras o atribución de territorios consulta a los pueblos interesados. 3.º, acuerdo entre todos los Estados sobre un código de *Derecho internacional*, a cuyas leyes se comprometerán todos a someterse. 4.º, creación de un organismo internacional que desempeñe el papel de *Tribunal de arbitraje*, en el que estarían representadas, sin distinción, *todas* las naciones del mundo civilizado.

(Siento un placer infantil en escribir todo esto, en concretarlo. Impresión de adherirme por adelantado: de colaborar.)

Tema de todas las conversaciones aquí. Llama de esperanza en todos los rostros. ¡Y qué emocionante resulta pensar que en estos momentos sucede lo mismo en todos los lugares de Europa y América! ¡El eco de este discurso en todos los acantonamientos de descanso, en todos los refugios de las trincheras! ¡Todos, tan cansados de matarse mutuamente desde hace cuatro años! (De matarse mutuamente desde hace siglos, por orden de los dirigentes...) Se esperaba este llamamiento a la razón. ¿Será oído por los responsables? ¡Con tal de que esta vez prenda la semilla en todas partes! ¡El objetivo es tan claro, tan razonable, tan de acuerdo con el destino del



hombre y sus instintos primitivos! La realización puede provocar mil problemas y reclamar largos esfuerzos; ¿pero cómo dudar de que ha de ser por este camino, y no por otro, por el que ha de seguir el mundo de mañana cueste lo que cueste? Cuatro años de guerra, sin más resultado que matanzas y montañas de ruinas. Los más aventurados soñadores de conquistas tienen que verse obligados a reconocer que la guerra se ha convertido para el hombre, para los Estados, en una catástrofe sin compensación posible. ¿Entonces? A partir del momento en que lo absurdo de la guerra se ha comprobado por medio de la experiencia en todos los terrenos, en que se ha llegado a un acuerdo en este sentido entre las comprobaciones de los políticos, los cálculos de los economistas y la repugnancia instintiva de las masas, ¿qué obstáculo queda para la organización de la paz perpetua?

Después de la cena, crisis de fatiga. Inyección. Tumbona bajo los olivos. Demasiado cansado para esta carta a Jenny que, sin embargo, ya se va retrasando demasiado.

Discusión en mi presencia entre Goiran, Bardot y Mazet. La idea primordial de Wilson: este organismo de arbitraje internacional. Nada que pueda perjudicar a nadie y mucho que ganar para todos los Estados. E incluso esto, en lo que no se piensa lo bastante: el funcionamiento de este tribunal supremo evitaría el amor propio y las susceptibilidades nacionales, de donde han salido tantas guerras. Un pueblo, un gobierno, un soberano incluso, por muy susceptibles que sean, se sentirían menos heridos en su orgullo y en su prestigio si tuvieran que inclinarse ante la sentencia de un Tribunal Internacional, actuando en nombre del interés colectivo de los Estados, que si tuvieran que capitular ante la amenaza de un vecino o la presión de una coalición enemiga. Sería necesario (dice Goiran) que se constituyera este tribunal inmediatamente después de terminadas las hostilidades y antes de ajustar cuentas. Para que las cláusulas de paz sean discutidas no rabiosamente entre adversarios, sino con serenidad en el seno de una sociedad universal de naciones, que arbitraria desde arriba, que repartiría las responsabilidades y daría un veredicto imparcial.

*Sociedad de Naciones.*—Único medio y medio infalible de hacer imposibles las guerras de ahora en adelante, porque, cuando un Estado fuera atacado o amenazado por otro, todos los Estados se colocarían automáticamente frente al agresor y paralizarían su acción, imponiéndole el arbitraje del Derecho.

Y hay que ir aún más lejos. Esta Sociedad de Naciones pudiera ser instigadora de una política y una economía *internacionales*; llegar a una cooperación general, organizada, hecha finalmente a escala del planeta. Etapa nueva y decisiva para la civilización.

Goiran ha dicho acerca de esto muchas cosas razonables. Recuerdo haber sido demasiado severo con Goiran. Este antiguo alumno de la Normal, que siempre parecía saberlo todo, me molestaba. Y el tono también: como si estuviera en el

Enrique IV, en su cátedra de profesor de Historia... Pero es exacto, realmente sabe muchas cosas. Sigue de cerca los acontecimientos, lee diariamente ocho o diez periódicos y recibe todas las semanas un paquete de periódicos y revistas suizas. Espíritu ponderado, en definitiva. (Siempre he sentido debilidad por los *ponderados*.) Me gusta el empeño que pone en enjuiciar los hechos contemporáneos desde un punto de vista retrospectivo, en plan de historiador. También está aquí Voisenet. (Goiran y Voisenet son los únicos de la clínica que tienen las cuerdas vocales casi intactas... «¡Y se aprovechan de ello!», dice Bardot.)

Día no malo. ¡Creo que se lo debo tanto a Wilson como a la inyección!

Aun digo más: la creación de una Sociedad de Naciones podría hacer surgir de los escombros de esta guerra algo absolutamente nuevo: la aparición de una conciencia mundial, con lo que la Humanidad recibiría un impulso definitivo hacia la justicia y la libertad.

Once de la noche.

He hojeado los periódicos. Palabrería, mediocridad repugnante. Wilson parece ser realmente el único hombre de Estado de hoy en día dotado de amplitud de miras. El ideal democrático, en lo que tiene de más noble. Comparados con él, nuestros demagogos franceses (o ingleses) parecen meros «arribistas». Todos, más o menos, siguen siendo instrumentos de esas tradiciones imperialistas que fingen condenar en el adversario.

He hablado de América y de democracia con Voisenet y Goiran. Voisenet ha vivido algunos años en Nueva York. Estabilidad de los Estados Unidos. Seguridad. Goiran, con ganas de hablar y vena profética, predice para el siglo XXI la invasión de Europa por los amarillos y el porvenir de la raza blanca reducida únicamente al continente americano.

Dos de la madrugada.

Insomnio. Un breve letargo, durante el cual he soñado con Studler. En París, en el laboratorio del fondo. El «Califa» estaba en bata, tenía puesto en la cabeza un quepis y llevaba la barba más corta. Yo acababa de explicarle no sé el qué, con vehemencia. Tal vez Wilson y la Liga de Naciones... Me ha mirado por encima del hombro con sus grandes ojos húmedos: «¿Y qué rayos te importa a ti todo eso, si la vas a *palmar*?»

Todavía pienso en Wilson. (Aunque disguste al «Califa».)

Wilson me parece predestinado al papel que asume. Para que el final de esta

guerra sea también el final de todas las guerras es necesario que la paz sea obra de un hombre nuevo, de un hombre de fuera, sin resentimientos; que no haya vivido cuatro años en esta convulsión, como los dirigentes de Europa, dedicados al aplastamiento del adversario. Wilson, hombre de ultramar. Representante de un país que encarna la unión en la paz y la libertad. ¡Y que tiene tías sí a la cuarta parte de los habitantes del globo! Todo norteamericano sensato debe decirse evidentemente: «Si nosotros hemos podido establecer nuestros Estados y conservar desde hace un siglo una paz sólida y constructiva, ¿por qué los Estados Unidos de Europa han de ser imposibles?» Wilson continúa la trayectoria de los Washington, etcétera. (Y se da cuenta de ello. En su discurso hay alusiones.) Aquel Washington que odiaba la guerra y que, sin embargo, la hizo para liberar a su país de la guerra. Con la reserva mental (dice Goiran) de que al mismo tiempo libraría al mundo; de que si conseguía hacer con aquellos pequeños Estados hostiles una vasta confederación pacífica el ejemplo sería irresistible para el Viejo Continente. (¡El cual habrá tardado más de cien años en comprender!)

Mientras escribo, las agujas van dando vueltas a la esfera... ¡Wilson me ayuda a tener alejados a los «espectros»!

Problemas apasionantes, incluso para un «vivo en precario». Por primera vez desde mi regreso de París, consigo interesarme en el futuro. En el futuro del mundo, que va a jugarse al final de esta guerra. Todo se vería comprometido, y por mucho tiempo, si la paz que viene no fuera refundición, reconstrucción y unificación de la Europa exangüe. Sí; si la fuerza armada continúa siendo el principal instrumento de la política entre los Estados; si cada nación, detrás de sus fronteras, continúa siendo el único árbitro de su propia conducta y continúa entregada a sus apetencias de expansión; si la federación de los Estados de Europa no permite una paz «económica», como la quiere Wilson, con libertad de intercambios comerciales y supresión de las barreras aduanales; si la era de la anarquía internacional no está acabada definitivamente; si los pueblos no obligan a sus gobiernos a someterse por fin, de una manera concertada, a un régimen de orden general basado en el derecho, entonces habrá que empezar todo de nuevo y toda la sangre derramada habrá corrido en vano.

¡Pero todas las esperanzas están permitidas!

(Escribo esto como si yo debiera «vivirlo»...)

8 de julio.

Treinta y siete años. ¡Ultimo aniversario!...

Estoy esperando la campana de la comida. La lavandera y su hija acaban de pasar bajo la veranda con sus líos de ropa a la espalda. El otro día experimenté una fuerte emoción al ver a esta muchacha y observar una cierta pesadez en su forma de andar,

una cierta curva en los riñones y una cierta rigidez en las caderas. Encinta. Apenas visible. Tres meses y medio o todo lo más cuatro. ¡Emoción acuciante, espanto, piedad, envidia, desesperación! ¡Para quien ya carece de futuro, el misterio de este otro futuro exhibido aquí, casi tangible! ¡Este embrión, tan lejos aún de la vida, y que tendrá toda una existencia desconocida que vivir! Este nacimiento que mi muerte no impedirá...

Afuera.

Wilson ocupa todavía todas las mentes. Los *bridges* descansan. Hasta la «peña» del brigada; llevan dos horas hablando, sin tocar las cartas.

Los periódicos también están llenos de comentarios. Bardot señalaba esta mañana cuán significativo resulta que la censura deje a los ánimos exaltarse ante estos augurios de paz. Buen artículo en el *J. de L.* Recuerda A discurso de Wilson en enero de 1917: «Paz sin victoria» y «limitación progresiva de los armamentos nacionales, hasta el desarme general». (Enero de 1917. Reminiscencias de aquella aldea en ruinas, detrás de la cota número 304. La cueva abovedada del comedor colectivo. Las discusiones acerca del desarme con Payen y el pobre Seiffert.)

Interrumpido por Mazet, para el análisis. Disminución de los cloruros y, sobre todo, de los fosfatos.

Tiempo tormentoso, agotador. Me he arrastrado hasta la noria, para oír el rumor del agua. Cada vez me cuesta más trabajo leer seguido y fijar la atención en las ideas de los demás. En las mías todavía lo consigo. Este cuaderno me sirve de descanso. Que no durará siempre. Lo aprovecho.

Discurso de Wilson en enero de 1917. *Desarme*. Objetivo esencial. Conversaciones durante la comida. Todos de acuerdo, excepto Reymond. Cuántas cosas se dicen hoy normalmente que no se hubiera uno atrevido a decir, que no se hubiera uno atrevido ni a pensar hace sólo dos años: el ejército, cancro que se alimenta de la sustancia de una nación. (Imagen acertada, *ad usum populi*; todo obrero empleado en la fabricación de granadas deja de colaborar en la producción útil, convirtiéndose, por tanto, en un parásito a costa de la colectividad.) Una nación, cuya tercera parte del presupuesto se invierta en gastos militares, no puede vivir: la ruina o la guerra. El cataclismo actual es el resultado fatal de cuarenta años de armamento sistemático. Ninguna paz sería duradera sin desarme general. Verdad cien veces proclamada. En vano y se sabe por qué: en tiempos de paz armada es ilusorio esperar que los gobiernos, convencidos de la primacía de la fuerza frente al derecho, ya levantados unos contra otros y lanzados a fondo en la carrera de armamentos, puedan alguna vez ponerse de acuerdo para dar marcha atrás y renunciar todos juntos a su loca táctica. Pero todo puede cambiar mañana, a la hora de la paz. Porque todos

los países de Europa serán reducidos a cero. Tabla rasa. Agotados por la guerra, habiendo vaciado sus arsenales, tendrán que empezar *todo* sobre bases nuevas. Se acerca una hora excepcional, una hora sin precedentes: aquélla en que el desarme general se convierta en una cosa posible. Wilson lo ha comprendido. La idea del desarme, adoptada y lanzada por él, no puede dejar de ser acogida con entusiasmo por la opinión pública de todos los países. Estos cuatro años han preparado el camino, han consolidado en todas partes el instinto de resistencia a la guerra, han agudizado el deseo de ver establecerse una moral internacional que sustituya, por fin, al duelo de los ejércitos para dirimir los conflictos de los pueblos.

Ahora sería necesario que la inmensa mayoría de los hombres que desean la paz impusiera por fin a la ínfima minoría de aquellos que tienen interés en fomentar las guerras una *Liga de Naciones*, disponiendo, si es necesario, de una policía internacional y de una autoridad arbitral capaz de prohibir para siempre el empleo de la fuerza. ¡Que los gobiernos sometan la cuestión a un plebiscito general; el resultado no es dudoso!

Esta mañana, en la mesa, no ha habido, naturalmente, nadie más que el comandante Reymond que se indignara y tratara a Wilson de «puritano iluminado», totalmente ignorante de las «realidades europeas». Exactamente la misma cantinela de Ru melles en «Maxim's». Goiran le ha llevado la contrario acertadamente: «¡Si la paz que venga no fuera una reconciliación, en un común deseo de justicia, para la creación de una Europa solidaria, esta paz que millones de pobres seres han pagado tan cara no sería sino un tratado más, un simulacro de paz, condenado a ser barrido en la primera ocasión por el deseo de desquite de los vencidos!» «Ya se sabe lo que valen y los que duran las Santas Alianzas», decía Reymond. Y como yo interviniera me atraje esta cuchufleta (tal vez no tan tonta, pensándolo bien, y menos paradójica de lo que parece): «¡Naturalmente, Thibault; usted es demasiado realista para no ser sensible a las seducciones de las utopías!» (Esto habrá que examinarlo.)

Primeras gotas. ¡Si la tormenta pudiera procurarnos una noche fresca!

9 de julio, al amanecer.

Mala noche. Fatiga. No he dormido ni dos horas, ¿y en cuántas veces?

He pensado en Rachel. En estas noches cálidas el perfume del collar es insufrible. También ella ha tenido un fin estúpido, en la cama de un hospital. Sola. Pero siempre se está solo cuando llega el fin.

Bruscamente he pensado en esto: que esta mañana, como todas las mañanas a esta hora, en algún lugar de las trincheras, millares de desgraciados esperan la señal de avanzar. He hecho lo posible por encontrar en ello, cínicamente, algún consuelo. En vano. Más bien los envidio por el hecho de estar bien y correr el riesgo, que consigo compadecerles por tener que saltar el parapeto ...

En este Kipling que estoy tratando de leer, encuentro esta palabra: «Juvenil.» Pienso en Jacques... «Juvenil»: ¡epíteto que tan bien lo retrataba! Nunca fue más que un adolescente. (Ver en los diccionarios las características típicas del adolescente. Las tenía todas: fogosidad, vehemencia, pudor, audacia y timidez, y afición a las abstracciones y horror a las medias tintas, y ese encanto que da la falta de aptitud para el escepticismo...)

¿Hubiera sido en su madurez otra cosa que un viejo adolescente?

Releo mis notas de anoche. La frase de Reymond: utopías... No. Siempre me he apartado —incluso exageradamente— de los impulsos ilusorios. Siempre he observado esta máxima de no sé quién: «Que la mayor aberración del espíritu es creer las cosas porque se quiere que existan.» Realmente, no. Cuando Wilson declara: «Lo que pedimos es que el mundo se haga puro y sea posible vivir en él», aquí mi escepticismo se resiste: no me hago bastante ilusiones acerca de la perfectibilidad del hombre para esperar que el mundo, arreglado por él, pueda nunca hacerse «puro». Pero cuando Wilson añade: «Y que sea hecho *seguro* para todas las naciones que aman la paz», me adhiero. No hay nada de quimérico. ¡La sociedad ha obtenido fácilmente individuos que renuncian a hacerse justicia por sí mismos y someten sus querellas a los tribunales! ¿Por qué no se ha de impedir a los gobiernos que lancen a los pueblos unos contra otros, cuando hay algún punto de desacuerdo? ¿Es la guerra una ley natural? También lo es la peste. Toda la historia de la Humanidad es una lucha victoriosa contra las fuerzas nocivas. Las principales naciones de Europa han sabido forjar, poco a poco, sus unidades nacionales. ¿Por qué el movimiento no ha de irse amplificando, hasta la realización de una unidad continental? Nueva etapa, nuevo impulso de instinto social. «¿Y el sentimiento patriótico?», diría el comandante. No es el sentimiento patriótico, instinto natural, lo que lleva a la guerra: es el sentimiento nacionalista, sentimiento adquirido y artificial. El apego al suelo, al dialecto, a las tradiciones, no implica ninguna hostilidad violenta hacia el vecino: Picardía y Provenza, Bretaña y Saboya. En una Europa confederada los instintos patrióticos no serían ya sino características regionales.

«¡Quimeras!» Es por aquí, evidentemente, por donde todos van a tratar de torpedear las ideas de Wilson. Es descorazonador ver en la prensa que, incluso los más favorables a los proyectos americanos, le llaman «gran visionario», «profeta de los tiempos futuros», etcétera. ¡Nada de eso! Lo que me conmueve, por el contrario, es *su sentido común*. Sus ideas son sencillas, nuevas y muy antiguas a la vez: resumen de todas las tentativas y experiencias de la Historia. Europa va a encontrarse mañana en una importante encrucijada: o bien la reorganización federativa o bien el regreso al régimen de las guerras sucesivas, hasta el agotamiento de todos. Si a pesar de todo Europa se niega a hacer la paz razonable propuesta por Wilson —y que es la única verdadera, la única duradera, la paz del desarme definitivo— muy pronto se dará cuenta (¿y a qué precio tal vez?) de que está de nuevo perdida en un callejón sin

salida y abocada a nuevas matanzas. Poco probable, afortunadamente.

Por la noche.

Jornada penosa. Dominado de nuevo por la desesperación. Polla impresión de haber caído en una trampa abierta... Me merecía algo mejor. Me merecía (¿orgullo?) ese «magnífico porvenir» que me prometían mis profesores, mis camaradas. Y de repente, en el recodo de aquella trinchera, la bocanada de gas... ¡Esta trampa, este lazo tendido por el destino!...

Las tres.

Demasiada fatiga para poderme dormir. No respiro sino sentado, recostado en tres almohadas. Vuelvo a encender para tomar las gotas. Y para escribir esto:

Nunca he tenido tiempo ni gusto (romántico) para llevar un diario. Lo lamento. Si pudiera hoy tener aquí, entre mis manos, en negro sobre blanco, todo mi pasado desde los quince años, me parecería estar más seguro de haber existido; mi vida tendría volumen, peso, contorno y consistencia histórica; no sería esta cosa fluida, informe como un sueño olvidado del que nada se puede repetir. (Lo mismo que la evolución de una enfermedad se inscribe y se fija en la gráfica de temperaturas.)

He empezado este cuaderno para exorcizar a los «espectros». Así lo creía. En el fondo había un montón de razones oscuras: pasatiempo, complacencia de mí mismo y también salvar un poco de esta vida, de esta personalidad que va a desaparecer y de la que yo estaba tan orgulloso. ¿Salvar? ¿Para quién? ¿Para qué? Absurdo, puesto que sé que no tendré tiempo ni oportunidad para releerme. ¿Para quién entonces? ¡*Para el pequeño!* Sí; acaba de ocurrírseme, hace un momento, durante este insomnio.

Es guapo este pequeño, está fuerte y crece vigorosamente; ¡todo el futuro, el mío, todo el futuro del mundo está en él! Desde que lo he visto pienso en él y me obsesiona la idea de que él no podrá pensar en mí. No me habrá conocido, no sabrá nada de mí, no le dejo nada: algunas fotografías, un poco de dinero, un nombre: «el tío Antoine». Nada. Idea que a veces se me hace intolerable. Si durante estos meses de tregua hubiera tenido la paciencia de escribir día a día en este cuaderno... ¿Tal vez, más tarde, pequeño Jean-Paul, tendrás la curiosidad de buscar en él mis huellas, una semblanza, mi última semblanza, la huella de los pasos de un hombre que se va? Entonces, «el tío Antoine» se convertirá para ti en algo más que un nombre, que una fotografía de álbum. Sé perfectamente que la imagen apenas puede parecerse: entre el hombre que yo era y este enfermo devorado por su enfermedad... Sin embargo, sería algo a pesar de todo, mejor que nada. Me aferró a esta esperanza.

Demasiado cansado. Febril. El enfermero de guardia ha visto la luz. Le pido otra

almohada más. Estas gotas no actúan del todo. Pedir otra cosa a Bardot.

Luz azulada de la ventana en la noche. ¿Es todavía la luna? ¿Es ya el día?... (¡Tantas veces, después de un sopor cuya duración no conseguía calcular, he encendido para mirar la hora, leyendo con desaliento en la blanca esfera: once y diez..., una y veinte...!)

Las cuatro y treinta y cinco. Ya no es la luna. Es la claridad que precede al alba. ¡Por fin!

11 de julio.

¡Qué dulzura tan amarga e irritante la de estos días de sufrimiento vago, en esta cama!... La comida ha terminado. (¡Estas comidas interminables, en la mesita de enfermo; estas escenas que agotan la paciencia, que quitan el poco de apetito que se pudiera tener!... Cada diez minutos Joseph y su bandeja, con un plato de comida...) De mediodía a tres es la hora vacía y tranquila en que el día toma el silencio de la noche, interrumpido por las toses vecinas, que sin siquiera proponérmelo identifico como voces conocidas.

A las tres, el termómetro, Joseph, los ruidos del pasillo, los gritos en el jardín, la vida...

12 de julio.

Dos días tristes. Ayer, radio. Los paquetes de ganglios bronquiales han aumentado aún. Me lo sospechaba.

Kühlmann, que pronunció en el Reichstag aquel discurso tan moderado, ha tenido que dimitir. Mal síntoma de estado de ánimo alemán. Por el contrario, el avance italiano en el delta del Piave se confirma.

Por la noche.

Me he quedado en la cama. Aunque la jornada haya sido menos mala de lo que me temía. He podido recibir algunas visitas: Darros y Goiran. Larga consulta esta mañana, en presencia de Sègre, a quien Bardot ha enviado a buscar. No han encontrado nada particularmente inquietante; no hay agravación seria. Y a mi alrededor todos se abandonan a la esperanza. Aunque me repito que no hay que tomar sus deseos por realidades, yo mismo me siento afectado por esta ola de confianza. Evidentemente, ganamos terreno: Villers-Cotterêts, Longpont... El 4º. Ejército... (¡Si



ese buen Thérivier sigue estando allí tiene que tener bastante trabajo!) Evidentemente, también, está el fracaso austríaco, que ha sido completo. Y el nuevo frente oriental del Japón. Pero Goiran, que suele estar bien informado, afirma que desde que París está siendo bombardeado la moral ha decaído mucho; incluso en el frente, donde los hombres no aceptan saber que sus mujeres y sus hijos están amenazados como ellos. Recibe muchas cartas. Ya no se puede más. Ya no se quiere más. ¡Que acabe la guerra a cualquier precio!... Terminará pronto, tal vez, a remolque de los americanos. Veo en ello una ventaja: si nuestros gobernantes dejan que América termine la guerra se verán obligados también a dejarle hacer la paz: la suya, la de Wilson, no la de nuestros generales.

Si mañana continúa la mejoría, escribiré, por fin, a Jenny.

16 de julio.

He sufrido mucho estos últimos días. Sin fuerzas y sin gusto para nada. El cuaderno al alcance de la mano, pero sin ganas de abrirlo. Con ánimo apenas para hacer por las noches el balance de la salud, en la agenda.

Desde esta mañana parece que hay mejoría. La fatiga, más espaciada; crisis cortas, tos menos intensa, soportable. ¿Será el tratamiento de arsénico, reanudado a partir del domingo? ¿Recaída detenida, una vez más?

¡El pobre Chemery, es más de compadecer que yo! Síntomas de septicemia. Bronconeumonía gangrenosa con focos diseminados. Perdido.

¡Y Duplay, flebitis supurada de la vena crural derecha!... ¡Y Bert, y Cauvin!

¡Cuántas cosas duermen en *los repliegues*! (Todos estos gérmenes ignorados, por ejemplo, que la guerra me ha hecho descubrir en mí... Incluso posibilidades de odio y de violencia, es decir, de crueldad... Y el desprecio del débil... Y el miedo, etcétera. Sí; la guerra me ha hecho percibir en mí los instintos más viles, todos los bajos fondos del hombre. Ahora sería capaz de comprender todas las debilidades, todos los crímenes, por haber sorprendido en mí sus gérmenes y la inclinación a ellos.)

17 de julio, por la noche.

Mejoría efectiva. ¿Por cuánto tiempo?

La he aprovechado para, por fin, escribir *la carta*. Esta tarde. Varios borradores. Difícil de encontrar la nota justa. Al principio pensé preparar el terreno con algunas maniobras de aproximación. Pero me he decidido por la carta única, larga y completa. Buenas esperanzas. Tal como creo conocerla, es preferible con ella abordar las cuestiones de frente. Me he esforzado por presentar la cosa como una cuestión de puro trámite, indispensable para el porvenir del pequeño.

La recogida de esta tarde ya estaba hecha. Tengo hasta mañana por la mañana para releer mi carta y decidir si la envío.

Ataques alemanes en Champagne. Rochas debe estar en danza. ¿Es esto el desencadenamiento de su famoso plan: alcanzar el Mame, seguir hacia Saint-Mihiel, rodear Verdún y volverse hacia el Oeste, en dirección al Marne y al Sena? Ya avanzan al norte y sur del Marne. Dormans está amenazado. (Recuerdo con tanta claridad el pueblo, el puente, la plaza de la iglesia, el hospital frente al portalón...) ¡Qué lejos está aún el final! Ninguna esperanza de ver siquiera los primeros síntomas. Poniéndolo lo mejor: 1919, año de los comienzos americanos, un año de aprendizaje; 1920, año de lucha intensa y decisiva; 1921, año de la capitulación de los Imperios Centrales, de la paz de Wilson, de la desmovilización...

He vuelto a leer mi carta, por última vez. Tono satisfactorio, sin posibilidad de equívoco, y los argumentos convincentes a más no poder. No puede dejar de comprender, ni dejar de aceptar.

18, por la mañana.

Acabo de ver a Sègre en calzoncillos. ¡Ya no hay ninguna semejanza con Thiers!

Por la tarde, en el jardín.

Anotar lo que ha pasado esta mañana.

Me he levantado más pronto para enviar mi carta por el coche del administrador. Al ir a bajar mi persiana he sorprendido por las rendijas de una de las ventanas del pabellón número 2 a Sègre, al señor profesor Sègre, ocupado en su aseo. El torso desnudo, calzoncillos muy ceñidos (¡pobres nalgas de viejo dromedario!), el tupé húmedo, liso y pegado a la cabeza... Estaba muy entretenido en limpiarse los dientes. Estoy tan acostumbrado a verle a lo Thiers, tal como se presenta a nosotros, solemne, ceremonioso, ceñido en sus ropas, con el tupé enhiesto y la barbilla levantada, sin perder ni una pulgada de su pequeña estatura, que al principio no lo he conocido. Lo he visto escupir un agua espumosa, inclinarse luego hacia el espejo, hundirse los dedos en la boca, extraer la dentadura, examinarla con aire preocupado y olfatearla con curiosidad de animal. En este momento he retrocedido bruscamente hasta el centro de la habitación, con desagrado, inexplicablemente *emocionado*. Experimentando de repente hacia este tirillas pretencioso —¿cómo decirlo?— una simpatía fraternal...

No es la primera vez que me sucede una cosa así. Si no es con Sègre al menos con otros. Hace meses que estoy aquí en contacto, conviviendo con estos médicos, con estos enfermeros y con estos enfermos. Conozco tan sumamente bien sus siluetas, sus gestos, sus manías, que sin equivocarme puedo identificar desde lejos una cabeza que sobresale de un sillón, una mano que vacía un cenicero por la ventana, dos voces que pasan por detrás de la tapia del huerto. Pero mi camaradería no ha rebasado nunca los límites de la reserva más banal. Ni siquiera en la época en que era como los demás, sociable y de espíritu independiente; siempre me he sentido separado de todos por un tabique, extraño entre los extraños. ¿De dónde viene entonces que esta sensación de aislamiento pueda desaparecer súbitamente y dar paso a un impulso de fraternidad, casi de ternura, a poco que sorprenda a alguno de ellos en lo íntimo de su soledad? ¡Tantas veces me ha bastado distinguir (al acaso de un juego de espejos, de una puerta entreabierta) a un vecino de piso cuando hacía uno de esos humildes gestos a los cuales no se abandona uno si no está seguro de encontrarse solo (inclinado sobre una fotografía sacada del bolsillo subrepticamente, o persignándose antes de meterse en la cama, o menos aún: sonriendo a una idea secreta, con aspecto vagamente extraviado) para descubrir inmediatamente en él a un *prójimo*, a un *semejante*, a uno *igual que yo*, del cual he soñado durante un instante hacer un amigo!

Y, sin embargo, ineptitud total para «hacer amigos». No tengo amigos. Ni los he tenido nunca. (Lo que tanto envidiaba a Jacques: sus amistades.)

Recobro el placer de escribir. Efectivamente, estoy mucho mejor desde estos últimos días.

Por la noche.

Esta mañana, en la mesa, recuerdos de guerra. (Cuando se haga la paz las anécdotas de guerra reemplazarán a las de caza.) Darros cuenta de un servicio de patrulla, en Alsacia, muy al principio. Una noche atraviesa con algunos hombres un pueblo evacuado y silencioso, a la luz de la luna. Tres soldados alemanes de infantería, tumbados en la acera, con los fusiles al alcance de la mano, roncan completamente dormidos. Dice: «Así, tan cerca, ya no eran *boches*, ya no eran sino unos camaradas agotados. Vacilé dos segundos. Decidí seguir mi camino, *sin ver*. Y los ocho muchachos que iban conmigo hicieron lo mismo. Pasamos a diez metros de los durmientes, sin volver la cabeza. Y ninguno de nosotros ha hecho nunca alusión a lo que hicimos aquella noche de común acuerdo.»

20 de julio.

Ayer, «inspección» de la clínica por una «Comisión». Todos los oficiales superiores de la región. Desde la víspera, Sègre, Bardot y Mazet, agotados. Siniestros recuerdos de cuartel. En la retaguardia, la guerra no ha cambiado nada.

Hay mucho que hablar sobre «disciplina», «fuerza de los ejércitos»... Me acuerdo de Brun y de otros médicos militares. De su inferioridad en relación a los médicos de la reserva. Debida en gran parte al hecho de que han trabajado durante años en el respeto a la jerarquía. Acostumbrados a obedecer, a limitar al número de sus galones la libertad de su diagnóstico y su sentido de la responsabilidad.

Disciplina militar. Me acuerdo del feroz Paoli, el suboficial de la enfermería, en el acantonamiento de Compiègne. Su cara de rufián y sus ojos siempre inyectados. No mala persona tal vez: todas las noches iba a la orilla del río a recoger cañamones para su estornino... De esa raza abominable y réproba de los reenganchados de antes de la guerra. (¿Reenganchado por qué? Sin duda porque había encontrado en esta profesión la única oportunidad de poder reinar por el terror sobre sus semejantes.) Estaba encargado por el oficial médico de anotar a los soldados que se presentaban a reconocimiento. Desde mi despacho oía yo a los enfermos llamar a su puerta. Siempre la misma pregunta, a voz en grito: «¿Qué te pasa a ti? ¡Seguro que es cuento!» Me imaginaba la cara asustada del recluta. «¡Pues si es cuento, ya te estás largando!» El recluta daba media vuelta sin pedir la baja. El oficial médico pretendía que Paoli era un suboficial excelente. «Con él, no hay cuentistas.»

El Ejército «es la gran escuela de una nación», decía padre. Y encaminaba hacia las oficinas de reclutamiento a sus pupilos de Crouy.

21, domingo.

Los análisis de la semana señalan desfosfatización y desmineralización regularmente progresivas, a pesar de todos los esfuerzos.

Parte. Las noticias son buenas. Avance al sur del Ourcq. Avance sobre Château-Thierry. El movimiento va del Aisne al Mame. Se dice que Foch se reservaba, para cuando llegara la hora oportuna, pasar de la defensiva a la ofensiva. ¿Habrà llegado la hora?

El comandante se pasa los días enteros cambiando sus banderitas en el mapa. Discusiones envenenadas sobre la «traición» Malvy y el Tribunal Supremo. La política recobra sus fueros tan pronto como mejoran los partes.

22, por la noche.

Kérazel ha recibido hoy la visita de su cuñado, diputado por Nièvre. Ha comido con nosotros. Radical socialista, según creo. Poco importa. Ahora todos los partidos

han aceptado el conformismo del estado de guerra y repiten los mismos lugares comunes. Conversación de una mediocridad agotadora. Esto, por ejemplo: a propósito de los ofrecimientos de paz de Austria, transmitidos al gobierno francés por Sixto de Borbón, en la primavera del año pasado. Goiran se indignaba por la negativa de Francia. Parece ser que el más intransigente fue el viejo Ribot, que supo convencer a Poincaré y a Lloyd George. Y uno de los argumentos invocados en los medios políticos franceses fue éste: «Es imposible examinar una paz ofrecida a la República por un miembro de la Casa de Borbón. La propaganda monárquica resultaría demasiado favorecida con ello. Sería un peligro para el régimen. ¡Sobre todo en un momento en que el Poder está en manos de los generales!...»

¡Casi increíble!

23 de julio.

El diputado de ayer. ¡Buena muestra de la febrilidad moderna! Ha venido de París en el rápido de la noche, para ganar doce horas. Consulta incesantemente su reloj, con mirada inquieta. Como una ligera embriaguez le temblaba la mano al coger la jarra del agua. Su pensamiento se descarría exponiendo las ideas.

Toma el desplazamiento por actividad y su actividad incoherente por trabajo. Toma la ampulosidad de las palabras por un argumento racional. Y el tono perentorio por una señal de autoridad, de competencia. En la conversación, toma el detalle anecdótico por una idea general. En política, toma la ausencia de generosidad por inteligente realismo. Toma su buena salud por energía y la satisfacción de sus apetitos por una filosofía de la vida. Etcétera.

¿Habrás tomado también mi silencio por una aprobación beatífica? ...

23 de julio, por la noche.

El correo. Contestación de Jenny.

Ahora siento no haberme dirigido, en primer lugar, a su madre, como había pensado. Jenny rehúsa. Carta comedida, pero firme. Reivindica con dignidad la plena responsabilidad de sus actos. Ella se entregó por su propia voluntad. El hijo de Jacques no debe tener otro padre, ni siquiera a los ojos de la ley. La esposa de Jacques no debe volver a casarse. No tiene nada que temer del juicio de su hijo, etcétera.

Es evidente que mis argumentos prácticos, lejos de convencerla, le parecen despreciables y mezquinos. No lo dice, pero emplea varias veces las expresiones de «conveniencias sociales», «prejuicios de antes», etcétera, en un tono claramente despreciativo.

Ni qué decir tiene que yo no renuncio. Volver a la carga, de otra forma. Puesto

que estas «conveniencias sociales» no tienen ningún valor, ¿por qué rebelarse contra ellas? ¡Ello supone precisamente darles una importancia que no tienen! Sobre todo, insistir en esto: que no se trata de ella, sino de Jean-Paul. El descrédito que todavía acompaña a los nacimientos irregulares es absurdo, de acuerdo. Pero es un hecho. Si consigo hacerla comprender esto no vacilará en aceptar mi nombre y en dejarme reconocer al niño. Las circunstancias son excepcionales; ¡está todo tan simplificado a causa de mi próxima desaparición!

Voy a tratar de contestarle hoy mismo.

También he hecho mal en no concretar lo bastante la forma en que se llevarían a cabo las cosas. Ha debido imaginar situaciones embarazosas. Poner los puntos sobre las íes. Decirle: «Tú no tendrás sino que coger el rápido una noche. Te esperaré en Grasse. Todo estará preparado en la alcaldía. Y dos horas después de tu llegada volverás a tomar el tren para París. ¡Pero con un estado civil en regla!»

24.

Contento de mi carta de ayer. He hecho bien en no dejarla para hoy. Mala jornada. Muy fatigado por el nuevo tratamiento.

Es una estupidez pensar que basta con una formalidad administrativa para evitar a ese pequeño todas las dificultades que le esperan. Es imposible que no consiga convencer a Jenny.

25 de julio.

Periódicos. Château-Thierry ha sido ocupado por nosotros. ¿Derrota alemana o retirada estratégica? La prensa suiza afirma que la ofensiva de Foch no ha empezado. El objetivo actual sería solamente estorbar el repliegue de los alemanes. La inmovilidad de los ingleses en el frente hace plausible esta hipótesis.

Crisis de fatiga, más numerosas, con jadeos. Oscilaciones de temperatura. Abatimiento.

Sábado, 27.

Mala noche. Mal correo; Jenny se obstina.

Por la tarde.

Inyección. Dos horas de descanso.

Carta de Jenny. No quiere comprender. Se obceca. Lo que no es sino una pura fórmula toma a sus ojos de mujer la importancia de una renegación. («Si yo pudiera consultar a Jacques estoy segura de que me desaconsejaría esta concesión a los más bajos prejuicios... Me parecería que le traicionaba, si yo...», etcétera.)

Es irritante todo el tiempo que estamos perdiendo en discutir. Cuanto más tarde en acceder menos estaré yo en condiciones para todos los trámites (obtener los documentos, conseguir que el matrimonio se celebre aquí, publicación de las amonestaciones, etcétera.)

Mal preparado para escribirle hoy. Estoy decidido a llevar la cuestión, también yo, al terreno sentimental. Destacar la tranquilidad moral que yo sentiría si tuviese, finalmente, la certeza de evitar a este pequeño una existencia difícil. Exagerar incluso mi preocupación. Conjurar a Jenny para que no me niegue esta última alegría, etcétera.

28.

Carta escrita y enviada. No sin mucho trabajo.

29 de julio.

Periódicos. Presión en la totalidad del frente del Aisne y del Vesle. El Marne, liberado. Fresnes, el bosque de la Fère, Villeneuve, y Ronchères, y Romigny, y Ville-en-Tardenois...

¡Recuerdo tan bien todos estos lugares!

En el jardín.

Esto es lo que tengo ante mis ojos. Todo alrededor otros jardines parecidos al nuestro, con sus naranjos, sus limoneros, sus olivos grises, los troncos descortezados de los eucaliptos, los tarays plumosos, y estas plantas de anchas hojas, tipo ruibarbo, y estas macetas de las que caen cascadas de rosas y geranios. Orgía de colores: todas las tonalidades del arcoiris. Cada una de estas casas que se ven desde aquí y que brillan al sol a través de su cerca de cipreses está pintada de un tono diferente, blanco, rosa, malva, anaranjado. El bermellón de las tejas, contra el azul del cielo. ¡Y estas verandas de madera, pintadas de marrón, de púrpura, de verde oscuro! A la derecha, la más cercana, una casa ocre con postigos azul oscuro. ¡Y aquella otra, de un blanco

tan resplandeciente, con sus celosías de un verde ácido y su ancha franja de sombra violácea!

Qué magnífico sería tener uno aquí su casa, forjar aquí su felicidad, tener toda una vida para vivir aquí...

En la fila negra de cipreses un rayo de sol da un brillo casi insoportable a las porcelanas del poste telegráfico.

30, por la noche.

Hoy he vuelto a bajar. Lo que no había podido hacer estos dos últimos días.

Desconcertado y aturdido. Observo la vida y a los demás como si el Universo me sorprendiera y se me hubiera hecho incomprendible desde que estoy fuera del futuro.

El avance parece haberse detenido ya.

Y ahora los rusos (Lenin) declaran la guerra a los aliados.

Por la noche.

Reminiscencia: después de la muerte de padre, llevé a mi habitación su papel de cartas; tres meses después, estaba escribiendo una nota al profesor Philip y volví la hoja; había sido empezada por mi padre: «Lunes. Distinguido señor: Hasta esta mañana no he recibido...» ¡Encuentro brutal que hace tocar la muerte como con la mano! ¡Su letra pequeña y cuidadosa, estas pocas palabras vivas, este esfuerzo interrumpido para siempre!

## AGOSTO

1.º de agosto de 1918.

SIEMPRE la ofensiva del Tardenois. ¿Se conseguirá por fin el objetivo? ¿Pero a qué precio? Avance importante entre Soissons y Reims. Bardot ha recibido una carta del Somme. Se dice que se prepara otra ofensiva, francoinglesa, al este de Amiens. (Amiens, en agosto del 14... ¡Aquel desorden, en todas partes! ¡Y qué bien lo aproveché! ¡Todo lo que pude saquear de morfina y de cocaína en la farmacia del hospital, gracias al pequeño Ruault, para reabastecer nuestro puesto de socorro! ¡Y qué útil me fue, quince días después, durante el Mame!)

La Cámara ha votado la incorporación de la quinta del 20. Debe ser la de Loulou. Pobre crío; ya echará de menos al hospital Fontanin.



2 de agosto.

Ya no queda ninguna esperanza de vencer la obstinación de Jenny. Esta vez el «no» es definitivo. Una carta corta, llena de afecto, pero inquebrantable. ¡Qué le vamos a hacer! (Ya ha pasado la época en que me era imposible aceptar el más mínimo fracaso. Abandono.) Ahora hace de su negativa una cuestión de principio y —¡lo más inesperado!— de principio revolucionario... No se retrae de escribir: «¡Jean-Paul es bastardo, seguirá siendo bastardo, y si esta situación irregular ha de poner muy pronto al hijo de Jacques en lucha contra la sociedad, mejor que mejor: su padre no hubiera deseado mejor punto de partida para su hijo!» (Muy posible, en efecto... ¡Bien; así sea! ¡Y que triunfe, incluso después de la muerte, el espíritu de rebeldía que Jacques llevaba dentro de sí!)

3, por la noche.

Ésta es la hora en que me gusta escribir. Más lúcido que durante el día y más solo todavía conmigo mismo.

Jenny. A reserva del fondo, he de reconocer que sus cartas forman un conjunto perfectamente coherente. No les falta ni fuerza ni grandiosidad. Imponen respeto.

A Jean-Paul:

Algún día admirarás estas cartas, hijo mío, si tienes la curiosidad de leer los papeles del tío Antoine. Sé que en este debate darás sin dudar la razón a tu madre. Sea. El valor y la generosidad de ánimo están de tu lado, no del mío. Sólo te pido que me comprendas, que veas en mi existencia algo más que una sumisión oportunista y retrógrada a los prejuicios burgueses. Me temo que esta generación que viene, y que es la tuya, no se tropiece en todos los terrenos con unas dificultades terribles y tal vez durante mucho tiempo insuperables. Junto a las cuales las que tu padre y yo hemos encontrado no son nada. Este pensamiento, hijo mío, me aflige el corazón. Yo no estaré aquí para ayudarte en esta lucha. Por tanto, me hubiera sido agradable pensar que, a pesar de todo, había hecho algo por ti. Poderme decir que al dejarte un estado civil regular, haciéndote llevar mi nombre, el nombre de tu padre, habría, al menos, suprimido de tu camino uno de los muchos obstáculos que te esperan, el único contra el que podía hacer algo, y cuya importancia quiero creer, como tu mamá, que exagero un poco.

4 de agosto.

Periódicos. Soissons, reconquistado. Estaba ocupado por ellos desde finales de

marzo. Ahora estamos sobre el Aisne y el Vesle, delante de Fismes. (¡Fismes, más recuerdos! Aquí fue donde me crucé con el hermano de Saunders, que marchaba a primera línea y no volvió.)

Discurso sensato del padre Lansdowne. ¿Lo escucharán? Al ritmo que van las cosas —es también la opinión de Goiran— habrá tentativa de negociaciones antes del invierno. Pero Clemenceau se hará el sordo en tanto no haya jugado su última carta: los americanos.

En Rusia. También allí tienen que estar pasando muchas cosas. Desembarque de los aliados en Arkangel, de los japoneses en Vladivostok. Pero con las pocas noticias que dejan pasar, ¿cómo comprender algo del caos ruso?

Por la noche.

Sègre vuelve de Marsella. En el Estado Mayor se dice que la primera parte de la contraofensiva aliada, empezada el 18, se está terminando. Los objetivos habrán sido alcanzados: frente rectilíneo del Oise al Mosa; ya no hay salientes que permitan un golpe de mano imprevisto. ¿Se instalarán en esta nueva línea para todo el invierno?

5 de agosto.

¿He de felicitar me por los resultados del nuevo calmante de Mazet? Ningún efecto sobre el insomnio. En cambio, pulso regular, apaciguamiento nervioso y menor sensibilidad. Lucidez de espíritu y actividad de espíritu decuplicadas. (Al parecer.) En resumidas cuentas, noches sin sueño, pero casi agradables, comparadas con otras.

¡Provechosas para el cuaderno!

Joseph ha marchado de permiso. Lo ha sustituido el viejo Ludovic. Su charlatanería me da dolor de cabeza. Cuando viene a arreglar la habitación le huyo. Esta mañana me he tenido que quedar en la cama hasta tarde a causa del cauterio y me he encontrado a su merced. Conversación tanto más fatigosa por estar interrumpida por hipidos, gruñidos, etcétera, etcétera, porque se había empeñado en encerar «su» entarimado. Bailaba una especie de jiga sobre dos cepillos, sin dejar de monologar.

Me ha contado su infancia, en Saboya. Diciendo siempre: «¡Aquéllos sí que eran buenos tiempos, señor doctor!» (Sí, viejo Ludovic; también yo ahora, cada vez que la memoria me trae algún recuerdo del pasado, incluso algún recuerdo que me haya resultado penoso vivir, me digo para mí mismo: «¡Aquellos buenos tiempos!»)

Utiliza unas expresiones muy pintorescas, como Clotilde, pero de otro estilo, menos dialectales. Me ha dicho especialmente que su padre era «apiezador». Es decir,

el obrero que en los talleres de confección está encargado de «apiezar» y ajustar entre sí las piezas hechas por el cortador. Hermosa palabra. ¡Cuántas inteligencias... (Jacques) hubieran necesitado recurrir al «apiezador» para coordinar lo aprendido!

Jenny, en una de sus últimas cartas, habla de Jacques y de su «doctrina». No hay término más impropio. Me guardaré muy mucho de entablar una discusión con ella sobre esto. ¡Pero me parece bastante peligroso para la educación del pequeño que considere como una «doctrina» las ideas más o menos incoherentes que Jacques haya podido expresar ante ella y que ella haya captado más o menos exactamente!

Si alguna vez lees esto, Jean-Paul, no saques la conclusión demasiado precipitada de que las ideas de tu padre eran consideradas como incoherentes por el tío Antoine. Sólo quiero decir que tu padre, como todos los impulsivos, daba la impresión de tener sobre la mayor parte de las cosas unos puntos de vista distintos, muy a menudo contradictorios, y que apenas si él mismo conseguía coordinar. Por consiguiente, tampoco conseguía apenas establecer una certeza precisa, sólida y duradera, de directrices netamente orientadas. De la misma forma su personalidad estaba compuesta de elementos heterogéneos, opuestos e igualmente imperiosos —lo que constituía su factor más favorable—, pero entre los cuales costaba elegir y de los cuales nunca supo hacer un conjunto armonioso. De aquí su eterna inquietud y el malestar apasionado en que vivió.

Por otra parte, puede que todos nosotros, en grados variados, seamos como él. Por nosotros entiendo a aquellos que no se han adherido nunca a un sistema ya hecho; a aquellos que —a causa de no haber adoptado en un determinado momento de su evolución una filosofía precisa, una religión, una de esas plataformas estables, colocadas de una vez para siempre fuera de discusión— están condenados a revisar periódicamente su punto de apoyo y a improvisarse equilibrios sucesivos.

6 de agosto, siete de la tarde.

El viejo Ludovic. Con estos mismos dedazos que han puesto y quitado el termómetro al 49, limpiado la escupidera del 55 y la del 57, me echa el azúcar en mi taza de tila, después de haber metido la mano hasta el fondo del azucarero. Y le digo: «Gracias, Ludovic...»

Jornada mediocre. Pero ya no tengo derecho a mostrarme exigente.

Esta noche, inyección. Alivio.

Por la noche.

Sufro poco. Pero tengo insomnio.

Lo que escribía ayer para Jean-Paul es pasablemente inexacto en lo que me

concierno. Podrías creer que he pasado todo el tiempo en busca de un equilibrio. No. Gracias a mi profesión, sin duda, siempre he sentido aplomo. Apenas si daba lugar a la inquietud.

Acerca de mí mismo:

Desde un tiempo feliz (desde mi primer año de Medicina), sin, aceptar ningún dogma filosófico o religioso, había conseguido conciliar bastante bien todas mis tendencias y confeccionarme un esquema sólido de vida, de pensamiento; una especie de moral. Esquema limitado, pero cuyos límites no me hacían sufrir. Incluso encontraba en ellos un cierto sentimiento de tranquilidad. Vivir satisfecho entre los límites que me había asignado se había convertido para mí en un bienestar que consideraba indispensable para mi trabajo. Así, pues, desde muy pronto, me había instalado cómodamente en el centro de algunos principios —escribo «principios» a falta de algo mejor; el término es pretencioso y forzado—, principios que se ajustaban a las necesidades de mi naturaleza y a mi vida de médico. (A *grosso modo*, una filosofía elemental de hombre de acción, basada en el culto a la energía y al ejercicio de la voluntad, etcétera.)

Rigurosamente exacto todo lo más para el período de la preguerra. Exacto, incluso, para el período de la guerra, al menos hasta mi primera herida. Entonces (convaleciente en el hospital de Saint-Dizier) empecé a poner en tela de juicio algunas formas de pensar y de conducta que me habían asegurado hasta entonces una cierta ponderación, una comfortable armonía, y me habían permitido obtener un buen rendimiento de mis facultades.

Estoy cansado. Vacilo en seguir esta especie de análisis. Falta de costumbre. Me pierdo en este laberinto. Cuanto más avanzo, más me parece que hay que tomar con reservas lo que escribo acerca de mí mismo.

Por ejemplo. Pienso en algunos de los actos más importantes de mi vida. Me doy cuenta de que aquello que he llevado a cabo con el máximo de espontaneidad estaba precisamente en flagrante contradicción con los famosos principios. En cada uno de esos momentos cruciales he tomado decisiones que «mi ética» no justificaba. Resoluciones que me eran impuestas por una fuerza interior más imperiosa que todas las costumbres y todos los razonamientos. A continuación de lo cual, generalmente, me sentía impelido a dudar de esta «ética» y de mí mismo. Entonces me preguntaba con inquietud: «¿Soy en realidad el tipo de individuo que creo ser?» (Inquietudes que, al fin y al cabo, se disipaban rápidamente y no me impedían recobrar el equilibrio de mi postura acostumbrada.)

Aquí, esta noche (soledad y recaída), percibo con bastante claridad que, con estas reglas de vida, con mi inclinación a someterme a ellas, me había deformado artificialmente sin querer y me había creado una especie de máscara. Y el hecho de llevar esta máscara había modificado poco a poco mi carácter original. En una existencia normal (y, además, sin disponer apenas de tiempo) no me costaba trabajo conformarme con este carácter prefabricado. Pero en ciertos momentos de gravedad

las decisiones que tomaba espontáneamente eran sin duda reacciones de mi carácter verdadero, que dejaban bruscamente al descubierto mi verdadera naturaleza.

(Estoy bastante contento de haber puesto esto en claro.)

Por otra parte, supongo que este caso es frecuente. Lo que hace pensar que, para que se nos revelara su naturaleza íntima, no habría que buscar en el comportamiento habitual de las personas, sino más bien en esos actos imprevistos, aparentemente inexplicables, escandalosos algunas veces, que se les escapan y en los cuales se traiciona *lo auténtico*.

Estoy casi convencido de que a Jacques no le pasaba lo que a mí. En él debía de ser la naturaleza profunda (*la auténtica*) la que regulaba la mayor parte del tiempo su forma de conducirse. De aquí, para aquellos que le observaban, la inestabilidad de su humor, lo imprevisto de sus reacciones y, muy a menudo, su aparente incoherencia.

Primer resplandor del día en la ventana. Una noche más —una noche menos...—. Voy a tratar de dormirme. (Por una vez no lamento demasiado mi insomnio.)

8 de agosto, afuera.

28° a la sombra. Calor intenso, pero suave y vivificante. Clima maravilloso. (¡Es incomprensible que tan gran parte de la humanidad se halle confinada en el Norte hostil!)

Hace un momento, en la mesa, los oía hablar de su futuro. Todos creen —o fingen creerlo— que un «gaseado» no está en inferioridad de condiciones para siempre. Creen también poder reanudar su existencia en el punto exacto en que la movilización la interrumpió. Como si el mundo no esperara sino la paz para reanudar, tal cual, su marcha de antes. Me temo que se preparan desengaños brutales... Pero lo más extraño para mí es la forma en que hablan de sus trabajos civiles. Nunca como de una carrera escogida, querida y preferida, sino como un mal alumno habla de sus clases, cuando no como un forzado de sus trabajos. ¡Son dignos de compasión! No hay nada peor que entrar en la vida sin una vocación fuerte. (Nada, con la sola excepción de entrar en la vida con una vocación falsa.)

A Jean-Paul:

Hijo mío, desconfía de la «falsa vocación». La mayor parte de las vidas arruinadas, de las vejeces ingratas, no tienen otro origen.

Te veo adolescente. A los dieciséis o diecisiete años. La edad, por excelencia, de la gran confusión. La edad en que tu razón empezará a tener conciencia de sí misma. A ilusionarse con sus propias fuerzas. La edad en que posiblemente tu corazón empezara a hablar alto y será difícil moderar sus impulsos. La edad en que tu espíritu, completamente aturdido, embriagado por los horizontes que habrá descubierto recientemente, vacilará ante múltiples posibilidades. 1.ª edad en que el hombre, todavía débil y creyéndose fuerte, siente la necesidad de encontrar puntos de apoyo,

de guía, y se lanza ávidamente hacia la primera corteza, hacia la primera disciplina que se le ofrece... ¡Mucho cuidado! La edad, también... —y tú apenas lo sospecharás — en que tu imaginación tendrá la mayor inclinación a deformar la realidad: incluso a tomar lo falso por lo verdadero. Dirás: «Sé»... «Siento»... «Estoy seguro»... ¡Mucho cuidado! El muchacho de diecisiete años es muy a menudo como un piloto que se confiara en una brújula estropeada. Cree a pie juntillas que sus gustos de adolescente son naturales, que debe tomarlos como guía, que le muestran, indudablemente, la dirección a seguir. Y no sospecha que, por lo general, va a remolque de gustos ficticios, circunstanciales y arbitrarios. No sospecha que sus inclinaciones, que le parecen ser tan auténticamente *suyas*, le son, por el contrario, fundamentalmente *extrañas*; que las ha recogido como un disfraz, al acaso, como consecuencia de un hallazgo hecho algún día en los libros o en el mundo.

¿Cómo te preservarás de estos peligros? Tiemblo por ti. ¿Escucharás mis consejos?

Quisiera, en primer lugar, que no rechazaras con demasiada impaciencia las opiniones de tus maestros, de aquellos que te rodean, que te aman; que parecen no comprenderte y que tal vez te conozcan mejor que tú mismo. ¿Te molestan sus advertencias? En la misma medida, sin duda, en que, vagamente, las sientes fundadas...

Pero, sobre todo, quisiera que te defendieras contra ti mismo. Que estés obsesionado por el temor de engañarte acerca de ti mismo, de engañarte por las apariencias. Ejercita tu sinceridad a costa tuya, para hacerla clarividente y útil. Comprende esto, trata de comprenderlo: para los jóvenes de tu ambiente —quiero decir: instruidos, alimentados de lecturas, habiendo vivido en la intimidad de personas inteligentes y criterios amplios— la *noción* de ciertas cosas, de ciertos sentimientos, se adelanta a *la experiencia*. Conocen en teoría, con la imaginación, muchas sensaciones de las cuales no tienen todavía una práctica personal y directa. Pero no se dan cuenta: confunden *saber* y *conocer*. Creen *conocer* sensaciones y necesidades que sólo *saben* que se experimentan...

Escúchame. ¡La vocación! Tomemos un ejemplo. A los diez o doce años habrás creído sin duda tener vocación de marino o de explorador, porque te gustaban apasionadamente las novelas de aventuras. Ahora eres lo bastante mayor para reírte de ello. Pues bien: a los dieciséis o diecisiete años te acechan errores análogos. Ten cuidado, desconfía de tus inclinaciones. No te imagines demasiado de prisa que eres un artista, un hombre de acción o víctima de un gran amor, porque hayas tenido ocasión de admirar en los libros o en la vida a poetas, grandes realizadores o enamorados. Busca con paciencia lo que es esencial en tu naturaleza. Trata de descubrir, poco a poco, tu personalidad real. No es fácil.

Muchos no lo consiguen sino cuando ya es demasiado tarde. Muchos no lo consiguen nunca. Tómate todo el tiempo que necesites, nada urge. Hay que tantear mucho tiempo antes de saber *quién* se es. Pero cuando te hayas encontrado a ti

mismo, entonces, arroja rápidamente lejos de ti los ropajes prestados. Acéptate a ti mismo, con tus limitaciones y tus faltas. Y dedícate a desarrollarte, saludablemente, con normalidad, sin trampas, en tu verdadero destino. Porque, conocerse y aceptarse, no es renunciar al esfuerzo y al perfeccionamiento: ¡todo lo contrario! Incluso es contar con los mejores elementos para obtener el máximo de sí mismo, porque entonces el impulso está orientado en el buen sentido, en aquél en que todos los esfuerzos dan fruto. Ensanchar las fronteras es lo más que puede hacerse. Pero las fronteras *naturales* y sólo después de haber comprendido bien cuáles son. Aquellos que estropean su vida son casi siempre, o bien aquellos que al principio se han engañado acerca de su naturaleza y se han precipitado por un camino que no era el suyo, o bien aquellos que, habiendo partido en buena dirección, no han sabido o no han tenido el valor de atenerse a sus *posibilidades*.

9 de agosto.

Periódicos. Discurso optimista de Lloyd George. Optimismo exagerado, sin duda, por necesidades de la causa. A pesar de todo, lo que ha ocurrido desde hace veinte días en el frente francés era inesperado. (Conversación con Rumelles, en París.) Y la ofensiva de Picardía parece desencadenada desde ayer. Y los americanos, en el horizonte. El plan Pershing es, según se cree, dejar a Foch enderezar el frente y despejar ampliamente la zona de París; luego, mientras que franceses e ingleses mantienen el antiguo frente, una ofensiva masiva americana en dirección a Alsacia, para pasar la frontera e invadir Alemania. Ese día, se dice, se ganará la guerra gracias al empleo de un gas que sólo puede ser utilizado en territorio enemigo, porque lo destruye todo, impide toda vegetación durante años, etcétera. (En la mesa, entusiasmo general. Todos estos pobres gaseados, muchos de los cuales no se recuperarán nunca, se llenan de júbilo pensando en ese nuevo gas...)

Darros nos ha leído una carta de su hermano, intérprete agregado a las tropas americanas. Dice que está enojado por su confianza pueril. Oficiales y soldados están convencidos de que les bastará atacar para conseguir en breve plazo la victoria final. Cuenta también que están todos decididos a no dejarse estorbar por los prisioneros y que declaran cínicamente que todo grupo de prisioneros, inferior a quinientos hombres, debe ser ametrallado. (Lo que no impide a estos idealistas, de sonrisa feroz y ojos cándidos, que repitan en todo momento, según parece, que vienen a batirse por la Justicia y el Derecho.)

10 de agosto.

He recobrado cierto gusto por la lectura. Concentro la atención sin demasiado

esfuerzo, sobre todo por la noche. En este momento acabo el excelente trabajo de un tal Dawson (*Bol. méd.*, de Londres) sobre las secuelas de la iverita, comparadas con las debidas a otros gases. Estas observaciones confirman las mías en muchos puntos. (Infecciones secundarias con tendencia a convertirse en crónicas, etcétera.) Siento tentaciones de escribirle, de enviarle copias de algunas páginas de la agenda. Pero temo iniciar una correspondencia. No estoy lo bastante seguro de poder continuarla. Sin embargo, siento sensible mejoría desde principios de mes. Ninguna mejoría fundamental, pero dolores atenuados. Período de mejoría provisional. Comparada con las precedentes esta semana ha sido casi soportable. Si no fuera por este tratamiento agotador de por las mañanas y estas crisis de fatiga (sobre todo por la noche, al ponerse el sol) y estos insomnios... Pero los insomnios son menos penosos cuando puedo leer, como estas últimas noches. Y gracias al cuaderno.

Antes de comer, desde mi ventana.

¡Qué majestad la de este paisaje y la de estos amplios valles! Estos centenares de estrechas terrazas cultivadas que suben al asalto de las colinas. Este verde declive estriado paralelamente por todas esas rayas calcáreas que forman las cercas de arenisca.

Y allí arriba aquella diadema de rocas desnudas de un gris de piedra pómez, tan suave, con reflejos violáceos y anaranjados.

Y más abajo, muy lejos, exactamente en el límite del terreno cultivado y de la roca, ese pueblecito: un puñado de guijarros relucientes que parece que se hubiera quedado sujeto en un pliegue del terreno. En este momento la sombra de las nubes proyecta sobre esta extensión de un verde resplandeciente unas manchas oscuras, anchas, que se mueven suavemente.

¿Cuántas semanas me quedan de contemplar esto?

11.

Mazet es un médico del tipo de Dezavelles, el cuatro galones de Saint-Dizier, que renunciaba totalmente a ocuparse de aquellos que «olía» a condenados. Decía: «Un buen médico debe tener olfato: sentir el momento preciso en que el enfermo deja de ser *interesante*.»

¿Soy yo todavía interesante a los ojos de Mazet? ¿Y por cuánto tiempo?

Desde que Langlois ha tenido su absceso ya no va a verle.

La ofensiva del Somme parece bien iniciada. Los ingleses no han querido quedarse atrás. La llanura de Santerre ha sido reconquistada y despejada la gran línea



París-Amiens. Batalla en Montdidier. (¡Todos estos nombres, Montdidier, Lassigny, Ressons-sur-Matz, todos los recuerdos del 16!...)

Goiran está muy optimista. Sostiene que ahora todas las esperanzas son legítimas. Yo también lo creo. (Pienso que hay mucha gente asombrada. Y en primer lugar todos nuestros grandes jefes, militares y civiles, que se vieron tan cerca del abismo en la primavera. Todos han tenido que respirar aliviados. Con tal de que no respiren demasiado.)

12 de agosto, por la noche.

He pasado la tarde copiando extractos de mi agenda, para mi carta a Dawson.

Periódicos. Los ingleses están junto a Péronne. ¡Pobre Péronne! ¿Qué quedará de ella? (Me acuerdo también de la evacuación en el 14, el pueblo sin luz, los faroles que corrían en la noche, la retirada de la caballería, hombres agotados y caballos renqueantes... ¡Y todas aquellas camillas, alineadas en la planta baja del Ayuntamiento, hasta en la acera!)

13, noche.

Más difícil la respiración hoy. Sin embargo, he terminado las notas que enviaré a Dawson.

Esta revisión de la agenda me deja buena impresión. Incluso excelente. Progresión de la enfermedad, legible como en una gráfica. Conjunto documental importante. Tal vez único. Tal vez llamado a sentar cátedra y a servir durante mucho tiempo como base para las investigaciones. Tendré que luchar contra la tentación de acabarlo. Esperar lo más posible, para llevar el análisis hasta el final. Dejar al menos detrás de mí el historial completo de uno de estos casos, tan mal conocidos todavía.

En algunos momentos esta idea me sostiene. En otros me veo obligado a estimularme lamentablemente para encontrar en ella una brizna de consuelo...

Una de la mañana.

*Reminiscencia.* (Es curioso interrumpirse en el curso de un recuerdo para seguir la cadena de asociaciones de ideas, para seguir en sentido inverso el camino del pensamiento hasta el punto de partida.)

Esta noche, cuando Ludovic ha entrado con la bandeja, la tapa del salero, mal enroscada, ha caído tintineando sobre el plato.

Apenas si he prestado atención. Pero durante toda la noche, durante mi tratamiento, aseándome, y mientras copiaba las notas, he estado pensando en padre. Desfile de antiguos recuerdos, evocando las comidas en familia, las cenas silenciosas de la calle de la Universidad, la señorita Waize con sus manitas sobre el mantel, las comidas de domingo en Maisons-Laffitte, con la ventana abierta y el jardín lleno de sol.

¿Por qué? Ahora ya lo sé. Porque el tintineo del tapón sobre la loza me había recordado mecánicamente el ruido especial que hacía el binóculo de padre, al principio de la comida, cuando padre se sentaba en su sitio pesadamente y el binóculo, colgando al extremo del cordón, tropezaba con el borde del plato.

Debiera redactar algunas notas acerca de padre, para Jean-Paul. Nadie tendrá oportunidad para hablarle de su abuelo paterno.

Era muy poco querido. Incluso por sus hijos. Era muy difícil de querer. Yo lo he juzgado muy severamente. ¿He sido siempre justo? Hoy me parece que aquello que le impedía ser amado no era sino el exceso de ciertas fuerzas morales, de ciertas virtudes austeras. Me cuesta trabajo escribir que su vida fuera digna de estimación y, sin embargo, en cierto sentido es tuvo consagrada a hacer lo que él consideraba como el bien. Sus defectos alejaban de él a todo el mundo y sus virtudes no atraían a nadie. Tenía una manera de ejercerlas que apartaba de él más de lo que lo hubieran hecho los peores defectos... Creo que él se daba cuenta y que ha tenido que sufrir cruelmente a causa de su aislamiento.

Algún día, Jean-Paul, tendré que hacer un esfuerzo para explicarte la clase de hombre que era tu abuelo Thibault.

14 de agosto, por la mañana.

Todavía ese viejo Ludovic. Afirma (poniendo su manaza sobre el bigote): «Créame, señor doctor; el teniente Darros no es más que un *disimulador*.»

Yo protesto, naturalmente. Ludovic insiste, con aire convencido: «Yo sé lo que me digo.» Precisa: Cuando Darros estaba en el anexo, Ludovic observó que Darros «hacía trampa» cuando se tomaba la temperatura, que nunca se ponía el termómetro sin haberse estado moviendo durante un cuarto de hora largo, que se apuntaba algunas décimas más al señalarla en la gráfica, etcétera.

Protesto, pero... Yo mismo he advertido algunas anomalías. En la sala de inhalación, por ejemplo. Darros hace su tratamiento muy superficialmente. Siempre lo acorta tan pronto como Bardot o Mazet han vuelto la espalda. En general, ahorra todos los cuidados que lo dejan hacer solo, etcétera. Negligencias tanto más extrañas cuanto que Darros se preocupa mucho por su estado; me ha interrogado muy a menudo, habla de «su salud comprometida definitivamente», etcétera. (Darros no

tiene lesiones, sino un estado bronquial peligroso, que no mejora.)

Al atardecer, en el huerto.

Me gusta venir aquí, hasta el banco. Sombra de los cipreses sobre el paseo. Rosales. Arriates alineados. El ruido de la noria. El ir y venir de Pierre y de Vincent, con sus regaderas.

Obsesionado por las habladurías de Ludovic. Me hago la pregunta; si es cierto, si Darros es un simulador: ¿está *mal hecho*?

No es tan sencillo. Depende de para quién. Para Ludovic, cuyos dos hijos han muerto, está *mal hecho*, es incluso un crimen, una especie de desertión. Indudablemente, piensa que Darros merecería pasar ante un Consejo de Guerra. Seguramente, también, para el padre de Darros, estaría mal. (Lo conozco un poco. Viene algunas veces a ver a su hijo. Pastor en Avignon. Viejo puritano patriota. Ha obligado a su hijo pequeño a presentarse como voluntario.) Sí, seguramente; para el padre de Darros está «mal hecho». ¿Pero y para otros? ¿Para Bardot, por ejemplo? Trata a Darros desde hace cuatro meses y lo aprecia mucho. ¿Hay que suponer que si se diera cuenta de algo lo castigaría? ¿O tal vez cerraría los ojos? Y en cuanto al mismo Darros, si efectivamente es culpable de «hacer trampa», ¿cree que está *mal hecho*?

¿Y para mí? Me hago la pregunta. ¿Está *mal hecho*? Efectivamente, no puedo decir que esté *bien*. Siento una repugnancia instintiva hacia los emboscados de hospital «que se las arreglan» para no curarse. Pero no me decido a contestar categóricamente: *Está mal*.

Caso curioso. Es interesante tratar de poner esto un poco en claro. ¿Bien o mal?

Para empezar advierto esto: que lo juzgue culpable o no de estar representando una comedia, Darros me sigue siendo simpático. Muchacho sensible, reflexivo, culto, al que creo honrado en el fondo. Lo aprecio, aunque sea un *disimulador*. Me ha hablado muchas veces en plan de confianza. De su padre, de su juventud, de la terrible educación protestante desde el punto de vista sexual. También de su vida conyugal. Especialmente el día que me contó su paso por Lyon, con su mujer, la noche de la movilización. (Llegaban de Avignon, donde pasaba las vacaciones. Al día siguiente, al amanecer, Darros tenía que incorporarse a su regimiento de reserva. Terminaron por encontrar una habitación en un hotel de mala muerte. La ciudad, llena de ruido, con el alboroto de la guerra. Recuerdo su voz cuando decía: «Thérèse temblaba de miedo, apretaba los dientes para no llorar. Pasé la noche en sus brazos llorando como un niño. Nunca lo olvidaré. Me acariciaba el pelo, dulcemente, sin poder hablar. Y sobre el empedrado, durante toda la noche, los trenes de Artillería pasando sin descanso con un estrépito infernal.»)

Hoy tal vez sea un simulador. Pero no un cobarde. Cuarenta meses de Infantería,

dos heridas, tres citas y, para terminar, los gases en los Altos del Mosa. Casado seis meses antes de la guerra. Un hijo. Una mujer de salud frágil. Sin bienes de fortuna. Un puesto mediocre, en la enseñanza, en Marsella. Fue gaseado (ligeramente) en febrero último. Primero fue tratado en Troyes, y su mujer —doy a este detalle cierta importancia— vino a instalarse allí; pudieron volver a vivir juntos durante todo un mes. Luego lo enviaron aquí, a cien leguas de la guerra; le han devuelto su cielo azul, su sol, una vida de vacación... ¡Me imagino tan bien lo que ha podido pasar en su interior!... Si ha tomado la resolución de utilizar todos los medios para hacer durar sus dolencias pulmonares el mayor tiempo posible —y, ¿quién sabe?, la paz no está tan lejana— no ha podido suceder en este protestante de buena casta sin debates de conciencia. Si finalmente ha escogido salvar la piel a toda costa —aun a riesgo de agravar su enfermedad por falta de cuidados—, ¿está *bien*? ¿está *mal*?

¿Qué contestar?

No; incluso si ha tomado esta determinación, no quiero retirarle mi aprecio.

Medianoche.

Insomnio, insomnio. Meditaciones interminables de las horas de oscuridad... Especie de instinto de conservación que me ayuda, cuando no resulta demasiado imposible, a apartar mi atención de mí y de los «espectros».

Darros. A pesar de todo es bastante grave este asunto Darros. Quiero decir grave *para mí*, por todos los problemas que me plantea *a mí*.

Anotación marginal: ya no creo en la responsabilidad.

¿He creído alguna vez? Sí. En la medida que un médico puede creer en ella. (Para nosotros los límites de la responsabilidad no son nunca los mismos que les atribuye la generalidad de las gentes. Recuerdo las discusiones en Verneuil con aquel médico legista, cirujano en el batallón de tiradores. Nosotros sabemos demasiado bien que nuestros actos son consecuencia de lo que somos y de lo que nos rodea. ¿Responsables de nuestra herencia? ¿De nuestra educación? ¿De los ejemplos que hemos recibido? ¿De las circunstancias? No; esto es la evidencia misma.)

Pero yo he obrado siempre como si creyera en *mi* responsabilidad absoluta. Y tenía un concepto muy acusado —¿educación católica?— del mérito y del demérito.

(Con ciertas atenuaciones, por otra parte: tendencia a sentirme relativamente irresponsable de las faltas cometidas y a reivindicar el mérito de lo que hacía bien...)

Todo esto resulta bastante contradictorio.

(Para Jean-Paul:

No temas demasiado a las contradicciones. Son incómodas, pero saludables.

Siempre que mi espíritu se ha visto prisionero de contradicciones inextricables es cuando al mismo tiempo me he sentido más próximo a esta Verdad, con mayúscula, que se nos escapa siempre.

Si debiera «revivir», quisiera que fuera bajo el signo de la *duda*.)

Punto de vista biológico.

Durante mis primeros años de guerra he cedido —irritado, pero he cedido— a la tentación de examinar los problemas morales y sociales a la luz simplista de la biología. (Reflexiones de este tipo: «El hombre, animal específicamente sanguinario, etcétera. Limitar sus estropicios por medio de una organización social inflexible. Y no esperar nada mejor.») Incluso llevaba en mi maleta un libro de Fabre, encontrado en Compiègne. Me complacía en considerar a los hombres, y a mí mismo, simplemente como unos grandes insectos, armados para el combate, la agresión y la defensa, para la conquista, para comerse unos a otros, etcétera. (Me repetía colérico: «Que esta guerra te sirva, por lo menos, para abrirte los ojos, imbécil. Ve el mundo como es. El Universo: un conjunto de fuerzas ciegas que se equilibran mediante la destrucción de las menos resistentes. La Naturaleza: una carnicería en la que se devoran mutuamente los seres y las razas, opuestos por sus instintos. Ni bien ni mal. No es distinto para el hombre que para la garduña o el halcón, etcétera.»)

¿Cómo negar que la fuerza esta sobre el derecho, en el fondo de una cueva llena de heridos? (Algunos recuerdos concretos: noche de Cateau. Ataque de Péronne, detrás de la tapia. Hospital de sangre de Nanteuil-le-Haudouin. Agonía de los dos jóvenes cazadores, en la granja, entre Verdún y Calonne.) Me acuerdo de algunos momentos en los que me he embriagado desesperadamente con esta contemplación zoológica del mundo.

Poca vista... El pesimismo mortal en que me había hundido hubiera debido advertirme que eso lleva a unos bajos fondos en los que el aire ya no es respirable.

Voy a apagar, para tratar de dormirme.

La una.

Esta noche es inútil pretender dormir.

Este buen Darros (que no se lo sospecha en lo más mínimo) es la causa de que me vea enredado desde hace quince horas en los «problemas morales»: ¡mucho más de lo que lo he estado durante toda mi vida!

Literalmente, estas cuestiones no se me planteaban. El bien y el mal; expresiones usuales, cómodas, que empleaba como todo el mundo, pero sin concederles un valor real. Nociones vacías para mí de todo imperativo. Las reglas de la moral tradicional las aceptaba, para los demás. Las aceptaba en el sentido de que si, por hipótesis, alguna fuerza revolucionaria victoriosa hubiera querido declararlas caducas —y se me hubiera hecho el honor de consultarme—, probablemente la hubiera disuadido de

abolir de golpe estas bases sociales. Me parecían completamente arbitrarias, pero de una utilidad práctica incontestable para las relaciones «de los demás» entre sí. En cuanto en mis relaciones conmigo mismo no hacía ningún caso de ellas.

(Me pregunto, por otra parte, en qué forma hubiera podido yo precisar mis normas personales de conducta si hubiera tenido que hacerlo, para lo cual nunca me ha quedado tiempo ni se me ha pasado por la imaginación. Creo que me hubiera atendido a alguna fórmula elástica de este tipo: «Todo lo que acrecienta en mí la vida y favorece mi desenvolvimiento está bien; todo lo que obstaculiza la realización de mi personalidad está mal.» Ahora quedaría por definir lo que consideraba como «vida» y «realizar mi personalidad»... Renuncio a hacerlo.)

A decir verdad, aquellos que me han conocido de cerca —como, por ejemplo, Jacques o Philip—, apenas si han podido adivinar la libertad casi total que yo me concedía en principio. Porque en mis actos siempre me he ajustado, sin siquiera pretenderlo, a lo que se ha convenido en llamar «la moral», «la moral de las personas honradas». Sin embargo, en algunas ocasiones —no exageremos: tres o cuatro veces tal vez en quince años—, en algunos momentos especialmente graves de mi existencia privada o profesional me he dado cuenta repentinamente de que mi emancipación no era únicamente teórica. Tres o cuatro veces en mi vida me he sentido transportado súbitamente a una región en que estas reglas, que yo aceptaba normalmente, no tenían vigencia; en que ni siquiera tenía acceso la razón; en que la intuición y la espontaneidad se hacían dueñas. Una región etérea y serena, una región de *desorden superior* en la que yo me sentía maravillosamente solitario, poderoso y firme. Firme, sí. Porque experimentaba intensamente la sensación de haberme acercado infinitamente, de repente, a... (Me cuesta trabajo terminar esta frase...), pongamos: a aquello que sería, para un Dios, la Verdad pura. (La Verdad con mayúscula.) Si; por lo menos tres veces, que yo sepa, he desafiado consciente y firmemente a las leyes más unánimemente acreditadas de la moral. Nunca he sentido por ello el menor remordimiento. Y hoy pienso en ello con absoluta indiferencia, sin la menor sombra de pesar. (Por otra parte, puedo decir que no tengo ninguna experiencia de lo que es el remordimiento. Gozo de una disposición natural a aceptar mis ideas y mis actos, cualesquiera que sean, como fenómenos naturales. Y legítimos.)

Esta noche me encuentro especialmente en forma para escribir. Y lúcido. Si mañana he de pagarlo con un mal día, ¡qué le vamos a hacer!

He releído lo escrito. He pensado en todo esto y en lo que lo rodea, durante un buen rato.

Me hecho, entre otras, la siguiente pregunta: ¿Qué es lo que contiene a la mayor parte de la gente? (Cuya vida transcurre en definitiva sin que se permita infracciones demasiado acusadas de las reglas morales admitidas.) Porque apenas si hay en ella quien escape a la tentación de cometer actos reputados como «inmorales»...

Prescindo, claro está, de los creyentes, de aquéllos a quienes una profunda convicción religiosa o filosófica ayuda a triunfar de las trampas del Maligno. Pero a los demás, a todos los demás, ¿qué es lo que les contiene? ¿Timidez? ¿Respeto humano, temor al qué dirán? ¿Miedo al juez de instrucción? ¿Temor a las consecuencias que pueden sufrir en su vida privada o pública? Todo esto interviene, evidentemente. Estos obstáculos son fuertes y sin duda infranqueables a los ojos de un gran número de «tentados». Pero son obstáculos de orden material. Si no hubiera otros, y de orden espiritual, podría sostenerse que el individuo, a poco que se libere del yugo religioso, no se mantiene en el camino recto sino por miedo a los guardias o, por lo menos, al escándalo. Y se podría sostener, en consecuencia, que todo individuo no creyente, si se le supone abocado a la tentación y colocado en unas circunstancias tales que está seguro de un secreto total y de una impunidad absoluta, cedería inmediatamente a ella y cometería el «mal» con verdadera satisfacción... Lo que equivaldría a decir que no existen consideraciones «morales» susceptibles de contener a un no creyente, y que, para aquel que no está sometido a ninguna ley divina, a ningún ideal religioso o filosófico, no existe ninguna cortapisa moral eficaz.

Un paréntesis: Esto parecería dar la razón a los que explican la conciencia moral (y la distinción que todos hacemos espontáneamente entre lo que se debe hacer y lo que no se debe hacer, entre el *bien* y el *mal*) por una supervivencia en el hombre moderno de una sumisión de origen religioso, mucho tiempo aceptada por las generaciones precedentes, hasta convertirse en una característica adquirida. Lo acepto. Pero me parece que es razonar olvidando que Dios no es sino una hipótesis humana. Porque esta distinción del bien y del mal no es Dios, *invención* del hombre, quien puede haberla impuesto al espíritu humano; bien al contrario, es el hombre quien la ha atribuido a Dios, haciendo de ella un precepto divino. Si esta distinción es de origen religioso lo mismo da decir que es el hombre quien la ha prestado a Dios algún día. Y, por tanto, que la tenía en sí. E incluso que estaba tan fuertemente arraigada en él, que ha sentido la necesidad de dar a esta distinción una autoridad suprema y definitivamente indiscutible...

¿Cómo resolver?

Las cuatro.

Vencido por el cansancio en medio de mi paréntesis. He dormido más de dos horas de un tirón. Apreciable resultado del cuaderno. Y de mis inclinaciones filosóficas...

Ya no sé adonde quería llegar. «¿Cómo resolver?...» Sí; ¿cómo? Sin embargo, tenía la sensación de haber conseguido ver un poco más claro. Pero ahora soy incapaz de reanudar el razonamiento.

Problema de la conciencia moral y de sus orígenes. ¿Por qué no supervivencia de

una costumbre social? (Tal vez invento para mi uso una explicación archiconocida. Poco importa. Para mí es nueva.)

Cuanto más rechazo la idea de que la conciencia moral pueda tener como fuente alguna ley divina, más plausible me parece admitir que tiene sus orígenes en el pasado humano, que es una costumbre que sobrevive a la causa que la ha hecho nacer y que se ha fijado en nosotros, al mismo tiempo, por herencia y por tradición. Un residuo de las experiencias que las antiguas agrupaciones humanas han tenido que hacer para organizar su vida colectiva y regular sus relaciones sociales. Un residuo de reglamentos de buena policía. Encontraría bastante seductor, bastante satisfactorio incluso para el amor propio, poderme decir que esta conciencia moral, esta distinción entre un *bien* y un *mal* (distinción que preexiste en cada uno de nosotros, absurda muy a menudo en las órdenes que nos dicta y que incluso nos dirige en momentos en que la razón vacila y se resiste, y que hace a los más sensatos realizar acciones que desde el punto de vista de su razón no sabrían justificar) es la supervivencia de un instinto esencial del hombre, animal social. Un instinto que se perpetúa en nosotros a través de los milenios y gracias al cual la sociedad humana marcha continuamente hacia su perfeccionamiento.

15 de agosto, en el jardín.

Tiempo magnífico. Campanas de vísperas. Hay en todo un ambiente de fiesta. Insolencia de este sol, de estas flores, de este horizonte que tiembla en el líalo luminoso de los días espléndidos. ¡Deseos de oponerse a la belleza del mundo, de destruir, de provocar una catástrofe! No; deseos de huir, de ocultarse, de replegarse más en uno mismo para sufrir.

En Spa, gran Consejo de Guerra, el Kaiser y los jefes del Ejército. Tres renglones en un periódico suizo. Nada en los periódicos franceses. Y tal vez una fecha histórica que los escolares aprenderán mañana en los libros de texto y cuyas consecuencias pueden haber cambiado el curso de la guerra...

Goiran afirma que entre los señores esos del Quai d'Orsay son muchos ahora los que anuncian la paz para este invierno.

El parte no dice gran cosa. Espera que se hace pesada como el calor de tormenta.

Por la noche, a las diez.

Acabo de leer mis elucubraciones de la noche pasada. Sorprendido y descontento de haber llenado tantas páginas. Descubro un poco en demasía mis límites... (¡Y, además, este miserable vocabulario humano que, por mucho que se haga, es siempre el del sentimiento y no el de la lógica!)



Para Jean-Paul:

No es por estos balbuceos de enfermo por lo que habrás de juzgar al tío Antoine, hijo mío. El tío Antoine siempre se ha sentido muy incómodo en los laberintos de la ideología: se ha perdido desde los primeros pasos... Cuando preparaba en el Louis-le-Grand mi bachillerato de Filosofía (el único examen al que me he tenido que presentar dos veces antes de aprobar) pasé momentos muy desagradables... ¡Un ganapán que quisiera hacer juegos de manos con pompas de jabón!... Advierto que el diálogo con la muerte no ha cambiado en nada estas disposiciones... ¡Abandonaré este mundo sin haber podido cambiar esta ineptitud fundamental para las especulaciones abstractas!...

Cerca de la medianoche.

Este *Diario* de Vigny no me aburre, pero a cada momento se me distrae la atención y el libro se me cae de las manos. Nerviosismo del insomnio. Mis ideas dan vueltas: la muerte, lo poco que es una vida, lo poco que es un hombre; el enigma con el que se tropieza el espíritu, en el que se entierra, tan pronto como quiere empezar a comprender. Siempre este insoluble «¿en nombre de qué?»

¿En nombre de qué un individuo como yo, emancipado de toda disciplina moral, ha llevado una vida que puedo muy bien llamar *ejemplar*, si pienso en lo que eran mis días, en todo lo que he sacrificado por mis enfermos, en el escrúpulo extremado que he puesto siempre en el cumplimiento de mi «deber»?

(Me había jurado eludir estos problemas, que habría que enfrentar con otras disposiciones. Ahora bien: ¿no será, tal vez, el mejor medio para librarme de ellos?)

¿En nombre de qué los sentimientos desinteresados, la abnegación, la conciencia profesional, etcétera?

Pero ¿en nombre de qué la leona se deja matar por no abandonar a sus pequeños? ¿En nombre de qué la contracción de la sensitiva? ¿O los movimientos amiboides de los leucocitos? ¿O la oxidación de los metales? Etcétera.

En nombre de nada, eso es todo. Hacer la pregunta es aceptar el postulado de que hay «algo», es caer en la trampa metafísica... ¡No! Hay que aceptar los límites de lo que se conoce (Le Dantec, etcétera). La sabiduría: renunciar a los «por qué» y contentarse con los «cómo». (¡Y ya hay bastante con ocuparse de los «cómo»!) Renunciar, ante todo, al deseo pueril de que todo sea explicable y lógico. Por consiguiente, renunciar a quererme explicar a mí mismo, como si yo fuera un todo coherente. (Durante mucho tiempo he creído serlo. ¿Orgullo de los Thibault? Más bien suficiencia de Antoine...)

A pesar de todo, entre las actitudes posibles, se encuentra ésta: aceptar las conveniencias sociales, sin engañarse. Se puede amar el orden y desearlo, sin por eso

convertirlo en una entidad moral, sin perder de vista que este orden no es nada más que una necesidad práctica de la vida colectiva, la condición de bienestar social apreciable. (Escribo: el orden, para evitar escribir: el bien.)

Sentirse *ordenado* y no poder desentrañar nada de las leyes a las que se siente uno sometido; ¡eterno motivo de irritación! Durante mucho tiempo he creído que algún día acabaría por encontrar la clave del enigma. Estoy condenado a morir sin haber comprendido gran cosa de mí mismo, ni del mundo...

Un creyente contestaría: «¡Pero si es tan sencillo!...» ¡No para mí!

Agotado de cansancio e incapaz de dormirme. Aquí radica el suplicio del insomnio: la contradicción entre este agotamiento del cuerpo, que desea a toda costa el reposo, y esta actividad desordenada del espíritu, que no deja al sueño acercarse.

Doy vueltas y más vueltas sobre mis almohadones desde hace una hora. Obsesionado por esta idea: «Pie vivido en el optimismo y no debo morir en la duda y la negación.»

Mi optimismo. He vivido en el optimismo. Tal vez no me haya dado cuenta de ello, pero hoy se me aparece con toda evidencia. Este estado de intuición alegre, de confianza activa que me ha sostenido perpetuamente, creo que ha sido en el trato con la ciencia donde ha tenido su origen y donde ha encontrado su alimento día por día.

La ciencia. Es algo más que un simple conocimiento. Es un deseo de acuerdo con el Universo, del Universo, cuyas leyes presiente. (¡Y aquellos que siguen este camino desembocan en una *maravilla* mucho más vasta y exaltadora que la de las religiones!) Por medio de la ciencia se siente uno mucho más en contacto y en armonía con la Naturaleza y sus secretos.

¿Sentimiento religioso? La expresión da miedo; ¿pero después de todo?...

Caridad, esperanza y fe. El abate Vécard me hizo observar cierto día que yo también practicaba las virtudes teologales. Protesté: aceptaba, en rigor, «caridad» y «esperanza», pero rechazaba la «fe». ¿Y, sin embargo? Si hoy quisiera justificar ese impulso continuo que me ha animado durante quince años, si buscara la palabra exacta de esa confianza indomable, tal vez lo que encontrara estuviera muy cerca de la fe... ¿En qué? Pues bien: no sería sino en la creencia posible y sin duda infinita de las formas vivas. *Fe en un acceso universal a los estados superiores...*

¿Es esto ser «finalista» sin saberlo? Poco importa. En todo caso, yo no deseo otra «finalidad».

16 de agosto.

Temperatura. Respiración difícil, más silbante. He tenido que recurrir varias veces al oxígeno. Me he levantado, pero sin bajar.

Visita de Goiran, con los periódicos. Sigue creyendo posible la paz en el curso del invierno. Defiende su punto de vista con habilidad y energía. Curioso individuo.

Curioso también verle decir cosas tranquilizadoras con ese aspecto eternamente preocupado que le dan sus ojos parpadeantes y demasiado juntos, su larga nariz, su cara que se alarga como el hocico de un lebel. Tose y expectora sin parar. Me ha hablado de su profesión como de una carga. ¡Y, sin embargo! Enseñar historia en el Enrique IV no debiera ser una tarea ingrata, carente de satisfacciones. Me ha hablado también de sus estudios en la Normal. Espíritu denigrador. Encuentra demasiado placer en criticar, para ser ecuánime. Algunas veces me da la sensación de ser un espíritu falso. Por exceso de inteligencia, tal vez, de una determinada inteligencia complaciente consigo misma, indiferente para el prójimo y carente de generosidad. A pesar de todo, muchas veces resulta espiritual.

¿Espiritual? Hay dos formas de ser espiritual: por el espíritu que se pone en lo que se dice (Philip) y por el que se pone en la manera de decirlo. Goiran es de aquellos que parecen espirituales, sin que en realidad digan nada que lo sea, gracias a su elocuencia, a su manera de insistir en las finales, a ciertos cambios de voz, a ciertas muecas graciosas, a ciertos rodeos elípticos y sibilinos; incluso al parpadeo malicioso de sus ojos, que pone una indirecta en cada palabra. Si se repite una frase de Philip sigue siendo acerada y sutil, sigue haciendo efecto. Si hubiera que repetir las de Goiran casi nunca quedaría algo definitivo.

17 de agosto.

Respiración cada vez más molesta. Hecha radioscopia. La pantalla señala que el movimiento del diafragma es nulo en las inspiraciones profundas. Bardot está de permiso por tres días. Me siento enfermo, enfermo; imposible pensar en ninguna otra cosa.

18 de agosto.

Malos días y peores noches. Nuevo tratamiento de Mazet, en ausencia de Bardot.

19 de agosto.

Muy abatido por el tratamiento.

20 de agosto.

Asombrosamente mejor esta mañana. ¡La inyección de anoche me ha permitido dormir casi cinco horas! Bronquios sensiblemente despejados. He leído los periódicos.

Por la noche.

He dormitado toda la tarde. La crisis parece vencida. Mazet, contento.

Obsesionado por el recuerdo de Rachel. ¿Es un síntoma de debilidad esta influencia de los recuerdos? Cuando vivía no tenía recuerdos. El pasado no significaba nada para mí.

Para Jean-Paul:

Moral. Vida moral. A cada uno le corresponde descubrir su deber, precisando su carácter y sus límites. Escoger su actitud, de acuerdo con su criterio personal, en el transcurso de una experiencia nunca interrumpida de una investigación continua. Paciente disciplina. Navegar entre lo relativo y lo absoluto, lo posible y lo deseable, sin perder de vista lo real, escuchando la voz de la «profunda sabiduría» que hay en nosotros.

Salvaguardar la propia personalidad. No tener miedo en engañarse. No tener miedo a renegar de uno mismo incesantemente. Ver sus propias faltas para ir más allá en la elucidación, en el conocimiento de uno mismo y en el descubrimiento de su propio deber.

(En el fondo, no hay deberes sino para consigo mismo.)

21 de agosto, por la mañana.

Periódicos. Los ingleses no avanzan apenas. Nosotros tampoco, a pesar de pequeños avances aquí o allá. (Escribo «pequeños avances», como el parte. Pero yo veo lo que esto representa para aquellos que «avanzan»: embudos de granadas, salida de las trincheras, hospitales de sangre atestados...)

Me he levantado para el tratamiento. Trataré de bajar para comer.

Por la noche, a la luz de la lámpara.

Esperaba dormir un poco. (Anoche temperatura casi normal: 37.8°) Sin embargo, toda una noche de insomnio, ni un solo minuto de inconsciencia. Y ya amanece.

A pesar de todo, una noche muy dulce.

Mañana del 22.

Avería de electricidad, anoche, que me ha impedido escribir. Quisiera describir esta admirable noche de estrellas fugaces.

Tan calurosa, que hacia la una me he levantado para abrir la ventana. Desde la cama me sumergía en este magnífico cielo estival. Nocturno y profundo. Un cielo que parecía lleno de explosiones de shrapnels, una lluvia de fuego, un chorreo de estrellas en todas direcciones. Me ha recordado la ofensiva del Somme, las trincheras de Maréaucourt, mis noches de agosto del 16: las estrellas fugaces y los cohetes de los ingleses se cruzaban y mezclaban en unos mágicos fuegos artificiales.

Repentinamente, me he dicho (y estoy seguro de que es cierto) que a un astrónomo, acostumbrado a vivir pensando en los espacios interplanetarios, le debe costar mucho menos trabajo morir que a cualquier otro.

He pensado mucho tiempo, mucho tiempo, en todo esto. Con la mirada fija en el cielo. En este cielo sin límites, que siempre retrocede cuando perfeccionamos un poco nuestros telescopios. Meditación apaciguadora cual ninguna. Estos espacios sin fin, en los que giran lentamente multitudes de astros semejantes a nuestro sol y en los que este sol —que nos parece inmenso, que es, según creo, un millón de veces mayor que la tierra— no es *nada*, nada más que una unidad entre miríadas de otras...

¡La Vía Láctea, una polvareda de astros, de soles alrededor de los cuales gravitan millares de planetas, separados unos de otros por centenares de millones de kilómetros! ¡Y todas las nebulosas de las que saldrán otros enjambres de soles futuros! Y los cálculos de los astrónomos establecen que este hormiguelo de mundos no es nada todavía, que no ocupa sino un lugar ínfimo en la inmensidad del Espacio, en este éter que se adivina surcado en todos los sentidos, todo tembloroso, de radiaciones e interfluencias gravitatorias, de las que lo ignoramos todo.

Nada más que concebir esto y ya la imaginación se pierde. Vértigo bienhechor. Esta noche, por primera vez, puede que por última, he podido pensar en mi muerte con una especie de calma e indiferencia trascendente. Liberado de mi angustia, habiéndome convertido casi en un extraño para mi organismo percedero. Yo, una partícula de materia infinitesimal y carente por completo de interés...

Me he jurado mirar al cielo todas las noches, para alcanzar esta serenidad. Y ahora, el día. El nuevo día.

Por la tarde, en el jardín.

Vuelvo a abrir este cuaderno con agradecimiento. Nunca me ha parecido responder tan bien a sus fines: liberarme de los fantasmas.

Todavía estoy hechizado por la contemplación de esta noche.

Estancamiento del mundo animal. También nosotros gravitamos unos alrededor de otros, sin encontrarnos, sin fundirnos. Cada uno por su lado, cada uno en su soledad hermética, cada uno en su propio pellejo. Para hacer su vida y desaparecer.

Nacimientos y muertes se suceden a un ritmo ininterrumpido. En todo el mundo, un nacimiento por segundo, sesenta por minuto. Más de *tres mil* recién nacidos *por hora*, ¡y otras tantas muertes! Todos los años tres millones de seres ceden el sitio a tres millones de vidas nuevas. Aquel que verdaderamente haya comprendido, asimilado, «caído en la realidad» de esto, ¿podrá emocionarse egocéntricamente con su destino, como antes?

Las seis.

Hoy me parece volar. Me siento maravillosamente aligerado de mi peso. Una partícula insignificante de materia viva que tuviera plena conciencia de su *insignificancia*.

He recordado las conversaciones apasionantes que manteníamos en París, cuando Zellinger llevaba a su amigo Jean Rostand a pasar la velada con nosotros... Singular condición la del hombre en este inmenso Universo. Hoy se me aparece con la misma claridad de entonces, cuando oíamos a Rostand definirla con su voz incisiva y desengañada, con la prudente precisión de un sabio, con la emoción lírica y la frescura de imágenes de un poeta. La cercanía de la muerte da hoy a estos pensamientos un atractivo especial. Los empleo con devoción. ¿Habré encontrado en ellos un remedio para mi desconsuelo?

Rechazo instintivamente las ilusiones metafísicas. Nunca ha tenido la nada para mí tanta evidencia. Me acerco a ella con horror, con repugnancia instintiva, pero no siento ninguna tentación de añorarla ni de buscar refugio en esperanzas absurdas.

Más que nunca tengo conciencia de lo poco que soy. ¡Una maravilla, a pesar de todo! Contemplo, como desde el exterior, esta reunión prodigiosa de moléculas que durante cierto tiempo aún soy yo. Creo percibir en el fondo de mi ser estos misteriosos intercambios que se efectúan sin descanso desde hace más de treinta años entre estos millares de millones de células de que yo estoy compuesto. Estas misteriosas reacciones químicas, estas transformaciones de energía que se realizan sin yo saberlo en las células de mi corteza cerebral y que hacen de mí, en este mismo instante, este animal que piensa y escribe. Mi pensamiento, mi voluntad, etcétera. Todas estas actividades espirituales de las que tanto me he enorgullecido no son nada más que un compuesto de reflejos, independiente de mí, nada más que un fenómeno natural e inestable que bastará con algunos minutos de asfixia celular para hacer cesar para siempre...

Por la noche.

Me he vuelto a acostar. Tranquilo. El espíritu lúcido, un poco embriagado.

Sigo pensando acerca del Hombre y de la Vida... Pienso con una mezcla de estupor y de admiración en la estirpe orgánica de la cual soy la culminación. Distingo tras mí, a través de millares de siglos, todos los grados de la escala viviente. Desde el origen, desde esta inextricable y tal vez accidental asociación química que se ha producido algún día, en algún sitio, en el fondo de los mares cálidos o sobre la corteza calcinada de la tierra, y de la que han nacido las primeras manifestaciones del protoplasma inicial, hasta este animal extraño y complicado, dotado de conciencia, capaz de concebir el orden, las leyes de la razón, la justicia..., hasta Descartes y hasta Wilson.

Y esta idea trastornadora y, después de todo, perfectamente plausible: que otras formas de vida, llamadas a producir unos seres infinitamente superiores al hombre, hayan podido ser destruidas en germen por los cataclismos cósmicos. ¿No es milagroso que esta cadena orgánica de la que el hombre moderno es el último eslabón haya podido desarrollarse en el curso de las edades hasta ahora? ¿Que haya podido atravesar, sin ser anonadada las mil perturbaciones geológicas del globo? ¿Qué haya podido escapar a las ciegas destrucciones de la Naturaleza?

¿Y hasta cuándo durará este milagro? ¿Hacia qué fin (inevitable) se encamina nuestra especie? ¿Desaparecerá a su vez, como han desaparecido los trilobites, los escorpiones gigantes y tantas otras especies nadadoras y de rapiña, cuya existencia conocemos? ¿O bien la Humanidad tendrá la suerte de conservarse, a través de todos los caos, sobre la corteza del planeta y seguir evolucionando durante mucho tiempo aún? ¿Hasta cuándo? ¿Hasta que el sol, enfriado e inmóvil, le niegue el calor y la posibilidad de vivir? ¿Y qué nuevos progresos habrá conseguido hacer, antes de desaparecer? Pensamiento vertiginoso...

¿Qué progresos?

No consigo creer en un plan cósmico en el que el animal humano tenga un papel privilegiado. Me he tropezado demasiado con los absurdos y las contradicciones de la Naturaleza para admitir una armonía preexistente. Ningún Dios ha respondido nunca a los llamamientos y a las preguntas del hombre. Lo que éste toma por respuestas es solamente el eco de su voz. Su universo es cerrado, limitado a sí mismo. La única ambición que le está permitida es acomodar lo mejor posible a sus necesidades este dominio limitado, que evidentemente puede parecerle inmenso si lo compara con su pequeñez, pero que es minúsculo en relación al Universo. ¿Le enseñará alguna vez la ciencia a contentarse con esto? ¿A encontrar el equilibrio y la felicidad en la conciencia misma de su pequeñez? No es imposible. La ciencia puede todavía mucho. Puede enseñar al hombre a aceptar sus límites naturales, las casualidades que le han hecho nacer y lo poco que es. Puede llevarle, de forma perdurable, a esta calma que yo siento esta noche. A esta contemplación casi tranquila de la nada que me espera muy pronto, de la nada en que todo se reabsorbe.

Al despertar. Sueño un poco más largo y más profundo que de costumbre. Descansado. Me sentiría casi bien sin estas secreciones que me ahogan y esta respiración de silbato agujereado.

Me he dormido en una especie de embriaguez. De embriaguez desesperada y, sin embargo, dulce. Todo lo que me abate de nuevo, esta mañana, me parecía sin peso, sin importancia; la nada, mi próxima muerte, se me imponían con una certeza y un carácter especial que excluía la rebeldía. No era exactamente fatalismo, no; era la sensación de participar, incluso con la enfermedad y la muerte, en el destino del Universo.

¡Me gustaría tanto recobrar mi estado de ánimo de anoche!

Bajo la veranda, antes de la comida. Conversaciones. Gramófono. Periódicos.

Se combate delante de Noyon y en todo el frente entre Oise y Aisne. Avance de cuatro kilómetros en veinticuatro horas. Ocupamos Lassigny. Los ingleses han recobrado Albert, Bray-sur-Somme. (En Bray, detrás del presbiterio, es donde el pobre Delacour fue muerto tan tontamente; en la enramada, por una bala perdida.)

Noche.

Recobrar mi calma de ayer. Esta noche, a la hora de la cena, crisis de fatiga muy fuerte y muy larga. Seguida de un abatimiento sin límites.

Desde ayer, por la mañana, dolores retroesternales casi constantes. Esta noche, intolerables. Acompañados de náuseas.

Siete de la tarde. He bebido un poco de leche. Joseph va a venir, antes de desaparecer hasta mañana por la mañana. Lo espero. Escucho los pasos. Muchas cosas importantes por hacer: arreglar la cama, las almohadas, el mosquitero. Preparar la poción, el orinal. Entornar la ventana, limpiar la escupidera. Ponerme a mi alcance el vaso de agua, el frasco de las gotas, la pera de la luz, la pera del timbre... «Buenas noches, señor doctor.» «Buenas noches, Joseph.» Esperar a las ocho y media la



aparición de Héctor, el enfermero de noche. Éste no habla. Entreabre la puerta y mete la cabeza. Parece decir: «Ya he venido. Estoy vigilante. No tema nada.»

Después es la soledad, la noche interminable que comienza.

Medianoche.

Sin valor. Todo se descompone en mí.

Todo lo relaciono conmigo, es decir, con mi fin. Si pienso en alguien, es para decirme inmediatamente: «Otro más que no sabe que estoy perdido.» O bien: «¿Qué dirá ése, al enterarse de mi muerte?»

28.

Los dolores parecen atenuarse. ¿Desaparecerán tal vez como han venido?

Radioscopia pésima. La proliferación del tejido fibroso se ha acelerado considerablemente desde el último examen. Sobre todo en el pulmón derecho.

29 de agosto.

Sufro menos. Muy agotado por estos cuatro malos días. Parte: Las nuevas ofensivas (entre el Scarpa y el Vesla) progresan. Los ingleses avanzan sobre Noyon. Bapaume es nuestra.

Para Jean-Paul:

Orgullosa lo serás. Lo somos. Acéptalo. Sé orgulloso deliberadamente.

Humildad: virtud parásita que empequeñece. (Por otra parte, muy a menudo no es sino la conciencia íntima de una impotencia.) Ni vanidad ni modestia. Saberse fuerte, para serlo.

Parásitos también, el gusto a la renunciación, el deseo de someterse, la aspiración a recibir órdenes, el orgullo de obedecer, etcétera. Principios de debilidad de inacción. Miedo a la libertad. Hay que escoger las virtudes que engrandecen. Virtud suprema: la energía. La energía crea la grandeza.

Rescate: la soledad.

30.

Noyon ha sido rebasado. ¿Pero a qué precio?

Sorprendido de que se deje a la prensa repetir que se acerca el final de la guerra. Los Estados Unidos no han entrado en campaña para contentarse con una victoria militar, con una paz militar. Wilson quiere decapitar políticamente a Alemania y

también a Austria. Arrancarles la tutela de Rusia. Al ritmo en que evolucionan los acontecimientos no es de esperar, de todas formas, que en seis meses sobrevenga el hundimiento de los dos Imperios Centrales y la constitución en Berlín, en Viena, en Petersburgo, de regímenes republicanos sólidos, con los cuales pueda tratarse de una manera eficaz.

Mi ventana. Media docena de cables eléctricos, muy tirantes, cruzan este rectángulo de cielo como las rayas en una placa de fotografía. Los días de tormenta unas perlititas de agua se deslizan por los cables, a algunos centímetros de intervalo, todas en el mismo sentido, interminablemente, sin alcanzarse nunca. En estos momentos es imposible hacer nada ni mirar otra cosa...

## SEPTIEMBRE

1.º de septiembre de 1918.

UN nuevo mes. ¿Veré el final?

He empezado a bajar otra vez. Como abajo.

Desde que he dejado de afeitarme (julio) ya no tengo apenas ocasión de mirarme en el espejo, que está encima del lavabo. Hace un momento, en la secretaría, me he visto repentinamente en el cristal. Por un momento me ha costado trabajo reconocerme en este moribundo barbudo. «Un poco de astenia», admite Bardot. ¡Lo que hay que decir es «caquexia»!

Es imposible que esto se prolongue todavía muchas semanas...

Los ingleses han recobrado el monte Kemmel. Nosotros atacamos en el canal del Norte. El enemigo se repliega sobre el Lys.

Noche del día 1.

Rachel. ¿Por qué Rachel?

Rachel. Sus pestañas rubias, aquel halo dorado en torno a su mirada. ¡Y la madurez de aquella mirada! Aquella mano que ponía sobre mis ojos para que yo no fuera testigo de su placer. Su mano, crispada y fuerte, que se relajaba de repente, al mismo tiempo que su boca, al mismo tiempo que todos los músculos de su cuerpo...

2 de septiembre.

Un poco de viento. Me había instalado al resguardo de la casa. Encima de mí, bajo la veranda, oía a Goiran, a Voisenet y al brigada evocar su vida de estudiantes. (Barrio Latino, «Le Soufflot», «La Vachette», los bailes en los merenderos, las mujeres, etcétera.) He escuchado durante algunos minutos y he vuelto a subir al vestíbulo, irritado y colérico. También un poco alterado.

Jean-Paul, no temas demasiado perder el tiempo.

No; no es esto lo que debiera decirte. Persuádate, por el contrario, de que la vida de un hombre es increíblemente corta y que tendrás muy poco tiempo para llevar a cabo tu parte.

Pero, a pesar de todo, desperdicia un poco de tu juventud, hijo mío. El tío Antoine, que va a morir, se siente inconsolable por no haber sabido nunca desperdiciar nada de la suya...

3 de septiembre.

Primeras luces del día.

Esta noche he soñado contigo, Jean-Paul. Estabas en el jardín de aquí, te tenía apoyado contra mí y te sentía firme y flexible, como un arbolillo que crece vigoroso y cuyo impulso nada puede detener. Y eras al mismo tiempo el pequeño al que he tenido sobre mis rodillas hace algunas semanas, el adolescente que yo he sido y el médico que he llegado a ser. Al despertarme, se me ha ocurrido por primera vez esta idea: «¿Será médico tal vez?»

Y mi imaginación ha dado vueltas y más vueltas alrededor de esto. Y ahora pienso legarte algunos expedientes, algunos paquetes de notas, diez años de observaciones, de investigaciones, de proyectos bosquejados. Cuando tengas veinte años, si no sabes qué hacer con ellos, dáselos a un médico joven.

Pero no quiero abandonar tan pronto mi sueño. En ese joven médico que me sucederá es a ti a quien veo esta mañana, a quien quiero ver...

Mediodía.

Tal vez he hecho mal en renunciar a la reeducación de la laringe y reducir los ejercicios respiratorios. En quince días, una agravación que ha requerido esta mañana una sesión de galvanocauterío.

Mañana, en la cama.

Periódicos. He leído y releído el nuevo mensaje del *Labour Day*. Acento sencillo y noble, palabras de sentido común. Wilson repite que la paz verdadera ha de ser una cosa distinta y mucho más que una nueva modificación del equilibrio europeo. Dice claramente: «Es una guerra de *emancipación*.» (Como la de los Estados Unidos.) No

volver a caer en los viejos errores, liquidar de una vez este estado paradójico de la Europa de la preguerra: unos pueblos pacíficos y trabajadores que se dejaban arruinar por sus armamentos, que vivían con la bayoneta calada detrás de sus fronteras. Unión de las naciones reconciliadas. Una paz que proporcione por fin al Viejo Continente esta seguridad que da fuerza a los Estados Unidos. Una paz sin vencedores y sin humillados, una paz que no deje ningún fermento de desquite tras sí, nada que pueda favorecer algún día una resurrección del espíritu de guerra.

Wilson señala claramente la primera condición de una paz semejante: abolir los gobiernos autocráticos. Objetivo esencial. No habrá seguridad en Europa mientras no sea desarraigado el imperialismo germano. Mientras el bloque austroalemán no haya sufrido su evolución democrática. Mientras que no sea destruido ese vivero de ideas falsas (falsas, porque son opuestas a los intereses generales de la Humanidad): la mística imperial, la exaltación cínica de la fuerza, la creencia en la superioridad de Alemania sobre todos los demás pueblos y en su derecho a dominarlos. (Mesianismo de los que rodean al Kaiser, que quisiera hacer de cada alemán un cruzado cuya misión fuera imponer la hegemonía germánica al mundo.)

Por la noche.

Buena visita de Goiran y de Voisenet, después de la cena. Conversación acerca de Alemania. Goiran ha sostenido que esta nefasta mística de la fuerza no es tanto un resultado del régimen imperial como un carácter étnico y específico de la raza: instinto más bien que doctrina. Discusiones: Alemania no es Prusia, etcétera. El mismo Goiran reconoce que en Alemania hay todos los elementos necesarios para la formación de una nación pacífica y liberal. ¿Y aun cuando el mesianismo germánico fuera un instinto racial? ¡Con toda evidencia que un régimen autocrático lo alienta, lo desarrolla y lo utiliza! Depende de nosotros, si somos vencedores; depende del carácter de los tratados de paz, depende de nuestra actitud con respecto a los vencidos que esta Alemania malhechora desaparezca. La educación democrática a la que Wilson quiere someter a los alemanes, dejando este mesianismo sin empleo, la enmohecerá rápidamente, o bien la encaminará en otros sentidos, si, a pesar de todo, el tratado de paz no deja al pueblo alemán ningún pretexto de desquite. Sería cuestión de una quincena de años. Tengo buenas esperanzas. No creo engañarme al pensar que la Alemania de después de 1930, republicana, patriarcal, trabajadora y pacífica, se habrá convertido en una de las más sólidas garantías de la unión europea.

Voisenet recordaba el noviembre de 1911. Completamente exacto. ¿Por qué el acuerdo francoalemán de Caillaux sólo retrasó la guerra? Porque no modificaba —no podía modificar— el régimen político alemán. Porque los objetivos de Alemania, de Austria y de Rusia seguían siendo los de sus emperadores, los de sus ministros y los de sus generales. Wilson ha comprendido todo esto. Vencer al Kaiser no significa

nada si no se ataca el espíritu prusiano, teutón, del régimen imperial; a su ambición de hegemonía, a su pangermanismo. Suprimir las causas profundas, con objeto de que el espíritu del régimen no pueda resucitar nunca. Entonces se habrá asegurado una paz duradera.

No olvidar que ha sido el gobierno del Kaiser, solo contra toda Europa, el que ha torpedeado la conferencia de La Haya. (Detalles facilitados por Goiran: se había conseguido la unanimidad para la limitación de armamentos; se había llegado a un acuerdo, acuerdo cuyas consecuencias hubieran sido incalculables, y la víspera de la firma el representante de Alemania recibió instrucciones de su gobierno de no comprometerse.) Aquel día el Imperio se quitó la careta. Si el principio de arbitraje hubiera sido votado, si la limitación de los armamentos hubiera sido aceptada por Alemania como lo había sido por los demás Estados, la situación de Europa en 1914 hubiera sido completamente diferente y la guerra posiblemente evitada. Recordad esto. Mientras que un régimen de extensión pangermanista, colocado en el centro del continente, conserve un poder absoluto sobre setenta millones de individuos cuyo orgullo nacional exaspera sistemáticamente, no hay paz posible para Europa.

4 de septiembre.

Desde esta mañana, punzadas en el costado, cambiando de sitio, sucesivas, muy dolorosas. (Además de todo lo otro.)

El parte anuncia de nuevo la ocupación de Péronne. Nunca se había confesado, que yo sepa, la pérdida de Péronne después de agosto.

Breve carta de Philip. Se dice en París que Foch proyecta tres ofensivas simultáneas. Una, sobre Saint-Quentin. La segunda, sobre el Aisne. La tercera, con los americanos, sobre el Afosa. Como dice Philip: «Todavía hay mucha *tela* en perspectiva...» ¿Es necesario, realmente, que haya tantas muertes antes de llegar a un acuerdo sobre los principios de Wilson?

Por la noche.

Visita de Goiran. Indignado. Me cuenta las discusiones provocadas durante la comida por el nuevo mensaje de Wilson. Unanimidad casi completa en considerar que la Liga de las Naciones deberá ser, ante todo, un procedimiento para prolongar después de la guerra, con una institución estable, la coalición del mundo civilizado contra Alemania y Austria. Goiran pretende que esta idea, sólidamente anclada ya en todas las cabezotas oficiales francesas (empezando por Poincaré y Clemenceau), puede ser formulada así: «La unificación pacífica de Europa no puede hacerse sin esta condición *sine qua non*: que los *boches* sean excluidos de la confederación

europaea. Raza maldita. Fermento de guerras futuras. No habrá paz posible mientras subsista en Europa una Alemania viva. Por consiguiente, mantenerla en tutela para impedirle que moleste.»

Monstruoso. Si Goiran está en lo cierto, esto representaría la traición absoluta de la idea wilsoniana. Suprimir, como primera providencia, de una Liga *general* a un tercio de Europa bajo el pretexto de que este tercio es el responsable de la guerra y que es imposible confiar en él para siempre sería matar en embrión toda la organización jurídica de Europa, contentarse con una caricatura de Sociedad de las Naciones, confesar que se piensa poner a Europa bajo una hegemonía anglofrancesa y cultivar a placer los gérmenes de nuevos conflictos sangrientos.

¡Wilson es demasiado sensato, demasiado inteligente, para caer en esta trampa imperialista!

El 5, jueves.

Hoy no me tengo en pie. Soy lo que se dice un asfixiado que anda. He tardado mis buenos cinco minutos en bajar la escalera.

Soy empujado hacia la muerte lenta y regularmente. Esta noche he pensado en la agonía de padre. En el estribillo de su infancia, que canturreaba:

*¡Arre, corre, que me esperan!*

No debo demorar la redacción de las notas acerca de mi padre que quiero dejar a Jean-Paul.

Cuántas veces en la retaguardia, en un acantonamiento de descanso, tranquilo y feliz por haber encontrado una cama, he pasado tumbado horas enteras imaginando la postguerra, pensando ingenuamente en los tiempos venideros, en la vida mejor, más laboriosa y más útil que había decidido emprender... ¡Todo parecía que tendría que ser tan bello!

Muerte. Muerte. Idea fija. En mi, como una intrusa. Una extraña. Un parásito. Un chancro.

Todo cambiaría si me fuese posible conformarme. Pero habría que recurrir a la metafísica. Y eso...

Es extraño que el regreso a la nada pueda despertar tal resistencia. Me pregunto qué sería lo que sentiría si creyera en el infierno y tuviera la certidumbre de estar condenado. Dudo que pudiese ser peor.

5 de septiembre, por la noche.

El comandante me ha hecho traer por Joseph una revista marcada con una señal. Abro y leo: «Las guerras tienen toda clase de pretextos, pero no tienen nunca sino una causa: el ejército. Suprimid el ejército y suprimiréis la guerra. ¿Pero cómo suprimir el ejército? Con la supresión de los despotismos.» Es una cita sacada de un discurso de Víctor Hugo. Y Reymond ha puesto al margen, entre admiraciones: «Congreso de la paz. 1869.»

Que se chancee cuanto quiera. ¿Es una razón para desesperar de ver a la Humanidad salir por fin del absurdo el que hace cincuenta años se predicara ya la supresión de los despotismos y la limitación de los armamentos?

Expectoraciones, más abundantes que nunca, estos últimos días. Aumenta el número de los fragmentos. (Trozos de mucosas y de falsas membranas.)

6 de septiembre.

Esta mañana he recibido una carta de la señora Roy. Me escribe todos los años, el aniversario de la muerte de su hijo.

(Lubin me recuerda muchas veces al joven Manuel Roy.)

¿Qué pensaría hoy, si todavía viviera? Me lo imagino bastante bien, desmejorado (como Lubin), pero siempre fanfarrón e impaciente por curarse para volver al frente.

Jean-Paul: Me pregunto cuáles serán tus ideas acerca de la guerra, más tarde, en 1940, cuando tengas veinticinco años. Sin duda vivirás en una Europa reconstruida y pacificada. ¿Podrás incluso concebir lo que era el «nacionalismo»? ¿El heroísmo místico de aquellos que tenían tu edad en agosto de 1914, veinticinco años, todo un porvenir ante sí, y que han marchado a combatir, gallardamente, como mi buen Manuel Roy? No seas injusto y trata de comprender. No menosprecies la nobleza de estos hombres jóvenes que no tenían deseo de morir y que aceptaron virilmente arriesgar su vida por la patria en peligro. No todos eran unos insensatos. Muchos, como Manuel Roy, consintieron en este sacrificio, porque estaban convencidos de que aseguraría a las generaciones futuras —de las cuales tú formas parte— un porvenir mejor.

Sí, muchos. Yo los he conocido. El tío Antoine da fe de ello.

Periódicos. Hemos pasado el Somme, alcanzando Guiscard. Avance también al norte de Soissons y reconquista de Coucy. ¿Impediremos a los alemanes que se instalen detrás del Escalda y el canal de Saint-Quentin?

El 7, por la noche.

Para Jean-Paul:

Pienso en el futuro. En tu futuro. En ese futuro «mejor» que deseaban los Manuel Roy. ¿Mejor? Lo espero para ti. Pero os dejamos como herencia un mundo caótico. Mucho me temo que hayas de entrar en la vida en una época demasiado conmocionada. Contradicciones, incertidumbres, choque de fuerzas antiguas y nuevas. Se necesitarán pulmones sólidos para respirar este aire viciado. ¡Atención! La alegría de vivir no será accesible a todos.

Generalmente me abstengo de toda profecía. Pero para imaginarse la Europa de mañana basta con reflexionar. Económicamente, todos los Estados empobrecidos, la vida social desequilibrada en todas partes. Moralmente, la ruptura brusca con el pasado, el hundimiento de los antiguos valores, etcétera. De aquí, con toda evidencia, un gran desconcierto. Un período de muda. Una crisis de crecimiento, con accesos de fiebre, convulsiones, mejorías y recaídas. El equilibrio al final, pero no inmediatamente. Un parto que no estará exento de dolores.

¿Qué será de ti, Jean-Paul? Será difícil ver claro. Cada uno creerá detentar la verdad, cada uno tendrá su panacea que ofrecer, como siempre. ¿Época de anarquía, tal vez? Goiran lo cree así. Yo, no. Y en caso de anarquía, sólo una anarquía aparente y provisional. Porque la Humanidad no camina, no puede caminar hacia la anarquía. Imposible pensar en esto. Aquí está la Historia. La Humanidad, a través de fluctuaciones inevitables, no puede caminar sino hacia la organización. (Es muy probable que esta guerra marque un paso decisivo, si no hacia la fraternidad, al menos hacia la mutua comprensión. Con la paz de Wilson se ensanchará el horizonte europeo; las ideas de solidaridad humana, de civilización colectiva, tenderán a sustituir a las de nacionalidad, etcétera.)

De todas formas, tú verás vastas transformaciones, una renovación. Y lo que quería escribir es esto: considero que en estos tiempos que se acercan la opinión pública, las ideas-fuerzas que la dirigen tendrán una influencia creciente y decisiva. Probablemente, el porvenir será más plástico de lo que lo ha sido nunca. El individuo tendrá más importancia. El hombre de valía tendrá más oportunidades que en el pasado para hacerse oír y hacer prevalecer su opinión; posibilidades de colaborar a la reconstrucción.

Llegar a ser un hombre de valía. Desarrollar en sí mismo una personalidad que se imponga. Desconfiar de las teorías de moda. ¡Es tan tentador librarse del peso exigente de la propia personalidad! ¡Es tan tentador dejarse englobar en un vasto movimiento de entusiasmo colectivo! ¡Es tentador creer, porque resulta fácil y de una comodidad suprema! ¿Sabrás resistir a la tentación?... No será fácil. Cuanto más borrados están los caminos más se inclina el hombre, para salir de la confusión a cualquier precio, a aceptar una doctrina ya hecha que le tranquilice y le guíe. Cualquier contestación más o menos plausible a las preguntas que se hace y que no consigue contestarse solo, se le ofrece como un refugio, sobre todo si le parece garantizada por la adhesión del número. ¡Peligro mayúsculo! ¡Resístete, rechaza las



consignas! ¡No te dejes afiliarse! ¡Antes las angustias de la incertidumbre que el perezoso bienestar ofrecido a todo «adherido» por los doctrinarios! Andar a tientas, solo, en la oscuridad, no es agradable, pero es un mal menor. Lo peor es seguir dócilmente las luces engañosas que blanden los vecinos. ¡Mucho cuidado! ¡Que te sirva de modelo sobre este particular el recuerdo de tu padre! ¡Que su vida *solitaria*, su pensamiento inquieto, nunca fijo, sean para ti un ejemplo de lealtad para consigo mismo, de escrúpulo, de *fuerza interior* y de dignidad!

Amanece. Insomnio, insomnio.

(Tengo tendencia, cuando me dirijo a Jean-Paul, a adoptar un tono de «predicador». Renunciar a los «mucho cuidado», etcétera.)

Convertirse en un «hombre de valía»... Sólo he olvidado una cosa: darle la receta.

¿La receta? Como hombres de valía apenas si he tratado con médicos. Por otra parte, me siento inclinado a creer que la actitud de un hombre de valía ante los acontecimientos, ante las realidades y los imprevistos de la vida social no debe diferir apenas de la de un médico ante la enfermedad. Lo importante: una cierta virginidad en la mirada. En Medicina, lo que se sabe, lo que enseñan los libros, basta muy pocas veces para resolver el problema nuevo que plantea cada caso particular. Toda enfermedad —y de la misma forma toda crisis social— se presenta como un primer caso sin precedente idéntico, como un caso *excepcional*, para el cual siempre hay que inventar una nueva terapéutica. Hace falta mucha imaginación para ser un hombre de valía.

Domingo, 8 de septiembre de 1918.

Esta mañana, al despertarme, he expectorado un fragmento de casi diez centímetros. He hecho que se lo lleven a Bardot para que lo examine.

He releído lo escrito esta noche. Me siento sorprendido de poder, en ciertos momentos, poner tanto interés en el futuro, en los hombres que vendrán después de mí. ¿Es solamente a causa de Jean-Paul?

Pensándolo bien, este interés es completamente espontáneo y menos intermitente de lo que digo. Bien al contrario, es mi sorpresa lo que resulta de un esfuerzo de imaginación, de un examen introspectivo. En realidad, pensar en el futuro es para mí una actividad de la imaginación, constante y completamente natural... ¡Muy extraño!

Antes de comer.

Recuerdo una noticia de la prensa que chocó a Philip. (Una de nuestras primeras

conversaciones extraprofesionales. Acababa yo de entrar en su servicio.) Se trataba de un condenado a muerte que, al llegar ante el verdugo y sujeto ya por los ayudantes, se había soltado para gritar al procurador: «No olvide mi carta.» (Había sabido en la cárcel que su querida lo engañaba. Y la mañana de su ejecución había escrito a los magistrados para confesar una acción delictiva que había quedado sin punir y en la cual la mujer había tomado parte activa.) No conseguíamos comprenderlo. ¡Interesarse tan exclusivamente en los asuntos de este mundo hasta el último momento! Philip veía en ello una prueba de la casi imposibilidad, para la mayor parte de los hombres, de «comprender» realmente el no ser.

Este episodio ya no me asombra tanto.

9 de septiembre.

Un gusto infecto en la boca. ¿Para qué este suplicio suplementario? Nunca he esperado nada de esta poción de creosota, que recuerda al dentista y me quita el deseo de comer.

Por la tarde, afuera.

Esta mañana, al escribir la fecha: 9 de septiembre, lo he recordado bruscamente: hoy, «segundo» aniversario de Reuville.

Por la noche.

He pasado todo el día pensando en Reuville.

Nuestra llegada al acabar el día. La instalación del puesto de socorro en la cripta. El pueblo derruido. Doscientas granadas caídas la víspera. Noche oscura en la que se remontan las bengalas. El puesto de mando del coronel, en funciones de general de brigada, en una casa de la que no quedan más que tres lienzos de pared. El estrépito de los 75, puestos en batería en el bosque. Las ruedas de molino, destrozadas, en torno a la acequia. El edredón encamado y despanzurrado, junto al cual debía yo ser herido al día siguiente, por la mañana. El suelo de detritus y de barro seco, arado por los convoyes. Y la colina, detrás del pueblo; la colina que se veía a través de las vidrieras rotas de la cripta, la colina de donde venían los heridos a montones, blancos de polvo, chapoteando, con aquel aspecto ausente y dulce que todos tenían. Veo esta colina recortada sobre el cielo de incendio e izada de postes alambrados, inclinados todos hacia el mismo lado, como empujados por un ciclón. Y a la izquierda, el viejo

molino, desplomado sobre sus aspas, como un juguete roto. (Raro placer en describir todo esto. ¿Para qué? ¿Para salvarlo del olvido? ¿Para quién? ¿Para que Jean-Paul sepa que una mañana, en Reuville, el tío Antoine?...)

La cripta, atestada desde el principio de la noche. Gemidos, estertores. Al fondo, la paja donde dejaban a los intransportables, con los muertos. La linterna sorda puesta en el altar. La bujía en la botella. La ronda fantástica de las sombras sobre la bóveda. Veo la mesa, una tabla sobre dos toneles, las vendas. Lo veo todo como si hubiera tenido tiempo de observarlo para retenerlo en la memoria. ¡Mi actividad de entonces! Aquel estado de semiembriaguez, de satisfacción profesional. Actuar de prisa. Conservando el máximo de dominio sobre sí mismo. Con todos los sentidos prodigiosamente despiertos y la voluntad tensa a todo lo largo de los miembros hasta la punta de los dedos. También una especie de desaliento y, al mismo tiempo, una insensibilidad de autómeta. Sostenido por la finalidad, por el trabajo que tenía que hacer. No escuchar nada, no mirar nada, estar entregado por entero a lo que se hace. Y actuar ordenadamente, con presteza, sin apresuramiento y sin perder un segundo, con todos y cada uno de los movimientos necesarios para que esta herida sea desinfectada, esta arteria ligada a tiempo y esta fractura inmovilizada provisionalmente. ¡El que sigue!

Veo más vagamente la especie de cobertizo, de almacén, donde se instalaban los heridos en las camillas, al otro lado de la callejuela, donde habla que pegarse a las paredes a causa de las balas. Y asimismo los zumbidos en los oídos y los chasquidos secos sobre las paredes de adobes. La mirada rabiosa de aquel comandante pequeño de cuerpo y barbudo, con el brazo en cabestrillo y la forma en que agitaba su mano útil a la altura de la sien, como si apartara un enjambre: «Aquí hay demasiadas moscas, demasiadas moscas.» (Y de repente pienso en aquel viejo voluntario barbado, de pelo blanco, que estaba con nosotros en el hospital de sangre de Longpréles-Corps-Saints, su aspecto siniestro y su acento arrabalero, cuando vaciaba su camilla de un herido: «¡Bájese, le estoy diciendo!»)

Se trabajó durante toda la noche sin sospecharse el movimiento envolvente. Y de madrugada, la llegada del oficial de enlace, el pueblo atacado por el flanco, las trincheras de evacuación convertidas en peligrosas, la plaza que tuvimos que atravesar, a pesar de las ametralladoras, para alcanzar el único ramal practicable. No se me ocurrió ni por un momento que arriesgaba el pellejo. Al caer, la visión del edredón encarnado y esta certidumbre lúcida: «Pulmón perforado..., corazón ileso... *Saldré bien de ésta.*»

(Lo que son las cosas... Si aquella mañana hubiera sido herido en una pierna o en un brazo no estaría así; la poca iberita que respiré más tarde no hubiera causado estos destrozos si hubiera tenido los dos pulmones intactos.)

10 de septiembre.

Desde ayer, tengo la imaginación completamente llena de recuerdos de guerra.

Quiero referir para Jean-Paul el asunto de los tíficos, al cual debo haber permanecido en el frente mucho más tiempo que la mayor parte de mis compañeros de los hospitales. Invierno de 1915. Seguía destinado en mi regimiento de Compiègne, que estaba en primera línea, en el Norte. Pero se había establecido un turno entre los médicos de los batallones y cada quince días, aproximadamente, uno de nosotros marchaba seis kilómetros a la retaguardia para dirigir durante algunos días un hospitalillo, una enfermería de una veintena de camas. Llego aquí una noche. Dieciocho enfermos en un sótano abovedado. Todos con fiebre. ¡Varios con cuarenta! ... Les hago un reconocimiento a la luz de la lámpara. No cabe duda: dieciocho tíficos. Ahora bien: se había prohibido tener tíficos en el frente. Prácticamente, la consigna era no diagnosticar nunca unas tifoideas. Telefono al «cuatro galones» aquella misma noche. Le declaro que mis dieciocho muchachos me parecen afectados de desarreglos gastrointestinales graves, muy cercanos de los síntomas paratíficos (evitaba prudentemente la palabra *tifoidea*), y que en conciencia rechazaba la dirección de la enfermería, convencido de que estos pobres hombres iban a morir en su cueva si no se les evacuaba inmediatamente. Al día siguiente, a primera hora, me envían a buscar en auto. Se me hace comparecer en la división. Me enfrento a las autoridades. Tanto y tan bien que obtengo la evacuación inmediata, ¡pero a partir de aquel día hubo en mi expediente una cierta «nota» a la cual debo, hasta que fui herido, que me fuera negado todo ascenso!

Por la noche.

Pienso en mis relaciones aquí con los demás. Convivialidad que debiera recordar la del frente. Nada de eso. No se puede comparar. Aquí camaradería, y nada más. En el frente, el último pelagatos es un hermano.

Pienso en todos aquellos que he conocido. Triste revista. Casi todos licenciados, mutilados, desaparecidos... Carlier, Brault, Lambert y el buen Dalin, y Huart, y Laisné, y Mulaton, ¿dónde estarán? ¿Y Saunais? ¿Y el pequeño Nops? ¿Y tantos otros? ¿Cuántos de entre ellos terminarán la guerra indemnes?

Hoy pienso en la guerra mucho más que de costumbre. Lo que me decía Daniel, en Maisons: «La guerra es una oportunidad para una amistad excepcional entre los hombres...» (¡Una ocasión atroz y una amistad efímera!) A pesar de todo, tenía razón: hay una especie de compasión, de generosidad y de ternura recíprocas. En esta maldición compartida se acaba por no tener nada más que relaciones elementales y únicas. Galoneados o no, se trata de las mismas servidumbres, los mismos sufrimientos, el mismo aburrimiento, el mismo miedo, la misma esperanza, el mismo barro y muchas veces la misma comida y el mismo periódico. Menos intrigas, menos rencillas, menos maldad que en otros sitios. Se tienen tanta necesidad unos de otros.

Se ama y se ayuda, para ser amado y ayudado. No hay antipatías personales ni envidias (en el frente). No hay odio. (Ni siquiera odio hacia el boche de enfrente, víctima de los mismos absurdos.)

Y además, esto otro: por la fuerza de los acontecimientos, la guerra es un período de «meditación». Tanto para el individuo inculto como para el instruido. Una meditación simple y profunda. Sobre poco más o menos, la misma para todos. ¿Es este diálogo diario con la muerte el que obliga a reflexionar a los espíritus menos contemplativos? (Ejemplo, este cuaderno...) No ha habido ni uno solo de mis compañeros de batallón al que no haya sorprendido algún día «meditando». Una meditación solitaria, introspectiva, que se cultiva como una necesidad y que se oculta. El único rincón que se reserva. En esta despersonalización obligada la meditación es el último refugio de la persona.

¿Qué quedará de los frutos de esta meditación a aquellos que escapen a la muerte? No gran cosa, tal vez. En todo caso, un furioso anhelo de vida. ¿El horror a los sacrificios inútiles, a las palabras grandilocuentes, al heroísmo? ¿O bien, por el contrario, nostalgia de las «virtudes» del frente?

11.

El fragmento expectorado la otra mañana ha sido identificado histológicamente. No se trataba de una falsa membrana: un molde de mucosidad.

Por la noche.

En realidad, pienso casi con tanta frecuencia en mi vida como en mi muerte. Me vuelvo sin cesar hacia mi pasado. Escarbo en él como un trapero en la basura. Con la punta de mi gancho saco algunos detritus que examino, que interrogo, acerca de los cuales pienso incansablemente.

Es tan poca cosa una vida... (Y no pienso esto porque la mía se haya acertado. ¡Es cierto para cualquier vida!) Archibanal: la breve lucecilla en la inmensidad de la noche, etcétera. ¡Qué poco lo que dicen aquellos que repiten estos lugares comunes! ¡Qué poco comprenden su patetismo!

Imposible librarse completamente de la pregunta ociosa: «¿Cuál puede ser la significación de la vida?» Yo mismo, rumiando mi pasado, me sorprendo muchas veces preguntándome: «¿Con qué rima esto?»

Con nada. Absolutamente con nada. Cuesta cierto trabajo aceptar esto, porque se tienen en los huesos dieciocho siglos de cristianismo. Pero cuanto más se reflexiona, cuanto más se ha mirado en torno a sí y dentro de sí, más se siente uno penetrado de esta verdad evidente: «Esto no rima con nada.» Millones de individuos se forman

sobre la corteza terrestre, alborotan en ella un instante, luego se descomponen y desaparecen, dejando el sitio a otros millones, que mañana se disgregarán a su vez. Su corta aparición no «rima» con nada. La vida carece de sentido. Y nada tiene importancia si no es esforzarse en ser lo menos desgraciado posible en el curso de estas vacaciones efímeras.

Comprobación que no es tan decepcionante ni tan paralizadora como se pudiera creer. Sentirse completamente limpio, completamente emancipado de todas las ilusiones en que se acunan aquellos que quieren a toda costa que la vida tenga sentido, puede proporcionar una maravillosa sensación de serenidad, de fuerza, de libertad. Esto debiera ser incluso un pensamiento bastante tonificante, si se supiera utilizarlo...

Pienso de repente en aquella sala de recreo, en la planta baja del Pabellón B que yo cruzaba todas las mañanas al dejar mi servicio en el hospital. La veo llena de pequeñuelos a cuatro patas, jugando con taquitos de madera. Había en ella pequeños incurables, enfermos, convalecientes. Había en ella niños retrasados, medio idiotas y muy inteligentes otros. Un microcosmos, en definitiva. La Humanidad vista con un antejo puesto al revés... Muchos se contentaban con remover de cualquier forma los tacos que tenían ante sí, con moverlos de sitio y darles vueltas y más vueltas sobre sus distintas caras. Otros, más despiertos, compaginaban los colores, alineaban los tacos, componían dibujos geométricos. Algunos, más audaces, se distraían construyendo pequeños edificios temblorosos. Algunas veces un espíritu aplicado, tenaz, inventivo y ambicioso se marcaba un objetivo difícil, consiguiendo, después de diez tentativas vanas, fabricar un puente, un obelisco o una alta pirámide... Al terminar el recreo, todo se desplomaba. No quedaba sobre el linóleo sino un montón de tacos desperdigados, ya preparados para el recreo del día siguiente. Esto es, en fin de cuentas, una imagen bastante aproximada de la vida. Cada uno de nosotros, *sin otro objeto que jugar* (cualesquiera que sean los pretextos que se ponga a sí mismo), reúnen, según su capricho y según su capacidad, los elementos que le proporciona la existencia, los tacos multicolores que encuentra a su alrededor al nacer. Los más dotados tratan de hacer de su vida una construcción complicada, una verdadera obra de arte. Hay que hacer por encontrarse entre ellos para que el recreo resulte lo más distraído posible...

Cada uno según sus medios. Cada uno con los elementos que le aporta el azar. ¿Y tiene realmente mucha importancia que se logre hacer mejor o peor el obelisco o la pirámide?

La misma noche.

Hijo mío, lamento estas páginas escritas anoche. Si las lees te repugnarán. «Ideas de viejo —dirás—, ideas de moribundo...» Sin duda tienes razón. Ya no sé dónde

está la verdad. Hay otras contestaciones, menos negativas, a la pregunta que sin duda te haces: «¿En nombre de qué vivir, trabajar y dar el máximo?»

¿En nombre de qué? En nombre del pasado y del futuro, en nombre de tu padre y de tus hijos, en nombre del eslabón que tú eres de la cadena... Asegurar la continuidad... Transmitir lo que se ha recibido, transmitirlo mejorado y enriquecido.

¿No será ésta tal vez nuestra razón de ser?

12 de septiembre, por la mañana.

Yo no he sido sino un *hombre medio*. Facultades medias, en armonía con lo que la vida exigía de mí. Inteligencia media, memoria, don de asimilación. Carácter medio. Y todo lo demás, teatro.

Por la tarde.

La salud y la felicidad: unas anteojeras. La enfermedad hace por fin lúcido. (Las mejores condiciones para comprenderse bien y comprender al hombre serían «haber estado» enfermo y recobrar la salud.) Siento vehementes deseos de escribir: el hombre que ha gozado siempre de buena salud es fatalmente un imbécil.

Yo no he sido sino un hombre medio. Sin verdadera cultura. Mi cultura era profesional, limitada a mi oficio. Los grandes, *los verdaderos grandes*, no se limitan a su especialidad. Los grandes médicos, los grandes filósofos, los grandes matemáticos, los grandes políticos, no son únicamente médicos, filósofos, etcétera. Su cerebro se mueve fácilmente en otros terrenos, se evaden más allá de los conocimientos específicos.

Por la noche.

Acerca de mí mismo:

Yo no soy apenas sino un individuo que ha tenido suerte. Escogí la carrera en que mejor podía triunfar. (Lo que de por sí ya prueba una cierta inteligencia práctica...) Pero una inteligencia *media*, justo lo bastante bien equilibrada para saber sacar partido de las circunstancias favorables.

He vivido lleno de orgullo.

Imaginaba deberlo todo a mi cerebro y a mi energía. Imaginaba haber creado mi propio destino y merecer mis éxitos. Me imaginaba que era un individuo de primera fila, porque había conseguido hacerme juzgar como tal por otros menos dotados que

yo. Teatro. He engañado hasta al mismo Philip.

Milagros e ilusiones que no hubieran podido durar siempre. La vida me reservaba sin duda decepciones brutales.

No hubiera sido nada más que un buen médico, como tantos otros.

13 de septiembre.

Esta mañana, expectoraciones rosáceas. Las once. Estoy en la cama esperando a Joseph, para las ventosas.

Mi habitación. Odioso universo minúsculo, cuyos detalles me son archiconocidos, hasta producirme náuseas. ¡Ni un clavo, ni el agujero de un clavo, ni un desconchón de estas paredes rosas en el que mis ojos no se hayan posado millares de veces! ¡Y siempre esas *girls* pegadas encima del espejo! (Que tal vez echarla de menos si consiguiera por fin que las quitaran.)

Horas y horas, días y días, en esta cama. ¡Yo, tan activo!

Acción. No solamente he sido activo. He profesado a la acción un culto fanático y pueril.

(No ser demasiado injusto con la actividad de antes. Lo que sé me lo ha enseñado la acción. El cuerpo a cuerpo con las realidades. He sido forjado por la acción. Incluso este infierno de la guerra, si lo he podido soportar tan firmemente, ha sido porque me obligaba continuamente a la acción.)

Por la tarde.

En el fondo, yo hubiera debido ser cirujano. He practicado la Medicina con temperamento de cirujano. Para ser un buen médico hay también que poder ser un contemplativo.

Por la noche.

He seguido pensando en mi enorme actividad de antes. No sin severidad. Ahora distingo en ella perfectamente la parte —una parte— de histrionismo. (Con respecto a mí mismo aún, o en todo caso igual, que con respecto a los demás.)

Mi debilidad: una perpetua *necesidad de aprobación*. (¡Cuánto me cuesta esta confesión, Jean-Paul!)

He comprobado cien veces que la presencia de los demás me era casi indispensable para dar mi pleno rendimiento. Sentirme mirado, juzgado y admirado



estimulaba todas mis facultades, exaltaba mi audacia, mi espíritu de decisión, la sensación de mi fuerza, daba a mi voluntad un impulso irresistible. (Ejemplos: bombardeo de Péronne, ambulancia de Montmirail, golpe de mano del bosque Brûlé, etcétera. Otro ejemplo: en la vida civil yo era, indiscutiblemente, más perspicaz en mi diagnóstico, tenía más iniciativa en la terapéutica cuando pasaba consulta en el hospital, a la vista de mis colaboradores, que cuando estaba solo en mi casa, en mi gabinete, frente a un cliente.)

Hoy me doy cuenta de que la verdadera energía no es ésta: es la que no necesita espectadores. La mía necesitaba a los demás para dar el máximo. Solo en la isla de Robinson es probable que me hubiera suprimido. Pero la llegada de Viernes me hubiera hecho realizar proezas...

Por la noche.

Cultiva tu voluntad, Jean-Paul. Si eres capaz de desear, nada te será imposible.

14.

Recaída. Dolores retroesternales, además de todo lo otro. Y espasmos inexplicables. Imposible conservar nada en el estómago. No he podido levantarme.

Goiran me ha traído sus periódicos. En Suiza se habla de proposiciones de paz austrohúngaras (?) y también de un sordo movimiento revolucionario en Alemania (?) ... ¿Se abrirán ya camino las ideas democráticas, gracias a los mensajes de Wilson?

Menos incierta la noticia de avance americano en dirección a Saint-Mihiel. ¡Y Saint-Mihiel, es el camino de Briey, de Metz! Pero llegamos a la línea Hindenburg, que dicen es infranqueable.

16 de septiembre.

Un poco mejor. Ya no tengo náuseas. Muy debilitado por estos dos días de dieta.

Contestación de Clemenceau a las insinuaciones de paz austríacas. Soberanamente desdeñosa. El tono de un oficial de caballería. Peor: el tono de un pangermanista. El efecto de los recientes éxitos militares no se hace esperar: tan pronto como uno de los adversarios cree tener ventaja deja al descubierto sus pensamientos ocultos, *que son siempre imperialistas*. Wilson tendrá mucho que hacer con los hombres de Estado de la Entente a poco que la victoria de los aliados no sea exclusivamente americana. La Entente tenía aquí una ocasión para declarar en forma

leal sus deseos. Pero ha preferido engañar, aparentar exigir el máximo, por miedo a no poder sacar todo lo posible de los vencidos a la hora de ajustar cuentas. Goiran dice: «Algunos éxitos y ya tenemos a la Entente embriagada.»

17.

Podrán decir lo que quieran, pero estas congestiones bronco-neumónicas repetidas han sido consideradas siempre como una forma de infección pulmonar con recaídas.

18.

Largo reconocimiento de Bardot y luego consulta de Sègre. *Flexión acusada del lado derecho del corazón, con hipotensión y cianosis.*

Me lo esperaba desde hacía semanas. El viejo adagio: «Pulmones enfermos, cuida el corazón.»

La característica del enfermero: no estar nunca al alcance de la voz cuando se tiene necesidad urgente de él y eternizarse en la habitación en aquellos momentos en que su presencia es insoportablemente inoportuna...

Noche del 19 al 20.

La vida, la muerte, las germinaciones ininterrumpidas, etcétera.

Esta tarde he examinado con Voisenet un mapa del frente de Champagne. He recordado bruscamente aquella llanura blanquecina (en algún lugar al nordeste de Chálons), en el que hicimos alto para tomar un bocado, cuando cambié de destino, en junio de 1917. El suelo había sido arado tan profundamente por los bombardeos del principio de la guerra que ya nada crecía en ellos, ni siquiera una brizna de grama. Sin embargo, era en primavera, el frente estaba lejos y toda la región aledaña había vuelto a ser puesta en cultivo. Y cerca del lugar donde nos habíamos detenido, en medio de este desierto calizo, había un islote completamente verde. Me acerqué. Era un cementerio alemán. Las tumbas estaban a ras del suelo, hundidas entre la alta hierba, y sobre estos jóvenes cadáveres había una plétora de avena, de flores silvestres y de mariposas.

Archibanal. Pero hoy este recuerdo me emociona más que entonces. He pensado toda la noche en esta Naturaleza ciega, etcétera. Sin saber dar forma a mi pensamiento.

Éxito en el frente de Saint-Mihiel. Éxito ante la línea Hindenburg. Éxito en Italia. Éxito en Macedonia. Éxito en todas partes. Pero...

¿Pero al precio de cuántas pérdidas?

Y no es esto todo. ¿Cómo no sentir aprensión cuando se advierte el cambio de tono de la prensa aliada desde que nos sentimos los más fuertes? ¡Con qué intransigencia han rechazado Balfour, Clemenceau y Lansing los ofrecimientos de Austria! ¡Y, sin duda, obligado a Bélgica a rechazar las de Alemania!

Visita de Goiran. No; no puedo imaginar tan cercano el final de la guerra. Para fundar la República alemana y asentar sobre una base sólida el coloso de arcilla ruso harán falta todavía largos meses y puede que años. Y cuanto más nos sintamos victoriosos menos accederemos a una paz de conciliación, la única duradera.

Con Goiran. Discusión irritante y vana acerca del *progreso*. Dice: «¿Entonces, usted no cree en el progreso?»

Desde luego, desde luego. ¡Pero un gran avance! No hay nada que esperar del hombre antes de algunos *milenios*...

21.

He comido abajo.

Lubin, Fabel y Reymond, por diferentes que sean sus opiniones, son igual de sectarios. (Voisenet dice del comandante: «Me cuesta trabajo creer que la Naturaleza le haya dado un cerebro. No me sorprendería saber que sólo tiene la médula espinal.»)

Para Jean-Paul:

No hay verdad, sino provisionalmente.

(Yo todavía he conocido la época en que se creía haber resuelto todo con los antisépticos. «Matar el microbio.» Luego se ha visto que, a menudo, al mismo tiempo, se mataban las células vivas.

Tantear, dudar. No afirmar nada definitivamente. Todo camino por el cual se lanza uno a fondo se convierte en un callejón sin salida. (Ejemplos frecuentes en la ciencia médica. He visto a inteligencias de la misma fuerza, de la misma sagacidad, animadas por la misma pasión de la verdad, llegar por el estudio de los mismos fenómenos y haciendo exactamente las mismas observaciones clínicas a conclusiones muy diferentes, algunas veces diametralmente opuestas.)

Hay que curarse pronto de la afición a la certeza.

22.

Punzadas de costado tan dolorosas que, cuando me he instalado en algún sitio, ya no tengo ánimos para moverme. Bardot contaba maravillas de este unguento al paraaminobenzoato de etilo. Totalmente ineficaz.

23 de septiembre.

Ya no saben dónde pincharme. Tengo el cuerpo acribillado.

25.

Desde ayer, otra vez estas grandes oscilaciones de temperatura.

A pesar de todo he tratado de bajar. Pero me he visto obligado a volverme a acostar, después de haberme desvanecido en el rellano de la escalera.

Esta habitación, estas paredes rosadas... Cierro los ojos para no ver ya nada.

Pienso en la preguerra, en mi vida de entonces, en mi juventud. Mi verdadera fuente de energía era una *confianza en el futuro* secreta e inalterable. Más que una confianza: una certeza. Ahora, tinieblas allí donde estaba mi luz. Es una tortura que no tiene fin.

Náuseas. Bardot ocupado abajo por tres recién llegados. Es Mazet el que ha subido, dos veces, esta tarde. Ya no puedo soportar sus modales bruscos y su hocico de viejo colonial. Oliendo a sudor, como siempre. He estado a punto de vomitar.

Jueves, 26 de septiembre.

Mala noche. Según la auscultación, nuevos focos de ronquidos subcrepitantes.

Por la noche.

Un poco aliviado por la inyección. ¿Por cuánto tiempo?

Corta visita de Goiran, que me ha fatigado. Ofensiva franco-americana. Ofensiva anglobelga. Los alemanes retroceden en todas partes. Éxitos aliados también en el frente balcánico. Bulgaria pide el armisticio. Goiran dice: «La paz búlgara es el principio del fin: el momento del embarazo en que la mujer rompe aguas...»

En Alemania ha empezado a encenderse la hoguera. Los socialistas han impuesto condiciones concretas para su entrada en el gobierno. Descontento general del país, confesado por las alusiones que hace a él el canciller en su discurso.

Demasiado bello. Los acontecimientos van tan de prisa que causan pavor. Turquía, aplastada. Bulgaria y Austria, dispuestas a capitular. Victorias por todas partes. La paz se abre como un abismo. Vértigo. ¿Está Europa madura para una paz «verdadera»?

En el Gran Hotel de Grasse un americano ha apostado mil dólares contra un luis a que la guerra habrá acabado para *Christmas*.

Dichosos aquellos que celebren el año nuevo.

27.

Aumenta la debilidad. Fatiga. Completamente afónico desde el lunes. Visita de Sègre, traído por Bardot. Reconocimiento prolongado. Menos distante que de costumbre. ¿Intranquilo?

Por la noche.

Análisis de esputos: neumococos, pero sobre todo estreptococos, cada vez más abundantes, a pesar de sus sueros específicos. Toxiinfección característica.

Mañana, por la mañana, radioscopia.

28.

Síntomas de infección general muy claros. Bardot y Mazet suben varias veces al día. Bardot ha decidido, después del examen radioscópico, una punción exploradora. ¿Qué teme? ¿Un absceso en el parénquima?

## OCTUBRE

6 de octubre.

Ocho días.

Demasiado débil todavía para escribir. Somnolencia. Estoy satisfecho de tener otra vez este cuaderno. E incluso con mi habitación. E incluso con mis *girls*.

¿He salido del paso una vez más?

7 de octubre.

No he tocado el cuaderno durante estos ocho días. Recobro las fuerzas. La temperatura ha bajado definitivamente; normal, por la mañana, 37.9° o 38° por la tarde.

Todos me han creído perdido. Y luego, no.

Llevado el lunes 30 a la clínica de Grasse. Operado por Mical, por la tarde. Con asistencia de Sègre y de Bardot. Gran absceso en el pulmón derecho. Afortunadamente, bien delimitado. Han podido traerme a Mousquier el quinto día.

¿Por qué no me he matado el 29 después de la punción? *No he pensado en ello.* (¡Estrictamente verdad!)

Martes, 8 de octubre.

Menos débil. Debiera pensar que es verdaderamente lamentable que me hayan sacado adelante; pero no: acepto este nuevo entreacto con una alegría cobarde...

La interrupción en la lectura de los periódicos me estorba para comprender. Ignoraba la dimisión del gobierno alemán. Indudablemente, han tenido que pasar allí cosas muy graves. La prensa suiza dice que Max de Bade ha sido nombrado canciller para negociar la paz.

9 de octubre.

No tengo por qué estar demasiado orgulloso. Ni siquiera me ha rozado la tentación de suicidarme. No he pensado en ello hasta mi regreso a esta habitación. Entre el diagnóstico del absceso y la intervención no he pensado sino en una cosa: que la operación se hiciera cuanto antes, para salir adelante.

Más humillante aún: durante toda mi estancia en Grasse he estado obsesionado por el pesar de haber dejado aquí el collar de ámbar. Incluso había tomado la decisión de confiárselo a Bardot tan pronto regresara aquí, haciéndole prometer... ¡que lo metería en mi ataúd!

No sé si lo haré. Puerilidad de moribundo. Si cedo a la tentación, no me juzgues demasiado precipitadamente, hijo mío; no desprecies al tío Antoine. El recuerdo que va unido a este collar es el de tina pobre aventura, pero esta pobre aventura, a pesar de todo, es lo mejor que ha habido en mi pobre vida.

Visita de Mical.

11 de octubre, viernes.

Fatigado ayer por la visita del cirujano. Me ha dado toda clase de detalles. Gran absceso, bien drenado, tabicado por membranas fibrosas muy resistentes. Pus espeso y compacto. Confiesa que ha encontrado el pulmón en estado de congestión edematosa intensa. Análisis bacteriológico: cultivos de estreptococos.

Mical, interesado por el caso. Relativamente, poco frecuente; en un año, de setenta y nueve iperitados tratados aquí, solamente ha habido siete abscesos *simples*, uno de los cuales es el mío. Cuatro operados con éxito. Los otros tres...

Más raros aún, afortunadamente, los casos de abscesos *múltiples*. Nunca operables. Sólo tres casos de setenta y nueve gaseados y tres muertos.

Tengo suerte. (Frase escrita espontáneamente. No la hubiera escrito, indudablemente, de haber tenido tiempo para reflexionar. Pero habiéndolo hecho no la tacho. Sin duda, no estoy lo suficientemente desapegado a la vida para llamar «suerte» a una prolongación del suplicio...)

12 de octubre.

He empezado de nuevo a levantarme, ayer, por la tarde. Aún más delgado. He perdido dos kilos cuatrocientos gramos desde el 20 de septiembre.

El corazón sigue fallando. Digitalina y drosera, dos veces al día. Continuamente sudoroso. Malestar, debilidad, arcadas y fatiga; todo a la vez. Y si me preguntan cómo estoy, estos días así, contesto de buena fe: «No voy mal...»

13.

Los periódicos suizos dan detalles bastante plausibles de las gestiones indirectas realizadas cerca de Wilson por el nuevo gobierno alemán para iniciar negociaciones. Petición de armisticio inmediato, formulada abiertamente. Plausibles, ya que el último discurso del canciller en el Reichstag es una franca proposición de paz. ¡Alemania, ayer mismo tan arrogante!

¡Con tal de que los aliados no abusen! Con tal de que se resistan a la tentación de triunfar demasiado... ¡Ya se advierte, por doquiera, una insolencia de *jockey* ganador!

Estoy seguro de que el mismo Rumelles ha olvidado que en la primavera admitía lo peor; ¡hoy en día, seguro que no hay triunfador más intransigente que él! La palabra «alegría», que aparece una y otra vez en la prensa francesa, es chocante. ¡«Redención», pero no «alegría»! ¿Cómo olvidar tan pronto el cúmulo de dolores que pesan sobre Europa? Nada, ni siquiera el final de la guerra, puede impedir que el dolor domine y exista.

14 de octubre, por la noche.

Se reanudan los insomnios. Me sorprende echando de menos la somnolencia de la infección. Cabeza hueca, abatimiento. Entregado a los «espectros». Consciente lo estrictamente indispensable para poder sufrir «bien».

Hubiera querido dejar en este cuaderno una imagen mía. Para Jean-Paul. Pero cuando he empezado a escribirle ya era incapaz de fijar mi atención, de trabajar, de persistir. ¿Otro sueño más sin realizar?

¿Qué importa? La indiferencia va ganando terreno, como una mancha de aceite.

El 15.

Ofensiva general. Éxitos en todas partes. En todos los frentes a la vez. Se diría que, desde que se ha suscitado la cuestión de la paz, el mando aliado quiere obtener mayores triunfos, poniendo toda la carne en el asador. La última «batida»...

Un poco mejor hoy. Me agrada escribir.

Visita de Voisenet. Fisonomía de buda. Cara lisa; ojos separados, sin profundidad en las órbitas; párpados gruesos y arrugados, como pétalos de flores carnosas (magnolia, camelia); boca grande; labios anchos, de movimiento difícil. Piostro pleno de sabiduría. Resulta sedante mirarle. Una especie de serenidad fatalista, muy extremooriental.

Pretende tener informes recientes sobre el estado de ánimo en los Estados Mayores. Inquietante. Las pérdidas ya no cuentan desde que se cree poder contar con la «reserva» americana, considerada inagotable. Y una resistencia sorda contra la paz. Rechazar todo armisticio, invadir Alemania, firmar la paz en Berlín, etcétera. Voisenet dice: «Piensan en la *victoria*, en lugar de pensar en el *final de la guerra*.» Y cada vez más abiertamente hostiles a Wilson. Ya declaran que los «catorce puntos» son solamente apreciaciones personales de Wilson; que la Entente no los ha ratificado nunca *en forma oficial*, etcétera. Voisenet me hace observar que, desde julio, desde los primeros éxitos militares, la prensa (censurada) todavía habla algunas veces de «Sociedad de las Naciones», pero nada en absoluto de «Estados Unidos europeos».



Por la noche.

Voisenet me ha dejado algunos números de *l'Humanité*. Resulta extraño observar qué imagen más pobre presentan nuestros socialistas cuando se han saboreado los mensajes americanos. Un tono de sectarios limitados. Nada verdaderamente grande puede nacer de esos elementos, de esos hombres. Hay que poner a los políticos socialistas de Europa entre los detritus del mundo antiguo. Para barrerlos con los demás detritus.

Socialismo. Democracia. Me pregunto si Philip no tendría razón y si los gobiernos vencedores querrán renunciar a las costumbres dictatoriales, adquiridas desde hace cuatro años. ¡Y el imperialismo (republicano), representado por Clemenceau, tal vez se defienda antes de ceder el sitio! Tal vez el hogar del verdadero socialismo se forje primero en la Alemania vencida. Precisamente por haber sido vencida.

16.

Ligeramente mejor que estos últimos ocho días.

Goiran me ha encontrado el texto del mensaje del 27. No añade nada de nuevo a los precedentes, pero define con más precisión los objetivos de paz. «Esta guerra prepara un nuevo orden, etcétera.» La alianza general de los pueblos es la única garantía de la seguridad colectiva. ¡Cuando veo el efecto de estas palabras sobre el «vivo en precario», que yo soy, imagino lo que pueden sentir los millones de combatientes, los millones de esposas y de madres! No se despiertan en vano tales esperanzas. Que los dirigentes aliados sean sinceros o no en su adhesión a los principios de Wilson poco importa ahora; tal como están las cosas, la presión unánime será tan fuerte que, llegada la hora, ningún político de Europa podrá oponerse a la paz que se espera.

Pienso en Jean-Paul. En ti, hijo mío. Con un consuelo infinito. Va a nacer un mundo nuevo. Tú lo verás consolidarse. Tú colaborarás a ello. ¡Sé fuerte para colaborar *bien!*

Jueves 17.

Contestación draconiana de Wilson a las primeras insinuaciones de Alemania. Exige claramente, antes de cualquier contestación, la caída del Imperio, la exclusión de la casta militar y la democratización del régimen. A riesgo, evidentemente, de retrasar la paz. Intransigencia sin duda indispensable. No perder de vista los objetivos

esenciales. No se trata de obtener un armisticio prematuro ni siquiera una capitulación del Kaiser. Se trata del «desarme general» y de una «Federación Europea». Irrealizables sin la desaparición de Alemania y Austria «imperiales».

Goiran, muy decepcionado. He defendido a Wilson contra él y contra los demás. Wilson: un cirujano inteligente que sabe dónde está el foco de infección y que vacía el absceso antes de empezar a vendar.

A propósito de absceso; ese grandullón de Bardot explica muy bien que la iberita no es sino una causa ocasional del absceso. El cual, en realidad, provoca una infección secundaria, determinada por los microbios que invaden el parénquima *favorecidos* por las lesiones congestivas provocadas por el gas.

18 de octubre.

Hoy me cuesta mucho trabajo sobreponerme al cansancio. Imposible leer, a no ser los periódicos.

¡El tono de la prensa aliada para hablar de nuestras «victorias»! Hugo, ante la epopeya napoleónica... Esta guerra (ninguna guerra) tiene nada de epopeya heroica. Es salvaje y desesperada. Se acaba, como una pesadilla, entre sudores de angustia. Los actos de heroísmo que ha podido suscitar quedan enterrados en el horror. Se han realizado en el fondo de las trincheras, entre sangre e inmundicia. Con el valor de la desesperación. Con el desagrado de una tarea repugnante que no había más remedio que llevar a cabo. No dejará sino odiosos recuerdos. Todos los toques de clarín, todos los saludos a la bandera, no alteran esto.

21.

Dos días malos. Ayer noche, inyección en la tráquea de aceite gomenolado. Pero la infiltración y la hiperestesia laríngea han hecho difícil la aplicación. El pobre Bardot sudaba la gota gorda. He dormido tres horas enteras. Hoy estoy un poco más aliviado.

Miércoles (23 de octubre).

Las nuevas dosis de digitalina parecen un poco más eficaces.

Observo que cuando no estoy completamente afónico, tartamudeo con más frecuencia. Antes, esto me sucedía pocas veces y era siempre señal de una fuerte excitación. Hoy no es, sin duda, sino un indicio de decadencia física.

Periódicos. Los belgas, en Ostende y Brujas. Los ingleses, en Lille, en Douai, en Roubaix, en Tourcoing. Avance irresistible. Pero lentitud desesperante en los cambios de notas entre Alemania y Estados Unidos. No obstante, Wilson parece haber obtenido como condición previa una reforma de la constitución imperial y la adopción del sufragio universal. Esto representaría un gran paso. A continuación, obtener la abdicación del Kaiser. ¿Mañana o dentro de seis meses? La prensa insiste en los disturbios interiores. No equivocarse: una revolución alemana podría apresurar las cosas, pero también complicarlas. Porque Wilson parece decidido a no tratar sino con un gobierno muy estable.

24 de octubre.

No; no envidio la ignorancia habitual de los enfermos ni sus ingenuas ilusiones. Se han dicho muchas tonterías acerca de la lucidez del médico que se ve morir. Yo creo, por el contrario, que esta lucidez me ha ayudado a soportarlo. Y tal vez me ayude hasta cerca del fin. Saber no es una maldición, sino una fuente de energía. Yo sé. Yo sé lo que sucede aquí dentro. «Veo» mis lesiones. «Me interesan.» Sigo los esfuerzos de Bardot. En cierto modo, esta curiosidad me sostiene.

Quisiera poder analizar mejor todo esto. Y escribírselo a Philip.

Noche del 24-25.

Día pasable. (Ya no tengo derecho a ser exigente.)

El cuaderno, contra los «espectros».

Tres de la madrugada. Largo insomnio, dominado por el pensamiento de todo lo que la muerte de un individuo sumerge en el olvido. Al principio me he abandonado a esta idea, como si fuera exacta. Pero no. No es exacta en absoluto. La muerte sumerge poco en la nada, muy poco.

Me he dedicado pacientemente a reunir recuerdos. Faltas cometidas, aventuras secretas, pequeñas cosas de qué avergonzarse, etcétera. A cada una me preguntaba: «¿Y esto también va a desaparecer completamente conmigo? ¿Es que, realmente, no queda de ello otro vestigio que en mí?» Durante casi una hora me he empeñado en encontrar en mi pasado un acto un poco especial del cual pudiera estar seguro de que no subsiste nada, absolutamente nada, en parte alguna, excepto en mi conciencia; sin ninguna ilación, sin la menor consecuencia material o moral, ningún germen de pensamiento que pueda ser despertado después de mí en la memoria de algún otro individuo; pero para cada uno de mis recuerdos terminaba siempre por encontrar algún posible testigo, alguien que lo había sabido e incluso que había estado en condiciones de adivinarlo; alguien que tal vez vivía aún y que, desaparecido yo,

podría algún día, al azar de una reminiscencia... Me revolvía en mis almohadas, torturado por un inexplicable sentimiento de pesar y de mortificación, al pensar que, si no conseguía encontrar algo, mi muerte sería una ridiculez, que ya ni siquiera tendría la mísera satisfacción, para el amor propio, de *llevar* a la nada algo que me perteneciera en exclusiva.

¡Y de repente lo he encontrado! El hospital Laénec y la pequeña argelina.

¡Ya tengo por fin este recuerdo, del cual estoy seguro de ser el único depositario!  
¡Del que nada, nada absolutamente, nada sobrevivirá en el mismo instante en que yo haya dejado de existir!

Amanece. Estoy agotado por la fatiga y no he podido dormir. He tenido breves sopores de los que me han sacado inmediatamente los golpes de tos.

He luchado toda la noche con este recuerdo fantasma. Vacilante entre la tentación de escribir mi confesión en este cuaderno, para salvar de la nada este hecho conmovedor y, al contrario, un deseo celoso de guardarlo para mi solo; de tener por lo menos este secreto que llevar conmigo a la muerte.

No. No escribiré nada.

25 de octubre, al mediodía.

¿Debilidad? ¿Obsesión? ¿Comienzo de delirio? Desde la noche última sólo pienso en mi próximo fin en función del *secreto*. Ya no pienso en mí, en mi desaparición, sino en la del recuerdo de Laénec (Joseph ha venido a hablarme de la paz: «Muy pronto seremos desmovilizados, señor doctor.» Le he contestado: «Muy pronto, Joseph, habré muerto.» Pero mi pensamiento íntimo era: «Muy pronto, ya no quedará “nada” de lo de la pequeña argelina.»)

De repente es como si me hubiese convertido en dueño de mi destino. Con esto he vencido a la muerte, puesto que depende de mí, puesto que depende de una nota escrita, de una confidencia a cualquiera, que este *secreto* sea o no hurtado a la nada.

Por la tarde.

No he podido contenerme de contárselo a Goiran. Sin decirle nada explícitamente, claro está. Sin siquiera aludir a la pequeña argelina, sin siquiera pronunciar el nombre del hospital Laénec. Exactamente igual que hacen los niños cuando no les cabe un secreto en el pecho y gritan a todo el mundo: «Sé una cosa, pero no la quiero decir.» Me ha mirado con cierta extrañeza, con cierto temor. Indudablemente, se ha preguntado si me estoy volviendo loco. He saboreado —por última vez, sin duda— una intensa satisfacción de orgullo.

He tratado de descansar la cabeza, hojeando los periódicos. También en Alemania la casta militarista trata de torpedear la paz. Ludendorff se había puesto a la cabeza de un movimiento de oposición contra el canciller, al cual acusa públicamente de traición, por haber querido negociar con Estados Unidos. Pero la tendencia a la paz ha sido más fuerte. Y ha sido Ludendorff el que ha tenido que dimitir de su mando. Buena señal.

Visita de Goiran. Inquietante discurso de Balfour. Los apetitos ingleses se despiertan: ¡ahora quieren anexionarse las colonias alemanas! Goiran me recuerda que el año último, sin ir más lejos, Lord Robert Cecil afirmaba en los Comunes: «Hemos entrado en esta guerra sin ningún propósito de imperialismo conquistador.» (Parece que no saldrán como han entrado...)

Afortunadamente, Wilson está aquí. Derecho de los pueblos a disponer de sí mismos. ¡Espero que no consentirá que los vencedores se repartan a los negros como cabezas de ganado!

Goiran y el problema colonial. Explica muy inteligentemente la imperdonable falta que cometerían los aliados si cedieran a la tentación de repartirse las posesiones coloniales alemanas. Oportunidad única para revisar, con amplios vuelos, toda la cuestión de las colonias. Constituir, bajo el control de la Liga de las Naciones, una vasta *explotación en común* de las riquezas mundiales. ¡Garantía de paz!

26.

Agravación repentina. Fatiga durante todo el día.

27.

Mis ataques de fatiga tienden a tomar una nueva forma: espasmódica. Atrozmente penosa. Mi laringe se contrae, como oprimida por una mano. La estrangulación se añade a la fatiga.

He pasado cerca de una hora anotando en la agenda los progresos de la enfermedad. (No estoy seguro de poder seguir durante mucho tiempo llevando la agenda al día.)

28.

Es el joven Marius quien acaba de subirme los periódicos. Sensación desagradable. (Ese color sano, esos ojos claros, esa juventud... ¡Esta maravillosa *indiferencia* por su salud!) No quisiera ver ya sino viejos y enfermos. Comprendo que un condenado a muerte se abalance sobre su carcelero y le estrangule para no ver más a este hombre libre y en buen estado de salud.

La maquinaria se va descomponiendo cada vez más de prisa. No es posible que las facultades mentales no hayan también... Sin duda, estoy lo bastante desmejorado para no darme cuenta de ello.

29 de octubre.

¿Sentiría menos pena si en esta lucha, a brazo partido, tuviera el recuerdo de eso que llaman los libros un «gran» amor?

Sigo pensando en Rachel. Muy a menudo. Pero egoístamente, como enfermo; me digo que sería muy agradable tenerla aquí y morir en sus brazos.

¡Qué emoción sentí en París cuando encontré este collar! ¡Mi impulso hacia ella! Terminado.

¿La he «amado»? En todo caso, a ninguna otra. Ni tanto ni más. ¿Pero es esto lo que todos llaman «*el Amor*»?

Por la noche.

Desde hace dos días la digitalina se muestra impotente por completo. Bardot vendrá dentro de un rato para probar con una inyección de aceite alcanforado.

30.

Visitas.

Los veo agitarse. ¿Qué les reserva todavía la vida? Puede que el privilegiado sea yo.

Cansado. Cansado de mí mismo. Cansado, ¡hasta desear ahora que esto se acabe! Me doy cuenta perfectamente de que les causo miedo.

En estos últimos días he tenido que haber cambiado mucho. Esto va muy de prisa. Debo tener la fisonomía de los que se ahogan, la expresión de angustia... Sé que no hay nada más desagradable que ver.

31 de octubre.

El capellán de al lado ha querido verme. Ya había venido el sábado, pero me encontraba demasiado mal. Hoy lo he dejado subir. Me ha cansado. Ha tratado de abordar la cuestión, «su educación cristiana, etcétera». Le he dicho: «No es culpa mía si he nacido con la necesidad de comprender e incapaz de creer.» Me ha propuesto traerme «libros buenos». Le he dicho: «¿A qué espera la Iglesia para condenar la guerra? Vuestros obispos de Francia y vuestros obispos de Alemania bendicen las banderas y cantan el *Te Deum* para agradecer a Dios las matanzas», etcétera. Me ha dado esta contestación asombrosa (ortodoxa): «Una guerra *justa* levanta la prohibición cristiana del homicidio.»

Conversación premeditadamente cordial. No sabía por dónde cogerme. Al marcharse, me ha dicho: «Vamos, vamos; un hombre como usted no puede consentir en morir como un perro.» Le he dicho: «¿Y qué le voy a hacer yo, si soy incrédulo como un perro?» Estaba en la puerta y me ha mirado de una forma rara. (Mezcla de severidad, de sorpresa y de tristeza, y también, según me ha parecido, de afecto.) «¿Por qué se calumnia, *hijo mío*?»

Creo que no volverá.

Por la noche.

*En rigor* consentiría si esto hubiera de complacer a alguien. ¿Pero para quién habría yo de fingir una muerte católica?

Austria pide el armisticio a Italia. Goiran acaba de subir. Hungría proclama su independencia y la república.

¿Será por fin la paz?

## NOVIEMBRE

1.º de noviembre de 1918, por la mañana.

El mes de mi muerte.

Estar privado de *esperanza*. Peor que la tortura de la sed. A pesar de todo, la palpitación de la vida está todavía en mí. Poderosa. En algunos momentos *olvido*. Durante estos escasos minutos vuelvo a ser lo que era, lo que son los demás, incluso hago proyectos. Y, de repente, el soplo helado: de nuevo sé.

Mala señal: Mazet sube menos a menudo. Y cuando viene habla de todo, pero casi nada de mí.

¿Voy a echar de menos a Mazet y su cabezota cuadrada de carcelero?

Por la noche.

Pensar que, pasando el umbral de esta habitación, el mundo sigue viviendo...  
En qué aislamiento estoy ya sumido. Ningún viviente puede comprenderlo.

2 de noviembre.

Ya no me levanto. Tres días que no recorro esos dos metros y medio que separan mi cama de la butaca.

Nunca más. ¿No estar nunca más sentado junto a la ventana? ¿Junto a una ventana? La tristeza de los cipreses en el cielo nocturno... ¿No ver nunca más el jardín, ningún jardín?

Escribo: *Nunca más*. Pero no distingo el infierno que hay en estas palabras, sino a ráfagas.

Por la noche.

¿Cómo vendrá la muerte? Pregunta que me hago ¿cuántas veces cada noche y desde hace cuántas noches? Hay tantos casos posibles... ¿Espasmo laríngeo, brutal, como el joven Neidhart? ¿O progresivo, como Silbert? ¿O bien astenia cardíaca y síncope, como Monvielle, como Poiret?

3, por la mañana.

¿Cómo? Lo peor es la asfixia del pobre Troyat.

Eso da miedo.

Eso no lo esperaré.

Por la noche.

Tan mal esta noche que he llamado dos veces a Bardot. Volverá a medianoche. Ha dejado encima de mi mesa el instrumental para la traqueotomía.

Se dice: «La muerte es lo de menos; lo malo es el sufrimiento.» ¿Entonces,



pudiendo evitarlo, por qué sigo sufriendo? ¿A qué esperar? ¡Y espero!

4 de noviembre.

Armisticio firmado por Italia con Austria y Hungría.

El capellán ha querido volver. (Me he negado, pretextando cansancio.) Es una advertencia. Se acerca el día en que habrá que decidirse.

5.

Todo lo que nosotros hemos esperado, todo lo que hubiéramos querido hacer, todo lo que no hemos podido hacer, tendrás que hacerlo tú, hijo mío.

6 de noviembre.

Visita de Goiran. Espera del armisticio. Y la batalla continúa en todos los frentes. ¿Por qué?

Afonía total. No he podido articular ni una sola palabra.

7.

La glotis ya casi no se dilata. ¿Parálisis de los cricoaritenoides posteriores? Bardot, impenetrable.

Morfina.

8 de noviembre de 1918.

Plenipotenciarios alemanes han franqueado nuestras líneas. Es el final.

De todas formas habré vivido esto.

9 de noviembre.

Agravación. De nuevo grandes oscilaciones de temperatura (37.2-39.9°). Congestión edematosa más fuerte. Ningún síntoma nuevo, pero recrudescencia en

todo.

He pedido (¿por qué?) una radiografía. Para poder hacer una exploración si hubiera un nuevo punto sospechoso. Temo un nuevo absceso. Las oscilaciones indican seguramente supuraciones profundas.

10.

Pulmón derecho cede vez más dolorido. Morfina durante todo el día, por vía oral. ¿Nuevo absceso? Bardot no lo cree. Ningún síntoma patognomónico.

Expectoraciones más bien menos abundantes.

Revolución en Berlín. El Kaiser en fuga. ¡En las trincheras, en todas partes, esperanza, liberación! Y yo...

11 de noviembre.

Día atroz. Quemazón intolerable, siempre en los mismos sitios, en el costado derecho.

¿Por qué no me he decidido antes, cuando aún tenía intactas mis energías? ¿A qué espero? Cada vez que me digo: «Ya ha llegado la hora», me...

(No. Todavía no me he dicho nunca: «Ha llegado.» Me digo: «La hora se acerca.» Y espero.)

12.

Bardot percibe un soplo rodeado por una corona de ruidos subcrepitantes y localizados (?).

Mediodía.

La radiografía. Franja oscura en el vértice derecho, sin límites definidos. Diafragma inmovilizado. Disminución general de la transparencia, pero sin dragado visible. Si fuera otro absceso habría una opacidad completa de la región sospechosa, con límites netos y bien definidos. ¿Entonces? Indicaciones todavía demasiado vagas para intentar una punción. Si no es un nuevo absceso, ¿qué?, ¿qué?

13.

Pujos con fluxiones muy localizadas, siempre en los mismos lugares. La infección se generaliza, con toda seguridad. Sudores terribles y malolientes.

Por la noche.

¿Pequeños abscesos? ¿Pequeños abscesos *múltiples*?

Seguramente, Bardot también piensa en ello.

En ese caso no hay nada que hacer; abscesos ahogados en el parénquima, sin intervención posible, con asfixia para terminar.

14.

Quemazón en ambos costados. El izquierdo también está edematizado. Los abscesos deben de estar diseminados en los dos pulmones.

¿Sería la última oportunidad intentar abscesos de fijación?

Por la noche.

Deprimido e indiferente. En el cajón, una carta de Jenny y otra de Gise. Esta noche una nueva carta de Jenny. Sin abrir. Dejarme solo. Ya no tengo nada que dar a nadie.

Esta noche me he repetido muchas veces esto que comprendo por primera vez: *De profundis clamavi*.

15.

Tal vez me he equivocado al tener tanto miedo. Tal vez no sea tan terrible como yo creía. Tal vez lo peor haya pasado. Me he representado tantas veces el final que ya no puedo más. Pero todo está preparado, todo está aquí.

16.

Absceso de fijación sin resultado. ¿Lo han intentado siquiera? ¿O lo han fingido?  
No he escrito nada en la agenda desde hace dos días. Sufro demasiado.  
Pensar en acabar. Es difícil decirse: «Mañana», o decirse: «Esta noche...»

17.

Morfina. Soledad, silencio. Cada hora me separa más, me aísla. Todavía los oigo, pero ya no los escucho.

La eliminación de fragmentos se ha hecho casi imposible.

¿Cómo vendrá? Quisiera permanecer lúcido, seguir escribiendo, hasta el momento de la inyección.

No hay aceptación. Indiferencia. Agotamiento que suprime la rebeldía. Reconciliación con lo inevitable. Abandono al sufrimiento físico.

Paz.

Acabar.

18.

Edema de las piernas. Es el momento apropiado, si quiero poder hacerlo todavía. Todo está aquí, extender la mano y decidirme.

He luchado durante toda esta noche.

Es el momento.

Lunes, 18 de noviembre de 1918.

Treinta y siete años, cuatro meses y nueve días.

Más fácil de lo que se cree.

Jean-Paul.

FIN DEL

«epilogo»

Y DE

‘LOS THIBAULT’



ROGER MARTIN DU GARD, (Neuilly-sur-Seine, Francia, 23 de marzo de 1881 - Bellême, Orne, 22 de agosto de 1958). Novelista francés.

Nacido en una familia acomodada, de abogados y magistrados, su situación le permitió dedicarse a la literatura. De vocación literaria precoz, fue consciente de ella tras leer la novela de Lev Tolstoi, Guerra y Paz. Para intentar consolidar su vocación de novelista, inicia estudios de Letras, pero no consigue licenciarse. Se presenta entonces a la oposición de la École des chartes y obtuvo la plaza de archivero-paleógrafo, con una tesis sobre la abadía de Jumièges.

En 1908 publica su primera novela Devenir. Tras la publicación en 1913 de Jean Barois, en la que Martin du Gard aborda el caso Dreyfus le permite trabar amistad con André Gide y Jacques Copeau.

Participó como soldado en la Primera Guerra Mundial. Cuando ésta terminó, empieza la redacción de la que será su obra magna: la saga de Los Thibault. En ella no trata de demostrar nada. No juzga, no condena: muestra a veces de modo demasiado fragmentario la evolución de la religión contemporánea, como el hecho de la separación entre la Iglesia y el Estado Francés en 1905.

Recibe el Premio Nobel de Literatura en 1937. A partir de ese momento su obra deja de ser considerada relevante por parte de la crítica, hasta el momento en el que Albert Camus la vuelve a reivindicar.

Puede considerarse un heredero de la novela realista tradicional del siglo XIX; sin

embargo, la certeza de sus descripciones, sus detalles narrativos y la penetración psicológica que hace de sus personajes, hacen que no se le pueda calificar como un escritor falto de innovación y fuerza.

Pasará la mayor parte de la Segunda Guerra Mundial en Niza. Allí empezará a elaborar una novela que permanecerá inconclusa el Diario del coronel de Maumort, que se publicará a título póstumo. Esta publicación, al igual que otras que también fueron póstumas (correspondencia, diario, relatos cortos) hace más compleja la figura de un escritor que se reivindicó a sí mismo como novelista.

### **Publicaciones.**

Devenir (1908)

L'Une de Nous (1909)

Jean Barois (1913)

Les Thibault: Le Cahier gris (1922)

Les Thibault: Le Pénitencier (1922)

Les Thibault: La Belle Saison (1923)

Les Thibault: La Consultation (1928)

Les Thibault: La Sorellina (1928)

Les Thibault: La Mort du père (1929)

Vieille France (1933)

Les Thibault: Thibault, L'Été 1914 (1936)

Les Thibault: Thibault, l'Épilogue (1940)

# Notas

[1] Hemos procurado reflejar con la mayor analogía posible, en la fonética española, la forma de hablar que indica el autor. (N. del T.) <<



[2] En el argot cuartelero, reunión de oficiales a quienes les hace la comida un soldado. (N. del T.) <<

[3] Dialecto. (N. del T.) <<